

Nueva hegemonía mundial. Alternativas de cambio y movimientos sociales	Titulo
Anderson, Perry - Autor/a Oliveira, Francisco de - Autor/a Dahl, Robert A. - Autor/a Amin, Samir - Autor/a Noam, Chomsky - Autor/a Boron, Atilio A. - Autor/a Castro Ruz, Fidel - Autor/a Boron, Atilio A. - Compilador/a o Editor/a Hart Dávalos, Armando - Autor/a	Autor(es)
Buenos Aires	Lugar
CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales	Editorial/Editor
2004	Fecha
	Colección
Terrorismo; Geopolítica; Hegemonía mundial; Democracia; Globalización alternativa; Movimientos sociales; Imperialismo; Estado; América Latina;	Temas
Libro	Tipo de documento
http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/clacso/se/20100613080917/nuevah.pdf	URL
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.0 Genérica http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO

<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)

Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)

Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)

www.clacso.edu.ar



Nueva hegemonía mundial. Alternativas de cambio y movimientos sociales

Atilio A. Boron

Prólogo

Es con profunda satisfacción que presentamos esta compilación a la consideración del público. Se trata de las conferencias pronunciadas por destacados intelectuales, políticos y críticos del pensamiento único y de los horrores de la globalización neoliberal en la III Conferencia Latinoamericana y Caribeña de Ciencias Sociales «Nueva hegemonía mundial. Alternativas de cambio y movimientos sociales» realizada en La Habana, Cuba entre el 27 y el 31 de octubre de 2003 en el marco de la XXI Asamblea General del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). A Francisco de Oliveira, Samir Amin, Noam Chomsky, Robert Dahl, Perry Anderson, Armando Hart Dávalos, nuestros más sinceros agradecimientos por haber participado comprometidamente en esta iniciativa y habernos permitido la publicación de sus conferencias.

De más está aclarar que estas magníficas jornadas, sus intensos debates y discusiones, sus exámenes esclarecedores de la situación de América Latina, no hubieran sido posibles sin el apoyo extraordinario que recibimos del pueblo y del gobierno cubano que decidieron auspiciar estos eventos, la Conferencia y la Asamblea General. De ahí la deuda de gratitud contraída por CLACSO con el Presidente de los Consejos de Estado y de Ministros de la República de Cuba, Dr. Fidel Castro Ruz, y por su intermedio con todo el pueblo cubano, quienes venciendo toda clase de obstáculos no escatimaron su apoyo para que esta iniciativa se concretara con éxito.

Debemos también destacar nuestro agradecimiento a un equipo tan amplio como calificado de colegas cubanos de primerísimo nivel con quienes no sólo elaboramos el programa académico sino también decidimos cada una de las cuestiones prácticas exigidas por la realización conjunta de la Conferencia y la Asamblea General. Es preciso señalar que no hubo aquí tan sólo una gestión de carácter burocrático sino un diálogo permanente con nuestros anfitriones hasta llegar a concretar la estructura final del programa de lo que, nos parece, habrá de ser recordado como uno de los eventos más importantes realizados por las ciencias sociales de América Latina por muchos años. Agradezco por eso muy especialmente al Dr. Ricardo Alarcón, Presidente de la Asamblea Nacional de Cuba; a la Ministra de Ciencia, Tecnología y Medioambiente, Dra. Rosa Elena Simeón, Ministerio que fue la contraparte de CLACSO en la preparación de todos los eventos; al Lic. Abel Prieto, Ministro de Cultura, y en el marco del Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medioambiente (CITMA) al Dr. Daniel Codorníu, Vice-Primer Ministro de dicho Ministerio; a la Lic. Lina Domínguez Acosta, Vice-Ministra del CITMA; a Miguel Lima David, sobre cuyos hombros cayeron las enormes tareas de organizar la parte operativa que hizo posible que eventos como estos transcurrieran durante una semana sin ninguna clase de inconvenientes o problemas organizativos o logísticos. Hacemos extensivo nuestro agradecimiento en la persona de Miguel a todos los miembros del Comité Organizador Cubano. También quiero expresar mi gratitud a la Dra. Daisy Rivero, la presidenta del Comité Científico Cubano y en su nombre a todos los colegas y amigos de la Academia de Ciencias y otras instituciones educativas cubanas que cooperaron en este esfuerzo. Nuestra mas sincera admiración y gratitud nos merece la colaboración de personalidades como Roberto Fernández Retamar, Armando Hart Dávalos, Yolanda Ricardo y Roberto Verrier, y muchos otros colegas más, tantos que no podemos nombrarlos pero que son los que desde la parte cubana hicieron realidad esta aspiración de tener una muy buena Asamblea que combinara las cuestiones institucionales y administrativas de CLACSO, con temas de carácter sustantivos de extraordinaria importancia práctica para los pueblos de América Latina y el Caribe.

Claro está que todo lo anterior contó, asimismo, con el inestimable apoyo y la colaboración provenientes de otras fuentes. Quiero por eso agradecer a la UNESCO en la persona del Director de la Oficina para las Ciencias Sociales de UNESCO en América Latina, con sede en

México, Dr. Gonzalo Abad, y en su representante de la oficina general de Cultura con sede en la Habana, Lic. Francisco Lacayo Parajón, que desde los momentos iniciales de todo este proceso nos brindó una inestimable ayuda. Aparte de esta colaboración ofrecida por la UNESCO, que es un poco la institución madre de CLACSO puesto que si bien no pertenecemos formalmente al sistema de Naciones Unidas, somos un organismo de consulta permanente de dicha organización, otras instituciones deben ser mencionadas aquí dado que su colaboración fue fundamental para asegurar la realización de este evento.

En primer lugar, debemos agradecer a la Agencia Sueca de Desarrollo Internacional (ASDI), que durante mucho tiempo ha venido apoyando la labor en el campo de las ciencias sociales no solamente de CLACSO sino también de otras instituciones hermanas en América Latina. En momentos en que las dictaduras militares parecían a punto de acabar con las ciencias sociales en esta región, cuando dichos regímenes perseguían, desaparecían o asesinaban a nuestros cientistas sociales, un departamento especializado de ASDI, nos referimos al SAREC, cumplió un papel esencial no solamente para evitar el derrumbe de las ciencias sociales en la región sino también para salvar las vidas de nuestros colegas. Basta con recordar que se calcula en algo más de dos mil científicos sociales a los que en los años setenta tuvieron que salir forzosamente de sus países, y la cooperación brindada por ASDI fue absolutamente decisiva para viabilizar un programa de salvataje de esa envergadura. ASDI ha continuado apoyando a las ciencias sociales de América Latina y el Caribe en la nueva etapa democrática, en donde las amenazas vienen sobre todo por el lado de la asfixia financiera que afecta a las instituciones de investigación y de saber superior de nuestros países. Por eso queremos expresar el más sincero agradecimiento de la comunidad de científicos sociales a sus representantes en esta reunión, la Sra. Berit Olson y el Sr. Anders Gerdin, por su inquebrantable apoyo a lo largo de tantos años.

Lo mismo quiero decir respecto del aporte de nuevos amigos que han favorecido el desarrollo del pensamiento crítico en esta región. En este caso estamos hablando de NORAD, la Agencia Noruega de Cooperación para el Desarrollo Internacional, representada acá en la persona de Lin Ann Medina y que en fechas recientes ha iniciado un programa de cooperación con CLACSO para desarrollar una serie de proyectos destinados a mejorar la calidad de los estudios sobre la pobreza en América Latina. En efecto, no es suficiente con identificar la existencia de un problema sino que para su superación se requiere también desarrollar las metodologías más adecuadas para poder analizar con precisión la situación compleja, multiforme y muy variable que presenta la pobreza en nuestros países. Le agradezco por esto a NORAD su ayuda y, en este sentido, muy especialmente a una querida amiga de los científicos sociales en América Latina, porque el programa de cooperación con NORAD tiene un componente académico fundamental y ese componente lo ofrece CROP, el Programa de Estudios Comparativos sobre la Pobreza radicado en Bergen, Noruega, y que tiene como su directora, su fundadora y su genio inspirador a la Prof. Else Oyen. Else ha venido colaborando con CLACSO desde hace algunos años materializando este programa de ayuda con el auxilio de NORAD. Vamos a seguir trabajando durante mucho tiempo más en esta línea dado el éxito de este programa y la importancia que tiene para las ciencias sociales de la región.

Por último, permítaseme decir que esta mención especial dirigida a estas instituciones amigas, la UNESCO tanto como las diferentes agencias de cooperación de los países escandinavos, fundamentalmente de Suecia y Noruega (ASDI y NORAD), sería incompleta si no agradeciera al personal de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO que ha trabajado codo a codo con la contraparte cubana y que gracias a su enorme e ineludible entusiasmo y su total identificación con el proyecto institucional de CLACSO dieron todo de sí para hacer realidad esta Asamblea. Así que quiero darles las gracias aquí por esta ejemplar dedicación, no solamente en nombre mío, como Secretario Ejecutivo, sino en nombre de todos los científicos sociales reunidos en esta convención.

Buenos Aires, abril de 2004

Los dilemas de la dominación Noam Chomsky*

Quisiera expresar mi profundo agradecimiento por la oportunidad de formar parte de esta conferencia. También es un enorme placer visitar Cuba por primera vez, una visita postergada por mucho tiempo. Finalmente, aquí estoy, muy a gusto de estar con todos Uds.

Una nueva doctrina

Hace un año, en septiembre de 2002, ocurrieron una serie de hechos cuyas consecuencias de significativa importancia afectaron el ámbito internacional.

El primero fue el anuncio de la doctrina de Seguridad Nacional de la administración de George W. Bush. En pocas palabras, Estados Unidos anunciaba la intención de dominar el mundo de forma permanente utilizando la fuerza si fuera necesario –la fuerza es la dimensión en la cual Estados Unidos reina sin contrapesos– y la pretensión de eliminar todo desafío potencial a su dominio.

Esto ocasionó una reacción en todo el mundo. No porque se tratara de algo completamente nuevo. De hecho no lo es, ya que existen muchos antecedentes que datan de los primeros años de la Segunda Guerra Mundial aún antes de que Estados Unidos hubiera ingresado al conflicto bélico. En aquellos tempranos días, los líderes norteamericanos sabían que la guerra terminaría con Estados Unidos en una posición dominante en el plano internacional. Numerosas reuniones se sucedieron entre los planificadores y estrategias del Departamento de Estado, y los expertos del Consejo de Relaciones Exteriores –la principal institución no gubernamental en asuntos exteriores– avalaban esta conclusión. Ya en 1941, los estudios realizados concluían que el objetivo de largo plazo fundamental era que “Estados Unidos se convirtiera en la potencia indiscutida de la posguerra y actuara de forma tal que limitara la soberanía de cualquier estado que pudiera interferir con la política de adquirir supremacía militar y económica”, para lo cual se habían elaborado una serie de planes a fin de implementar tales ideas. En años posteriores aparecieron materiales similares en documentos internos e incluso de dominio público. Sin embargo, lo que es diferente en la declaración de septiembre de 2002 es su descaro y su extremismo, y el tono desafiante con que fue anunciada ante la opinión pública: se le advertía al mundo que tuviera cuidado. Esta es la diferencia. Los casos precedentes eran apenas algunas ideas que discutían las élites o planes generales que en nada se asemejaban a esto. Este es el primero y más importante de los hechos a tener en cuenta.

Inmediatamente, la declaración fue seguida por una serie de acciones para implementar la doctrina Bush. Esto incluyó el anuncio de planes militares bastante singulares y medidas para socavar cualquier acuerdo internacional que pudiera impedir la realización de los proyectos anunciados. No cuento con tiempo suficiente, pero debo decir que son bastante interesantes así como también desconocidos. Aún cuando se trataba de documentos públicos, estos no fueron difundidos por la prensa, razón por la cual la mayor parte de la población nada sabe de ellos, a excepción de aquella gente que le presta especial atención a estas cuestiones.

Sin embargo, uno de los pasos tomados para implementar la doctrina de la Seguridad Nacional fue públicamente muy anunciado. Fuerte y claro se proclamó la intención de invadir Irak. Enseguida se comprendió que la invasión de Irak sería una de las denominadas “acciones ejemplares” cuyo fin es demostrar que la doctrina de Seguridad Nacional era considerada muy seriamente y que no se trataba sólo de palabras. Se obraría a voluntad y se aplicaría de inmediato, sin ningún pretexto creíble y sin la intervención de ninguna autoridad internacional. Este último dato es crucial. La estrategia de Seguridad Nacional en sí misma apenas menciona la ley internacional o a las instituciones internacionales. Washington fue muy claro: le informó al Consejo de Seguridad que éste podría ser relevante –tal es el término utilizado– siempre y cuando estuviera dispuesto a otorgar su consentimiento a las acciones que Estados Unidos planeaba llevar a cabo, las aprobaran o no. Si el Consejo de Seguridad rehusaba “ser relevante” se convertiría en un “club de debates,” o sea un mero órgano donde se discuten temas sin influencia alguna en las decisiones operativas. Esto fue lo que explicó Colin Powell,

el “moderado” de la administración Bush. Pocos meses más tarde, en su intervención en el Foro Económico Mundial de Davos, Suiza, Powell dijo que el tema principal de dicho foro era Irak, lo que generó un clima de pesimismo y desaliento. El Secretario de Estado fue enviado como emisario de la administración, para informar que “Estados Unidos tienen el derecho soberano de usar la fuerza militar. Y, cuando estemos convencidos acerca de algo procederemos en consecuencia, aún cuando nadie nos apoye, como en este caso”. Eso provocó una reacción muy hostil entre los “dueños del mundo”, como la prensa de negocios llama a los reunidos en Davos con un leve dejo de ironía. Estas reacciones son hechos importantes a tener en cuenta para pensar el desarrollo del sistema mundial.

La estrategia electoral y el arte de “domar a la bestia”

Otro evento crucial de septiembre de 2002 fue la apertura de la campaña electoral. La administración tiene un débil y frágil control en el frente político interno. La población se opone por lo general a sus políticas domésticas, dato que no es muy sorprendente ya que éstas tienen efectos nocivos para la población en general y, además, transfieren enormes costos a futuras generaciones. Quienes manejan la campaña republicana están muy conscientes de esto. La principal figura, tal vez la persona más importante en Washington, es Karl Rove, quien dirige el comité de campaña. Rove informó a los activistas del Partido Republicano que para las elecciones siguientes –noviembre de 2002– deberían hacer énfasis sobre los temas de seguridad nacional y suprimir alusiones a políticas sociales y económicas. Ciertamente, para esta elección esta estrategia funcionó. Se las arreglaron para ganar por un margen extremadamente pequeño –unas pocas decenas de miles de votos– y la votación mostró que las preferencias de los votantes permanecían iguales pero sus prioridades no.

Suficiente gente para ganar la elección se cobijó debajo del paraguas del poder ante el manipulado temor al enemigo demonizado, construido gracias a una singular campaña de propaganda mediática del gobierno. Esta había comenzado en septiembre y en pocas semanas las encuestas verificaron que la opinión de los norteamericanos se había desplazado muy lejos del espectro internacional. Estudios posteriores más profundos mostraron la existencia de percepciones erróneas y muy estereotipadas en el público fuertemente correlacionadas con el apoyo a la invasión de Irak, lo cual no es muy sorprendente. Yo mismo la hubiera apoyado de haber pensado que Irak era una amenaza inminente para la supervivencia de Estados Unidos y que además era el responsable de las atrocidades del 11 de septiembre dada su estrecha vinculación con Al-Qaeda, que seguramente está planeando nuevos ataques terroristas. Por eso la invasión tuvo un considerable apoyo global. Todas estas creencias estaban ampliamente generalizadas en Estados Unidos. Por supuesto, todas ellas son completamente estafalarias y carecen de credibilidad en cualquier otra parte del mundo.

Lo anterior ilustra muy bien uno de los dilemas de la dominación: ¿cómo controlar a la población? ¿Cómo domesticar a las bestias, tal como Alexander Hamilton llamó al pueblo? Ése es el problema, siempre. Es un problema particularmente acuciante cuando los líderes están comprometidos con políticas socialmente regresivas, que dañan y ponen en peligro a las bestias. Hay solamente una manera efectiva para llevar a cabo esta empresa: inspirar miedo. Con frecuencia esta estratagema funciona. Esta es una suerte de “segunda naturaleza” de la gente que hoy maneja Washington. Muchos de ellos han sido reciclados de la administración de Reagan y de la de Bush padre, y pertenecen a los sectores más reaccionarios de aquellos gobiernos. Esta es la forma en que han manejado el poder durante doce años.

El carácter aleccionador de las “acciones ejemplificadoras”

Bien, vayamos a otro de los principales eventos de septiembre de 2002. Mencionamos el anuncio de la estrategia de Seguridad Nacional y la invasión a Irak que, como dije, se entendía como una “acción ejemplar”. Esta iniciativa tendría como objeto anunciar al mundo que las naciones deberían dejar de lado sus intereses nacionales y el derecho internacional y actuar en apoyo de los objetivos norteamericanos. Esto lo dijo, palabras más o menos, el famoso historiador de Medio Oriente de la Universidad de Harvard, Roger Owen. Y este mensaje fue muy claramente comprendido. La oposición a la guerra en todo el mundo –y de hecho también

en Estados Unidos– no tuvo precedentes. Una gran parte de la misma, estoy seguro, estaba basada en el reconocimiento de que Irak, tal como lo admitiera The New York Times luego que la guerra hubo finalizado, “era el primer caso de prueba de la estrategia de la Seguridad Nacional, y ciertamente no el último. Era el plato jugoso para un experimento en la política preventiva”. El término “preventivo” es comúnmente muy mal utilizado. Acción “preventiva” en derecho internacional se aplica a aquellas situaciones que están en el borde de la ilegalidad de acuerdo con la carta de Naciones Unidas, que garantiza el derecho a la autodefensa contra un ataque inminente cuando no hay tiempo para la deliberación y la diplomacia. Guerra preventiva quiere decir que se les permite a los países reaccionar en defensa propia hasta que el Consejo de Seguridad de la ONU tiene ocasión de intervenir. Esta política de autodefensa no tiene absolutamente nada que ver con la noción tal como la emplea Washington y, por tanto, el término no debería ser usado.

A veces en la literatura más técnica en las relaciones internacionales o en la literatura legal internacional aparece como “autodefensa anticipatoria” o “guerra preventiva”. Ambos términos no son sólo obviamente confusos sino también incorrectos. Nada fue “evitado” con la invasión de Irak, y tampoco hubo autodefensa anticipatoria. La declaración presidencial permite el uso de la fuerza contra amenazas construidas, inventadas o imaginadas. De hecho todos estos términos son precisamente eufemismos para lo que fue llamado el “Crimen Supremo” en Nuremberg: el crimen de agresión. Y esto también es suficientemente conocido.

Al iniciarse el bombardeo de Irak, el conocido historiador y ex-asesor de John F. Kennedy, Arthur Schlesinger, escribió un artículo en el que recordó la descripción de Franklin D. Roosevelt del bombardeo de Pearl Harbor como una fecha que vivirá en la infamia. “El presidente Roosevelt estaba en lo cierto”, escribió Schlesinger, “pero hoy somos nosotros los norteamericanos quienes vivimos la infamia mientras el gobierno sigue las políticas del Japón imperial”. Este tipo de comentario tampoco tiene precedentes, sobre todo en la corriente principal de ideas sobre política exterior norteamericana. De hecho la estrategia de Seguridad Nacional y su aplicación desencadenaron mucha zozobra en todo el mundo, incluyendo a la élite diplomática norteamericana, como lo demuestra la cita precedente, y este también es un dato importante, como la mencionada reacción del Foro Económico Mundial de Davos ante las palabras de Powell. En la principal revista del establishment, Foreign Affairs, se publicó luego de la declaración de la estrategia de Seguridad Nacional un artículo escrito por un conocido especialista en relaciones internacionales, John Ikenberry, en el cual se discutía lo que llamó la “Nueva Gran Estrategia Imperial”. Ikenberry fue bastante crítico. Concluyó que esta estrategia plantea un gran peligro al mundo y a Estados Unidos, incluyendo la posibilidad de la proliferación de armas de destrucción masiva y terror como freno de la agresión norteamericana. El punto es bastante obvio: si le anuncias a alguien que lo atacarás, no va a quedarse quieto diciendo “por favor atáquenme”, va a tratar seguramente de elaborar alguna manera de defenderse. La guerra de Irak fue acompañada por las mismas advertencias. Agencias de inteligencia norteamericanas, británicas y otras en el mundo, así como también analistas independientes, advirtieron que las probables consecuencias de la guerra serían la proliferación de armas de destrucción masiva y el terror. Luego de la invasión las mismas fuentes reportaron que aquellas predicciones fueron aparentemente verificadas. Informes de inteligencia dijeron que la invasión a Irak significaba “un enorme retroceso en la guerra contra el terror, llevando a su punto más álgido el reclutamiento para grupos terroristas; de hecho por primera vez Irak se convirtió en un paraíso terrorista”. Respecto a la proliferación de armas de destrucción masiva, especialistas en Irán y Corea del Norte señalaron enseguida que la invasión probablemente estimularía sus esfuerzos para desarrollar armas de destrucción masiva y, de ser cierto, esto tampoco sorprendería a nadie.

En 1981 Israel bombardeó las instalaciones nucleares y reactores iraquíes con el pretexto de que los iraquíes estaban desarrollando armas nucleares. Inspecciones realizadas por físicos de Estados Unidos –incluyendo al jefe del Departamento de Física de Harvard– concluyeron que no había allí instalaciones que permitieran desarrollar armas nucleares. Pero el bombardeo impulsó a Irak a tratar de elaborar y establecer de forma acelerada un programa de desarrollo de armas nucleares. Una vez más, la lógica es bastante obvia, como así también las consecuencias que uno espera.

La dispersión del monopolio de la violencia

Estamos frente a otro de los dilemas de la dominación. La violencia puede intimidar a algunos, pero es probable que incite a otros a la venganza o a la disuasión pese a que nadie puede esperar competir seriamente con Estados Unidos en fuerza militar dado que gasta tanto como el resto del mundo en presupuesto militar y está bastante más avanzado tecnológicamente. Ante la imposibilidad de esa clase de reacción, las víctimas potenciales escogen las “armas de los débiles”, armas de destrucción masiva y terror, asequibles a los mucho menos poderosos. Tarde o temprano las armas de destrucción masiva y el terror se conjugarán. Muy poca gente duda de esto, y las perspectivas son horribles. Hay estudios de alto nivel patrocinados por el gobierno de Estados Unidos que investigan las probables consecuencias de este hecho; la mayoría de ellas se presentan como inevitables. Esto, por cierto, se conocía mucho antes del 11 de septiembre, a mediados de los '90. Hay estudios técnicos que advierten que los poderosos han perdido su monopolio de la violencia. Aún tienen un enorme predominio, pero ya no más el monopolio de la violencia, y esa diferencia es significativa. Esa es una de las razones de por qué el 11 de septiembre fue tan demoledor para Estados Unidos y Europa. La reacción en gran parte del resto del mundo fue decir “esto es espantoso pero: bienvenidos al club; esto es lo que nos has venido haciendo (a nosotros) por cientos de años, lamentamos el ataque pero era esperable”. Esto ocurre cuando se pierde el monopolio de la violencia al que se estaba acostumbrado. Desde luego esto se sabía desde el intento, mucho más ambicioso, de hacer estallar el Centro Mundial de Comercio, en las Torres Gemelas de Nueva York, en 1993, y que estuvo muy próximo a ser exitoso. Según estimaciones de ingenieros y constructores, con alguien que lo hubiera planeado un poco mejor, decenas de miles de personas hubieran muerto. Aquello fue llevado a cabo por gente relacionada a organizaciones del tipo Al-Qaeda, entrenada por Estados Unidos y sus asociados en Afganistán en los años '80. Aparentemente su líder había sido traído a Estados Unidos y mantenido y protegido por la CIA. Por cierto, al mismo tiempo que intentaban hacer estallar el Centro Mundial de Comercio, Bill Clinton estaba enviando activistas de Al-Qaeda y del Hezbolá para pelear junto a Estados Unidos en la Guerra de los Balcanes. Insisto, todo esto ocurría al mismo tiempo. Desde 1993 fue obvio para cualquiera que leyera el periódico que era sólo cuestión de tiempo antes que ocurrieran nuevas atrocidades terroristas de este tipo.

Aún con lo terribles que fueron los ataques del 11 de septiembre, siguen sin cambiar realmente los análisis de riesgo, que en lo sustantivo permanecen igual. El atentado ocurrió y en el fondo no cambió nada, excepto las atrocidades en sí mismas. No es un secreto para nadie. Los planificadores de la administración Bush hoy discuten con los críticos del establishment en círculos muy estrechos. La administración seguramente sabe que las acciones que están anunciando y adoptando aumentan la amenaza para la seguridad del pueblo norteamericano y del mundo, y aunque no desean esto no es precisamente prioritario para ellos evitarlo. Hay muchas otras decisiones que a su juicio merecen una atención preferencial, tales como la dominación global, la aplicación de políticas regresivas que eliminen las legislaciones progresistas nacionales y el rechazo de aquello que los líderes de negocios llaman “el creciente poder político de las masas”. La literatura empresarial suele parecerse al “marxismo vulgar” en su terminología: los valores son diferentes, pero en su vulgaridad las ideas son semejantes.

El actual liderazgo es extremista en la persecución de estos fines, pero el espectro de ideas es estrecho, y esto es importante entenderlo. La crítica de la élite no tiene precedentes en cuanto a su intensidad, pero en gran parte se basa en el reconocimiento de que las políticas de la Casa Blanca pueden resultar muy dañinas a los intereses del poder y el privilegio. Los dueños del mundo no quieren perderlo, y estas políticas pueden destruirlo. La crítica también se apoya en la creencia de que existen medios más seguros y eficaces para alcanzar más o menos los mismos fines.

Un buen ejemplo fue discutido ayer a propósito del caso de Brasil, y ustedes saben acerca de esto¹. Cuarenta años atrás Brasil tuvo un presidente tibiamente populista, con algún grado de apoyo popular. Esto fue suficiente para que la administración de J.F. Kennedy lo percibiera como un peligro e instigara un golpe militar que estableció el primer “estado de seguridad nacional”, estados neo-nazis que luego se extenderían por todo el hemisferio. Bueno, hoy

Brasil posee un presidente bastante más radical que aquél. Lula fue electo con enorme apoyo de organizaciones de masas que se han venido desarrollando en los últimos veinte años, pero no se necesita hablar de un golpe militar. Las razones pueden ser varias, pero una de ellas es seguramente, que el golpe militar ya no es necesario para “domesticar a las bestias”.

Neoliberalismo y corrosión de la democracia

En cuanto a las consecuencias económicas de las medidas neoliberales de los últimos treinta años podemos decir que sus efectos económicos son discutibles, pero es claro que estas medidas socavan la democracia. Esencialmente, la hacen imposible. Esto fue entendido setenta años atrás por John Maynard Keynes, quien señaló que el experimento de gobiernos democráticos es puesto en peligro por los mercados financieros internacionales globales. Por tanto, el Sistema de Bretton Woods diseñado por Keynes y el representante de Estados Unidos, Harry Dexter White, después de la Segunda Guerra Mundial, se basaba en los siguientes principios: (a) que los estados pudieran introducir controles al movimiento internacional de capitales y, (b) que ellos pudieran establecer una muy minuciosa regulación del mercado monetario, fijando la cotización de las monedas dentro de límites muy estrechos a fin de impedir maniobras especulativas en contra de las mismas.

La primera de las medidas que dismanteló este sistema treinta años atrás fue la liberación de los flujos financieros internacionales del capital. Y de este modo se hizo presente, tal como estaba previsto, la amenaza que podía destruir los experimentos democráticos. A medida que estas medidas se intensificaron e incrementaron, redujeron las posibilidades de los gobiernos para adoptar políticas ya que éstas comenzaron a ser realmente determinadas cada vez más por lo que es a veces denominado “el parlamento virtual de inversionistas y prestamistas”. Ellos son quienes hoy deciden qué políticas son aceptables y, si las políticas adoptadas no son de su agrado, destruyen la moneda, socavan la economía y demás.

En este sentido, otros elementos del programa neoliberal también tienen las mismas consecuencias. Tomemos las privatizaciones, verdadero mantra del neoliberalismo: no hubo justificación económica alguna para las privatizaciones. Sin embargo, hay una muy buena motivación política: la privatización reduce la arena pública por definición y transfiere decisiones de la arena pública a las manos de tiranías privadas que no rinden cuentas ante nadie. Las corporaciones no son otra cosa. Y esto, por definición, quebranta las democracias. Ahora están negociando la privatización de servicios. Si llegara a materializarse, llevarían la arena pública a virtualmente nada. La reducirían tan drásticamente que la democracia formal podría ser tolerable. De hecho ha sido introducida en América Latina sin mayor preocupación por los efectos que pudiera tener. La extensión de la democracia formal en América Latina en años recientes ha sido acompañada por una constante falta de confianza en este régimen. No voy a extenderme sobre las razones de este hecho ya que fueron profundamente trabajadas por Atilio Boron en *Tras el Búho de Minerva*. Años atrás, la extensión de la democracia formal coincidió con la aplicación de las políticas neoliberales que de esta manera minaron el funcionamiento de la democracia. De hecho, son políticas diseñadas para ese propósito. Nadie lo dice, pero no puede ser que las personas que las defienden ignoren puntos tan sencillos como éstos, que fueran tan obvios para Keynes y que constituyen verdaderos truismos.

Bien, muchos de los críticos del establishment admiten preferir mucho más las medidas blandas para domar a las bestias que los extremismos de la Administración Bush, tanto en la escena doméstica como en la internacional. Es digno de tener en mente que los pronósticos sombríos que expresamos aquí son en su mayor parte compartidos por la gran mayoría de los planificadores del gobierno en todo el espectro político. Samir Amin habló ayer de lo que él llama “la tendencia hacia el apartheid en una escala global”². Y los planificadores militares y de la comunidad de inteligencia de Estados Unidos tienen expectativas similares. Utilizan diferentes terminologías y aplican las políticas que esperan tengan esas consecuencias en lugar de oponerse a ellas, pero el análisis es aproximadamente el mismo. Permítanme citarlos, ellos “predicen que la globalización —el estilo neoliberal de globalización— conducirá a un ensanchamiento de la brecha económica entre ricos y pobres y que la profundización del estancamiento económico, la inestabilidad política y la alienación cultural conducirán a la agitación y la violencia entre los pobres”, dirigida en gran medida contra Estados Unidos pues

éste es percibido como el causante de estos sufrimientos. Este análisis se originó durante la Administración de Clinton, no la de Bush, e ilustra una vez más que estas concepciones son ampliamente compartidas. La planificación militar está pensada con vistas a esta eventualidad, bastante explícitamente. Existe una analogía doméstica, probablemente esta visión se encuentre en el corazón mismo del brusco incremento de la criminalidad. El aumento de los encarcelamientos durante el período neoliberal tuvo como centro a gente que en Latinoamérica es a veces llamada desechable o blanco de "limpieza social". Estados Unidos es más civilizado: en lugar de asesinarlos los encarcela, y esto marcha en paralelo con todo el período neoliberal. Clinton incrementó el número de los encarcelados en alrededor del cincuenta por ciento. Bien, todo esto nos conduce al primer dilema: ¿cómo controlar a la población que está soportando los costos y riesgos?

¿Cómo ganar las elecciones presidenciales de 2004?

Por estos días, el problema específico es cómo ganar la elección 2004. Bueno, si ustedes quieren saber cómo se hace eso, vuelvan al 1° de mayo pasado. Recuerden la escena cuidadosamente montada en la cual el presidente Bush aterrizó en un avión de guerra sobre un portaviones, puesto de manera tal que la gente obtuviera la toma televisiva correcta, con vestimenta de combate, casco, y demás. Esta escena fue objeto de ridículo en el resto del mundo, pero en Estados Unidos fue tomada muy seriamente. En su primera página, The New York Times, describió al discurso del presidente como "un poderoso final reaganiano" —aunque no se cuánto de genuino hubo en ese gesto. Pero los más astutos observadores describieron el evento como la apertura de la campaña presidencial 2004, que se construirá en base a temas de seguridad nacional. Ese fue el reporte del Wall Street Journal.

Karl Rove, el encargado de la campaña, fue claro: dijo que el tema de la próxima elección será la batalla de Irak. Enfatizó batalla, y no guerra. La guerra continuará, la guerra es la guerra contra el terrorismo y eso debe continuar, porque no hay otra manera de atemorizar a la población y hacer que obedezca. Y si sucede algo aberrante, como la destrucción de un país, es uno de los costos que es necesario pagar. El presidente Bush declaró la victoria en la guerra contra el terrorismo al eliminar a un aliado de Al-Qaeda como Irak. No importa que ningún observador competente, incluyendo la CIA, crea una sola palabra de esto. Se trata de una verdad trascendente y por lo tanto los hechos son irrelevantes, incluyendo el hecho de que la única conexión conocida entre Irak y el terror es que por lo visto la invasión potencia la amenaza del terror exactamente tal como había sido pronosticado, pero esto no hace diferencia alguna y todo continúa igual. Unas pocas semanas atrás en su programa de radio semanal el presidente anunció que el mundo era más seguro hoy porque su coalición acabó con un régimen que cultivaba vínculos con el terrorismo mientras construía armas de destrucción masiva. Eso fue unas pocas semanas atrás. Los asesores y elaboradores del discurso de Bush saben muy bien que todas estas acusaciones son meras invenciones. Pero también saben que si uno las repite con suficiente frecuencia y a viva voz ellas se vuelven verdaderas. No lo inventaron pero lo saben, y funciona, al menos temporalmente. Funcionó en septiembre de 2002. En pocas semanas alrededor del sesenta por ciento de la población creyó que Irak era una amenaza a la seguridad de Estados Unidos. Nadie en el mundo creía esto, incluyendo Kuwait e Irán, que tenían muchas razones para temer a Saddam Hussein. Saddam los invadió, y les hubiera gustado hacerlo trizas, pero no consideraban que fuera una amenaza pues sabían que Irak era el país más débil de la región, que había sido devastado por sanciones criminales y que en lo esencial se hallaba desarmado. De otra manera Estados Unidos no se hubiera atrevido a atacarlo: en Irak tienen un monstruo horrible gobernando el país pero no es una amenaza para nadie. De hecho Kuwait e Irán se unieron a otros países de la región para tratar de integrar a Irak nuevamente a su propio sistema regional por encima de las fuertes objeciones de Estados Unidos. Pero en Estados Unidos creyeron estas patrañas. Pocas semanas después el Congreso aprobó una resolución autorizando al presidente a usar la fuerza dada la amenaza planteada por el gobierno de Irak a la seguridad de Estados Unidos. La prensa y algunos intelectuales fueron lo suficientemente amables como para no recordarnos que el Congreso estaba repitiendo un guión que le era familiar. Ya en 1985, el presidente Reagan había declarado la emergencia nacional por lo que él llamó "la amenaza inusual y extraordinaria planteada por el gobierno de Nicaragua a la seguridad de Estados Unidos". Distante sólo dos días en automóvil de Texas, los norteamericanos debían estremecerse y temer mucho más a las hordas de nicaragüenses que constituían una amenaza "inusual y

excepcional” mucho peor que la existencia de Saddam Hussein. Y de hecho todo esto ayuda a explicar la confianza de Karl Rove respecto a ganar la elección venidera. Regresemos ahora al poderoso triunfalismo reaganiano reflejado en el discurso de victoria de Bush.

El discurso triunfal de Reagan decía lo siguiente: “nos hemos parado otra vez, firmes y altivos, habiendo conquistado el éxito en la defensa de la tremenda amenaza planteada por Granada, venciendo la resistencia de unas pocas decenas de obreros de la construcción con seis mil fuerzas especiales quienes obtuvieron ocho mil medallas de oro durante la invasión de Granada”. Por tanto, nos estábamos parando firmes y altivos, y el finale reaganiano triunfal del pasado 1° de mayo en el portaviones fue un recuerdo de aquel gran momento de la historia moderna.

Eso ocurrió durante los años '80. Cada año había alguna noticia que asustaba. Atacantes libios merodeaban las calles de Washington para asesinar a nuestro líder, parte de la campaña de Libia para expulsar a Norteamérica del mundo. Reagan dijo “los crímenes en las calles de Granada y Nicaragua son una amenaza a nuestra existencia”. El primero de los presidentes Bush ganó la elección de 1988 fundamentalmente recurriendo a la carta racista, la amenaza del “criminal negro que violará a tu hermana a menos que me elijas”. El temor ante la droga obra exactamente igual: la droga y el crimen en Estados Unidos son lo mismo que en otras sociedades industriales, pero manipulados adecuadamente tienen peores consecuencias. Funcionó alrededor de doce años para la administración, que fue capaz de permanecer en el poder aun cuando la población estaba bastante enfrentada a sus políticas regresivas. De hecho, en 1992, Ronald Reagan era considerado el ex presidente vivo más impopular, cerca de Richard Nixon y bien por debajo de James Earl Carter y Gerald R. Ford. Bueno, por eso ellos quieren repetir el mismo guión. Ya que no por casualidad funcionó bien antes, intentémoslo nuevamente.

La apuesta a la dominación mundial

Todo lo anterior es fundamental para el grupo dominante norteamericano. Y hay varias apuestas contenidas en la actual coyuntura. Internacionalmente, una apuesta es la dominación mundial, y como puede colegirse no se trata de una meta menor o secundaria. También el control sobre el petróleo del Medio Oriente es una apuesta fuerte. La expectativa, supongo, es que Estados Unidos acabará por establecer bases militares en Irak. Por primera vez podrá tener bases estables justo en el corazón de la mayor región productora de petróleo del mundo en un estado cliente, un estado que será llamado libre e independiente, e incluso democrático, pero que en secreto es un estado gobernado por lo que los británicos llamaban “una fachada Árabe” –dominio colonial detrás del cual gobernaba Gran Bretaña. Esa es la manera como Estados Unidos ha gobernado su propio “patio trasero”, América Central y el Caribe, por cien años, y ha sido habitual en la historia del imperialismo. Es sobre todo importante en el caso de Medio Oriente. En 1945 el Departamento de Estado reconoció que sobre todo el petróleo de la región del Golfo es una fuente estupenda de poder estratégico y uno de los premios “materiales” más importantes en la historia de la humanidad. Controlar dicha área, por lo tanto, no es una cosa menor, y Estados Unidos debe, por supuesto, someterla. Ese ha sido un tema clave de la historia de la posguerra. Las mismas predicciones de los organismos de inteligencia que he mencionado previamente habían anticipado que la región del Golfo suministrará alrededor de dos tercios de los recursos de energía del mundo en la próxima generación. Por consiguiente Estados Unidos debe controlar esa región. Tengan en cuenta que dije control, que no es lo mismo que acceso. No importa si Estados Unidos usa el petróleo o no. En el supuesto caso de que Estados Unidos decidiera reconvertirse por completo a la energía solar, aún así sería imprescindible que controlara el petróleo de dicha zona. De hecho predicen y anticipan que Estados Unidos confiará cada vez más en las cuencas petroleras más estables del Atlántico –en África Occidental y el hemisferio occidental, fundamentalmente Canadá, México, Venezuela y Colombia– y ésta es parte de la razón por la cual preocupa tanto la conflictividad en la región andina. Pero aun cuando Estados Unidos no utilizara el petróleo del Medio Oriente, así y todo quiere y debe controlarlo. Esta magnífica fuente de poder estratégico existe y eso es lo que los planificadores norteamericanos señalaron cincuenta años atrás. Controlar dicha fuente otorga lo que ellos llaman el “poder de veto” sobre lo que otros gobiernos pudieran

hacer. Por tanto hay un interés internacional muy poderoso en juego y hay también poderosos intereses nacionales.

Los de la administración Bush no son conservadores, son estatistas reaccionarios radicales, lo que es algo completamente diferente. Sus políticas incluyeron desde sus inicios un enorme incremento en el gasto federal, de hecho el mayor incremento desde el advenimiento de la administración Reagan, combinado con una masiva reducción de impuestos para los ricos con las consecuencias perfectamente obvias que eso acarrea para los pobres. Esto produjo aquello que los economistas llaman un “descarrilamiento fiscal”. De hecho, economistas del gobierno ahora estiman cuentas impagables de aproximadamente 45 trillones de dólares, alrededor de seis veces el producto bruto nacional total. Se le preguntó al vocero presidencial acerca de esto en una conferencia de prensa y respondió que: “sí, es correcto, y por lo tanto el Congreso deberá hacerse responsable frente a los seguros de enfermedad, a los programas de salud (limitados pero existentes), seguridad social y otros programas para la población”. Y cuando dice que ellos deben ser responsables no quiso decir financiarlos con impuestos progresivos; quiso decir destruirlos. Ese es el punto. Hay una frase pronunciada por el director del presupuesto de la primera administración Reagan que, traducida, quiere decir: “tenemos que hambrear a las bestias, tenemos que también hambrear a aquellas partes del gobierno que sirven al público general”. Pero no puedes presentarte como candidato presidencial diciendo: “quiero eliminar el cuidado de la salud, la seguridad en las calles, la educación, y demás”. Sí puedes decir, en cambio: “bueno, lo siento pero tenemos una deuda inmensa, impagable, de 45 trillones de dólares, por lo cual no podemos financiar ninguna de esas cosas”. Sin embargo, por supuesto, podemos aún continuar financiando y de hecho expandiendo aquellas partes del gobierno al servicio de los poderosos y privilegiados. Ese es esencialmente el programa y no es muy secreto, parte de eso es el gasto militar. Debe recordarse que el gasto militar tiene un propósito y una función que son substancialmente nacionales: suministra una protección para el desarrollo de la tecnología del futuro. Si usted utiliza una computadora, Internet y las telecomunicaciones y otras cosas por el estilo, está disfrutando de los resultados de décadas de transferencia de costos y riesgos al público bajo el pretexto de la defensa nacional. Luego los resultados pueden ser cedidos a corporaciones privadas para su propio provecho, y esto es lo que ha ocurrido. Esto es verdad en la llamada “nueva economía” y está también previsto para la economía del futuro. Esta es también una de las tantas consideraciones por las cuales los ricos y poderosos jamás soñarían en participar en sistemas de mercado: “los mercados son para los pobres y los indefensos, no para los ricos”. Ese es esencialmente, en su máxima expresión, el guión seguido en el pasado reciente. Para hacer que el público pague los costos, tome los riesgos, sufra las consecuencias, hay sólo un método: “presionar el botón del pánico.”

La Vieja y la Nueva Europa

Bien, existen otros dilemas de la dominación. Uno de ellos se relaciona con la necesidad de controlar otros centros de poder. Eso también fue tema de anoche³. La conquista más espectacular de la campaña de propaganda del año pasado no ha sido, en mi opinión, la creación de imágenes fantásticas de Irak. Hubo algo más dramático, a saber: la admiración ante la inspirada visión del presidente de llevar la democracia al Medio Oriente, “tributo a un anhelo por la democracia”, como lo describieron algunos comentaristas de prensa. Esta noble aspiración presidencial marchó de la mano de la más notable exhibición de odio y desprecio a la democracia que yo haya visto jamás. No puedo recordar ningún equivalente. Una ilustración de lo que quiero decir es, por ejemplo, la distinción entre la Vieja y la Nueva Europa que fue el tema principal de la primera parte del año. La Vieja Europa: Alemania y Francia son los chicos malos, a los que odiamos y con los cuales rivalizamos. La Nueva Europa es Berlusconi, Aznar y los ex satélites rusos a quienes admiramos por sus logros maravillosos. ¿Cuál es el criterio que distingue la Nueva Europa de la Vieja Europa? Bueno, es absolutamente claro. La Vieja Europa, la mala gente, son los países donde los gobiernos tomaron la misma posición que la abrumadora mayoría de su población; la Nueva Europa la conforman los países donde los gobiernos desoyeron contundentemente a la mayoría de su población. El criterio fue explícito, y no existe, creo, manera más dramática de decir: yo odio y desprecio la democracia. Quizá el ejemplo más extremo fue Turquía. A todos sorprendió que el gobierno turco tomara la misma posición que el noventa y cinco por ciento de la población, y por eso fue agriamente condenado por carecer de credenciales democráticas. Esta fue de hecho la palabra utilizada para describir

la situación. Paul Wolfowitz, quien se suponía era el gran visionario, incluso condenó a los militares turcos porque no intervinieron para impedir que el gobierno tomara tal posición y los instó, les ordenó que se disculparan ante Estados Unidos por este deterioro de sus credenciales democráticas, y que aceptaran ayudar a Estados Unidos en el futuro. Todo esto ocurrió sin mayores comentarios de la prensa. Aunque, al decir verdad, algunos comentarios fueron realmente asombrosos. Por ejemplo, un prominente intelectual como Robert Kagan condenó lo que él llamó “el anti-americanismo conspiratorio y paranoide de la Vieja Europa y su afiebrada intensidad”, que quiere decir en realidad: “¿cómo pueden los europeos ser incapaces de comprender que somos nobles y que su tarea es la de servirnos?”. Afortunadamente, hay figuras esclarecidas como Berlusconi y Aznar que lo entendieron y lo mismo ocurre con los ex-satélites rusos, donde ya tenían experiencia en la materia.

El más exitoso de esos satélites es Latvia. Cuando se le preguntó al ex ministro de relaciones exteriores de Latvia por qué su gobierno apoyaba a Estados Unidos aún cuando la población estaba abrumadoramente en contra, dio la respuesta correcta: “nosotros tenemos que saludar y gritar: ‘sí señor’. Nosotros tenemos que complacer a América, y así demostraremos nuestras credenciales democráticas”; todo esto sucedió sin un comentario de la prensa que presenciaba tan sorprendente declaración. Esto es todo un logro. No creo que muchos estados totalitarios puedan alcanzar ese tipo de impacto propagandístico. El odio y el temor de la Vieja Europa – Francia y Alemania sobre todo– tuvo una razón mucho más profunda que el miedo visceral y el desprecio por la democracia. Desde la Segunda Guerra Mundial ha habido una considerable preocupación relativa a la posibilidad de que Europa pudiera adoptar un curso de acción independiente de Estados Unidos. Durante la Guerra Fría esto se llamó el “miedo de una tercera fuerza”. No hay tiempo para hablar al respecto pero se están revelando datos interesantes con la apertura de los archivos de norteamericanos y rusos– sobre cómo esto influyó en los años cincuenta y los sesenta. La aparición de una tercera fuerza ha sido una preocupación central a lo largo de muchos años.

En 1973, el otro 11 de septiembre hirió a América Latina con el golpe de estado que derrocó a Salvador Allende, matando a varios miles de personas, equivalente tal vez a unos 60 mil en Estados Unidos haciendo algunas estimaciones bastante conservadoras. Ese 11 de septiembre, como saben, fue fuertemente apoyado y en parte instigado por Estados Unidos. Henry Kissinger expresó sus razones: la victoria de Allende podría ser un virus que propagaría su contagio no sólo por América Latina sino por todo el sur de Europa. Enviaría el mensaje de que una vía pacífica era posible para alguna forma de democracia social e independiente, y eso era inaceptable. De hecho, al mismo tiempo, en el sur de Europa, Estados Unidos estaba llevando a cabo extensas subversiones similares a la de Chile, sobre todo en Italia. Grandes operaciones de la CIA estaban bajo ejecución; de hecho, habían estado ocurriendo desde 1947 y continuaban a comienzos de los años '70 para impedir a la democracia italiana que funcionara, llegando inclusive a apoyar a elementos fascistas como de hecho ocurrió en Grecia. Estados Unidos es un poder global; lo que está ocurriendo en un sitio está por lo general sucediendo en algún otro lugar. Y el temor ahí también era la propagación del contagio.

Incidentalmente, el Kremlin coincidió con esta política. Ellos también odiaban y temían el aumento del eurocomunismo y, poco después, cualquier forma de socialdemocracia. En Europa le temían como Kissinger, y ambos tenían la misma percepción. Este temor al desarrollo independiente exitoso es, creo yo, el tema nodal de la Guerra Fría, enmascarado bajo pretextos de seguridad por ambos lados.

Cuba es un caso muy notable. Los registros clasificados son sumamente esclarecedores al respecto, y estoy seguro de que ustedes saben sobre esto. El Zar y Metternich advirtieron el peligro del contagio de principios republicanos de las liberadas colonias americanas que podría minar el marmóreo orden de Europa, y Kissinger estaba probablemente citando al Zar y a Metternich cuando advirtió del contagio de Allende en Chile y de la socialdemocracia en Italia. No olvidemos que él es un experto de ese período histórico.

También en ese año, 1973, se declaró “el año de Europa”. Se celebraba su definitiva recuperación de la guerra y Kissinger pronunció un importante discurso llamado “El Discurso del Año de Europa”, en el cual le aconsejaba que velara por sus intereses regionales pero dentro de la estructura de orden dirigida por Estados Unidos. En otras palabras, “no vayan en

una dirección independiente". Y por supuesto este mensaje estaba especialmente dirigido a Francia y Alemania, el corazón industrial, comercial y financiero de la región. Si ellas decidían partir en un camino propio el resultado podía ser aterrador. Los pasos para expandir la OTAN y la Unión Europea, y la profunda preocupación que suscita ahora mismo la creación de una fuerza militar europea independiente, son todas cuestiones que caen dentro de esta vieja preocupación norteamericana.

Hay otra preocupación: el Nordeste de Asia. Es la región económica más dinámica en el mundo; está creciendo rápidamente; y su producto bruto conjunto es mucho más alto que el de Estados Unidos. Tiene en sus arcas alrededor de la mitad de las divisas en el mundo, está sumamente involucrada en el comercio mundial, y creciendo por encima de Estados Unidos y Europa. También es una región que podría integrarse y ser auto-suficiente. Posee gran cantidad de recursos de energía en Siberia Oriental y no hay grandes conflictos acerca de la construcción de oleoductos. La región alberga a algunas de las principales potencias industriales del mundo: Japón y Corea del Sur, con China incorporándose muy rápidamente. Estados Unidos está bastante preocupado porque la región pueda también alcanzar alguna forma de independencia, incluyendo su autonomía en términos de recursos energéticos. En tal caso se libraría del poder de veto que proviene del control de las fuentes de energía y las rutas de tránsito que detenta Norteamérica, un tema crucial para los intereses militares de Estados Unidos en el Medio Oriente y Asia Central. La gran pregunta se centra en el trazado que seguirán los oleoductos desde Asia Central y también sobre el rumbo que adopte Corea del Norte. Hay muchos otros temas sobre los cuales, otra vez, es imposible poder explayarme en este momento como desearía.

Los nuevos rostros de la carrera armamentista

Retomemos la idea inicial: la estrategia belicista de Seguridad Nacional es peligrosa incluso y especialmente para Estados Unidos. Los recursos tecnológicos actuales permiten atacar en cualquier parte, sin advertencia previa, y con una vigilancia tan pormenorizada que posibilita ver a automóviles atravesando las calles en alguna ciudad situada en las antípodas. Eso reduce la necesidad de bases militares en el extranjero y de aliados y –en principio y tal vez en la práctica– ofrece un método increíble de controlar al mundo mediante la violencia. También ofrece, muy probablemente, un método para destruir al mundo porque se sabe que estos sistemas son extremadamente peligrosos. Y, por supuesto, ante esto otros actores internacionales no permanecen indiferentes y reaccionan.

Rusia, por ejemplo, ya ha respondido con un marcado incremento en su capacidad militar. El gasto militar fue aumentado en alrededor de un tercio en el último año, reaccionando a los planes de Estados Unidos exactamente como se suponía que lo haría. Hoy se está concentrando en la elaboración de misiles de mayor sofisticación y variedad, incluyendo submarinos más avanzados que cuenten con perfeccionados misiles intercontinentales. Luego de que Estados Unidos desmantelaran el Tratado de Misiles Anti-Balísticos (ABM) Rusia se reposicionó, aparentemente, mediante la colocación de sus misiles en lo que se llama "Lanzamiento y Advertencia" (Launch and Warning), o lo que es lo mismo, respuesta automática, y esto es virtualmente una receta para destruir al mundo. Su deteriorado sistema de comando y control potencialmente garantiza un accidente, y las probabilidades de que esto ocurra se incrementarán a medida que estos sistemas militares se amplíen. Todo esto es bien sabido, y se puede leer todo al respecto en las revistas técnicas. Tan sólo dos semanas atrás, el Ministro de Defensa ruso, Sergei Ivanov, informó a la OTAN que Rusia está adoptando la doctrina de Bush del primer ataque, incluyendo el ataque nuclear contra una amenaza percibida. Bien, esa es la estrategia de Seguridad Nacional de Bush. Ahora el mundo es un lugar más inseguro, una vez que Rusia ha decidido seguir la iniciativa de Estados Unidos en materia estratégica. No se puede pretender reservar ese derecho exclusivamente para uno mismo; los rusos están siguiendo el ejemplo y presumiblemente otros reaccionarán de modo similar. Esta es la bien conocida lógica de la escalada.

Lo mismo es verdad en relación con la denominada Defensa Misilística. Esto ha sido perfectamente bien entendido por especialistas militares de China y Estados Unidos. De hecho, ambos utilizan los mismos términos y saben igualmente bien que la Defensa Misilística es un arma ofensiva. Lo que dicen estos analistas es que la defensa de misiles es no sólo un escudo

sino también una fuente que suministra los medios necesarios para un primer ataque nuclear en la esperanza de sobrevivir a una represalia, con las consecuencias esperables. China está respondiendo exactamente como se esperaba mediante el incremento de su capacidad militar nuclear ofensiva, lo que obliga a India a responder de la misma manera, lo que a su vez fuerza a Pakistán a responder, y luego todo esto tiene sus efectos sobre Medio Oriente y en gran parte del resto del mundo.

Otra vez, todo esto es conocido, sólo que a estas amenazas, incluyendo amenazas de destrucción masiva, no se les presta la suficiente y debida atención. Más evidencia sobre el ranking de las amenazas fue producida en septiembre y octubre de 2002. El 19 de septiembre, dos días después del anuncio de la nueva estrategia de la Seguridad Nacional, la administración Bush liquidó los esfuerzos internacionales para fortalecer la Convención sobre Armas Biológicas (Biological Weapons Convention-BWC) que contemplaba el suministro de mecanismos de fiscalización y control que impedirían el desarrollo de las mismas. Poco después, el 23 de octubre, Estados Unidos bloqueó los esfuerzos realizados en las Naciones Unidas para impedir la militarización del espacio –que la ONU describió correctamente como un grave peligro para la paz y seguridad internacional– y también bloqueó esfuerzos tendientes a reafirmar un protocolo de 1925 prohibiendo la guerra bacteriológica, amenaza muy seria para Estados Unidos, probablemente imposible de impedir. Un buen ejemplo son los ataques del ántrax: aún cuando el rastreo de este elemento condujo hasta un laboratorio federal, todavía no se ha descubierto de dónde provinieron esas acciones, lo que ilustra las dificultades existentes para impedir semejantes ataques. Los esfuerzos por prohibirlo fueron bloqueados por la administración Bush en octubre pasado. Desde 1999, Estados Unidos ha bloqueado esfuerzos por reafirmar y fortalecer el Tratado del Espacio Exterior de 1967 que prohíbe la militarización espacial. Éste también ha sido bloqueado desde el año 2000, y Washington también bloqueó negociaciones en la Conferencia sobre Desarme y Militarización del Espacio de las Naciones Unidas.

Recientemente, la Administración Bush anunció que ya no está limitada por el Artículo 6 del Tratado de No Proliferación Nuclear. Este artículo es el único que establece obligaciones para las potencias nucleares. Ya que se impone el compromiso de hacer esfuerzos de buena fe por eliminar las armas nucleares, sin embargo, todas las potencias lo han violado. De hecho, la administración Bush está desarrollando, de forma abierta y desembozada, nuevas armas nucleares que por supuesto hará que otros respondan de la misma manera.

Todas estas iniciativas aumentan los riesgos de supervivencia. Lo mismo es verdad en relación con la protección del medio ambiente: la negativa a aceptar los Protocolos de Kyoto y otros parecidos es bien conocido, y no hay absolutamente nada de nuevo en esto. Cualquiera que conozca algo de historia, incluyendo los acontecimientos más recientes, sabe que el registro histórico está repleto de ejemplos de líderes dispuestos a correr los riesgos de destrucción con tal de promover sus intereses de poder, dominación y enriquecimiento. La diferencia ahora es ante todo una diferencia de escala. Ahora las apuestas son mucho más altas. De hecho las apuestas son realmente la supervivencia de la humanidad.

La conclusión general, pienso, y parte de esto es la razón por la cual hay un sector de la élite que se opone a las formas peculiares de dominación auspiciadas por la administración Bush, es que la violencia es en efecto un poderoso instrumento de control. La historia así lo demuestra, pero los dilemas de la violencia no son insignificantes y debiéramos entenderlos en toda su complejidad.

NOTAS

*Profesor de Lingüística, Massachusetts Institute of Technology (MIT), Cambridge, Estados Unidos de Norteamérica.

1 Ver en este mismo libro el artículo de Francisco de Oliveira.

2 Ver en este mismo libro el artículo de Samir Amin.

3 Nuevamente remite al artículo de Samir Amin publicado en este mismo libro.

El papel de las ideas en la construcción de alternativas

Perry Anderson*

Mi tema de esta noche es centralmente el papel de las ideas en la construcción de alternativas. Pues bien, si Marx tenía razón, diciendo que las ideas dominantes en el mundo son siempre las ideas de las clases dominantes, es muy claro que estas clases –en sí mismas– no han cambiado nada en los últimos cien años. Es decir, los dueños del mundo siguen siendo los propietarios de los medios materiales de producción, a escala nacional e internacional. Sin embargo, es igualmente evidente que las formas de su dominación ideológica sí han cambiado, y de modo significativo. Quiero comenzar mi intervención, entonces, con algunas observaciones respecto de este punto.

Si atendemos a la situación mundial después de la derrota del fascismo en 1945, el escenario internacional se polarizaba entre el capitalismo y el comunismo. Cabe distinguir, sin embargo, que mientras en Oriente los soviéticos utilizaban los términos según la dupla mencionada, en la contraparte occidental, en cambio, los conceptos oficiales del enfrentamiento eran completamente distintos. En Occidente, la Guerra Fría fue presentada como una batalla entre la democracia y el totalitarismo. El bloque occidental no utilizaba el término “capitalismo” para autoreferenciarse, ya que éste era considerado básicamente un concepto del enemigo, un arma contra el sistema en lugar de una descripción del mismo. Occidente se expresaba en nombre del “Mundo Libre” y no del “Mundo Capitalista”.

En este sentido, el fin de la Guerra Fría produjo que, por primera vez en la historia, el capitalismo comenzara a proclamarse como lo que era, una ideología que anunciaba la llegada de un punto final del desarrollo social construido sobre los supuestos del libre mercado más allá del cual resultaba imposible pensar mejoras substanciales. Francis Fukuyama dio la expresión teórica más amplia y ambiciosa de esta visión del mundo en su libro *El Fin de la Historia*. Pero en otras expresiones más vagas y populares también se difundió el mismo mensaje: el capitalismo es el destino universal y permanente de la humanidad. No hay nada fuera de este destino pleno.

Este es el núcleo del neoliberalismo en tanto doctrina económica todavía masivamente dominante a nivel de los gobiernos en todo el mundo. Esta jactancia fanfarrona de un capitalismo desregulado, como el mejor de todos los mundos posibles, es una novedad del sistema hegemónico actual. Ni siquiera en los tiempos victorianos se proclamaba tan clamorosamente las virtudes y necesidades del reino del capital. Las raíces de este cambio histórico son claras: es un producto de la victoria cabal de Occidente en la Guerra Fría. Entiéndase bien, no simplemente de la derrota sino más bien de la desaparición total de su adversario soviético, y de la consiguiente embriaguez de las clases poseedoras, que ahora no necesitaban más eufemismos o circunlocuciones para disfrazar la naturaleza de su dominio.

Aquella contradicción entre capitalismo y comunismo del período de la Guerra Fría había estado siempre sobredeterminada por otra contradicción global; me refiero a la lucha entre los movimientos de liberación nacional del Tercer Mundo y las potencias coloniales e imperialistas del Primer Mundo. En ocasiones ambas luchas se fusionaron o entrecruzaron, como aquí en Cuba, o en China y Vietnam.

El resultado de una larga historia de combates anti-imperialistas fue la emergencia en todo el mundo de estados nacionales formalmente emancipados del yugo colonial y dotados de una independencia jurídica, gozando incluso de sede en las Naciones Unidas. El principio de la soberanía nacional muchas veces violado en la práctica por las grandes potencias, pero jamás puesto en entredicho, o en otras palabras, siempre afirmado por el derecho internacional e inscrito solemnemente en la Carta de las Naciones Unidas, ha sido la gran conquista de esta ola de luchas tercermundistas.

Pero en sus luchas contra el imperialismo, los movimientos de liberación nacional se vieron beneficiados –objetivamente– por la existencia y la fuerza del campo soviético. Aún cuando le faltara un apoyo material o directo por parte la Unión Soviética, la simple existencia del campo comunista impedía a Occidente, y sobre todo a Estados Unidos, aplastar estas luchas con

todos los medios a su disposición y sin temor de resistencias o represalias. La correlación de fuerzas globales no permitía, después de la Segunda Guerra Mundial, el tipo de campañas de exterminio libremente practicadas (por Francia en Marruecos, o Inglaterra en Irak) después de la Primera Guerra Mundial. Incluso Estados Unidos siempre trató de presentarse ante los países del Tercer Mundo como un país anti-colonialista, como el producto de la primera revolución anti-colonialista del continente americano. La competencia diplomática y política entre Occidente y Oriente en el Tercer Mundo favorecía a los movimientos de liberación nacional.

Con la desaparición del campo comunista se desvanecieron también las inhibiciones tradicionales que condicionaban al Norte en sus relaciones con el Sur, y éste es el segundo gran cambio de las últimas décadas. Su expresión en el campo de la confrontación de ideas ha sido un creciente asalto contra el principio de la soberanía nacional. Aquí el momento decisivo lo constituyó la guerra de los Balcanes (1999). La agresión militar contra Yugoslavia lanzada por la OTAN fue abiertamente justificada como una superación histórica del fetiche de la soberanía nacional, en nombre de valores más altos, es decir, en favor de los derechos humanos. Desde entonces, un ejército de juristas, filósofos e ideólogos ha construido una nueva doctrina de "humanismo militar", buscando demostrar que la soberanía nacional es un anacronismo peligroso en esta época de globalización, y que puede y debe pisotearse para universalizar los derechos humanos, tal como estos son entendidos por los países más avanzados y, por supuesto, ilustrados. Hoy, en Irak, vemos el fruto de esta "apoteosis" de los derechos humanos.

Innovaciones ideológicas: el "humanismo militar"

Así, se puede decir que en el campo de las ideas la nueva hegemonía mundial está basada en dos transformaciones fundamentales respecto del discurso dominante durante la Guerra Fría: a) la autoafirmación del capitalismo, declarado como tal y no simplemente como un mero sistema socioeconómico preferible al socialismo, sino como el "único" modo de organizar la vida moderna concebible para la humanidad de aquí a la eternidad; b) la abierta anulación de la soberanía nacional como clave de las relaciones internacionales entre los estados en nombre de los derechos humanos.

Demos cuenta brevemente de una conexión estructural entre estos dos cambios. El reinado ilimitado del capital presupone la cancelación de hecho de muchas de las prerrogativas clásicas de un estado nacional que, en consecuencia, pierde capacidades que le eran propias, como controlar la tasa de cambio, la tasa de interés, su política fiscal y finalmente la estructura misma de su presupuesto nacional. En este sentido, la anulación jurídica de la soberanía nacional –en provecho del humanismo militar– completa y formaliza un proceso de erosión ya bastante avanzado de la estructura del estado-nación.

Ahora bien, ¿son suficientes estas dos transformaciones ideológicas para constituir una nueva hegemonía mundial? No, porque una hegemonía exige algo más, exige la existencia de una potencia particular que organice y haga cumplir las reglas generales del sistema. En una palabra, no hay hegemonía internacional sin estado hegemónico. Una potencia hegemónica tiene que ser un estado particular –con una serie de atributos que, por definición, no pueden ser compartidos por otros estados, dado que son estas peculiaridades las que precisamente lo hacen una superpotencia por encima de los otros estados. Un estado particular capaz, pues, de desempeñar un papel universal como garantía del "buen funcionamiento" del sistema.

Nos resta mencionar, entonces, el tercero y más inesperado de los cambios en marcha. Mientras el neoliberalismo ofrece un marco socioeconómico universal, el "humanismo militar" propone un marco político universal. Con el colapso del bloque soviético, el radio de acción de la hegemonía norteamericana se ha extendido enormemente, volviéndose por primera vez verdaderamente global.

Cabe preguntarse entonces: ¿cómo se articula esta nueva prepotencia norteamericana con las innovaciones ideológicas del neoliberalismo y del humanismo militar? Lamentablemente, bajo una forma totalmente impensable hace sólo unos años atrás. Con paso firme el imperialismo ha

sido rehabilitado plena y cándidamente como un régimen político de alto valor, modernizante y civilizador. Fue el consejero de Anthony (Tony) Blair en materia de seguridad nacional, Robert Cooper, quien inició esta transvaluación contemporánea del imperialismo, dando como ejemplo conmovedor el asalto de la OTAN contra Yugoslavia. Después, el nieto de Lyndon Johnson, el jurista constitucional y estratega nuclear Philip Bobbit, con su libro –enorme por cierto– El Escudo de Aquiles, predijo la teorización más radical y ambiciosa de la nueva hegemonía norteamericana. Hoy, artículos, ensayos y libros que celebran el renacer del “Imperio Americano”, típicamente embellecido por largas comparaciones con el Imperio Romano y su papel civilizador, caen en cascadas de las imprentas en Estados Unidos.

Se debe subrayar que esta euforia neo-imperialista no es un exceso efímero de la derecha norteamericana; hay tanto demócratas como republicanos en el rango de sus próceres. Para cada Robert Kagan o Max Boot, hay una contraparte como Philip Bobbitt o Michael Ignatieff. Sería un error grave creer que ésta es la obra de un solo hombre. Que Ronald Reagan, o los Bush –padre e hijo– han sido capaces por sí solos de dar vida y crecimiento a estas ideas. Esto no es así. También James Carter y Bill Clinton, con sus Zbigniew Brzezinski y Samuel Bergers, realizaron su contribuciones, jugando papeles igualmente fundamentales en el desarrollo de este escenario político.

Podríamos expresarlo del siguiente modo: tanto el neoliberalismo como el neo-imperialismo han sido políticamente bipartidarios en Estados Unidos, así como también en su más estrecho aliado, el Reino Unido. No es que el papel de la centro-derecha y el desempeño de la centro-izquierda hayan sido idénticos en su emergencia y consolidación. Sin embargo, en ambos casos hubo una breve pero significativa intervención en el derrotero de este fenómeno. Así, el monetarismo neoliberal se inició en el Norte bajo los gobiernos de James Carter y Callaghan en los tardíos años setenta; fue dinamizado y ampliado enormemente bajo Ronald Reagan y Margaret Thatcher; y finalmente afianzado por Bill Clinton y Tony Blair. De modo análogo, las primeras iniciativas audazmente neo-imperiales fueron conformadas en Afganistán por Brzezinski; extendidas a Nicaragua, Grenada, Libia y otros sitios bajo Casey y Weinberger; y normalizadas como parte del sistema en el Medio Oriente y en los Balcanes por Albright y Berger.

Ahora, si tales son hoy en día los rasgos principales de la nueva hegemonía mundial en el campo de batalla de las ideas, ¿dónde se localizan los principales focos de resistencia a esta hegemonía, y qué formas específicas toman? Si miramos al escenario político global, podemos distinguir tres zonas geográficas distintas donde aparecen reacciones adversas a la hegemonía norteamericana.

Focos de resistencia global

A comienzos de 2003 Europa ha visto las manifestaciones callejeras más grandes de toda su historia en contra de la guerra que se preparaba en Medio Oriente. En España, Italia, Francia, Alemania, Inglaterra, millones de personas salieron a las calles a expresar su oposición a la invasión de Irak –incluso muchos ciudadanos norteamericanos optaron por manifestarse en contra de esta guerra. El centro de gravedad del movimiento pacifista internacional ha sido innegablemente europeo. ¿Cuánta esperanza se puede depositar en los alcances de esta importante reacción de la opinión pública europea? ¿Acaso se trató de un mero impulso inmediato y efímero? Sin duda influyó la inocultable hostilidad frente a la política de la Casa Blanca que sigue apareciendo reflejada en todos los sondeos posteriores a la guerra, como también en un torrente de artículos, manifiestos e intervenciones en los medios masivos de comunicación de los principales países del continente. Un tema concreto de esta ola reciente de anti-americanismo es la afirmación de una identidad histórica, propia de las sociedades europeas y absolutamente distinta respecto de la norteamericana. El filósofo J. Habermas y muchos otros intelectuales y políticos europeos teorizan esta diferencia como un contraste de valores. Europa sigue siendo más humana, más tolerante, más pacífica y más socialmente responsable frente a sus gobernados que su contraparte norteamericana.

Es claro que el modelo capitalista europeo ha sido, desde la Segunda Guerra Mundial, más regulador e intervencionista que el norteamericano, y que ningún estado europeo, y aún menos

la Unión Europea, goza de un poder militar lejanamente comparable con el que está a disposición de Washington. Pero hoy en día el neoliberalismo reina en todas las sociedades europeas con los mismos lemas que en el resto del mundo en términos de reducción de los gastos del estado, disminución de los beneficios sociales, desregulación de los mercados, privatización de las industrias y los servicios públicos. En este sentido, las diferencias estructurales entre la Unión Europea y Estados Unidos son cada vez menores. Lo que aparece es una vaga noción que da cuenta de la existencia de una distancia cultural entre dichas unidades políticas, aunque obviamente, las sociedades europeas se encuentran cada año que pasa más subordinadas a los productos de Hollywood y de la Silicon Valley. Sin embargo, esta distancia o reacción cultural europea a la que hacíamos referencia constituye una base muy débil en términos de una resistencia política duradera frente a Estados Unidos. Eso se ve muy claramente en el hecho de que la mayoría abrumadora de los manifestantes contra la guerra de Irak han apoyado fervorosamente la guerra contra Yugoslavia, cuya justificación y modus operandi eran más o menos idénticos. La diferencia principal parece centrarse en que en aquel entonces el presidente era Bill Clinton, un demócrata suntuoso y efusivo con el que tantos europeos se identificaban, y no el republicano George Bush, que les recuerda a un vaquero inaceptablemente hosco y rústico. En otras palabras, no hay oposición de principio contra el neo-imperialismo, solamente existe una “aversión de etiqueta” contra la figura de su mandatario actual. Por ello, no es casual que después de la conquista de Irak el movimiento pacifista europeo se encuentre en una situación de reflujo, aceptando el hecho consumado, y sin expresar ningún tipo de manifestación significativa de solidaridad con la resistencia nacional a la ocupación. A esto se suma el hecho de que los gobiernos europeos que se han opuesto inicialmente a la invasión de Irak (tal como Alemania, Francia y Bélgica) se han rápidamente acomodado a la conquista, buscando reparar tímidamente sus relaciones con la Casa Blanca.

Situémonos ahora en Medio Oriente. Aquí, el escenario es totalmente distinto, pues se combate armas en mano contra la nueva hegemonía mundial. Tanto en Afganistán como en Irak, a la conquista relámpago norteamericana le siguió una resistencia guerrillera tenaz en el espacio territorial que aún le causa serias dificultades a Estados Unidos. Además, no hay la más mínima duda del apoyo masivo de la opinión pública árabe de toda la región respecto a estas luchas de liberación nacional contra los ocupantes y sus títeres. Sería sorprendente si el mundo árabe no reaccionara de tal modo frente a las agresiones norteamericanas, dado que éstas se desarrollan en una zona ex-colonial que experimenta cada día, con la bendición de Washington, la expansión del colonialismo israelí en los territorios palestinos. Este trasfondo histórico separa desde el principio el modo en que se lleva a cabo la oposición árabe y la oposición europea con relación a la nueva hegemonía mundial, y para esto hay que tener en cuenta que algunas de las potencias europeas aludidas fueron ellas mismas los colonizadores originales de la región. Pero hay dos factores más que diferencian la resistencia árabe de la europea. Aquí también entra en juego un contraste cultural con la superpotencia —mucho más profundo que el desarrollado más arriba— porque se sostiene en una religión milenaria: el Islam. El islamismo contemporáneo, con todos sus matices, es infinitamente más impermeable a la penetración de la cultura e ideología norteamericana que la vaga identidad bienestarista de la que se jactan lo europeos. Como lo hemos visto repetidamente, aquel es capaz de inspirar actos de contrataque de una ferocidad sin par.

Además, esta antigua fe religiosa se conjuga con un sentimiento de nacionalismo moderno, rebelándose contra las miserias y humillaciones de una zona regida durante décadas por regímenes feudales o títeres corruptos y brutales. La combinación de lo cultural-religioso y de lo nacional hace de la resistencia islamo-árabe una fuerza que no se agotará fácilmente. Pero al mismo tiempo, ésta tiene sus límites. Le falta lo social, una visión creíble de una sociedad moderna alternativa a lo que busca imponer en el Medio Oriente la potencia hegemónica. Mientras tanto, siguen oprimiendo a sus pueblos los diversos regímenes tiránicos y atrasados de la región, todos sin excepción alguna prontos a colaborar con Estados Unidos, como han demostrado ad libitum la Liga Árabe, y la experiencia del la Primera Guerra del Golfo. Mencionamos ya dos de los focos de resistencia existentes: Europa y Medio Oriente. Pasamos ahora a desarrollar el tercer foco de resistencia, localizado en América Latina.

Singularidades de las resistencias latinoamericanas

En América Latina encontramos una combinación de factores mucho más fuerte y prometedora que en Europa o en Medio Oriente. Aquí y solamente aquí, la resistencia al neoliberalismo y al neo-imperialismo conjuga lo cultural con lo social y nacional. Es decir, comporta una visión emergente de otro tipo de organización de la sociedad, y otro modelo de relaciones entre los estados en base a estas tres dimensiones diferentes. De los tres rasgos decisivos que distinguen a esta región de las anteriores, éste es el primero a subrayar. En segundo lugar, América Latina –y esto es un hecho que a menudo se olvida– es la única región del mundo con una historia continua de trastornos revolucionarios y luchas políticas radicales que se extienden por algo más del último siglo. Ni en Asia, ni en África, ni en Europa, encontramos equivalentes a la sucesión de revueltas y revoluciones que han marcado la específica experiencia latinoamericana. El siglo XX ha empezado con la Revolución Mexicana que tuvo lugar antes de la Primera Guerra Mundial. Se trató de una revolución victoriosa, pero que también fue “purificada” en lo que hace a muchas de sus aspiraciones populares. Entre las dos guerras hay una serie de levantamientos heroicos y experimentos políticos que fueron derrotados pero merecen recordarse: el Sandinismo en Nicaragua, la revuelta aprista en Perú, la insurrección en El Salvador, la revolución del ‘33 en Cuba, la intentona en Brasil, la breve república socialista y el frente popular en Chile. Con la Segunda Guerra Mundial, sin embargo, comenzó un nuevo ciclo. El primer peronismo en su fase jacobina en Argentina, el bogotazo en Colombia y la revolución boliviana del ‘52. Al final de la década estalla la Revolución Cubana. Sigue una nueva ola de luchas guerrilleras a lo largo y ancho del continente, y finalmente no podemos dejar de mencionar la elección del gobierno de Salvador Allende en Chile.

Todas estas experiencias fueron aplastadas con el ciclo de dictaduras militares que comenzaron en Brasil en el ‘64 y luego allanaron el camino a Bolivia, Uruguay, Chile, Argentina en los años setenta de plomo. A mediados de la década, la reacción parecía victoriosa casi en todas partes. De nuevo, sin embargo, se encendió el fuego de la resistencia con el triunfo de la revolución sandinista, la lucha de los guerrilleros salvadoreños, y la campaña masiva para elecciones directas en Brasil. También este embate de insurgencia popular fue desmontado sin piedad. A mediados de los años noventa reinaban en casi todos los países latinoamericanos versiones criollas del neoliberalismo norteamericano, instaladas o apoyadas por Washington: los gobiernos de Carlos S. Menem en Argentina, Alberto Fujimori en Perú, Fernando Henrique Cardoso en Brasil, Salinas de Gortari en México, Sánchez Losada en Bolivia, etcétera. Finalmente, con una democracia estable restaurada, y políticas económicas excelentes, el Departamento de Estado creía que América Latina se había convertido en una retaguardia segura y tranquila del Imperio global. Sin embargo, pronto el paisaje político se radicalizaría una vez más. El ciclo popular más reciente, que comenzó con la revuelta zapatista en Chiapas, ya ha visto la llegada al poder de Chávez en Venezuela, las victorias de Ignacio Lula da Silva y Néstor Kirchner en Brasil y Argentina respectivamente, el derrumbe de Sánchez Losada en Bolivia, y los estallidos sociales repetidos en Perú y Ecuador.

Nos resta mencionar un tercer rasgo distintivo del escenario latinoamericano: aquí, y solamente aquí, encontramos coaliciones de gobiernos y de movimientos en un frente amplio de resistencia a la nueva hegemonía mundial. En Europa, el movimiento pacifista y alterglobalista ha sido mucho más extenso que la oposición diplomática de algunos gobiernos a la guerra de Irak. Esta asimetría entre la calle y el palacio ha sido una de las características más significativas de la situación europea, donde la mayoría de los gobiernos –Gran Bretaña, España, Italia, Holanda, Portugal, Dinamarca y todos los nuevos satélites de Washington en Europa del Este– no solamente apoyaron la agresión contra Irak, sino que participan en la ocupación, mientras que la mayoría de sus poblaciones se opusieron a la guerra. En Medio Oriente, esta asimetría entre la hostilidad casi unánime de la calle a la conquista de Irak y la complicidad casi unánime de los regímenes con el agresor es aún más dramática, o en efecto total. En América Latina, en contraste, se ve una serie de gobiernos que en grados y campos diversos tratan de resistir a la voluntad de la potencia hegemónica, y un conjunto de movimientos sociales típicamente más radicales que luchan para un mundo diferente, sin inhibiciones diplomáticas o ideológicas; allí se encuentran desde los zapatistas en México y los integrantes del Movimiento Sin Tierra (MST) en Brasil, a los cocaleros y mineros de Bolivia, los piqueteros de Argentina, los huelguistas de Perú, el bloque indígena en Ecuador, y tantos otros. Esta constelación dota al frente de resistencia de un repertorio de tácticas y acciones, y

de un potencial estratégico, superior a cualquier otra parte del mundo. En Asia, por ejemplo, puede haber gobiernos más firmes en su oposición a los mandos económicos y ideológicos norteamericanos –la Malasia de Mahathir es un caso obvio– pero faltan poderosos movimientos sociales; y donde existen tales movimientos, los gobiernos típicamente se muestran más o menos serviles, como en Corea del Sur, cuyo presidente ahora promete tropas para ayudar a la ocupación de Irak.

Limitaciones de la articulación gobierno-movimientos sociales

Teniendo en cuenta todo lo dicho hasta aquí, resulta lógico que las dos iniciativas más importantes de resistencia internacional a la nueva hegemonía mundial hayan sido concebidas y puestas en marcha en América Latina. La primera, por supuesto, ha sido la emergencia del Foro Social Mundial, con sus raíces simbólicas en Porto Alegre; y la segunda, la creación del G-22, en Cancún. En ambos casos, lo notable es un verdadero frente intercontinental de resistencia, que englobó de manera muy diversa movimientos en un caso y gobiernos en el otro. Ahora bien, tanto los Foros Sociales como el G-22 han concentrado sus esfuerzos de resistencia en el sector neoliberal del frente enemigo, es decir, esencialmente en la agenda económica de la potencia hegemónica y sus aliados en los países ricos. Aquí, correctamente, los blancos centrales han sido el Fondo Monetario Internacional (FMI) y la Organización Mundial del Comercio (OMC). En esta batalla de ideas, la noción de mercados libres, es decir, sistemas de intercambio de las mercancías, del trabajo, y del capital puros y autónomos, sin interferencias políticas u otras, ha sido cada vez más claramente expuesta con una mitificación. Todos los mercados, en todos los tiempos, son construidos y regulados políticamente: la única cuestión pertinente es qué tipo de política los moldea y determina. El neoliberalismo busca imponer su Gran Transformación (para usar la fórmula acuñada por Karl Polanyi). Como su predecesor, el estado victoriano, este proyecto a escala mundial comporta la imposición de reglas de comercio que favorecen los intereses de los estados y corporaciones metropolitanas en detrimento de los intereses de los países periféricos. El proteccionismo se vuelve un privilegio reservado al Norte, mientras que en el Sur es visto como una infracción a las leyes fundamentales de toda economía sana. Comparada con estas hipocresías, la noción medieval de un precio justo podría parecer un modelo de ilustración. El ataque que se llevó a cabo en Cancún contra las arrogancias ideológicas y abusos prácticos de la potencia hegemónica y sus aliados fue un acierto.

Sin embargo, y aquí las discrepancias entre gobiernos y movimientos se destacan, resistir a las pretensiones hegemónicas en el área del comercio, defender por ejemplo el MERCOSUR contra el ALCA, no puede conducir a resultados muy alentadores, si al mismo tiempo se obedece dócilmente al FMI y los mercados financieros en materias tan cruciales como la tasa de interés, el patrón fiscal, el sistema de pensiones, el así llamado superávit primario, para no hablar de respuestas a la exigencia popular de una redistribución igualitaria de tierras. Aquí el papel de los movimientos sociales se vuelve decisivo. Sólo su capacidad de movilizar a las masas de campesinos, obreros, trabajadores informales y empleados que combaten, si es necesario sin treguas, a gobiernos oscilantes u oportunistas, puede asegurar políticas sociales más igualitarias y justas. La democracia de la que se jactaban los gobiernos neoliberales de la última década siempre ha sido un asunto restringido y elitista, con baja participación electoral, y alta interferencia del poder del dinero. Una democracia que cuente con una resistencia efectiva a la nueva hegemonía mundial es algo distinto: requiere de un ejercicio del poder desde abajo, cuyas formas embrionarias se van delineando en los presupuestos populares de Porto Alegre, los comités de la insurgencia boliviana, la autoorganización de los ranchitos venezolanos, las ocupaciones del MST.

¿Quiénes y cómo combaten contra el neo-imperialismo?

Dejamos debida constancia de la existencia de brotes prometedores de resistencia regional e internacional contra el neoliberalismo. Se impone ahora interrogarse por la actual situación de impugnación del neo-imperialismo. Aquí el escenario se torna sombrío. Los primeros Foros Sociales han evitado cuidadosamente el tópico aparentemente demasiado candente del nuevo belicismo norteamericano. En Europa hubo no poca gente que, engullendo la idea de un

humanismo militar en defensa de los derechos humanos, apoyó el bombardeo de Belgrado. Entre los gobiernos, naturalmente, se ve aun menos apetito para enfrentar la potencia hegemónica en su terreno más fuerte, el campo militar. La reacción de los varios gobiernos latinoamericanos a la invasión de Irak se podría resumir en el repudio inmediato del cual fue objeto el desgraciado embajador chileno en las Naciones Unidas por parte del Presidente socialdemócrata Lagos, cuando en un momento distraído de una charla informal condenó la agresión anglo-americana, y por ello recibió una telegrama furioso por parte de La Moneda en donde se le ordenaba rectificar su lapsus. Chile no condenó la agresión, la lamentó. Los otros gobiernos latinoamericanos no han demostrado mayor coraje: las únicas dos excepciones fueron Cuba y Venezuela.

Ahora bien, este frente de resistencia a la nueva hegemonía mundial exige una crítica consistente de sus conceptos-claves. Aquí la batalla de ideas para la construcción de una alternativa tiene que concentrar sus miras en dos puntos decisivos: los derechos humanos y las Naciones Unidas, que se han vuelto hoy en día instrumentos de la estrategia global de la potencia hegemónica. Tomemos primero los derechos humanos. Históricamente, la declaración que la introdujo al mundo, de 1789, ha sido una de las grandes proezas políticas de la revolución francesa. Pero, como era de esperar, a esta noción fruto de la ideología de una gran revolución burguesa le faltaba una base filosófica que la sostenga. El derecho no es un fenómeno antropológico: es un concepto jurídico, que no tiene significado fuera de un marco legal que instituye tal o cual derecho en un código de leyes. No puede haber derechos humanos en abstracto, es decir, trascendentes respecto a cualquier estado concreto, sin la existencia de un código de leyes. Hablar de derechos humanos como si estos pudiesen pre-existir más allá de las leyes que les darían vida es una mitificación.

El hecho obvio es que no puede haber derechos humanos como si fuesen dados de una antropología universal, no solamente porque su idea es un fenómeno relativamente reciente, sino también porque no hay ningún consenso universal en la lista de tales derechos. De acuerdo con la ideología dominante, la propiedad privada inclusive, naturalmente la que concierne los medios de producción, es considerada un derecho humano fundamental proclamado como tal, por ejemplo, en la guerra contra Yugoslavia, cuando el ultimátum norteamericano a Rambouillet que deflagró el ataque de la OTAN exigió no solamente libertad y seguridad para la población de Kosovo, el libre movimiento de las tropas de la OTAN a través del territorio yugoslavo, sino también tranquilamente estipuló –cito– que Kosovo tiene que ser una economía del mercado. Incluso, dentro de los parámetros de la ideología dominante en los Estados Unidos, se contraponen diariamente el derecho a decidir con el derecho a vivir respecto al tema del aborto. No hay ningún criterio racional para discriminar entre tales construcciones, pues los derechos son constitutivamente maleables y arbitrarios como toda noción política: cualquiera puede inventar uno a su propio antojo. Lo que normalmente representan son intereses, y es el poder relativo de estos intereses lo que determina cuál de las diversas construcciones rivales predomina. El derecho al empleo, por ejemplo, no tiene ningún estatuto en las doctrinas constitucionales de los países del Norte; el derecho a la herencia, sí. Entender esto no implica ninguna postura nihilista. Si bien los derechos humanos (pero no los derechos legales) son una confusión filosófica, existen necesidades humanas que en efecto prescinden de cualquier marco jurídico, y corresponden en parte a fenómenos antropológicos universales –tales como la necesidad de alimentación, de abrigo, de protección contra la tortura o el maltrato– y en parte corresponden a exigencias que son, hegelianamente, productos del desarrollo histórico tales como las libertades de expresión, diversión, organización, y otras. En este sentido, en vez de derechos, es siempre preferible hablar de necesidades: una noción más materialista, y menos equívoca.

Pasemos ahora a nuestro humanismo militar, escudo ilustrado de los derechos humanos en la nueva hegemonía mundial. He observado que el Foro Social y más generalmente los movimientos alterglobalistas han prestado poca atención al neo-imperialismo, prefiriendo concentrar su fuego en el neoliberalismo. Sin embargo, hay un lema internacional movilizador muy sencillo que podrían adoptar. Este consiste en exigir el cierre de todas las bases militares extranjeras en todo el mundo. Actualmente, Estados Unidos mantiene tales bases en más de cien países a través del planeta. Debemos exigir que cada una de estas bases sea cerrada y evacuada, desde la más antigua e infame de todas, aquí en Guantánamo, hasta las más nuevas, en Kabul, Bishkek y Bagdad. Lo mismo para las bases británicas, francesas, rusas y

otras. ¿Qué justificación tienen estos tumores innumerables en el flanco de la soberanía nacional, si no es simplemente la *raison d'être* del Imperio y sus aliados?

Las bases militares norteamericanas constituyen la infraestructura estratégica fundamental de la potencia hegemónica. Las Naciones Unidas proveen una superestructura imprescindible de sus nuevas formas de dominación. Desde la primera Guerra del Golfo en adelante, la ONU ha funcionado como un instrumento dócil de sus sucesivas agresiones, manteniendo durante una década el bloqueo criminal de Irak, que ha causado entre 300 y 500 mil muertos, la mayoría niños, consagrando el ataque de la OTAN contra Yugoslavia, donde propició y sigue propiciando servicios post-ventas a los agresores en Kosovo, y ahora colaborando con los ocupantes de Irak para edificar un gobierno de marionetas norteamericanas en Bagdad, y coleccionando fondos de otros países para financiar los costos de la conquista del país. Desde la desaparición de la Unión Soviética, el mando de Washington sobre la ONU se volvió casi ilimitado. La Casa Blanca escogió directamente, sin ningún pudor, al actual Secretario General como su mayordomo administrativo en Manhattan, descartando a su predecesor como insuficientemente servil a los Estados Unidos. El FBI abiertamente escucha a escondidas a todas las delegaciones extranjeras en la Asamblea General. La CIA penetró sin siquiera desmentir sus actividades, de conocimiento público, el cuerpo de los así llamados inspectores en Irak, de pie a cabeza. No hay medida de soborno o chantaje que no utilice diariamente el Departamento de Estado para doblegar a los representantes de las naciones a su voluntad. Hay ocasiones, aunque cada vez más raras, cuando la ONU no aprueba explícitamente los proyectos y decisiones de Estados Unidos en los que Washington toma la iniciativa unilateralmente, y entonces la ONU lo autoriza post-facto, como un hecho consumado. Lo que jamás acontece ahora es que la ONU rechaza o condena una acción estadounidense.

La raíz de esta situación es muy simple. La ONU fue construida en los tiempos de F. D. Roosevelt y Truman como una máquina de dominación de las grandes potencias sobre los demás países del mundo, con una fachada de igualdad y democracia en la Asamblea General, y una concentración férrea del poder en manos de los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad, arbitrariamente escogido entre los vítores de una guerra que no tiene ninguna relevancia hoy. Esta estructura profundamente oligárquica se presta a cualquier tipo de mando y manipulación diplomáticos. Es esto lo que ha conducido a la organización –que en principio debería ser un baluarte de la soberanía nacional de los países pobres del mundo– a su prostitución actual, convertida en una mera máscara para la demolición de esta soberanía en nombre de los derechos humanos, transformados a su vez naturalmente en el derecho de la potencia hegemónica de bloquear, bombardear, invadir y ocupar países menores, según le venga en gana.

¿Qué remedio es concebible a esta situación? Todos los proyectos de reforma del Consejo de Seguridad se han hundido a partir del rechazo de los monopolistas del veto a renunciar a sus privilegios, que ellos tienen además el poder de proteger. Todos los reclamos de la Asamblea General para una democratización de la organización han sido, y serán, en vano. La única solución plausible a este impasse parecería ser el retiro de la organización de uno o varios países grandes del Tercer Mundo, que podrían deslegitimarla hasta que el Consejo de Seguridad sea forzado a aceptar su ampliación y una redistribución de poderes reales dentro de la Asamblea General. De la misma manera, además, la única esperanza de desarme nuclear serio es el retiro de uno o varios países del Tercer Mundo del infame Tratado de No Proliferación Nuclear –que debiera ser llamado Tratado para la Preservación del Oligopolio Nuclear– para forzar a los verdaderos detentores arrogantes de los armamentos de destrucción masiva a renunciar a sus privilegios.

Es necesario restaurar y promover cualquier resistencia seria a la nueva hegemonía mundial, ha dicho aquí Samir Amin. Estoy de acuerdo. Sólo añadiré que los principios de igualdad que se reclamen y ejerzan sean inclusivos, es decir, que no se restrinjan a lo económico-social dentro de las naciones, sino también a los aspectos político-militares entre las naciones.

Tal y como yo lo veo, estamos aún muy lejos de haber logrado este orden de cosas. Tan lejos como puede verse en la última resolución del Consejo de Seguridad, votada en este mismo mes de octubre, y en la cual el órgano supremo de las Naciones Unidas le da solemnemente su bienvenida al consejo títere de las fuerzas de ocupación de Irak designándolo como la

encarnación de la soberanía iraquí, condenando los actos de resistencia a la ocupación, llamando a todos los países a ayudar en la reconstrucción de Irak bajo los designios de esas mismas fuerzas títeres, y nombrando a los Estados Unidos como el mandatario reconocido de una fuerza multinacional de ocupación del país. Esta resolución, que no es otra cosa que el acto de bendición de la ONU a la conquista de Irak, fue aprobada unánimemente. La firmaron Francia, Rusia, China, Alemania, España, Bulgaria, México, Chile, Guinea, Camerún, Angola, Siria, Pakistán, Reino Unido y Estados Unidos. La Francia supuestamente gaullista, la China supuestamente popular, Alemania y Chile supuestamente social-demócratas, Siria supuestamente baasista, Angola rescatada una vez por Cuba de su propia invasión, para no hablar de los demás clientes más familiares de Estados Unidos, todos cómplices de la recolonización de Irak. Esta es la nueva hegemonía mundial. Combatámosla.

Nota

*Profesor del Departamento de Historia de la Universidad de California, Los Angeles (UCLA), y editor de la New Left Review.

Los sistemas políticos democráticos en los países avanzados: éxitos y desafíos

Robert A. Dahl*

He sido invitado para pronunciarme “sobre la situación actual y perspectivas de los sistemas políticos democráticos en las naciones avanzadas”, para lo cual recurriré a mis trabajos anteriores sobre el tema.

Puesto que una adecuada revisión sobre este punto excedería ampliamente nuestro tiempo, me centraré sólo en aquello que considero el desafío fundamental para los estados democráticos en los países avanzados: cómo alcanzar y sostener un nivel satisfactorio de igualdad política entre los ciudadanos de un país democrático. Aunque el problema de la igualdad política es también demasiado vasto en sus ramificaciones y complejidades como para tratarlo adecuadamente aquí, me gustaría explorar tres aspectos elementales. ¿Es la igualdad política una meta deseable? De serlo, ¿por qué plantea un desafío tan profundo para la democracia en los países avanzados? Finalmente, entonces, ¿existen innovaciones factibles de realizar sobre las actuales instituciones políticas de la democracia que puedan ayudar a hacer frente al logro de esta meta?

Democracias: viejas, nuevas, recientes

Permítanme comenzar con esta observación. Uno de los cambios más extraordinarios en toda la historia es el sorprendentemente rápido aumento en el número de sistemas democráticos en todo el mundo durante el siglo XX (Tabla 1). En 1900 existían sistemas políticos democráticos en sólo seis países –y en todos salvo en uno, Nueva Zelanda, el sufragio estaba restringido a los varones. Además, en el sur de Estados Unidos, la mayoría de los Afroamericanos estaban, en la práctica, excluidos del voto, y permanecerían así hasta mediados de los años sesenta del siglo pasado. Para 1930 el número de países democráticos se había incrementado a veintiuno, aunque en tres –Bélgica, Francia y Suiza– las mujeres estaban aún excluidas. Hacia mitad de siglo los países democráticos sumaban veinticinco –varios de los cuales terminarían convirtiéndose en dictaduras. Para fin de siglo, de ciento noventa y un países en el mundo, más de setenta eran democracias e incluían a casi la mitad de la población mundial¹.

Me parece útil clasificar a los países democráticos en tres grupos: las viejas democracias, las nuevas, y las democracias más recientes. Instituciones políticas democráticas han existido continuamente desde 1950 o antes en veintiún países. Denomino a éstos viejas democracias (Tabla 2). En otros catorce países democratizados luego de 1950, las instituciones democráticas han existido sin interrupciones desde 1980 (Lijphart, 1999, Tabla 4.1: 50). A éstas las llamo nuevas democracias. Finalmente, en treinta y siete países las instituciones democráticas han existido sólo desde 1981 o posteriormente a esa fecha: son las democracias más recientes (Diamond, 2003).

Los países democráticos más viejos poseen mucho en común. Por una parte, sus economías predominantemente de mercado producen niveles de ingreso muy altos. Estos van de un Producto Bruto Interno (PBI) de por encima de los 19 mil dólares per cápita en Nueva Zelanda a alrededor de los 30 mil o más en Noruega, Islandia, Irlanda, y Estados Unidos (Tabla 3). Los países con democracias más viejas también sobresalen por sus indicadores relativos a la calidad de vida, tal como es medida en el Índice de Desarrollo Humano. Este índice, preparado anualmente por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, incluye el PBI per cápita, la esperanza de vida al nacer, el nivel de alfabetización entre los adultos, la matrícula escolar, la expectativa general de vida y la educación (PNUD, 2003).

Las catorce democracias nuevas están bastante más mezcladas. El PBI per cápita de España, de 20 mil dólares, es un poco mayor que el de Nueva Zelanda, una vieja democracia. En el Índice de Desarrollo Humano, España se posiciona un poco más arriba que otras dos democracias más viejas, Italia y Nueva Zelanda, mientras que Portugal y Grecia le siguen muy

de cerca. Debajo de todas están Jamaica, con un PBI per cápita de 3.720 dólares, India con 2.840, y Nueva Guinea, con 2.570.

Los países democráticos más recientes son quizá aún más diversos. En la mayoría de ellos, las instituciones democráticas no habían existido nunca previamente. Chile y Uruguay son excepciones, porque ambos países experimentaron muchos años de democracia antes de que comenzara un intervalo de dictadura. Algunas de las democracias más recientes –Israel, Corea del Sur, Taiwán– tienen economías avanzadas y altos niveles de ingreso personal, mientras que en otras la mayor parte de la gente es desesperadamente pobre y carece de lo básico indispensable para una vida decente.

Como grupo, entonces, las viejas democracias poseen algunas ventajas excepcionales. Aún incluso en estos prósperos países en los cuales las instituciones políticas democráticas han sido bien establecidas, la igualdad política, considerada como un ideal, continúa planteando un serio desafío, y creo que continuará haciéndolo.

¿Es la igualdad política deseable?

Antes de examinar ese desafío podríamos preguntarnos si el movimiento hacia una mayor igualdad política es necesariamente bueno. Vuelvo a una de las preguntas iniciales: ¿es la igualdad política realmente una meta deseable? Aunque algunos entre nosotros puedan tener reservas, creo que si estamos preparados para hacer dos suposiciones, el alegato en favor de la igualdad política y la democracia se convierte en extraordinariamente poderoso. Cada presunción es, desde mi punto de vista, difícil de rechazar en discursos razonables y abiertos al público. La primera es la que hace referencia al juicio moral respecto del cual todos los seres humanos son de igual valor intrínseco, que ninguna persona es intrínsecamente superior en valor a otra, y que los bienes o intereses de cada persona deben ser dados a igual consideración³. Déjeme llamar a esto la presunción de la igualdad intrínseca. La alternativa – que algunos seres humanos son intrínsecamente de mayor valor que otros y que por lo tanto sus intereses deben ser objeto de una consideración especial– me parece tan moralmente oprobiosa que no puede ser defendida razonablemente en un discurso público. Pero incluso si aceptáramos este juicio moral, la difícil pregunta que inmediatamente surge es: ¿quién o qué grupo es el mejor calificado para decidir qué es realmente lo bueno para una persona, o cuáles son realmente sus intereses? Claramente, la respuesta variará dependiendo de la situación, los tipos de decisión, y las personas involucradas. Para justificar la igualdad política como un fin, pues, debemos plantear una segunda presunción. Si restringimos nuestro foco al gobierno de un estado, me parece que la presunción más segura y prudente diría algo así: entre adultos, ninguna persona está tan categóricamente mejor calificada que otras para gobernar de suerte tal que deba otorgársele una autoridad completa y final sobre el gobierno del estado (Dahl, 1989; 1998: 74 ss).

Aunque razonablemente podríamos agregar refinamientos y calificaciones a este prudente juicio, es difícil para mí ver cómo cualquier proposición substancialmente diferente podría ser sostenida, particularmente si nos acercamos a casos históricos cruciales en los cuales a un gran número de personas le ha sido negada la plena ciudadanía.

¿Alguien realmente cree hoy que cuando las clases trabajadoras, las mujeres y las minorías étnicas y raciales eran excluidas de la participación política, sus intereses eran considerados adecuadamente y protegidos por aquellos que tenían el privilegio de gobernar sobre ellos? Ahora bien, aún cuando la igualdad política sea una meta deseable, podría preguntarse si, como ocurre con la mayoría de otras metas valiosas, puede superponerse con la consecución de otros valores importantes, o si de hecho no puede efectivamente dañarlos. Y si así sucede, ¿no debería el justificado deseo de alcanzar otras metas atemperar nuestra búsqueda de igualdad política?

Consideren por ejemplo el conflicto que con frecuencia existe entre igualdad y libertad. En el segundo volumen de *La Democracia en América*, Alexis de Tocqueville parece ofrecer un escenario en el cual una excesiva igualdad en una sociedad democrática conduciría al deterioro de la libertad de pensamiento, de expresión, y de otros derechos fundamentales.

Desde su tiempo, esta visión ha sido subrayada con frecuencia por críticos temerosos de los posibles “excesos” de la democracia. De hecho, Tocqueville es a veces interpretado como previendo la posibilidad, o incluso la probabilidad, de que las mayorías puedan emplear sus derechos para destruir la democracia mediante el apoyo a gobernantes autoritarios. ¿Qué es lo que revela el siglo y medio de experiencia acumulada desde los tiempos de Tocqueville?

Antes de formular mi respuesta debo comentar que me asombra encontrar con frecuencia afirmaciones sobre el supuesto conflicto entre libertad e igualdad que no hacen ninguna mención de lo que me parece un requisito absolutamente esencial de cualquier discusión razonable sobre la relación entre ambas. Siempre que hablamos de libertad o derechos, ¿no estamos obligados a responder la pregunta respecto de libertad o derechos para quién?⁴

En lo que hace a la experiencia histórica, cuando examinamos el curso del desarrollo democrático en los últimos dos siglos, y particularmente en el siglo recién finalizado, lo que observamos es un patrón de desarrollo democrático que pareciera, a mi modo de ver, contradecir el escenario pesimista de Tocqueville.

A medida que las instituciones democráticas se arraigaban más profundamente en un país, en paralelo se asentaban los derechos políticos fundamentales, las libertades, y las oportunidades y la probabilidad de que ellas dieran lugar a un régimen autoritario se aproximaban a cero. Como todos sabemos, la democracia puede colapsar en una dictadura, pero tales derrumbes son extraordinariamente raros en democracias maduras. Es probable que ocurran en países que tropiezan con grandes crisis y tensiones sociales cuando sus instituciones democráticas son relativamente nuevas o frágiles. Crisis ocasionales parecen ser inevitables en la vida de todo país. Aún países con democracias maduras enfrentan conflictos severos: guerras, depresiones económicas, desempleo a gran escala, terrorismo, y otros desafíos. Pero nunca, o casi nunca, han dado paso a regímenes autoritarios.

En el siglo XX, en unas setenta ocasiones, las democracias han dado lugar a regímenes no democráticos. Con muy pocas excepciones estos colapsos han ocurrido en países en los cuales las instituciones democráticas eran muy nuevas –menos de una generación de antigüedad. De hecho, los únicos ejemplos en los cuales un quiebre democrático ocurrió en un país donde las instituciones democráticas habían existido por veinte años parecen ser Uruguay y Chile en 1973, aunque aún aquí el caso de Chile es algo menos claro por las restricciones al sufragio que habían sido sólo recientemente suprimidas. Con relación al famoso caso de la República de Weimar, es preciso recordar que habían transcurrido menos de catorce años antes de la toma del poder por los nazis, y las tensiones que soportaba el pueblo alemán –derrota en la Primera Guerra Mundial, seguida por una inflación que infligió daños enormes a la clase media y, luego, un desempleo masivo y continuado– fueron enormes.

El escenario pesimista de declinantes libertades tampoco es confirmado por la historia de los veintiún países en los cuales las instituciones democráticas han existido sin interrupciones desde mediados del siglo o más, las llamadas viejas democracias. En los últimos cincuenta años, ¿se han sistemáticamente estrechado, o convertido en menos seguros, los derechos fundamentales y las libertades de los ciudadanos en Islandia, Gran Bretaña, Noruega, Francia, Suiza, Australia, Nueva Zelanda, Estados Unidos? No veo cómo una respuesta afirmativa a esta pregunta podría sostenerse seriamente.

Aunque no deberíamos ignorar los daños o fracasos ocasionales, lo notable es la extensión que los derechos fundamentales, incluyendo los derechos políticos, han logrado en países democráticos en el pasado siglo, y no su contracción. Cambios que rompieron con prácticas antiguas y profundamente establecidas extendieron los derechos políticos fundamentales a grupos hasta ahora excluidos –notablemente mujeres y minorías raciales–, y profundizados hasta incluir derechos sociales y económicos sin precedentes.

Ideal vs. Real

Quiero ahora plantear una opción que se presenta como directamente opuesta a la perspectiva de que la igualdad política está en pugna con la libertad. Mi proposición es la siguiente: en

tanto que la meta de la igualdad política es expresada a través de las instituciones democráticas, en los hechos requiere de derechos y libertades fundamentales. Para ver por qué esto es así quiero introducir una distinción, que ha sido familiar al menos desde la época de Aristóteles, entre sistemas políticos ideales y reales. Por la misma razón que Aristóteles encontraba útil describir sus tres constituciones ideales para así clasificar sistemas existentes, una descripción de una democracia ideal provee un modelo contra el cual comparar diversos regímenes reales. Aunque la democracia ideal probablemente sea inalcanzable, exponer sus requisitos ideales es altamente útil para clasificar y evaluar sistemas políticos reales. Contar con una concepción del ideal –el tipo de sistema que nos gustaría emular– es también conveniente para diseñar instituciones políticas apropiadas, forjar estrategias de democratización, y demás.

Al clasificar sistemas políticos reales, comúnmente juzgamos a algunos como “democracias”, aunque disten algo del ideal, y probablemente disten demasiado, como cuando decimos que Estados Unidos, Francia, y Suecia, por ejemplo, son democracias. En efecto, concluimos que, no obstante la distancia que separa sus instituciones políticas reales del ideal que detentamos, ellas satisfacen en lo fundamental los requisitos democráticos necesarios en un nivel aceptable o, si se quiere, según un umbral mínimo para concebirlas como democracias.

¿Cómo debemos pues describir el ideal? Más allá de que ningún modelo de democracia puede reclamar aceptabilidad universal, es útil pensar en una democracia ideal como un sistema político que puede ser diseñado para miembros de una asociación dispuestos a tratarse recíprocamente, para propósitos políticos al menos, como políticamente iguales. Los miembros de la asociación –déjenme llamarlos colectivamente el demos– podrían, y de hecho casi ciertamente lo harían, considerar a unos y otros como desiguales en otros aspectos importantes. Pero si fueran a suponer que, a pesar de estas desigualdades, todos ellos deben poseer iguales derechos para participar plenamente en la determinación de las políticas, reglas, leyes u otras decisiones que se espera (o requiere) que todos los ciudadanos cumplan, entonces el gobierno de su estado tendrá, idealmente, que satisfacer una serie de criterios. Permítanme hacer un breve listado de los mismos:

- antes de que una política sea adoptada por la asociación, todos los miembros del demos tendrán iguales y efectivas oportunidades para hacerles saber a los demás sus puntos de vista sobre cuál debería ser la política.
- llegado el momento de la toma de decisión, todo miembro tendrá una igual y efectiva oportunidad para votar, y todos los votos serán contados como iguales.
- dentro de un tiempo razonable, cada miembro tendrá igual y efectiva oportunidad para aprender sobre las políticas alternativas relevantes y sus probables consecuencias.
- el demos tendrá la exclusiva oportunidad de decidir cómo, y si sus miembros los eligen, qué asuntos serán puestos en la agenda. De este modo el proceso democrático requerido por las tres características precedentes nunca se cerraría. Las políticas de la asociación estarán siempre abiertas a cambio por el demos, si éste así lo decidiera.
- todos los miembros del demos tendrán los derechos completos que están implícitos en los primeros cuatro criterios: un derecho a la efectiva participación; un derecho a la igualdad del voto; un derecho a la oportunidad de acceder a una ilustrada comprensión de los temas; y un derecho a participar, ejerciendo el control final sobre la agenda.

Democracia real

Como todos sabemos, el ideal democrático que acabo de describir es demasiado exigente para ser completamente alcanzado en el mundo real. Aunque he descrito a aquel ideal como aplicable a cualquier asociación, la asociación particular para la cual la democracia es más importante es, por supuesto, el estado. Para alcanzar igualdad política en un estado, tanto como pueda ser posible bajo las imperfectas condiciones del mundo real, ciertas instituciones políticas reales –aunque no signifique esto ideales– serían requeridas para gobernar el estado.

En medio de las imperfecciones del mundo real, estas instituciones reales serían necesarias, pero sin duda estarían lejos de ser suficientes para alcanzar el ideal. Además, las instituciones democráticas en el mundo moderno, a diferencia de los gobiernos de las ciudades-estado griegas y las repúblicas medievales de Italia, tendrían que ser apropiadas para gobernar un estado que abarcara un gran territorio, tan extenso como, por ejemplo, Estados Unidos. Esto es, tales instituciones deberían garantizar el ejercicio de una democracia representativa antes que el de una democracia directa como la que conocieron las ciudades-estado griegas o las pequeñas repúblicas italianas. No hay necesidad de describir las instituciones políticas básicas de gobierno representativo en una democracia moderna, pero en este punto debería ser obvio que tal como en el ideal, también en la práctica real la existencia de una democracia representativa presupone que todos sus ciudadanos adultos posean un cuerpo de derechos fundamentales, libertades, y oportunidades. Estas incluyen:

- el derecho a votar en la elección de funcionarios en elecciones libres y honestas;
- el derecho a competir por cargos electivos;
- el derecho a la libre expresión;
- el derecho a formar y participar en organizaciones políticas independientes, incluyendo partidos políticos;
- el derecho al acceso a fuentes de información independientes;
- derechos a cualesquiera otras libertades y oportunidades que puedan ser necesarias para la operación eficaz de las instituciones políticas de democracia en gran escala.

Finalmente, para ser enteramente democrático tal como ahora entendemos el ideal, todos o a la mayoría de los adultos residentes bajo su jurisdicción y obligados por sus leyes deben poseer estos derechos. Es necesario agregar que aunque la mayoría de los demócratas hoy considerarían la completa inclusión especificada por este criterio un requisito necesario si un estado ha de ser gobernado democráticamente, antes del siglo XX la mayoría de los partidarios de la democracia lo habría rechazado (Dahl, 1989; 1998 y Tabla 4 en este artículo).

Es obvio, pues, que la democracia, tanto en su concepción ideal como en su materialización en una serie real de instituciones políticas, es necesariamente un sistema de derechos, libertades, y oportunidades. Estas son requeridas, no meramente por definición, para que un sistema democrático de gobierno exista en el mundo real. Si consideramos estos derechos políticos, libertades y oportunidades como fundamentales en algún sentido, luego en la teoría y en la práctica la democracia no está en conflicto con la libertad. Por el contrario, las instituciones democráticas son necesarias para la existencia de algunos de nuestros derechos y oportunidades más fundamentales. Si estas instituciones democráticas, incluyendo los derechos, libertades y oportunidades que ellas personifican, no existen en un país, luego en esa misma medida ese país no es democrático. Cuando desaparecen estos derechos, como sucedió en la Alemania de Weimar, Uruguay, y Chile, también desaparece la democracia e igual criterio vale para la relación inversa. En consecuencia, cuando la democracia reaparece, necesariamente renuevan su existencia los derechos fundamentales, libertades y oportunidades. La conexión, entonces, no es en ningún sentido accidental. Es inherente.

Los vínculos entre igualdad política, democracia, derechos, libertades y oportunidades fundamentales son aún más profundos. Si un país ha de mantener sus instituciones democráticas a través de sus inevitables crisis, necesitará un cuerpo de normas, creencias y hábitos que provean apoyo para las instituciones en buenos y malos tiempos –una cultura democrática que sea transmitida de una generación a la siguiente. Una cultura democrática no sólo apoyará los derechos, libertades y oportunidades fundamentales que las instituciones democráticas requieren. También contribuirá con la formación de personas que avalarán la ampliación de estos derechos y oportunidades. Ciertamente la historia de siglos recientes demuestra que es precisamente en países democráticos donde las libertades prosperan.

Permítanme repetir: necesitamos siempre tener en mente que ciertas instituciones políticas

pueden ser necesarias para aproximarse a la democracia ideal, pero pueden no ser suficientes para cerrar completamente la brecha entre democracia ideal y real. De hecho, como es casi siempre el caso con ideales muy exigentes, tenemos buenas razones para suponer que aún bajo las circunstancias más favorables la brecha seguirá siendo bastante grande. En resumen, juzgada por los exigentes estándares fijados por los ideales democráticos, la democracia real, tal como la conocemos, sin duda se encuentra bastante lejos de ser enteramente democrática.

Desafíos

¿Será la creencia en la deseabilidad de la democracia, que tantos ciudadanos de las viejas democracias parecieran poseer, capaz de resistir a futuros desafíos?

Es fácil soñar con posibles escenarios, pero imposible, pienso, estimar con precisión sus probabilidades o consecuencias. Entre los desafíos factibles, un cierto número aparece como particularmente importante para mí. Pero como una exploración adecuada de cualquiera de estos requeriría una conferencia por sí sola, me limitaré a describir cada uno de ellos brevemente.

a) Alcanzar un equilibrio deseable entre las necesidades de los dos sistemas básicos: el político y el económico. Durante la última mitad del siglo XX las economías predominantemente no mercantiles, centralizadas y controladas por el estado, se revelaron no sólo como ineficientes sino también como incompatibles con instituciones democráticas porque necesariamente otorgaban un excesivo poder a los líderes políticos. Como resultado, su atractivo e incluso su presencia han desaparecido por todo el mundo. En todas las viejas democracias –de hecho en todos los países democráticos e incluso en la mayoría de los no democráticos, como China hoy– los bienes y servicios son predominantemente producidos y distribuidos por empresas no estatales en economías de mercado más o menos competitivas. Pero aunque un sistema político democrático y una economía de mercado son en muchas maneras mutuamente complementarios, no forman una pareja completamente feliz⁵. Si creemos que en un orden político democrático los ciudadanos deben ser relativamente iguales en sus recursos políticos y de este modo en sus capacidades para influenciar en las políticas y decisiones gubernamentales, el origen de la tensión entre igualdad política y una economía de mercado es virtualmente evidente. Entre otros problemas, una economía de mercado genera automáticamente desigualdades significativas en la distribución de recursos de todo tipo, y estos recursos son rápidamente convertibles en recursos políticos que pueden ser utilizados para la adquisición de influencia sobre el gobierno. Consecuentemente, los dos sistemas, económico y político, permanecen en tensión perpetua, con ajustes constantes y reajustes de los límites entre los dos. Las visiones decimonónicas sobre un orden económico que eliminaría aquella tensión han colapsado en casi todo el mundo, y ninguna “Gran Alternativa” viable está a la vista (Dahl, 1976).

b) Aunque las organizaciones internacionales se han convertido en el lugar donde se toman importantes decisiones, y lo serán sin duda aún más en el futuro, tales organizaciones no son gobernadas democráticamente y probablemente nunca lo serán. En cambio, continuarán siendo gobernadas, creo yo, principalmente por negociaciones entre élites burocráticas y políticas operando dentro de los vastos límites impuestos por tratados y acuerdos internacionales. Así es que plantean una pregunta crucial, de doble filo: ¿pueden ser transformadas en democráticas, o al menos, en más democráticas? Y para el caso de que no puedan serlo, ¿cómo obligarlas a ser suficientemente responsables, para que sus procesos de toma de decisiones sean consecuentes con los valores democráticos básicos –notablemente, con la igualdad política?⁶

c) Como resultado de la inmigración legal e ilegal y un fuerte desarrollo de lo que a veces es denominado políticas de identidad, la diversidad cultural y los clivajes están aumentando en casi todos los viejos países democráticos. Tan desagradable como esta reflexión pueda ser, sabemos que la diversidad cultural tiende a estimular conflictos que son extremadamente difíciles de resolver pacíficamente por medio de discursos y compromisos, y por tanto amenazan con inspirar acciones que pueden dañar fundamentales derechos democráticos y oportunidades. En muchos de los viejos países democráticos de Europa –y en Japón– la

asimilación a lo largo de diversas generaciones, en el modelo que ha sido exitoso en Estados Unidos⁷, puede ser mucho más difícil de alcanzar. Puesto que el declive de la natalidad en casi todos los viejos países democráticos requerirá de la inmigración para mantener una adecuada fuerza laboral, el problema probablemente continuará durante buena parte del siglo XXI.

d) Persiste una alta probabilidad de que terroristas, empleando armas pequeñas y de fácil transportación, ataquen las principales áreas metropolitanas. De ninguna manera es improbable que algunos puedan emplear armas nucleares, biológicas o químicas y causar enorme devastación, muerte, y enfermedades. Como la experiencia norteamericana lo demuestra, los costos humanos de ataques terroristas podrían estimular fuertes demandas de severas restricciones sobre los derechos civiles, en detrimento del proceso democrático.

e) Finalmente, permítanme mencionar lo que he llamado el problema de la competencia cívica (Dahl, 1997[a]: Vol. I, 211-228). Aunque sería fácil sugerir estándares de información y comprensión de los asuntos públicos entre los ciudadanos tan altas que resultarían humanamente imposibles de alcanzar, podríamos razonablemente reducir un tanto nuestras aspiraciones y conformarnos con el “ciudadano adecuado” o “suficientemente bien” informado. Este poseerá incentivos lo suficientemente fuertes como para obtener un mínimo de conocimiento relativo a sus propios intereses y a las opciones políticas que más probablemente los promuevan, así como para actuar en nombre de estas opciones.

Sin embargo, como las políticas públicas se han convertido en más y más complejas, y, como ocurre con los asuntos internacionales, distantes de las experiencias directas y preocupaciones inmediatas de muchos ciudadanos, el alcanzar incluso este nivel más realista de competencia adecuada entre los ciudadanos presenta un formidable desafío. Un gran y creciente cuerpo de evidencia revela que en todos los países democráticos, incluyendo las viejas democracias, muchos ciudadanos tienen una comprensión deficiente de las políticas que tendrán consecuencias directas e importantes para sus intereses básicos. Esto es verdad no sólo en el caso más obvio, los asuntos internacionales, sino en muchas otras cuestiones también. Y es probable que las políticas públicas continúen incrementando su complejidad, imponiendo así obstáculos aún mayores a la comprensión ciudadana.

Las instituciones que se han desarrollado en países democráticos en el pasado siglo y antes para facilitar el entendimiento público incluyen alfabetización extendida, educación universal, prensa libre, libertad de discusión, líderes políticos en competencia activa por cargos oficiales en campañas donde se proponen políticas que desafían a las del gobierno, y muchas otras. Por esenciales que éstas sean para una ciudadanía informada, no parecen estar a la altura de las exigencias que impone la tarea de fortalecer la ilustración pública. En un momento sugeriré una nueva y muy viable innovación que ayudará a alcanzar el nivel de competencia cívica y compromiso ciudadano.

En los más viejos países democráticos, muchos académicos, intelectuales públicos, instituciones de investigación, y otros –incluyendo, sin duda, algunos en mi audiencia– están comprometidos en crear propuestas para responder a los desafíos que describí antes. Si bien no tengo el tiempo ni la competencia para describirlos acá, quiero ofrecer un ejemplo. Voy a describir una propuesta diseñada para ayudar a enfrentar el desafío planteado por el problema aludido anteriormente.

Se trata de la “Encuesta Deliberativa”, creada por el politólogo y filósofo político norteamericano James Fishkin⁸. He aquí una descripción reciente de sus características esenciales:

“Una “Encuesta Deliberativa” es un estudio de una muestra al azar de ciudadanos antes y después que el grupo haya tenido la chance de deliberar seriamente sobre un asunto. El proceso comienza seleccionando una muestra representativa de la población y formulándole a cada persona una serie de preguntas sobre el asunto a ser considerado en la “Encuesta Deliberativa”. Este estudio inicial es el tipo estándar conducido por los científicos sociales que investigan la opinión pública. Quienes responden son luego invitados a un lugar para un fin de semana de discusión. Un pequeño honorario y gastos del viaje son pagados para reclutar una muestra representativa”.

“En preparación para el evento, a los participantes se les envía documentación cuidadosamente equilibrada para facilitar la discusión. Estos materiales son minuciosamente supervisados para garantizar su equilibrio y precisión por un cuerpo consultivo de relevantes expertos y activistas. Al llegar, los participantes son distribuidos al azar en pequeños grupos con moderadores entrenados. Cuando se reúnen en pequeños grupos, los participantes no sólo discuten el asunto general que provee el foco de atención para la deliberación. También tratan de identificar preguntas claves que ameriten posteriores exploraciones, y luego traen estas preguntas a paneles –formados por expertos o elaboradores de políticas con puntos de vista alternativos– en sesiones plenarias más grandes. Los pequeños grupos y las sesiones plenarias se alternan durante todo el fin de semana. Al final del proceso, a los participantes se les aplica el mismo cuestionario que les fuera entregado en el primer contacto.”

“Estos normalmente revelan grandes cambios en la distribución de la opinión ciudadana. Cuando la gente común tiene la oportunidad de considerar seriamente todos los lados de una cuestión, aprovecha para estar mucho más informada. Sus ponderados juicios al final del proceso demuestran niveles más elevados de conocimiento y mayor consistencia con sus valores y presunciones básicas. Estos experimentos demuestran que el público tiene capacidad para tratar asuntos públicos complejos. La dificultad es que normalmente le falta un contexto institucional que lo motive efectivamente para hacer tal cosa” (Ackerman y Fishkin, 2003).

Una “Encuesta Deliberativa” de este tipo es más que una idea abstracta. Es un medio sumamente práctico y bien probado que ya ha sido utilizado en muchas ocasiones en muchos países –Estados Unidos, Gran Bretaña, Suecia, Dinamarca, y en otras partes.

En una audaz nueva propuesta, Fishkin y el profesor Bruce Ackerman, de la Escuela de Derecho de la Universidad de Yale, quieren ahora extender la “Encuesta Deliberativa” a una esfera más amplia. Ellos planean reunir quinientos ciudadanos durante dos días anteriores a la elección presidencial para “considerar los ‘principales temas nacionales’ designados por los contendientes” (Ackerman y Fishkin, 2003). No debería intentar presentar los detalles de su diseño, el cual han descrito como “un ensayo en utopismo realista”. Lo menciono sólo para mostrar cómo los desafíos que describí antes engendrarán búsquedas de soluciones creativas. Mientras muchas de las soluciones propuestas, quizá la mayoría, probablemente nunca sean adoptadas, como lo muestra el ejemplo de la “Encuesta Deliberativa,” reformas factibles y realistas se encuentran dentro de nuestro alcance.

¿Pueden las viejas democracias enfrentar los desafíos que acabo de describir –y sin duda otros que no he descrito? ¿Es posible que bajo el impacto de estos desafíos se erosione irreparablemente la confianza en el valor de la democracia en los países democráticos, donde los ciudadanos ya están seriamente descontentos con sus principales instituciones políticas?

No debemos olvidar que los sistemas democráticos en los viejos países democráticos han probado ser extraordinariamente fuertes y adaptables. De hecho, es por su capacidad de sobrevivir que podemos ahora designarlos como viejas democracias. Las democracias más viejas se las arreglaron para sobrevivir a través de grandes depresiones económicas, desempleo masivo, inflación, guerra, y liderazgo incompetente o escandaloso.

Que una democracia sea capaz de sobrevivir retos como estos requiere, entre otras cosas, un cuerpo de ciudadanos razonablemente confiado en que las cualidades esenciales de un orden democrático son claramente superiores a cualquier alternativa viable no democrática, y por eso permanecen en gran parte inmunes a las tentaciones de autoritarismo. La evidencia que tenemos, si bien puede ser imperfecta, parece indicar que muchísima gente en países democráticos no sólo entiende lo que son estas cualidades básicas sino que también las valora grandemente.

Pero creo que sería un error ignorar los desafíos que enfrentan los gobiernos democráticos. Para tomar un término extensamente utilizado para describir a la Unión Europea, confrontamos un déficit democrático en las instituciones políticas de las democracias más viejas, así como en

las nuevas y en las más recientes. Este déficit democrático presenta un desafío a los politólogos, abogados constitucionalistas y líderes políticos.

Si este desafío fuera a ocupar un lugar significativo en la labor de los científicos sociales, mantendría a muchos de nosotros fructíferamente ocupados por un largo tiempo en el futuro. Y lo que es más importante, nuestras contribuciones podrían incluso ayudar a mantener viva y saludable a la democracia en el siglo venidero.

Tabla 1

Países democráticos: 1900-1995

Década	Países Democráticos	Países no Democráticos	Porcentaje de Democracias
1900-09	8	40	17%
1920-29	22	42	34%
1940-49	25	50	33%
1960-69	40	79	34%
1994-97	86	106	45%

Fuente: Robert A. Dahl 1989 Democracy and Its Critics, Table 17.2, 240.

Tabla 2

Países constantemente democráticos desde 1950

Países constantemente democráticos desde 1950	
1	Australia
2	Austria
3	Bélgica
4	Canadá
5	Dinamarca
6	Finlandia
7	Francia
8	Alemania
9	Islandia
10	Irlanda
11	Israel
12	Italia
13	Japón
14	Luxemburgo
15	Países bajos
16	Nueva Zelanda
17	Noruega
18	Suecia
19	Suiza
20	Reino Unido
21	Estados Unidos

*Costa Rica podría razonablemente ser agregada a esta lista dado que inició su transición a la democracia unos pocos años después.

Tabla 3

Las viejas democracias: PBI per cápita (en dólares norteamericanos) 2001

PBI por orden		GDP por Cápita US\$
1	Luxemburgo	53.780
2	Estados Unidos	34.320
3	Irlanda	32.410
4	Islandia	29.990
5	Noruega	29.620
6	Dinamarca	29.000
7	Suiza	28.100
8	Países Bajos	27.190
9	Canadá	27.130
10	Austria	26.730
11	Bélgica	25.520
12	Australia	25.370
13	Alemania	25.350
14	Japón	25.130
15	Italia	24.670
16	Israel	19.790
17	Finlandia	24.430
18	Suecia	24.180
19	Reino Unido	24.160
20	Francia	23.990
21	Nueva Zelanda	19.160

<>

Fuente: PNUD, Indicadores de Desarrollo Humano, 2003.

Tabla 4

La relación entre las instituciones de la democracia real (gran escala) y los requisitos de una democracia ideal

En una unidad extensa como un país, estas instituciones políticas...	...son necesarias para satisfacer estos criterios de democracia ideal
1. Representantes electos	Participación efectiva Control de la agenda
2. Elecciones libres, honestas, y frecuentes	Igualdad de votación Participación efectiva
3. Libertad de expresión	Participación efectiva Entendimiento ilustrado Control de la agenda
4. Fuentes alternativas de información	Participación efectiva Entendimiento ilustrado Control de la agenda
5. Autonomía de asociación	Participación efectiva Entendimiento ilustrado Control de la agenda
6. Completa inclusión de todos los miembros del demos	Participación efectiva Igualdad de votación Entendimiento ilustrado Control de la agenda

Fuente: Robert A. Dahl, 1998 *On Democracy* (New Haven: Yale University Press) Figura 7.

Bibliografía

Ackerman, Bruce y James Fishkin 2003 *Deliberation Day* (New Haven: Yale University Press).

Archibugi D. y D. Held 1995 *Cosmopolitan Democracy* (Cambridge: Polity Press).

Benn, Stanley I. 1967 "Egalitarianism and the Equal Consideration of Interests", en Pennock, J. R. y J. W. Chapman *Equality (Nomos IX)* (Nueva York: Atherton Press).

Dahl, Robert 1989 *Democracy and Its Critics* (New Haven: Yale University Press).

Dahl, Robert 1992 "The Problem of Civic Competence", en *Democracy (Washington)* Vol. 3, N° 4, Octubre, 45-59. Reimpreso en Dahl (1997[a]).

Dahl, Robert 1994 "From Immigrants to Citizens: A New Yet Old Challenge to Democracies", en en (Dahl, 1997).

Dahl, Robert 1997[a] *Toward Democracy: A Journey, Reflections: 1940-1997* (Institute of Governmental Studies Press: Universidad de California).

Dahl, Robert 1997 [b] "On Deliberative Democracy: Citizen Panels and Medicare Reform", en *Dissent* (Verano).

Dahl, Robert 1998 *On Democracy* (New Haven: Yale University Press).

Dahl, Robert 1999 "Can International Organizations be Democratic? A Skeptic's View", en Ian Shapiro y Casiano Hacker-Gordon *Democracy's Edges* (Cambridge: Cambridge University Press).

Dahl, Robert 2001[a] "The Future of Political Equality", en Keith Dowding, James Hughes, y Helen Margetts (editores) *The Challenges to Democracy: The PSA Yearbook 2000* (Manchester: Macmillan Press).

Dahl, Robert 2001[b] "Is Post-National Democracy Possible?", en Sergio Fabbrini (editor)

Nation, Federalism, and Democracy. The European Union, Italy, and the American Federal Experience (Bologna: Editrici Compositori).

Dahl, Robert y Charles E. Lindblom 1976 (1953) Politics, Economics, and Welfare (Nueva York: Harper and Row-Universidad de Chicago Press).

Diamond, Larry 2003 "Can the Whole World Become Democratic? Democracy, Development, and International Policies" en Center for the Study of Democracy/Irvine: University of California) Paper 0305.

Fishkin, James S. 1991 Democracy and Deliberation, New Directions for Democratic Reform (New Haven: Yale University Press).

Fishkin, James S. 1995 The Voice of the People, Public Opinion and Democracy (New Haven: Yale University Press).

Lijphart, Arend 1999 Patterns of Democracy, Government Forms and Performance in Thirty-Six Countries (New Haven: Yale University Press).

PNUD 2003 Informe de Desarrollo Humano, Sitio Web:
Sen, Amartya 1992 Inequality Reexamined (Cambridge, MA: Harvard University Press).

Notas

*Profesor Emérito, Universidad de Yale, Estados Unidos.

1 Larry Diamond (2003) recientemente ha clasificado a setenta y dos países como "democracias liberales", esto es, países que poseen las instituciones básicas de la democracia. Identifica un adicional de treinta y un países como "democracias electorales". En estos, "las principales posiciones de poder político se ocupan a través de elecciones regulares, libres, honestas, y competitivas (y por tanto multipartidarias). La democracia electoral puede existir en países con violaciones significativas de derechos humanos, corrupción masiva, y un débil imperio de la ley". Normativamente no sostengo que deberíamos darnos por satisfechos con semejante democracia vaciada de contenido como nuestra meta. El objetivo para todo país debería ser un sistema político que combine, por un lado, democracia y libertad; por otra parte, el imperio de la ley y el buen gobierno. Como Guillermo O'Donnell ha argumentado incisivamente, un sistema político verdaderamente responsable requiere de tres componentes. Uno es el democrático, que permite a los ciudadanos elegir a sus gobernantes en elecciones libres y honestas y participar y expresarse en otros procesos políticos. El segundo es liberal, limitando el poder del estado de avanzar sobre los derechos básicos de la persona, y de este modo afirmando las libertades civiles y los derechos de la minoría. El tercero es republicano, garantizando el imperio de la ley y el buen gobierno a través de instituciones de responsabilidad horizontal que controlen y balanceen al poder ejecutivo (y de otras formas de poder), al paso que asegura que todos los actores, públicos y privados, son iguales ante la ley. Cuando estas tres metas normativas se combinan, tenemos al segundo, mayor umbral de la democracia, lo que denomino democracia liberal.

2 En la siguiente sección reproduzco libremente lo escrito en mi artículo "The Future of Political Equality" (2001[a]).

3 Un análisis más completo sobre este asunto puede encontrarse en Democracy and Its Critics (1989). Ver también On Democracy (1998). En estos trabajos y en otras partes me he inspirado en la obra de Stanley I. Benn (1967: 61-78).

4 Coincido con Amartya Sen cuando señala que "Es razonable que para tener cualquier tipo de plausibilidad los argumentos éticos en cuestiones sociales deban implicar una elemental consideración de igualdad para todos en algún nivel visto como crítico. La ausencia de semejante igualdad convierte a una teoría en arbitrariamente discriminatoria y difícil de defender. Los libertarios", continúa diciendo, "deben pensar que es importante que la gente

tenga libertad. Pero, dado ésto, otras preguntas surgirán inmediatamente: ¿quién, cuánto, cómo se distribuye, cuán igual?" (1992: 17-22, nuestra traducción).

5 Dejo este problema y los tres que siguen sin desarrollar aquí porque los he descrito más completamente en alguna otra parte. Sobre la tensión entre una economía de mercado y democracia ver Dahl (1998, capítulos 13 y 14). Este es uno de mis tantos esfuerzos de muchos años por discutir el problema de una economía de mercado en el contexto de la teoría y práctica democrática, empezando en 1940 con el artículo "On The Theory of Democratic Socialism" recientemente reeditado en *Toward Democracy: A Journey, Reflections: 1940—1997* (Vol. II, 553-583). Discuto el problema de la democracia y las organizaciones internacionales en "Can International Organizations be Democratic? A Skeptic's View," en Ian Shapiro y Casiano Hacker-Gordon (1999: 19-36). Sobre el desafío de la complejidad, invito a consultar "The Problem of Civic Competence", en Dahl (1997[a]: Vol. I, 211-228). Finalmente, sobre diversidad, ver "From Immigrants to Citizens: A New Yet Old Challenge to Democracies", en Dahl (1997[a]: Vol. I, 229-250).

6 La pregunta ha estimulado un gran debate. Para un punto de vista, ver mi "Can International Organizations be Democratic? A Skeptic's View", en Dahl (1999: 19-36) y "Is Post-national Democracy Possible?", en Dahl (2001[b]: 35-46). Para puntos de vista más optimistas, ver D. Archibugi y D. Held (1995).

7 Uno debe retener siempre en mente dos principales excepciones: los afroamericanos y los americanos nativos (los pueblos indígenas).

8 Para una formulación más temprana, ver James S. Fishkin (1991; 1995). Esta última publicación cuenta con apéndices sobre ocho encuestas deliberativas en Gran Bretaña y Estados Unidos. Propuse usar un sistema de "Encuestas Deliberativas" para dirigir el problema de la atención médica en Estados Unidos: "On Deliberative Democracy: Citizen Panels and Medicare Reform" (Dahl, 1997[b]: 54-58).

Geopolítica del imperialismo contemporáneo* **Samir Amin****

EL ANÁLISIS que propongo está inscrito en una visión histórica general de la expansión del capitalismo, que no voy a desarrollar aquí por razones de espacio¹. En esta visión, el capitalismo ha sido siempre, desde sus orígenes, un sistema polarizante por naturaleza, es decir, imperialista. Esta polarización —es decir, la construcción concomitante de centros dominantes y periferias dominadas y su reproducción más profunda en cada etapa— es propia del proceso de acumulación del capital operante a escala mundial, fundado sobre lo que he llamado “la ley del valor mundializada”.

En esta teoría de la expansión mundial del capitalismo, las transformaciones cualitativas de los sistemas de acumulación entre una fase y otra de su historia construyen las formas sucesivas de la polarización asimétrica centros/periferias, es decir, del imperialismo concreto. El sistema mundial contemporáneo seguirá siendo, en consecuencia, imperialista (polarizante) para cualquier futuro posible, en tanto la lógica fundamental de su despliegue siga estando dominada por las relaciones de producción capitalistas. Esta teoría asocia al imperialismo con el proceso de acumulación del capital a escala mundial, hecho que considero como una sola realidad con diferentes dimensiones, de hecho indisociables. Se diferencia de la versión vulgarizada de la teoría leninista del “imperialismo como fase superior del capitalismo” (como si las fases anteriores de la expansión mundializada del capitalismo no hubieran sido polarizantes) y de las teorías post-modernistas contemporáneas que califican a la nueva mundialización como “post imperialista”².

Del conflicto permanente de los imperialismos al imperialismo colectivo

En su despliegue mundializado el imperialismo se conjugó siempre en plural, desde sus orígenes en el siglo XIX hasta 1945. El conflicto entre los imperialismos ocupó un lugar decisivo en la transformación del mundo a través de la lucha de clases, según la cual se expresan las contradicciones fundamentales del capitalismo. Luchas sociales y conflictos entre imperialismos se articulaban estrechamente y esta articulación es la que ha comandado la historia del capitalismo realmente existente. Señalo en este sentido que el análisis propuesto se separa ampliamente del de la “sucesión de hegemonías”.

La Segunda Guerra Mundial provocó una transformación mayor en lo concerniente a las formas del imperialismo: la sustitución de un imperialismo colectivo, asociando al conjunto de los centros del sistema mundial capitalista (para simplificar, la “tríada”: Estados Unidos y su provincia exterior canadiense, Europa Occidental y central y Japón) a la multiplicidad de imperialismos en conflicto permanente. Esta nueva forma de la expansión imperialista pasó por diferentes fases en su desarrollo, pero está aún presente. El rol hegemónico eventual de Estados Unidos, del cual habrá que precisar sus bases y las formas de su articulación con el nuevo imperialismo colectivo, debe ser situado en esta perspectiva. Estas cuestiones subrayan problemas, que son precisamente los que desearía tratar a continuación.

Los Estados Unidos obtuvieron un beneficio gigantesco una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial: sus principales combatientes —Europa, Unión Soviética, China y Japón— quedaron arruinados y Norteamérica en condiciones para ejercer su hegemonía económica, ya que concentraban más de la mitad de la producción industrial del mundo de entonces y tenían la exclusividad de las nuevas tecnologías que dirigirían el desarrollo de la segunda mitad del siglo. Además, Estados Unidos tenía la exclusividad del arma nuclear —la nueva arma “absoluta”. En Postdam el tono norteamericano cambió; días después de los bombardeos a Hiroshima y Nagasaki Estados Unidos ya contaba con armamento nuclear.

Esta doble ventaja absoluta —económica y tecnológica— resultó erosionada en un tiempo relativamente breve (dos décadas) por la doble recuperación, económica para Europa capitalista y Japón, militar para la Unión Soviética. Recordaremos entonces como este

repliegue relativo de la potencia norteamericana alimentó a toda una época en que floreció el discurso sobre el “declive americano” e incluso crecieron hegemonías alternativas (Europa, Japón, y más tarde China).

El gaullismo es de esta etapa, De Gaulle consideraba que el objetivo de Estados Unidos después de 1945 había sido el control de todo el Viejo Mundo (“Eurasia”), y que Washington había logrado hacer avanzar sus peones destruyendo a Europa –a la Europa verdadera, del Atlántico a los Urales, es decir, incluyendo a la “Rusia Soviética” como él decía– agitando el espectro de una “agresión” de Moscú en la cual él no creía. Sus análisis eran, según mi punto de vista, realistas y perfectos. Pero él era casi el único que decía esto. La contra-estrategia que proponía frente al “atlantismo” promovido por Washington estaba fundada en la reconciliación franco-alemana, como base para concebir la construcción de una “Europa no americana” con el cuidado de mantener a Gran Bretaña fuera del proyecto, ya que estaba tildada, a justo título, de ser el Caballo de Troya del atlantismo. Europa entonces podría abrirse hacia una reconciliación con Rusia (soviética). Reconciliar y aproximar a los tres grandes pueblos europeos –franceses, alemanes y rusos– pondría un término definitivo al proyecto norteamericano de dominación del mundo. El conflicto interno propio del proyecto europeo puede reducirse a la opción entre dos alternativas: la Europa atlántica, proyecto norteamericano, o la Europa (integrando en esta perspectiva a Rusia) no atlántica. Pero este conflicto aún no está resuelto. Las evoluciones ulteriores –el fin del gaullismo, la admisión de Gran Bretaña en Europa, el crecimiento del Este, el derrumbe soviético– han favorecido hasta el presente lo que califico como la “supresión del proyecto europeo” y su “doble disolución en la mundialización económica neoliberal y en la alineación política y militar con Washington” (Amin, 2000). Esta evolución reconforta, además, la solidez del carácter colectivo del imperialismo de la tríada.

¿Se trata de una transformación cualitativa “definitiva” (no coyuntural)? ¿Implicará forzosamente un “liderazgo” de Estados Unidos de una u otra manera? Antes de intentar responder a estas preguntas es necesario explicar con más precisión en qué consiste el proyecto de Estados Unidos.

El proyecto de la clase dirigente de Estados Unidos

La iniciativa de extender la doctrina Monroe a todo el planeta, en toda su demencial e incluso criminal desmesura, no nació de la cabeza del Presidente Bush hijo, para ser puesta en práctica por una junta de extrema derecha que logró el poder por una suerte de golpe de Estado como consecuencia de elecciones dudosas.

Este es el proyecto que la clase dirigente de Estados Unidos concibe después de 1945 y del cual nunca se ha separado, a pesar de que, con toda evidencia, su puesta en marcha ha conocido algunas vicisitudes. A punto de fracasar, sólo pudo ser llevado a cabo con la coherencia y la violencia necesarias en ciertos momentos coyunturales como el nuestro, consecuencia del derrumbe de la Unión Soviética.

El proyecto le ha dado siempre un papel decisivo a su dimensión militar. Concebido en Postdam, tal y como argumenté anteriormente, este proyecto se fundó sobre el monopolio nuclear. Muy rápidamente Estados Unidos puso en marcha una estrategia militar global, repartiendo el planeta en regiones y delegando la responsabilidad del control de cada una de ellas a un US Military Command. Vuelvo aquí a recordar lo que escribí antes del derrumbe de la Rusia soviética acerca de la posición prioritaria que ocupaba el Medio Oriente en esta visión estratégica global (Amin y otros, 1992). El objetivo no era solamente “encerrar en un círculo a la URSS” (y a China) sino también disponer de los medios que harían de Washington el dueño absoluto de todas las regiones del planeta. Dicho de otra manera, extender a todo el planeta la Doctrina Monroe, que efectivamente otorgaba a Estados Unidos el “derecho” exclusivo sobre el Nuevo Mundo conforme a los que ellos definían como sus “intereses nacionales”.

De esta manera, “la soberanía de los intereses nacionales de Estados Unidos” era colocada por encima de todos los otros principios que enmarcan a los comportamientos políticos considerados como medios “legítimos”, desarrollando una desconfianza sistemática frente a todo derecho supranacional. Ciertamente, los imperialistas del pasado no se habían

comportado tampoco de manera diferente y aquellos que busquen atenuar las responsabilidades –y los comportamientos criminales– de la dirigencia de Estados Unidos en el momento actual, buscando “excusas”³, deben considerar el mismo argumento –el de los antecedentes históricos indiscutibles.

Hubiéramos deseado ver cambiar la historia tal como parecía suceder después de 1945. El conflicto entre los imperialismos y el desprecio del derecho internacional, dados los horrores que las potencias fascistas provocaron durante la Segunda Guerra Mundial, fueron los elementos que condujeron a que la ONU fuera fundada sobre un nuevo principio que proclamaba el carácter ilegítimo de las guerras. Estados Unidos, podríamos decir, no hizo suyo este principio, sino que además ha sobrepasado ampliamente a sus precoces iniciadores. Al día siguiente de la Primera Guerra Mundial, Wilson preconizaba volver a fundar la política internacional en principios diferentes a los que, después del tratado de Westfalia (1648), le habían dado la soberanía a los estados monárquicos y luego a las naciones más o menos democráticas, dado que ese carácter absoluto estaba cuestionado por el desastre hacia el cual había conducido a la civilización moderna. Poco importa que las vicisitudes de la política interior de Estados Unidos hayan pospuesto la puesta en marcha de estos principios, ya que por ejemplo Franklin D. Roosevelt, e incluso su sucesor Henry S. Truman, tuvieron un desempeño decisivo en la definición del nuevo concepto de multilateralismo y en la condena a las guerras que lo acompañaban, base de la Carta de las Naciones Unidas.

Esta bella iniciativa –sostenida por los pueblos del mundo entero en aquel entonces– que representaba efectivamente un salto cualitativo hacia el progreso de la civilización, nunca contó con la convicción ni con el apoyo de las clases dirigentes de Estados Unidos. Las autoridades de Washington siempre se sintieron mal dentro de la ONU y hoy proclaman brutalmente lo que estuvieron obligadas a esconder hasta este momento: ellas no aceptan siquiera el concepto de un derecho internacional superior a lo que consideran ser las exigencias de la defensa de “sus intereses nacionales”. No creo que sea aceptable encontrar excusas ante este retorno a la visión que los nazis habían desarrollado en su momento al exigir la destrucción del SDN. Predicar a favor del derecho, con tanto talento y elegancia como lo hizo Dominique de Villepin ante el Consejo de Seguridad, lamentablemente sólo es una “mirada nostálgica hacia el pasado” en vez de constituir un recordatorio sobre lo que debe ser el futuro. Estados Unidos, en esa ocasión, defendió un pasado que creíamos sobrepasado definitivamente.

En la inmediata postguerra el liderazgo norteamericano no solamente fue aceptado, sino solicitado por las burguesías de Europa y de Japón. Porque aunque la realidad de una amenaza de “invasión soviética” sólo podía convencer a los débiles de espíritu, su invocación redituaba tanto a la derecha como a los socialdemócratas, con sus primos adversarios comunistas. Era posible creer que el carácter colectivo del nuevo imperialismo sólo se debió a este factor político, y que una vez que Europa y Japón recuperaran su desarrollo buscarían desembarazarse de la tutela molesta e inútil de Washington. Pero éste no fue el caso. ¿Por qué?

Mi explicación requiere remontarse al crecimiento de los movimientos de liberación nacional en Asia y en Africa –la era de Bandung 1955-1975 (Amin, 1989)– y el apoyo que la Unión Soviética y China les dieron (cada uno a su manera). El imperialismo se vio entonces obligado a actuar, no solamente aceptando la coexistencia pacífica con un área vasta que se les escapaba ampliamente (“el mundo socialista”), sino también negociando los términos de la participación de los países de Asia y de Africa en el sistema mundial imperialista. La alineación del colectivo de la tríada bajo el liderazgo norteamericano parecía un hecho inútil para poder dominar las relaciones Norte-Sur de la época. Esta es la razón por la cual los No Alineados se encontraron confrontados frente a un “bloque occidental” prácticamente sin fallas.

El derrumbe de la Unión Soviética y el desvanecimiento de los regímenes nacional-populistas nacidos de las luchas de liberación nacional posibilitaron, evidentemente, que el proyecto de Estados Unidos se desplegara con vigor, sobre todo en el Medio Oriente, pero también en Africa y América Latina. El gobierno económico del mundo sobre la base de principios del neoliberalismo, puesto en práctica por el Grupo de los 7 y las instituciones a su servicio (OMC, Banco Mundial y FMI) y los planes de reajuste estructurales impuestos al Tercer Mundo, son la expresión de esto. En el plano político, podemos constatar que en un primer momento

Europeos y japoneses aceptaron alinearse con el proyecto de Estados Unidos, durante las guerras del Golfo (1991) y después en la de Yugoslavia y Asia Central (2002), aceptando marginar a la ONU en beneficio de la OTAN. Este primer momento no ha sido aún superado, aunque algunos signos indican un posible fin a partir de la guerra de Irak (2003[a] y [b]).

La clase dirigente norteamericana proclama sin reticencia alguna que no “tolerará” la reconstitución de ninguna potencia económica o militar capaz de cuestionar su monopolio de dominación del planeta y se adjudica, con esta finalidad, el derecho de conducir “guerras preventivas”. Tres adversarios potenciales se vislumbran.

En primer lugar Rusia, cuyo desmembramiento constituye el objetivo estratégico mayor para Estados Unidos. La clase dirigente rusa no parece haber comprendido esto hasta el momento. Antes bien, parece haberse convencido de que después de haber “perdido la guerra” ella podría “ganar la paz”, tal y como les sucedió a Alemania y a Japón. Olvida que Washington tenía la necesidad de ayudar a estos dos adversarios de la Segunda Guerra Mundial, precisamente para hacerle frente al desafío soviético. La nueva coyuntura es diferente, Estados Unidos no tiene competencia seria. Su opción es entonces destruir definitiva y completamente al adversario ruso derrotado. ¿Putin lo habrá comprendido y comienza Rusia a salir de sus ilusiones?

En segundo lugar China, cuya masa y éxito económico inquietan a Estados Unidos, cuyo objetivo estratégico es desmembrar a este gran país (Amin, 1996: capítulo VII).

Europa está en tercer lugar dentro de esta visión global que tienen los nuevos dueños del mundo. Pero con este caso la dirigencia norteamericana no parece inquieta, al menos hasta el momento. El atlantismo incondicional de los unos (Gran Bretaña y los nuevos poderes serviles del Estado), las “arenas movedizas del proyecto europeo” (punto sobre el cual regresaré) y los intereses convergentes del capital dominante del imperialismo colectivo de la tríada, contribuyen al desvanecimiento del proyecto europeo, mantenido en su estatus de “modo europeo del proyecto de Estados Unidos”. La diplomacia de Washington ha logrado mantener a Alemania en su sitio y la reunificación y la conquista de Europa del Este han, aparentemente, reforzado esta alianza: Alemania se ha envalentonado y retoma su tradición de “expansión hacia el Este”. El papel de Berlín en el desmembramiento de Yugoslavia dado el reconocimiento de la independencia de Eslovenia y Croacia fue una expresión de esto (Amin, 1994) y, por el resto, ha sido invitada a navegar en la silla de Washington. Sin embargo, la clase política alemana parece vacilante y puede estar dividida en cuanto a sus opciones estratégicas. La alternativa de un renovado alineamiento atlántico tiene como contrapartida un reforzamiento del eje París-Berlín-Moscú, el cual se convertiría en el pilar más sólido de un sistema europeo independiente de Washington.

Podemos regresar entonces a nuestra cuestión central: naturaleza y solidaridad eventual del imperialismo colectivo de la tríada y las contradicciones y debilidades de su liderazgo por parte de Estados Unidos.

El imperialismo colectivo de la tríada y la hegemonía de Estados Unidos

El mundo de hoy es militarmente unipolar. Simultáneamente parecen dibujarse fracturas entre Estados Unidos y ciertos países europeos, en lo que concierne a la gestión política de un sistema mundializado, alineado –en una primera instancia– en su conjunto bajo los principios del liberalismo. ¿Estas fracturas son solamente coyunturales y de alcance limitado o anuncian cambios duraderos? Habría que analizar en toda su complejidad las lógicas que comandan el despliegue de la nueva fase del imperialismo colectivo (las relaciones Norte-Sur en un lenguaje corriente) y los objetivos propios del proyecto de Estados Unidos. En este espíritu es que abordaré sucinta y sucesivamente cinco series de cuestiones.

La naturaleza de las evoluciones que contribuyen a la constitución del nuevo imperialismo colectivo

Sugiero en este apartado que la formación del nuevo imperialismo colectivo tiene su origen en la transformación de las condiciones de la competencia. Hace algunas décadas, las grandes firmas libraban sus batallas competitivas por lo general en los mercados nacionales, se tratase de Estados Unidos (mayor mercado nacional del mundo) o de los Estados europeos (a pesar de su talla modesta). Los vencedores de los matches nacionales podían situarse en buenas posiciones en el mercado mundial. En la actualidad, la talla del mercado necesario para llegar hasta el primer ciclo de los matches es cercana a los 500/600 millones de “consumidores potenciales”. Y son aquellos que logran este mercado quienes se imponen en sus terrenos nacionales respectivos. La mundialización profunda es el primer marco de actividad de las grandes firmas. Dicho de otra manera, en la pareja nacional/mundial los términos de la causalidad se invirtieron: antes la potencia nacional comandaba la presencia mundial, hoy es al revés. De esta manera, las firmas transnacionales, sea cual sea su nacionalidad, tienen intereses comunes en la gestión del mercado mundial. Estos intereses se superponen a los conflictos permanentes y mercantiles que definen a todas las formas de competencia propias del capitalismo, sean cuales sean.

La solidaridad de los segmentos dominantes del capital transnacional con todos los integrantes de la tríada es real, y se expresa en su afiliación al neoliberalismo globalizado. Dentro de esta perspectiva Estados Unidos está considerado el defensor (militar si fuera necesario) de sus “intereses comunes”. Eso no quiere decir que Washington entienda que debe “compartir equitativamente” los provechos de su liderazgo. Estados Unidos se empeña, por el contrario, en avasallar a sus aliados y sólo están dispuestos a consentirles a sus subalternos de la tríada concesiones menores. Este conflicto de intereses del capital dominante ¿llegará hasta el punto de entrañar una ruptura con la alianza atlántica? No es imposible, pero es poco probable.

El lugar de Estados Unidos en la economía mundial

La opinión general es que el potencial militar de Estados Unidos sólo constituye la punta del iceberg que extiende su superioridad en todos los dominios, económico, político, cultural. La sumisión ante la hegemonía estadounidense será entonces algo inevitable. Considero, por el contrario, que en el sistema de imperialismo colectivo Estados Unidos no tienen ventajas económicas decisivas, ya que su sistema productivo está lejos de ser el “más eficiente del mundo”, ya que casi ninguno de sus segmentos le ganaría a sus competidores en un mercado verdaderamente abierto como el que imaginan los economistas liberales. Testimonio de ello es el agravamiento de su déficit comercial. Prácticamente en todos los segmentos del sistema productivo, incluso en los bienes de alta tecnología, los beneficios han cedido su lugar a un déficit. La competencia entre Ariane y los cohetes de la Nasa y entre Airbus y Boeing da cuenta de la vulnerabilidad de la ventaja americana. Frente a Europa y a Japón en las producciones de alta tecnología, a China, Corea y otros países industrializados de Asia y América Latina en lo que respecta a productos manufacturados banales, y frente a Europa y al Cono Sur en cuanto a la agricultura. Estados Unidos no ganaría la competencia si no recurriera a ¡medios “extra económicos” que violan los propios principios del liberalismo impuestos a sus competidores!

Estados Unidos sólo tiene ventajas comparativas establecidas en el sector armamentista, precisamente porque éste escapa ampliamente a las reglas del mercado y se beneficia con el apoyo estatal. Sin dudas, esta ventaja trae algunas otras para la esfera civil (Internet es el ejemplo más conocido) pero es igualmente la causa de serias distorsiones que constituyen handicaps para muchos sectores productivos.

La economía norteamericana vive como parásito en detrimento de sus socios en el sistema mundial. “Estados Unidos depende para el diez por ciento de su consumo industrial de bienes cuya importación no está cubierta por exportaciones de productos nacionales” (Todd, 2002). El mundo produce, Estados Unidos (cuyo ahorro nacional es prácticamente nulo) consume. “La ventaja” de Estados Unidos es la de un depredador cuyo déficit está cubierto con el aporte de los otros, con su consentimiento o a la fuerza. Los medios puestos en práctica por Washington para compensar sus deficiencias son de naturaleza diversa: violaciones unilaterales repetidas

de los principios del liberalismo, exportaciones de armas y búsqueda de rentas petroleras (que suponen el acuerdo de sus productores, uno de los motivos reales de las guerras de Asia central y de Irak). Lo esencial del déficit norteamericano está cubierto por los aportes en capitales que provienen de Europa y Japón, del Sur (países petroleros ricos y clases compradoras de todos los países del Tercer Mundo, incluyendo a los más pobres), a lo cual podríamos añadir la punción ejercida en nombre del servicio de la deuda impuesta a la casi totalidad de los países de la periferia del sistema mundial.

El crecimiento de los años Clinton, vanagloriado como el producto de un “liberalismo” al cual Europa se resistió desgraciadamente, es ficticio y no generalizable, porque reposó en transferencias de capital que implicaron la afectación de sus socios. En todos los segmentos del sistema productivo real, el crecimiento de Estados Unidos no ha sido mejor que el de Europa. El “milagro norteamericano” se alimentó exclusivamente del crecimiento de los gastos producidos por el agravamiento de las desigualdades sociales (servicios financieros y personales: legiones de abogados y de policías privados, etc.). En este sentido, el liberalismo de Clinton preparó bien las condiciones que permitieron el despegue reaccionario y la victoria ulterior de Bush hijo.

Las causas que originaron el debilitamiento del sistema productivo de Estados Unidos son complejas y estructurales. La mediocridad de los sistemas de enseñanza general y de formación, y el prejuicio tenaz que favorece sistemáticamente al servicio privado en detrimento del servicio público, cuentan entre las principales razones de la profunda crisis que atraviesa la sociedad norteamericana.

Debería entonces extrañarnos que los europeos, lejos de sacar estas conclusiones que se imponen al constatar la insuficiencia de la economía de Estados Unidos, se esfuercen en imitarlos. El virus liberal tampoco explica todo, aunque tenga algunas funciones útiles para el sistema, como la de paralizar a la izquierda. La privatización a ultranza y el desmantelamiento de los servicios públicos sólo conseguirán reducir las ventajas comparativas de las cuales se beneficia aún la “Vieja Europa”, como la califica Bush. Pero sean cuales sean los daños que ocasionarán a largo plazo, estas medidas ofrecen al capital dominante, que vive en el corto término, la ocasión de provechos suplementarios.

Los objetivos propios del proyecto estadounidense

La estrategia hegemónica de Estados Unidos se sitúa en el marco de un nuevo imperialismo colectivo.

Los economistas (convencionales) no disponen de herramientas analíticas que les permitan comprender toda la importancia del primero de estos objetivos. ¿No los oímos repetir hasta el cansancio que en la “nueva economía” las materias primas que brinda el Tercer Mundo perderán su importancia y, en consecuencia, será éste cada vez más marginal en el sistema mundial? En contraposición a este discurso ingenuo y vano, el Mein Kampf de la nueva administración de Washington⁴ confiesa que Estados Unidos se considera con derecho a apropiarse de todos los recursos naturales del planeta para satisfacer prioritariamente a sus consumidores. La carrera por las materias primas (petróleo, agua y otros recursos) ya se nos presenta con toda su virulencia. Especialmente en los casos de recursos en vías de extinción, no solamente por el cáncer exponencial provocado por el derroche del consumo occidental, sino también por el desarrollo de la nueva industrialización de las periferias.

Por otra parte, un respetable número de países del sur están llamados a convertirse en productores industriales cada vez más importantes, tanto en sus mercados internos como en el mercado mundial. Importadores de tecnologías, de capitales, pero también competidores en la exportación, ellos estarán presentes en los equilibrios mundiales con un peso creciente. No se trata solamente de algunos países de Asia del este (como Corea), sino de la inmensa China y, mañana, de la India y de los grandes países de América Latina. Ahora bien, lejos de ser este un factor de estabilidad, la aceleración de la expansión capitalista en el sur sólo podrá ser la causa de conflictos violentos, internos e internacionales. Porque esta expansión no puede absorber, en las condiciones de la periferia, a la enorme fuerza de trabajo que se encuentra allí

concentrada. En este sentido, las periferias del sistema son “zonas de tempestad”. Los centros del sistema capitalista tienen necesidad de ejercer su dominación en las periferias y de someter a sus pueblos a la disciplina feroz que exige la satisfacción de sus prioridades.

En esta perspectiva, la dirigencia norteamericana ha comprendido perfectamente que, para conservar su hegemonía, dispone de tres ventajas decisivas sobre sus competidores europeos y japoneses: el control de los recursos naturales del globo terráqueo, el monopolio militar y el peso que tiene la “cultura anglosajona” a través de la cual se expresa preferentemente la dominación ideológica del capitalismo. La puesta en práctica sistemática de estas tres ventajas aclara muchos aspectos de la política de Estados Unidos, sobre todo los esfuerzos sistemáticos que Washington realiza por el control militar del Medio Oriente petrolero, su estrategia ofensiva frente a Corea –aprovechándose de la “crisis financiera” del país– y frente a China, y el sutil juego que busca perpetuar las divisiones en Europa –movilizando con esta finalidad a su aliado incondicional británico– e impidiendo un acercamiento serio entre la Unión Europea y Rusia. En el plano del control global de los recursos del planeta, Estados Unidos dispone de ventajas decisivas sobre Europa y Japón. No solamente porque son la única potencia militar mundial, hecho por el cual ninguna intervención fuerte en el Tercer Mundo puede ser conducida sin ellos, sino porque Europa (ex URSS excluida) y Japón están desprovistos de los recursos esenciales para la sobrevivencia de sus economías. Por ejemplo, su dependencia en el dominio energético será considerable durante largo tiempo, incluso aunque decrezca en términos relativos. Tomando –militarmente– el control de esta región con la guerra de Irak, Estados Unidos ha demostrado que es perfectamente consciente de la utilidad de este medio de presión frente a sus aliados-competidores. Anteriormente, el poder soviético había comprendido esta vulnerabilidad de Europa y de Japón y ciertas intervenciones soviéticas en el Tercer Mundo habían tenido el objetivo de recordarlo, de manera de llevarlos a negociar en otro terreno. Evidentemente, las deficiencias mencionadas podrían haberse compensado mediante un serio acercamiento Europa-Rusia (la “casa común” de Gorbachov). Esta es la razón por la cual el peligro de esta construcción en Eurasia fue vivido por Washington como una pesadilla.

Los conflictos que enfrentan a Estados Unidos con sus socios de la tríada

Aunque los socios de la tríada comparten intereses comunes en la gestión mundial del imperialismo colectivo en sus relaciones con el sur, ellos tienen también una relación conflictiva potencialmente seria.

La superpotencia americana vive gracias a los flujos de capitales que alimentan el parasitismo de su economía y de su sociedad. La vulnerabilidad de Estados Unidos constituye, en ese sentido, una seria amenaza para el proyecto de Washington.

Europa –en particular– y el resto del mundo –en general– deberán escoger entre una de las dos opciones estratégicas siguientes: utilizar el “excedente” de los capitales (“de ahorro”) de que disponen para financiar el déficit de Estados Unidos (de consumo, inversiones y gastos militares), o conservar e invertir en ellos estos excedentes.

Los economistas convencionales ignoran el problema, en base a una hipótesis (carente de sentido) según la cual la “mundialización” suprimirá a las naciones y las grandezas económicas (ahorro e inversiones) no podrán ser administradas a nivel internacional. Se trata de un razonamiento tautológico que implica en sus propias premisas las conclusiones a las cuales queremos llegar: justificar y aceptar el financiamiento del déficit de Estados Unidos por parte de los otros porque, a nivel mundial, ¡encontraremos la igualdad entre ahorro e inversiones!

¿Por qué tal ineptitud es aceptada? Sin dudas, los equipos “de sabios economistas” que existen en las clases políticas europeas (y otras, como las rusas y las chinas) de derecha y de la izquierda electoral son las propias víctimas de la alienación economicista que llamo el “virus liberal”. Más aún, a través de esta opinión se expresa el juicio político del gran capital transnacional, el cual considera que las ventajas procuradas por la gestión del sistema mundializado por Estados Unidos por cuenta del imperialismo colectivo están por encima de sus inconvenientes: el tributo a pagar a Washington para asegurarse la permanencia. Porque

se trata de un tributo y no de un negocio de buena rentabilidad garantizada. Hay países calificados como “países pobres endeudados” que están obligados a asegurar el servicio de su deuda a cualquier precio. Pero hay también “países potentes endeudados” que tienen todos los medios que les permitirían desvalorizar su deuda si lo consideraran necesario.

La otra opción para Europa (y el resto del mundo) consistiría en poner fin a la transfusión a favor de Estados Unidos. Los excedentes podrían ser entonces utilizados en los lugares de origen y relanzar las economías. Porque la transfusión exige la sumisión de los europeos a las políticas “desinflacionarias” (término impropio del lenguaje de la economía convencional y que sustituiría por “sentenciarias”) para poder sacar un excedente de ahorro exportable. Ello hace retardar los avances de Europa, siempre mediocres, de los sostenidos artificialmente de Estados Unidos. En sentido inverso, la movilización de este excedente para empleos locales en Europa permitiría relanzar simultáneamente el consumo (a través de la reconstrucción de la dimensión social de la gestión económica devastada por el virus liberal), la inversión —en particular en las nuevas tecnologías (y financiar sus investigaciones), e incluso los gastos militares (poniéndole término a las “ventajas” norteamericanas en este dominio). La opción a favor de esta respuesta ante el desafío implica un re-equilibrio de las relaciones sociales a favor de las clases trabajadoras. Conflictos entre naciones y luchas sociales se articulan de esta manera. En otras palabras, el contraste Estados Unidos/Europa no opone fundamentalmente los intereses de los segmentos dominantes del capital de los diferentes socios sino que es resultado, ante todo, de las diferencias en las respectivas culturas políticas.

Los problemas teóricos que sugieren las reflexiones precedentes

La complicitad/competencia entre los socios del imperialismo colectivo por el control del sur (saqueo de sus recursos naturales y sumisión de sus pueblos) puede ser analizada a partir de diversos ángulos y visiones diferentes. En este sentido, tres observaciones me parecen esenciales.

Primera observación: el sistema mundial contemporáneo, que califico como imperialista colectivo, no es “menos” imperialista que los precedentes. El no es un “Imperio” de naturaleza “post capitalista”. Propongo, en consecuencia, una crítica a las formulaciones ideológicas del “disfraz” que alimenta este discurso dominante “a la moda”⁵.

Segunda observación: merece hacerse una lectura de la historia del capitalismo, mundializado desde sus orígenes, anclada en la distinción entre las diferentes fases del imperialismo (relaciones centros/periferias). Existen, por supuesto, otras lecturas de esta misma historia, sobre todo las que se articulan alrededor de la “sucesión de hegemonías” (Amin, 1996: capítulo III). Personalmente tengo algunas reservas con respecto a esta última. De entrada y en lo esencial, porque ella es “occidentalocéntrica”, en el sentido en que considera que las transformaciones que se operan en el corazón del sistema, en sus centros, comandan de manera decisiva —y casi exclusiva— la evolución global del sistema. Creo que las reacciones de los pueblos de las periferias ante el despliegue imperialista no deben ser subestimadas porque ellas provocaron la independencia de América, las grandes revoluciones hechas en nombre del socialismo (Rusia y China), la reconquista de la independencia de los países asiáticos y africanos, y porque además no creo que podamos rendir cuentas de la historia del capitalismo mundial sin tener en cuenta los “ajustes” que estas transformaciones le han impuesto al propio capitalismo central. La historia del imperialismo me parece que ha sido construida más por los conflictos de los imperialismos que por el tipo de “orden” que las hegemonías sucesivas hayan impuesto. Los períodos de “hegemonía” aparente han sido siempre muy breves y la hegemonía en cuestión es algo muy relativo.

Tercera observación: mundialización no es sinónimo de “unificación” del sistema económico por medio de la “apertura desregulada de los mercados”. Esta —en sus formas históricas sucesivas (“la libertad de comercio” en el ayer, la “libertad de empresa” hoy)— sólo ha sido un proyecto del capital dominante. En realidad, este programa ha estado casi siempre obligado a ajustarse ante exigencias que no forman parte de su lógica interna, exclusiva y propia. Sólo ha podido ser puesto en práctica en breves momentos de la historia. El “libre intercambio”, promovido por la mayor potencia industrial de su época —Gran Bretaña— sólo fue efectivo durante dos décadas (1860-1880) a las cuales le sucedió un siglo (1880-1980) caracterizado

por el conflicto entre los imperialistas y por la fuerte desconexión de los llamados países socialistas (a partir de la revolución rusa de 1917, y después la de China) y la más modesta de los países del nacional populismo (Asia y África, 1955-1975). El momento actual de reunificación del mercado mundial (la "libre empresa") inaugurado por el neoliberalismo a partir de 1980 se ha extendido al conjunto del planeta con el derrumbe soviético. El caos que éste ha generado testimonia su carácter de "utopía permanente del capital", término con el cual lo calificué en El imperio del caos (Amin, 1991).

El Medio Oriente en el sistema imperialista

El Medio Oriente, con sus antiguas extensiones hacia el Caucaso y el Asia central ex soviéticas, ocupa una posición de importancia particular en la geoestrategia/geopolítica del imperialismo y, singularmente, en el proyecto hegemónico de Estados Unidos. Esta posición se debe a tres factores: su riqueza petrolera, su posición geográfica en el corazón del Viejo Mundo y el hecho de que constituye en la actualidad el "vientre" del sistema mundial.

El acceso al petróleo relativamente barato es vital para la economía de la tríada dominante y el mejor medio de ver este acceso garantizado consiste, bien entendido, en asegurarse el control político de la región.

Pero la región le debe su importancia también a su posición geográfica, a la misma distancia de París, Pekín, Singapur y Johannesburgo. En otros tiempos, el control de este lugar de paso obligatorio le dio al Califa el privilegio de sacar los mayores beneficios de la mundialización de la época (Amin, 1996: capítulos I y II). Después de la Segunda Guerra Mundial, la región, situada en el flanco sur de la URSS, ocupaba, por este hecho, un lugar importante en la estrategia de encerrar militarmente a la potencia soviética. Y la región no perdió su importancia a pesar del derrumbe del adversario soviético, porque instalándose en ella Estados Unidos podría simultáneamente avasallar a Europa y someter a Rusia, China y la India a un chantaje permanente nacido de las intervenciones militares si fuera necesario. El control de la región permite entonces, efectivamente, la extensión de la doctrina Monroe hacia el Viejo Mundo, lo cual constituye el objetivo del proyecto hegemónico norteamericano.

Los esfuerzos desplegados con continuidad y constancia por Washington desde 1945 para asegurarse el control de la región –excluyendo a los británicos y a los franceses– no habían sido hasta el momento coronados por el éxito. Recordemos el fracaso de la tentativa de asociar la región a la OTAN a través del Pacto de Bagdad, y más tarde la caída del Shah de Irán, uno de sus aliados más fieles.

La razón era simplemente que el proyecto de populismo nacionalista árabe (e iraní) entraba en conflicto con los objetivos de la hegemonía norteamericana. Este proyecto árabe tenía la ambición de imponer a las potencias el reconocimiento de la independencia del mundo árabe. Este fue el sentido que tuvo el "no alineamiento" formulado en 1955 en Bandung por el conjunto de los movimientos de liberación de los pueblos de Asia y de África que tenían el viento a su favor. Los soviéticos comprendieron rápidamente que aportándole su apoyo a este proyecto mantendrían en jaque los planes agresivos de Washington.

Pero la historia dio vuelta esta página, de entrada porque el proyecto nacional populista del mundo árabe rápidamente agotó su potencial de transformación y porque los poderes nacionalistas se convirtieron en dictaduras sin programa. El vacío creado por esta deriva le abrió la vía al Islam político y a las autocracias oscurantistas del Golfo, aliados preferenciales de Washington. La región se convirtió en uno de los vientres del sistema global, produciendo coyunturas que permitieron intervenciones exteriores (incluidas las militares) que los regímenes en plaza no lograron contener –ni incluso desalentar– debido a la falta de legitimidad ante sus pueblos.

La región constituía –y constituye– en el mapa geomilitar norteamericano que cubre al planeta entero una zona considerada como de primera prioridad (al igual que el Caribe), es decir, una zona donde Estados Unidos se ha otorgado el "derecho" de intervención militar. ¡Y después de 1990 no se priva de esto!

Estados Unidos opera en el Medio Oriente en estrecha colaboración con sus aliados Turquía e Israel, fieles e incondicionales. Europa se ha mantenido fuera de la región, aceptando que Estados Unidos defiende sólo los intereses vitales globales de la tríada, es decir, el abastecimiento de petróleo. A pesar de los signos de irritación evidentes después de la guerra de Irak, los europeos continúan en su conjunto navegando en la región tras la huella de Washington.

Por otra parte, el expansionismo colonial de Israel constituye un desafío real. Israel es el único país del mundo que rechaza reconocer fronteras definitivas (y por ello carece del derecho de ser miembro de las Naciones Unidas). Al igual que Estados Unidos en el siglo XIX, Israel considera que tiene el “derecho” de conquistar nuevas áreas y de tratar a los pueblos que habitan los nuevos territorios colonizados desde hace miles de años como Pieles Rojas. Israel es el único país que declara abiertamente no sentirse implicado en las resoluciones de la ONU.

La guerra de 1967, planificada en acuerdo con Washington desde 1965, perseguía diversos objetivos: amortiguar el derrumbe de los regímenes nacional-populistas, romper su alianza con la Unión Soviética, obligarlos a reposicionarse bajo las órdenes norteamericanas y abrir tierras nuevas para la colonización sionista. En los territorios conquistados en 1967 Israel puso en práctica un sistema de apartheid inspirado en el de África del Sur.

Y en este punto es que los intereses del capital dominante mundial se concilian con los del sionismo. Porque un mundo árabe modernizado, rico y potente, cuestionaría el acceso garantizado de los países occidentales al saqueo de sus recursos petroleros, hecho necesario para continuar con el derroche asociado a la acumulación capitalista. Los poderes políticos de los países de la tríada, fieles sirvientes del capital transnacional dominante, no desean que exista un mundo árabe moderno y potente.

La alianza entre las potencias occidentales e Israel está fundada entonces en la solidez de sus intereses comunes. Esta alianza no es ni el producto de un sentimiento de culpabilidad de los europeos, responsables del antisemitismo y del crimen nazi, ni tampoco de la habilidad del “lobby judío” para explotar ese sentimiento. Si las potencias occidentales pensaran que sus intereses no estaban en conjunción con el expansionismo colonial sionista, encontrarían rápidamente los medios para sobreponerse a su “complejo” y neutralizar al “lobby judío”. No soy de aquellos que creen ingenuamente que la opinión pública en los países democráticos se impone ante los poderes. Sabemos que la opinión “se fabrica” también. Israel sería incapaz de resistir mucho tiempo medidas (incluso moderadas) de bloqueo, tal y como las que las potencias occidentales le han impuesto a Yugoslavia, a Irak y a Cuba. No sería entonces nada difícil hacer entrar a Israel en razones y crear las condiciones para una paz verdadera, si se deseara. Pero no se desea.

Al día siguiente de la derrota en 1967, Sadate declaraba que ya que Estados Unidos tenía en sus manos el “noventa por ciento de las cartas” (ésta fue su propia expresión) había que romper con la URSS, reintegrarse al campo occidental y que, gracias a esto, podrían obtener de Washington la concesión de que ejerciera una presión suficiente sobre Israel para hacerlo entrar en razones. Más allá de esta “idea estratégica” propia de Sadate –sobre cuya inconsistencia los eventos subsiguientes dieron cuenta– la opinión pública árabe permaneció ampliamente incapaz de comprender la dinámica de la expansión capitalista mundial, y aún menos de identificar sus contradicciones y debilidades reales. ¿No oímos decir y repetir que “los occidentales comprenderían a la larga que su propio interés era el de mantener buenas relaciones con los doscientos millones de árabes –sus vecinos inmediatos– y no sacrificar estas relaciones por el apoyo incondicional a Israel”? Esto significa implícitamente pensar que los “Occidentales” en cuestión (es decir, el capital dominante) desean un mundo árabe modernizado y desarrollado, y no comprender que desean, por el contrario, mantenerlos en la impotencia y que para ello les resulta útil el apoyo a Israel.

La opción escogida por los gobiernos árabes (con excepción de Siria y del Líbano) de suscribir el plan norteamericano de pretendida “paz definitiva” no podía dar resultados diferentes que los que dio: envalentonar a Israel en hacer avanzar sus peones en su proyecto expansionista. Rechazando en la actualidad abiertamente los términos del “contrato de Oslo” (1993), Ariel

Sharon demuestra solamente lo que debíamos haber comprendido antes –que no se trataba de un proyecto de “paz definitiva”, sino de comenzar una nueva etapa de la expansión colonial sionista.

El estado de guerra permanente que Israel, junto a las potencias occidentales que sostienen su proyecto, le impone a la región, constituye un potente motivo que permite a los sistemas árabes autocráticos perpetuarse. Este bloqueo, ante una evolución democrática posible, debilita las oportunidades de renovación árabe y permite el despliegue del capital dominante y de la estrategia hegemónica norteamericana. El lazo está anudado: la alianza norteamericana-israelí sirve perfectamente a los intereses de ambos socios.

En un primer momento, el sistema de apartheid puesto en marcha después de 1967 dio la impresión de ser capaz de lograr sus fines. La gestión miedosa de la cotidianidad en los territorios ocupados por parte de los notables y de la burguesía comerciante parecía aceptada por el pueblo palestino. La OLP, alejada de la región después de la invasión del Líbano por parte del ejército israelí (1982), parecía no tener los medios –desde su lejano exilio en Túnez– para cuestionarse la anexión sionista.

La primera Intifada estalló en diciembre de 1987. Explosión de apariencia “espontánea”, ella expresaba la irrupción en la escena de las clases populares, y singularmente de sus segmentos más pobres, confinados en los campos de refugiados. La Intifada boicoteó el poder israelí a través de la organización de una desobediencia cívica sistemática. Israel reaccionó con brutalidad, pero no logró ni restablecer su poder policial con eficacia ni el de las clases medias palestinas. Por el contrario, la Intifada llamaba a un retorno en masa de las fuerzas políticas en el exilio, la constitución de nuevas formas locales de organización y la adhesión de las clases medias a la lucha de liberación desatada. La Intifada fue provocada por jóvenes, inicialmente no organizados en las redes formales de la OLP (Fath, devoto de su jefe Yasser Arafat, el FDLP, el FPLP, el Partido Comunista) que se integraron inmediatamente en la Intifada y se ganaron la simpatía de la mayor parte de sus Chebab. Los Hermanos Musulmanes, sobrepasados dada su débil actividad durante los años precedentes, a pesar de algunas acciones del Jihad islámico, hicieron su aparición en 1980, cediendo el lugar a una nueva expresión de lucha: Hamas, constituido en 1988.

En tanto que esta primera Intifada daba, después de dos años de expansión, signos de agotamiento, dada la violenta represión de los israelitas (uso de armas de fuego contra niños, cierre de la “línea verde” a los trabajadores palestinos, fuente casi exclusiva de entradas para sus familias, etc.), la escena estaba montada para una “negociación” iniciada por Estados Unidos que condujo a los acuerdos de Madrid (1991) y después los llamados de la paz en Oslo (1993). Estos acuerdos permitieron el retorno de la OLP a los territorios ocupados y su transformación en una “Autoridad Palestina” (1994).

Los acuerdos de Oslo imaginaron la transformación de los territorios ocupados en uno o varios Bantustanes, definitivamente integrados en el espacio israelí. En este marco, la Autoridad Palestina sólo debía ser un falso Estado –como el de los Bantustanes– y de hecho, ser la correa de transmisión del orden sionista.

De regreso en Palestina, la OLP convertida en Autoridad logró establecer su orden, no sin algunas ambigüedades. La Autoridad absorbió en sus nuevas estructuras a la mayor parte de los Chebab que habían coordinado la Intifada. Ella logró legitimidad por la consulta electoral de 1996, en la cual los palestinos participaron en masa (ochenta por ciento) en tanto que Arafat se hizo plebiscitar como Presidente de esta Autoridad. La Autoridad permaneció, sin embargo, en una posición ambigua: ¿aceptaría las funciones que Israel, Estados Unidos y Europa le atribuían, la de “gobierno de un Bantustán”, o se alinearía con el pueblo palestino que se negaba a someterse?

Como el pueblo palestino rechazó el proyecto de Bantustán, Israel decidió denunciar los acuerdos de Oslo, de los cuales, sin embargo, había dictado los términos, para sustituirlos por el empleo de la violencia militar pura y simple. La provocación de las Mesquitas, puesta en marcha por el criminal de guerra Sharon en 1998 (pero con el apoyo del gobierno trabajista que le brindó los medios de asalto), y la elección triunfal de este criminal al frente del gobierno de

Israel (con la colaboración de los “colombes” contra Simon Peres), fueron la causa de la segunda Intifada, en curso actualmente.

¿Logrará ésta liberar al pueblo palestino de la perspectiva de sumisión planificada por el apartheid sionista? Demasiado pronto para decirlo. En todo caso, el pueblo palestino dispone ahora de un verdadero movimiento de liberación nacional con sus especificidades. No es del estilo “partido único”, de apariencia (sino de realidad) “unánime” y homogéneo. Tiene componentes que conservan su personalidad propia, sus visiones de futuro, sus ideologías incluso, sus militantes y sus clientelas, pero que, aparentemente, saben entenderse para llevar a cabo la lucha de conjunto.

El control del Medio Oriente es ciertamente una pieza maestra del proyecto de hegemonía mundial de Washington. ¿Cómo entonces Estados Unidos imagina asegurar el control? Hace ya una decena de años Washington había tomado la iniciativa de avanzar en el curioso proyecto de un “mercado común del Medio Oriente”, en el cual los países del Golfo habrían aportado el capital, y los otros países la mano de obra barata, reservándole a Israel el control tecnológico y las funciones de intermediario obligado. Aceptado por los países del Golfo y Egipto, el proyecto se enfrentaba al rechazo de Siria, Irak e Irán. Para ir hacia delante había entonces que abatir a estos tres regímenes. Ahora bien, esto ya está hecho en Irak.

El problema es entonces saber qué tipo de régimen político debe ser impuesto para que sea capaz de sostener este proyecto. El discurso propagandístico de Washington habla de “democracias”. De hecho, Washington sólo se emplea en sustituir autocracias nacidas del populismo sobrepasado por autocracias oscurantistas pretendidas “islámicas” (obligado por el respeto de la especificidad cultural de las “comunidades”). La alianza renovada con un Islam político llamado “moderado” (es decir, capaz de dominar la situación con la suficiente eficacia para prohibir las derivas “terroristas” –las dirigidas contra Estados Unidos y sólo contra ellos, por supuesto) constituye el eje de la opción política de Washington, permaneciendo como la única opción posible. En esta perspectiva es que la reconciliación con la autocracia arcaica del sistema será buscada.

Frente al despliegue del proyecto norteamericano, los europeos inventaron su propio proyecto, bautizado como “sociedad euro-mediterránea”. Proyecto intrépido, lleno de habladerías, pero que, igualmente, se proponía “reconciliar a los países árabes con Israel”. A la vez que excluían a los países del Golfo del “diálogo euro-mediterráneo”, los europeos reconocían que la gestión de éstos era de responsabilidad exclusiva de Washington (Amin y Kenz, 2003).

El contraste entre la audacia temeraria del proyecto norteamericano y la debilidad del de Europa son bellos indicadores de que el atlantismo realmente existente ignora el sharing (compartir responsabilidades y asociación en la toma de decisiones, poniendo en condiciones iguales a Estados Unidos y a Europa). Anthony Blair, que se considera el abogado de la construcción de un mundo “unipolar”, cree poder justificar esta opción porque el atlantismo que se le permitiría estaría fundado en el sharing. La arrogancia de Washington desmiente cada día más esta esperanza ilusa, aunque sirva simplemente como medio para engañar a la opinión europea. El realismo del propósito de Stalin, que había dicho en su momento que los nazis “no sabían dónde detenerse”, se aplica a la junta que gobierna Estados Unidos. Y las “esperanzas” que Blair intenta reanimar se parecen a las que Mussolini colocaba en su capacidad de “clamar” Hitler.

¿Es posible otra opinión europea? El discurso de Chirac, oponiendo al mundo “atlántico unipolar” (que comprende bien, parece, que la hegemonía unilateral de Estados Unidos reduce al proyecto europeo a ser sólo el modo europeo del proyecto de Washington) frente a la construcción de un mundo “multipolar”, ¿anuncia el fin del atlantismo?

Para que esta posibilidad se convierta en realidad, faltaría aún que Europa logre salir de las arenas movedizas sobre las cuales resbala.

Las arenas movedizas del proyecto europeo

Todos los gobernantes de europeos hasta el presente se han aliado a la tesis del liberalismo. Esta alianza no significa otra cosa que el fin del proyecto europeo, su doble disolución económica (las ventajas de la unión económica europea se disuelven dentro de la mundialización económica) y política (la autonomía política y militar europea desaparecen). Ya no existe, en este momento, ningún proyecto europeo. Ha sido sustituido por un proyecto noratlántico (o eventualmente de la tríada) bajo el comando norteamericano.

Las guerras made in USA han ciertamente despertado a la opinión pública e incluso a ciertos gobiernos (en primer lugar el de Francia, pero también los de Alemania, Rusia y China). No obstante, estos gobiernos no han cuestionado su fiel alineamiento ante las exigencias del liberalismo. Esta contradicción mayor deberá ser sobrepasada de una manera o de otra, ya sea a través de la sumisión ante las exigencias de Washington, ya sea por una verdadera ruptura que ponga término al atlantismo.

La conclusión política más importante que saco de este análisis es que Europa no podrá salir del atlantismo en tanto las alianzas políticas que definen sus bloques de poder permanezcan centradas en el capital transnacional dominante. Solamente si las luchas sociales y políticas lograran modificar el contenido de estos bloques e imponer nuevos compromisos históricos entre el capital y el trabajo será Europa capaz de tomar alguna distancia frente a Washington, hecho que permitiría, en consecuencia, el renacer de un eventual proyecto europeo. En estas condiciones Europa podría –debería incluso– comprometerse igualmente en el plano internacional, en sus relaciones con el Este y con el Sur, en otro camino diferente al trazado por las exigencias exclusivas del imperialismo colectivo, amortiguando, de esta manera, su participación en la larga marcha “más allá del capitalismo”. Dicho de otra manera, Europa será de izquierda (el término izquierda es tomado aquí muy en serio) o no será Europa.

Conciliar la adhesión al liberalismo con la afirmación de una autonomía política de Europa es el objetivo de ciertas fracciones de las clases políticas europeas preocupadas por preservar las posiciones exclusivas del gran capital. ¿Podrán ellas lograrlo? Lo dudo mucho.

En contrapunto, las clases populares en Europa ¿serán capaces de sobreponerse ante la crisis que enfrentan? Yo lo creo posible, precisamente por las razones que hacen que la cultura política de ciertos países europeos al menos sea diferente de la de Estados Unidos, y podría producirse un renacimiento de la izquierda. La condición es evidentemente que éstas se liberen del virus del liberalismo.

El “proyecto europeo” nació como el modo europeo del proyecto atlántico de Estados Unidos, concebido al día siguiente de la Segunda Guerra Mundial, dentro del espíritu de la “Guerra Fría” puesta en marcha por Washington, proyecto frente al cual los burgueses europeos –a la vez debilitados y temerosos frente a sus propias clases obreras– se adhirieron prácticamente sin condiciones.

Sin embargo, el propio despliegue de este proyecto –de origen dudoso– ha modificado progresivamente datos importantes del problema y de sus desafíos. Europa del Oeste logró terminar con su retraso económico y tecnológico con respecto a Estados Unidos. Por otra parte, el enemigo soviético ya no está. El despliegue del proyecto aglutinó a las principales adversidades que habían marcado durante siglo y medio la historia europea: los tres países mayores del continente –Francia, Alemania y Rusia– se reconciliaron. Todas estas evoluciones son, según mi punto de vista, positivas, y están llenas de un potencial aún más positivo. Ciertamente, este despliegue se inscribe en bases económicas inspiradas en los principios del liberalismo, pero de un liberalismo temperado hasta los años ‘80 por la dimensión social tenida en cuenta por y a través del “compromiso histórico socialdemócrata”, que obligaba al capital a ajustarse ante las demandas de justicia social expresadas por las clases trabajadoras. Después el despliegue continuó en un marco social nuevo, inspirado por un liberalismo “a la americana”, completamente anti-social.

Este último viraje ha lanzado a las sociedades europeas hacia una crisis multidimensional. De

entrada, está la crisis económica de la opción liberal. Una crisis agravada por la alineación de los países europeos ante las exigencias económicas de su líder norteamericano, consintiendo estos en financiar el déficit de éste último en detrimento de sus propios intereses. Luego la crisis social, acentuada con el crecimiento de las resistencias y de las luchas de las clases populares contra las consecuencias fatales de la opción liberal. Finalmente, el intento de una crisis política –el rechazo de alinearse, sin condiciones al menos, bajo la opción de Estados Unidos en la guerra sin fin contra el sur.

¿Cómo harán frente los pueblos europeos a este triple desafío?

Los europeos se dividen en tres conjuntos diferentes:

- Los que defienden la opción liberal y aceptan el liderazgo de Estados Unidos, casi sin condiciones.
- Los que defienden la opción liberal, pero desearían una Europa política independiente, fuera de la alineación norteamericana.
- Los que desearían (y luchan por) una “Europa social”, es decir, un capitalismo temperado por un nuevo compromiso social capital/trabajo que opere a escala europea, y simultáneamente, una Europa política practicante de “otras relaciones” (amistosas, democráticas y pacíficas) con el sur, Rusia y China. La opinión pública general en toda Europa ha expresado, durante el Foro Social Europeo (Florencia 2002) y en la ocasión de la guerra contra Irak, su simpatía por esta posición de principios.

Hay ciertamente otros, los “no europeos”, en el sentido de que no piensan que sea posible ni deseable ninguna de las tres opciones pro-europeas. Estos son aún minoritarios, pero ciertamente están llamados a reforzarse en una de dos opciones fundamentalmente diferentes:

- Una opción “populista” de derecha, que rechaza la progresión de los poderes políticos –e incluso económicos– supranacionales, con la excepción evidente de los del capital transnacional.
- Una opción popular de izquierda, nacional, ciudadana, democrática y social.
¿Cuáles son las fuerzas en las que se apoya cada una de estas tendencias y cuáles son sus oportunidades de éxito respectivas?

El capital dominante es liberal por naturaleza. En este sentido, lógicamente sostiene la primera de estas tres opciones. Anthony Blair representa la expresión más coherente de lo que he calificado como “el imperialismo colectivo de la tríada”. La clase política, reunida detrás de la bandera estrellada, está dispuesta, si fuera necesario, a “sacrificar al proyecto europeo” –o al menos a disipar toda ilusión al respecto– usando el desprecio por sus orígenes: ser el modo europeo del proyecto atlantista. Pero Bush, al igual que Hitler, no concibe otros aliados que los subordinados alineados sin condiciones. Esta es la razón por la cual segmentos importantes de la clase política, incluyendo la derecha –aunque sean en principio los defensores de los intereses del capital dominante– rechazan alinearse a Estados Unidos como ayer lo hicieron frente a Hitler. Si hay un Churchill posible en Europa, éste sería Chirac. ¿Lo será?

La estrategia del capital dominante puede acomodarse en un “anti-europeísmo de derecha”, el cual se contentaría con retóricas nacionalistas demagógicas (movilizando, por ejemplo, el tema de los emigrados) en tanto que se sometería de hecho frente a las exigencias de un liberalismo no específicamente “europeo”, sino mundializado. Aznar y Berlusconi constituyen los prototipos de estos aliados de Washington. Las clases políticas serviles de Europa del Este lo son igualmente.

En este sentido, creo que la segunda opción elegida por los europeos más importantes (Francia-Alemania) es difícil de mantener. ¿Expresa ella las ambiciones de un capital suficientemente potente para ser capaz de emanciparse de la tutela de Estados Unidos? No tengo respuesta salvo indicar que intuitivamente lo veo poco probable.

Esta opción, sin embargo, es la de los aliados frente a un adversario norteamericano que constituye el enemigo principal de toda la humanidad. Estoy persuadido de que, si ellos persisten en su opción, deberán hacer frente a la lógica de proyecto unilateral del capital (el liberalismo) y a buscar alianzas de izquierda (las únicas que pudieran darle fuerza a su proyecto de independencia frente a Washington). La alianza entre los conjuntos dos y tres no es imposible. Tal y como lo fue la gran alianza anti-nazi.

Si esta alianza toma forma, ¿deberá operar exclusivamente en el marco europeo si todos son incapaces de renunciar a la prioridad brindada a este marco? No lo creo, porque este marco, tal como es, sólo favorece sistemáticamente la opción del primer grupo pro-americano. ¿Habría entonces que hacer estallar a Europa y renunciar definitivamente a su proyecto? No lo creo tampoco necesario, ni siquiera deseable. Otra estrategia es posible: la de dejar el proyecto europeo “dormir” un tiempo en su estadio actual de desarrollo, y paralelamente construir otros ejes de alianzas.

Una primera prioridad es entonces la construcción de una alianza política y estratégica París-Berlín-Moscú, prolongada hasta Pekín y Delhi si fuera posible. Y digo específicamente política con el objetivo de darle el pluralismo internacional y todas las funciones que deberían tener en la ONU. Estratégica, en el sentido de construir fuerzas militares a la altura del desafío norteamericano. Estas tres o cuatro potencias tienen todos los medios (económicos, tecnológicos y financieros) reforzados por sus tradiciones militares, frente a los cuales Estados Unidos palidece. El desafío norteamericano y sus ambiciones criminales lo imponen en virtud de su carácter desmesurado. Constituir un frente anti-hegemónico es en la actualidad tan prioritario como en el pasado lo fue constituir una alianza anti-nazi.

Esta estrategia reconciliaría a los “pro-europeos” con los grupos dos y tres y con los “no europeos” de izquierda. Se crearían condiciones favorables para retomar más tarde un proyecto europeo, que integraría incluso probablemente a una Gran Bretaña liberada de su sumisión frente a Estados Unidos y a una Europa del Este desprendida de su cultura servil. Debemos ser pacientes porque esto tomará bastante tiempo.

No habrá progreso posible alguno de un proyecto europeo en tanto que la estrategia norteamericana no sea desviada de su rumbo.

Europa frente a su propio Sur árabe y mediterráneo

El Mundo Árabe y el Medio Oriente ocupan un lugar decisivo en el proyecto hegemónico de Estados Unidos. La respuesta que los europeos le darán al desafío norteamericano en la región será uno de los tests decisivos que tendrá el propio proyecto europeo.

El problema consiste en saber si los costeros del Mediterráneo y sus prolongaciones – europeos, árabes, turcos, iraníes y países del África– se orientarán o no hacia una representación de su seguridad que se diferencie de la que está dirigida por la primacía de la salvaguarda de la hegemonía mundial americana. La razón pura debería hacerlos evolucionar en esta dirección. Pero hasta el momento, Europa no ha brindado ningún signo de ir en este sentido. Una de las razones que podría explicar en parte la inercia europea es que los socios de la Unión Europea, aunque no son demasiado divergentes, están cargados de un coeficiente de prioridades relativas muy diferente de un país al otro. La fachada mediterránea no es central en las polarizaciones industriales del capitalismo desarrollado: las fachadas del Mar del Norte, del Noreste Atlántico americano y del Japón central tienen una densidad sin denominador común. Para los del norte de Europa –Alemania y Gran Bretaña– el peligro del caos en los países situados al sur del Mediterráneo no resulta tener la misma gravedad que para los italianos, españoles y franceses.

Las diferentes potencias europeas tuvieron hasta 1945 políticas mediterráneas propias a cada una de ellas, a menudo conflictivas. Después de la Segunda Guerra Mundial, los estados de Europa Occidental no tuvieron prácticamente ninguna política mediterránea ni árabe, ni particular, ni común, más allá de la que implicaba el alineamiento implicado por Estados

Unidos. En este marco, Gran Bretaña y Francia, que tenían sus posesiones coloniales en la región, libraron batallas para conservar sus ventajas. Gran Bretaña renunció a Egipto y a Sudán (1954) y, después de la derrota en la aventura de agresión tripartita (1956), se sucedió un viraje violento que, a finales de los años '60, implicó el abandono de su influencia en los países costeros del Golfo.

Francia, eliminada desde 1945 de Siria, aceptó finalmente la independencia de Argelia (1962), pero conservó cierta nostalgia de su influencia en Maghreb y en el Líbano, envalentonada por las clases dirigentes locales, al menos en Marruecos, Túnez y en el Líbano. Paralelamente, la construcción europea no sustituyó el retiro de las potencias coloniales por una política común operante en este sentido. Recordemos que, después de la guerra israelo-árabe de 1973, los precios del petróleo fueron reajustados y la Europa comunitaria, sorprendida en sus sueños, descubrió que tenía "intereses" en la región. Pero este despertar no suscitó de su parte ninguna iniciativa de importancia, por ejemplo, concerniente al problema palestino. Europa se quedó, tanto en este dominio como en otros, vegetativa y finalmente inconsistente. Algunos progresos en dirección de una autonomía frente a Estados Unidos fueron vistos en los años '70, pero tras la Cumbre de Venecia (1980) se erosionaron durante los años '80 para finalmente desaparecer con la alineación junto a Washington que se adoptó durante la Crisis del Golfo. Es por ello que las percepciones europeas concernientes al futuro de las relaciones Europa-Mundo Árabe e Iraní deben ser estudiadas a partir de análisis propios a cada uno de los estados europeos.

Gran Bretaña no tiene ninguna política mediterránea ni árabe que le resulte específica. En este dominio, como en otros de la sociedad británica en todas sus expresiones políticas (conservadores y laboristas), la opción ha sido el alineamiento incondicional con Estados Unidos. Se trata, en este caso, de una opción histórica fundamental, que sobrepasa ampliamente las circunstancias coyunturales y que refuerza considerablemente la sumisión de Europa ante las exigencias de la estrategia norteamericana.

Por razones diferentes, Alemania no tiene tampoco política árabe ni mediterránea específica y no buscará probablemente desarrollar ninguna en un futuro cercano. Debilitada por su división y su status, la RFA consagró todos sus esfuerzos a su desarrollo económico, aceptando tener un perfil político bajo y ambiguo con Estados Unidos y la Europa de la CEE. En un primer momento, la reunificación de Alemania y su reconquista de la plena soberanía internacional no modificaron este comportamiento, sino que, por el contrario, acentuaron sus expresiones. La razón es que las fuerzas políticas dominantes (conservadoras, liberales y socialdemócratas) escogieron brindar la prioridad a la expansión del capitalismo germánico en Europa central y oriental, reduciendo la importancia relativa de una estrategia europea común, tanto en el plano político como en el de la integración económica. Quedaría por saber si esta tendencia se ha invertido en la actualidad, tal y como parece sugerirlo la actitud de Berlín frente a la Guerra de Irak.

Las posiciones de Francia son más matizadas. País a la vez atlántico y mediterráneo, heredero de un Imperio colonial, clasificado entre los vencedores de la Segunda Guerra Mundial, Francia no renunció a expresarse como potencia. Durante la primera década de la postguerra, los sucesivos gobiernos franceses trataron de preservar las posiciones coloniales de sus países a través de posiciones atlantistas anticomunistas y antisoviéticas. Sin embargo, no adquirieron el apoyo de Washington, tal y como lo demostró la actitud de Estados Unidos durante la agresión tripartita contra Egipto (1956). La política mediterránea y árabe de Francia era simplemente retrógrada. De Gaulle rompió simultáneamente con las ilusiones paleocoloniales y proamericanas, y concibió el triple proyecto de modernizar la economía francesa, conducir un proceso de descolonización que permitiera sustituirlo por un neocolonialismo frente a las viejas fórmulas y compensar las debilidades intrínsecas a todo país medio como Francia a través de la integración europea. En esta última perspectiva De Gaulle concebía una Europa capaz de ser autónoma, no solamente en el plano económico y financiero, sino también en el plano político e incluso, a término, en el plano militar, al igual que concebía, a la larga, la asociación de la URSS con la construcción europea ("la Europa del Atlántico hasta los Urales"). Pero el gaullismo no sobrevivió a su fundador y, a partir de 1968, las fuerzas políticas francesas, tanto de la derecha clásica como de la izquierda socialista, regresaron progresivamente a sus actitudes anteriores. Su visión de la construcción europea se estrechó hasta la sola dimensión

de un “mercado común” entre Francia y Alemania Federal (hasta el momento en que la unificación alemana se realizó, en París estuvieron un poco sorprendidos e inquietos...) y en la invitación con presiones hecha a Gran Bretaña para unirse a la CEE (olvidando que Inglaterra sería el Caballo de Troya de los norteamericanos en Europa). Naturalmente, este cambio implicaba el abandono de toda política árabe digna del nombre propio de Francia, es decir, de una política que fuera más allá de la simple defensa de los intereses mercantiles inmediatos. En el plano político, Francia se comportó objetivamente tanto en el mundo árabe como en Africa Subsahariana como una fuerza suplementaria de apoyo a la estrategia de hegemonía norteamericana. Es en este marco que hay que colocar el discurso mediterráneo, que llama a asociar a los países del Maghreb al carro europeo (de la misma manera en que se asoció a Turquía hoy en crisis), lo que conllevó a romper la perspectiva de un acercamiento unitario árabe y abandonar a Mashrek ante la intervención israelo-norteamericana. Sin dudas, las clases dirigentes del Maghreb son responsables, dada la simpatía que mostraron por este proyecto. Sin embargo, la Crisis del Golfo le dio un fuerte golpe a este proyecto, y las masas populares de África del Norte afirmaron, en esa ocasión y con fuerza, su solidaridad con Maghreb, hecho totalmente previsible.

Italia es, por su posición geográfica incluso, un país muy sensible frente a los problemas mediterráneos. Esto no significa que ella tenga una política real mediterránea y árabe, y mucho menos que ésta tenga eficacia y autonomía. Por su desarrollo capitalista marginal, Italia se vio obligada a inscribir sus ambiciones mediterráneas bajo la tutela europea en una alianza con otras potencias del área, más decisivas que ella. Desde que se logró su unidad a mitad del siglo pasado con la caída de Mussolini en 1943, Italia vaciló entre la alianza con los dueños del Mediterráneo –es decir, con Gran Bretaña y Francia– o con aquellos que podían contestar las posiciones anglo-francesas, es decir, Alemania. El atlantismo, que se ejerce en Italia en una visión que implica un perfil político exterior bajo la tutela de Estados Unidos, ha dominado la acción y las opciones de los gobiernos italianos desde 1947. El es igualmente dominante, aunque en una visión más ideológica aún, en ciertos sectores de la burguesía laica (los Republicanos y los Liberales, y algunos socialistas). Porque entre los cristianos demócratas existe la presión del universalismo de la tradición católica. Por ello resulta significativo que el Papa haya tomado, a menudo, posiciones más retrógradas frente a los pueblos árabes (sobre todo en el problema palestino) y del Tercer Mundo que las de los numerosos gobiernos italianos y occidentales en general. El paso hacia la izquierda de una parte de la Iglesia Católica, bajo la influencia de la Teología de la Liberación de América Latina, refuerza en la actualidad este universalismo, del cual encontramos versiones laicas en los movimientos pacifistas, ecologistas y tercermundistas. La corriente “mittel” europea tiene sus raíces en el siglo XIX italiano y en el corte Norte-Sur que no ha logrado mitigar la unidad italiana. Afiliada a los intereses del gran capital milanés, ésta sugiere brindar la prioridad a la expansión económica de Italia hacia el este europeo, en asociación estrecha con Alemania. En este marco, Croacia constituye en la actualidad un objetivo inmediato. Bien entendida, esta opción implicaría que Italia continuara la tradición de bajo perfil internacional, y que se mantenga sobre todo marginal en sus relaciones con el Sur del Mediterráneo. Una opción paralela de España la aislaría aún más del concierto europeo, reduciéndola a su más bajo denominador común. La corriente mediterránea, que aún es débil, a pesar del aporte que el universalismo podría significarle, se expresa, por esta razón, en una versión “levantina”: se trata de “hacer negocios” aquí o allá, sin preocuparse por el marco de estrategia política en el cual se inscriben. Para tomar otra consistencia, más noble, asociando a Italia a aperturas económicas que se inscriban en una perspectiva de reforzar su autonomía y la de sus socios árabes, sería necesario que se lograra una convergencia entre este proyecto y las ideas universalistas, sobre todo de una parte de la izquierda italiana, comunista y cristiana. Por su parte, la derecha italiana, reunificada bajo la dirección de Berlusconi en el poder, ha optado por inscribirse bajo la tutela del eje atlántico de Washington-Londres. El comportamiento de las fuerzas de policía durante la reunión del G8 en Génova (julio de 2001) expresa claramente esta opción.

España y Portugal ocupan un lugar importante en la geoestrategia de hegemonía mundial de Estados Unidos. El Pentágono considera, en efecto, que el eje Azores-Canarias-Gibraltar-Baleares es esencial para la vigilancia del Atlántico Norte y Sur y el cuidado de la entrada al Mediterráneo. Estados Unidos forjó su alianza con estos dos países inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, sin tener la más mínima preocupación por su carácter fascista. Por el contrario, incluso el anticomunismo de las dictaduras de Salazar y de Franco sirvió bien

a la causa hegemónica norteamericana, permitiendo admitir a Portugal dentro de la OTAN y establecer en suelo español bases americanas de primera importancia. En contrapartida, Estados Unidos y sus aliados europeos apoyaron sin reservas a Portugal hasta el final de su fracasada guerra colonial.

La evolución democrática de España después de la muerte de Franco no fue la ocasión de un cuestionamiento de la integración del país al sistema militar norteamericano. Por el contrario, incluso la adhesión formal de España a la OTAN (en mayo de 1982) fue objeto de un verdadero chantaje electoral que dejó entrever que la participación de la CEE exigía esta adhesión, a la cual se oponía la mayor parte de la opinión pública española.

Después, el alineamiento de Madrid bajo las posiciones de Washington ha sido sin reserva. En contrapartida, Estados Unidos habría, al parecer, intervenido para “moderar” las reivindicaciones marroquíes e incluso para intentar convencer a Gran Bretaña acerca de Gibraltar. En este sentido, podemos dudar de la propia realidad de estas intervenciones. El alineamiento atlantista reforzado de Madrid se tradujo en cambios radicales en la organización de las fuerzas armadas españolas, calificados por los analistas como un “movimiento hacia el sur”. En la tradición española, en efecto, el ejército estaba diseminado sobre todo el territorio del país. Concebido además –después de Franco de una manera evidente– como una fuerza de policía interior más que como una fuerza dirigida contra el exterior, el ejército español permaneció siendo rústico y, a pesar de la marcada atención que le brindaba el poder supremo de Madrid a los cuerpos de generales y oficiales, no había sido objeto de una verdadera modernización, tal y como fueron los casos de Francia, Gran Bretaña y Alemania.

Los gobiernos socialistas, y después los de derecha, procedieron a una reorganización de las fuerzas españolas para combatir un “frente sur” eventual y se comprometieron en un programa de modernización del ejército de tierra, de la aviación y de la marina. Este cambio, exigido por Washington y la OTAN, es una de las numerosas manifestaciones de la nueva estrategia hegemónica norteamericana, sustituyendo el Sur por el Este para la defensa de Occidente. Este está acompañado en España por un nuevo discurso que pone en evidencia a un “enemigo hipotético que viene del Sur”, cuya identificación no deja lugar a ninguna duda. Curiosamente, este discurso de los medios democráticos (y socialistas) españoles recuerda la vieja tradición de la Reconquista, muy popular dentro de los círculos católicos del ejército. El cambio en las fuerzas armadas españolas es entonces el signo de una determinación de España de tener un papel activo en el seno de la OTAN, en el marco de la reorientación de las estrategias occidentales en previsión de intervenciones en el Tercer Mundo. Desde hace tiempo la Península Ibérica constituye la primera escala del eje Washington-Tel Aviv, la cabeza del puente europeo principal de la Rapid Deployment Force americana (la cual tuvo un papel decisivo en la Guerra del Golfo), completada con las bases de Sicilia (que, igualmente, nunca habían servido hasta las operaciones dirigidas contra el Mundo Árabe como Libia, bombardeo israelí a Túnez, etc.) y, curiosamente, las facilidades acordadas por Marruecos. Evidentemente, esta opción occidental vacía el discurso “euro-árabe” de todo contenido serio. La nueva España democrática, que pretende activar una política de amistad en dirección de América Latina y el Mundo Árabe, ha más bien dirigido sus movimientos en un sentido inverso, de hecho, a las exigencias de su proclamación de principios.

El gobierno de derecha dirigido por Aznar ha confirmado este alineamiento atlantista de Madrid. Más aún que Italia, España rechaza capitalizar su posición mediterránea en beneficio de una nueva política europea en dirección al mundo árabe, África y el Tercer Mundo, y tomar distancia ante las exigencias de la hegemonía norteamericana. La idea francesa de un grupo mediterráneo en el seno de la Unión Europea queda, por estas razones, suspendida en el aire y sin puntos de apoyo serios. Por otra parte, en el plano económico, el capital español, heredero de la tradición franquista, ha colocado sus principales esperanzas de expansión en el desarrollo de acuerdos con Alemania y Japón, invitados a participar en la modernización de Cataluña.

Mientras existió la línea de confrontación Este-Oeste pasaba a través de los Balcanes. La afiliación obligada de estados de la región ante Moscú o Washington –con la única excepción de Yugoslavia desde 1948 y de Albania a partir de 1960– le había colocado una sordina a las querellas nacionalistas locales que hicieron de los Balcanes el traspaso europeo.

Turquía se colocó en el campo occidental desde 1945, después de haber puesto término a su neutralidad frente a la Alemania hitleriana. Las reivindicaciones soviéticas sobre el Cáucaso formuladas por Stalin a partir de la victoria fueron rechazadas por Ankara gracias al apoyo decidido de Washington. En contrapartida, Turquía, miembro de la OTAN, a pesar de su sistema político poco democrático, acogió a las bases americanas más próximas de la URSS. No hay lugar a dudas que la sociedad turca continúa siendo del Tercer Mundo, aunque después de Atatürk las clases dirigentes de este país proclamen la parte europea de la Nueva Turquía, tocando a la puerta de una Unión Europea que no la desea. Aliada fiel de Estados Unidos y de sus socios europeos, ¿deseará Turquía reintegrar su pasado y tener un papel activo en el Medio Oriente, haciéndole pagar al Occidente los servicios que podría brindarle en esta región? Parece ser que el problema de los kurdos, sobre el cual desconoce hasta su propia existencia, ha conllevado a hacer vacilar la toma de esta opción hasta el presente. Lo mismo resulta para una eventual opción pan-turaniana, sugerida por ciertos medios kemalistas, y relegada después al museo de la historia. Pero en la actualidad, la descomposición de la URSS podría constituir una invitación para que el poder de Ankara tome la dirección de un bloque turco que, desde Azerbaiján hasta Sinkiang, domine el Asia Central. Irán siempre expresó sus reales temores hacia una evolución de este tipo, que no solamente cuestionaría el estatus del Azerbaiján meridional iraní sino también la seguridad de su amplia frontera asiática septentrional con Turkmenistán y Ouzbekistán.

Grecia no se alistó en el campo soviético. Ella estuvo obligada y forzada por la intervención británica de 1948 a alinearse con Estados Unidos. En conformidad con los Acuerdos de Yalta, la URSS, como todos sabemos, abandonó a su suerte a la resistencia griega, dirigida por el Partido Comunista que, sin embargo, en este país al igual que en Yugoslavia y Albania, había liberado al país y conquistado por ello el apoyo popular mayoritario. De esta manera, los occidentales estuvieron obligados a apoyar contra este movimiento popular a regímenes represivos sucesivos y, finalmente, a una dictadura de coroneles fascistas, sin ver en ello una contradicción importante con su discurso, según el cual la OTAN protegería al “mundo libre” contra el “Satán” totalitario. El retorno de Grecia a la democracia, por la victoria electoral de Pasok (1981), arriesgaba, en esas condiciones, cuestionar la fidelidad de este país con la OTAN. La Europa comunitaria vino entonces al apoyo de Washington para, al igual que en el caso de España, unir a la candidatura griega con la CEE, y mantenerla en su participación dentro de la alianza atlántica. Esta integración en la CEE fue ampliamente discutida por la opinión pública griega de la época. La opción de Papandreu de unirse a pesar de todo, después de algunas vacilaciones y a pesar de los principios tercermundistas y neutralistas de Pasok, parece haber desatado una evolución irreversible incluso a nivel de las mentalidades, adulando las aspiraciones del pueblo griego a la modernidad y al europeísmo. Sin embargo, los nuevos socios europeos de Grecia no le han ofrecido gran cosa a este país, quedando durante todo el tiempo en la posición de pariente pobre de la construcción comunitaria.

La fidelidad de Atenas ante el Occidente euro-americano no le ha valido un apoyo real en su conflicto con Turquía. Incluso aunque la dictadura griega haya tenido una determinada responsabilidad en la tragedia chipriota (1974), la agresión turca abierta (operación Atila) y la creación posterior de una República Turca de Chipre, en franca violación del estatus de la isla, no solamente han sido aceptadas, sino probablemente también acordadas con los servicios del Pentágono, frente a los cuales Europa cede una vez más. Resulta evidente que, para Estados Unidos, la amistad con Turquía, potencia militar regional considerable, está muy por encima de Grecia, por democrática que ésta sea.

El conjunto de la región de los Balcanes-Danubio (Yugoslavia, Albania, Hungría, Rumania y Bulgaria) entró en 1945 bajo la égida de Moscú, ya fuera por la ocupación militar soviética y la aceptación de los socios de Yalta, o por su propia liberación y la opción escogida por los pueblos de Yugoslavia y de Albania.

La Yugoslavia de Tito, aislada durante los años 1948-1953, entre el ostracismo de Moscú y el anticomunismo occidental, había logrado con éxito una estrategia de construcción de un frente de “no alineados”, que le valió su amistad con el Tercer Mundo, particularmente a partir de la Conferencia de Bandung (1955). Los analistas del pensamiento geoestratégico de la época señalan curiosamente que este pensamiento era poco sensible ante la dimensión mediterránea

de su país. Quizás el abandono de Italia después de la Segunda Guerra Mundial de sus visados tradicionales y la solución encontrada en 1954 ante el difícil problema de Trieste fueron la causa de este “olvido histórico”. Yugoslavia vivió después como un estado preocupado ante todo por los problemas de equilibrio de sus relaciones regionales y, sobre todo, por el del equilibrio mundial entre las superpotencias. Porque en primer lugar, ella había logrado capitalizar la doble atracción nordista y danubiana de Croacia y Eslovenia y la rusa y balcánica de Serbia. El acercamiento iniciado por Kroutchev y continuado por sus sucesores, reconociendo como positivo el neutralismo de Tito en la arena mundial, así como el debilitamiento de los regímenes del Pacto de Varsovia a partir de los años ‘60 y sobre todo en los ‘70, garantizó, durante un tiempo, la seguridad yugoslava, que había cesado de sentirse como el objeto de cualquier conflicto regional. La diplomacia yugoslava pudo entonces desplegarse en las arenas internacionales, dándole al país un peso fuera de proporción con respecto a su tamaño. Pero, a pesar de que esta diplomacia había indiscutiblemente marcado puntos en Asia, en Africa y en América Latina, falló en Europa, donde su llamado a ampliar el frente de neutralistas nunca tuvo ecos favorables. Sin embargo, frente a la Europa de la OTAN, desde el norte hasta el sur del continente, entre dos pactos militares adversos, Suecia, Finlandia y Austria hubieran podido buscar iniciativas positivas comunes que se separaran del espíritu de la Guerra Fría. Más tarde la Grecia de Pasok intentó ampliar el campo neutral europeo desembocando esta idea en 1982 en la proposición de cooperación para la desnuclearización de los Balcanes, dirigiéndose, simultáneamente, a ciertos países miembros de las dos alianzas (Turquía, Rumania y Bulgaria) o a neutrales (Yugoslavia y Albania). Estas proposiciones tampoco encontraron eco alguno.

La descomposición de Europa suroriental a partir de 1989 cambió todo el problema. La erosión, y luego el derrumbe de la legitimidad de los regímenes –fundada sobre un determinado desarrollo, sean cuales hayan sido sus límites y sus aspectos negativos– hizo estallar la unidad de la clase dirigente, cuyas fracciones intentaron fundar su legitimidad bajo el nacionalismo. Las condiciones estaban dadas no solamente para permitir la ofensiva del capitalismo salvaje sostenido por Estados Unidos y la Unión Europea, sino también para que Alemania retomara la iniciativa en la región, arrojando leña al fuego –a través del reconocimiento de la independencia de Eslovenia y de Croacia, que la propia Unión Europea reafirmó– y acelerando en consecuencia el estallido de Yugoslavia y la guerra civil. Curiosamente, los europeos intentaron imponer en Bosnia ¡la coexistencia de las comunidades que ellos habían insistido en separar! Si es posible que los serbios, croatas y musulmanes coexistan en la pequeña Yugoslavia que resulta ser Bosnia, ¿por qué no hubieran podido coexistir en la gran Yugoslavia? Evidentemente, una estrategia de este tipo no hubiera tenido ningún éxito, lo que le permitió a Estados Unidos intervenir en pleno corazón de Europa. En la estrategia de Washington, el eje de los Balcanes-Cáucaso-Asia Central prolonga al Medio Oriente.

De los análisis propuestos anteriormente y que conciernen a las opciones político estratégicas de los países de la Riviera Norte del Mediterráneo saco una importante conclusión: la mayor parte de estos países, en el ayer fieles partidarios de Estados Unidos en el conflicto Este-Oeste, continúan alineados bajo la estrategia de hegemonía norteamericana frente al Tercer Mundo, y singularmente frente a los países árabes y de la región del Mar Rojo-Golfo. Los otros países (balcánicos y del Danubio) ayer implicados de una u otra manera en el conflicto Este-Oeste, han cesado de ser agentes activos en el permanente conflicto Norte-Sur, y se han convertido en objetos pasivos ante el expansionismo occidental.

Conclusiones: el Imperio del caos y la guerra permanente

He calificado el proyecto de dominación de Estados Unidos –la extensión de la doctrina Monroe a todo el planeta, particularmente desde el derrumbe de la Rusia soviética (1991)– como Imperio del Caos. El crecimiento de las resistencias de las naciones del Viejo Mundo anuncia que no aceptarán someterse tan sencillamente. Estados Unidos estará llamado a sustituir el derecho internacional por el recurso a las guerras permanentes (proceso que ha comenzado en el Medio Oriente, pero que apunta ya hacia Rusia y Asia), deslizándose por la pendiente fascista (la “ley patriótica” ya le ha dado poderes a su policía frente a los extranjeros –aliens– que resultan ser similares a los que poseía la Gestapo).

Los estados europeos, socios en el sistema del imperialismo colectivo de la tríada, ¿aceptarán esta deriva que los colocará en posiciones subalternas? La tesis que he desarrollado coloca el acento no tanto en los conflictos de intereses del capital dominante como en la diferencia que separa las culturas políticas de Europa y la que caracteriza a la formación histórica de Estados Unidos, y encuentra en esta nueva contradicción una de las principales razones del probable fracaso del proyecto de Estados Unidos⁶.

Notas

* Epílogo al libro Guerra global, Resistencia Mundial y Alternativas (10.2003) de Wim Dierckxsens y Carlos Tablada.

** Desde 1980, Director del Foro del Tercer Mundo, Buró Africano, Dakar, y Presidente del Foro Mundial de Alternativas.

1 Sugiero consultar los siguientes títulos de mi autoría: Clase y nación en la historia y la crisis contemporánea, capítulos VI y VIII (1979); El eurocentrismo, capítulo IV (1988); Más allá del capitalismo senil por un siglo XXI no americano (2001).

2 Para la crítica del post-modernismo y la tesis de Negri, consultar los siguientes trabajos de mi autoría: "Crítica de la moda", capítulo VI, en Harmattan (1997); El tiempo de las cerezas (2003[a]) y El virus liberal, página 20 y siguientes (2003[b]).

3 Como por ejemplo Gérard Chaliand y Arnaud Blin, America is back, Bayard (2003).

4 Me refiero a La Estrategia de Seguridad Nacional de Estados Unidos, anunciada en el 2002.

5 Cf. nota 2.

6 Ver El virus liberal, página 20 y siguientes (2003[a]), y La ideología americana, publicado en inglés en Ahram Weekly (2003[c]), ambos libros de mi autoría.

Bibliografía

Amin, Samir 1979 Clase y nación en la historia y la crisis contemporánea (Minuit).

Amin, Samir 1988 El eurocentrismo (Anthropos).

Amin, Samir 1989 La derrota del desarrollo (Harmattan).

Amin, Samir 1991 El imperio del caos (Harmattan).

Amin, Samir 1994 La etnia al asalto de las naciones (Harmattan).

Amin, Samir 1996 Los desafíos de la mundialización (Harmattan).

Amin, Samir 1997 Crítica de la moda (Harmattan).

Amin, Samir 2000 La hegemonía de los Estados Unidos y el fin del proyecto europeo (Harmattan).

Amin, Samir 2001 Más allá del capitalismo senil, por un siglo XXI no americano (PUF).

Amin, Samir 2003[a] El tiempo de las cerezas (s/d).

Amin, Samir 2003[b] El virus liberal (The New York Press).

Amin, Samir 2003[c] The American Ideology (El Cairo: Ahram Weekly).

Amin, Samir y Ali El Kenz 2003 El mundo árabe, finalidades sociales y perspectivas mediterráneas (Harmattan).

Amin, Samir y otros 1992 Las finalidades estratégicas en el Mediterráneo (Harmattan).

Chaliand, Gérard y Arnaud Blin 2003 America is back (Bayard).

Todd, Emmanuel 2002 Después del Imperio (Gallimard).

¿Hay vías Abiertas para América Latina? Francisco de Oliveira*

La inspiración de esta presentación es evidente. Me refiero al clásico de Eduardo Galeano, *Las Venas Abiertas de América Latina*. Nos preguntamos, entonces: ¿Las Venas Abiertas de América Latina pueden ser transformadas en vías abiertas para su liberación, para la disminución de sus desigualdades internas, para el retorno del desarrollo económico, para un nuevo lugar en el mundo contemporáneo? ¿Hay una transformación dialéctica de “venas abiertas” en “vías abiertas”, o continuaremos leyendo a Borges como maestro de nuestro espejismo?

Conviene no repetir precariamente lo que puede encontrarse expresado en los documentos de la CEPAL: las dos últimas décadas fueron de estagnación, retroceso y como máximo, en algunos casos, de crecimiento mediocre. América Latina fue avasallada por el neoliberalismo – llamémoslo por el nombre por el cual fue popularizada su crítica, a pesar de que éste sea, en sí mismo, un tanto mistificador– en el último período del siglo pasado y continúa bajo su dominio. Somos la región con la mayor desigualdad incluso respecto de África. Interna-mente, la desigualdad aumentó en nuestras sociedades entre el inicio de los años noventa y el comienzo de 2000. México y Brasil casi no han cambiado en este período pero sociedades más igualitarias como Argentina y Uruguay se destacaron por un proceso de polarización social radical. La excepción conocida es la de siempre: Cuba, que nos recibe tan generosamente, pero cuyo propio progreso se ve truncado por la estagnación general de Latinoamérica, que la hace asumir los riesgos del “socialismo en un solo país”. Lo que no disminuye en nada, al contrario, exalta su dignidad y los inmensos sacrificios de su pueblo.

Bajo el diagnóstico general se esconden especificidades: desde la fulminante transformación de México en el mayor exportador individual para Estados Unidos en el ámbito del NAFTA – que, sin embargo, no impidió el default de la deuda externa a comienzos de los noventa ni permitió resolver la cuestión de la desigualdad mexicana–, hasta el estrepitoso fracaso y el increíble retroceso de la Argentina, otrora una de las cinco economías más importantes del mundo en los comienzos del siglo XX. Chile conoce el desarrollo menos errático desde la dictadura de Pinochet, pero sus trabajadores ya experimentan las viñas amargas –en un bello país vitivinícola– de la seguridad social privatizada, ahora que llegó la hora de pagar la cuenta. De cualquier forma, el aislacionismo chileno con relación a América Latina lo coloca en la dependencia casi exclusiva del mercado norteamericano, y de hecho Chile retrocedió en términos de división social del trabajo –ha vuelto a su condición de economía primario-exportadora anclada todavía en el bueno y viejo cobre estatal. Las economías uruguaya y paraguaya sufren los efectos del retroceso argentino y del neoliberalismo brasileño y el MERCOSUR no ha sido suficiente, en el estado en que se encuentra, para devolverles su dinamismo. Colombia se transformó en una tragedia, cuyas características todos conocemos, y está en vías de transformarse en un no-Estado y en una no-nación. Ecuador, Perú y Bolivia experimentaron espasmos tan violentos que ni siquiera la ciencia social más cautelosa se arriesga a hacer previsiones: se puede pasar de Sendero Luminoso a Alberto Fujimori y de éste a Alejandro Toledo, de los experimentos al estilo Margaret Thatcher avant la lettre a Evo Morales, y de la dolarización a forceps al movimiento indígena anti-capitalista, casi sin mediaciones. Venezuela sufrió la más desenfundada corrupción bajo el partido más socialdemócrata que el continente conoció, y viene experimentando cotidianamente todas las tentativas de desestabilización de su revolución bolivariana, pasando por el escandaloso asalto a la presidencia de la República liderado directamente por el presidente de la asociación de empresarios.

Menos que un rosario de nuestras debilidades, lo que esta breve enumeración describe es la fortísima erosión de las instituciones democráticas y republicanas por parte del neoliberalismo, una declaración de guerra abierta del capital contra la posibilidades de la acción política. Parfraseando a Atilio Boron, este Secretario Ejecutivo que con su valeroso equipó operó el verdadero milagro de recuperar nuestro CLACSO, el capitalismo en la periferia está revelándose como totalmente incompatible con la democracia.

Después de la crisis de las dictaduras, un soplo de libertad barrió América Latina. En todo el

continente, la revitalización de la política operada por la conjunción de movimientos sociales en ascenso, sindicalismos renovados (caso nítido de Brasil), las crisis de las deudas externas, la creación de nuevos partidos de masas con centralidad trabajadora –otra vez el ejemplo brasileño del Partido de los Trabajadores (PT)–, la reparación de equivocados antagonismos partidistas –típicamente el caso de la reconciliación chilena entre demócratas-cristianos y socialistas–, un nuevo aliento en el justicialismo argentino, el rechazo popular a la corrupción andresista en Venezuela y una reidentificación con el ideario bolivariano, hizo el milagro de la democratización de Latinoamérica. Y con él, las promesas de desterrar los experimentos casi auschwitzianos neoliberales. Por primera vez en la historia de la región, no existía en sus treinta y cinco países ningún régimen dictatorial. Parecía que la grotesca mezcla de dictadores, jefezuelos, tiranetes en unos pocos regímenes pseudo-democráticos había acabado, para ceder lugar al predominio unánime de la democracia.

Sin embargo, algo enteramente imprevisto ocurrió. Tal vez habíamos subestimado el “trabajo sucio” de las dictaduras, los estragos producidos en la estructura social, en el aumento de las desigualdades, en la capacidad estatal de regulación de los conflictos, en la identidad entre proyecto nacional para las clases dominantes y proyecto nacional para las clases dominadas. Una especie de asincronía, para decir lo mínimo, se había producido: las burguesías renunciaban a un proyecto nacional, y el espacio de la política era, así, transformado en un confinamiento para las clases dominadas. La onda de democratización fue encapsulada por la globalización, con todas sus consecuencias: las dictaduras habían insertado definitivamente las economías de América Latina en la financiarización del capital, lo que esterilizaba en grado extremo el poder del Estado en esta nueva y original democratización. La respuesta de las fuerzas políticas que asumieron el poder estatal post dictaduras fue acelerar el paso para completar el trabajo de la financiarización, intentando insertar a los diversos países, bajo diferentes fórmulas, en el equívoco de una globalización supuestamente homogeneizadora. Se eliminaron las protecciones aduaneras en nombre de los beneficios del libre comercio, se privatizaron las empresas estatales que se habían constituido en pilares de la industrialización desde los años cincuenta, se desregularon por diversas formas los mercados de trabajo estructurados en un precario Estado de Bienestar. Algunos fueron bastante lejos: México por medio de la integración al NAFTA perdió su autonomía para cualquier política económica, Argentina privatizó todo y estableció una dolarización que acabó por eliminar todas las protecciones no aduaneras y llegó al límite de inscribir como letra de ley la paridad entre el peso y el dólar, negando por lo tanto a los electos la capacidad de gobernar. De La Rúa fue el paroxismo de esa desestatización de la moneda. Brasil, bajo el doble mandato de Fernando Henrique Cardoso, privatizó el poderoso parque industrial estatal, restando de éste apenas la Petrobrás, en una transferencia de propiedad que avaló las estructuras de poder y las relaciones entre las clases y de éstas con la política. Quedó todavía un significativo parque industrial privado, minado, sin embargo, por la apertura comercial indiscriminada. Sería largo, fastidioso y superfluo, frente al formidable arsenal de datos, análisis e interpretaciones de la CEPAL, reconstruir los desastres expresados en los principales indicadores económicos.

Esta fragmentación de las relaciones de clase no deja de tener consecuencias para la política, radicalizando a un grado insospechado las tensiones sociales, y se requiere un paso político de tal envergadura que la propia implosión de las relaciones de clase desautoriza esperar. Los altos niveles de desempleo y de informalidad destronaron de la centralidad política a las categorías organizadas en trabajo formal a las que habían ascendido: incluso la elección de Luiz Inácio Lula da Silva para la presidencia de la república brasileña no significó el auge del poder sindical como base política del PT. Su significado es otro. El desempleo y la informalidad, que alcanzaron en un país como Brasil algo así como el sesenta por ciento de la Población Económicamente Activa –y en Argentina el porcentaje es aún mayor– crearon una nueva clase que el léxico político de la izquierda y de la ciencia social no es siquiera capaz de nombrar: no son trabajadores informales, son desempleados pero no desocupados; no son “masa marginal” en la concepción de José Nun: son un lumpensinado, sin la carga peyorativa que el término innegablemente tenía en las manos del barbudo de Tiers. Es en la política que se tornan lumpenes; o mejor dicho, es en la anti-política.

Esa poderosa desestructuración destruye las relaciones de representación: ¿a quién representan hoy los propios partidos surgidos de las antiguas bases sociales? El justicialismo

argentino, ya de por sí dividido por poderosas fracciones burocráticas y hasta gangsteriles, ¿a quién representa? ¿A los piqueteros? Pregúntenles a ellos mismos. ¿El PT representa al sesenta por ciento de la suma de “informales” más desempleados en Brasil? ¿Los tradicionales partidos políticos de Colombia representan las fuerzas en conflicto hace más de 30 años, agravado por la entrada en escena de los paramilitares? Evo Morales es el nombre nuevo de los coccaleros, y es una novedad real, porque los partidos bolivianos hace mucho habían dejado de tener cualquier inserción realmente popular, y el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) se pasó al lado de las oligarquías hace mucho tiempo. El movimiento indígena del Ecuador es también una novedad, en el mismo sentido que el movimiento de Bolivia. Fujimori fue una reacción liberal a la anarquía: pero el inmenso aparato digestor de la rapiña de las clases dominantes rápidamente lo tragó y transformó en el mayor símbolo de la impunidad corrupta de las viejas clases dominantes peruanas. Toledo viene con Stanford en el equipaje y ya experimenta una desmoralización que torna impotente su Ph.D.

La política institucional gira en falso, pues los condicionamientos y los constreñimientos impuestos por la globalización vuelven inútiles y superfluas las instituciones democráticas y republicanas. Los bancos centrales son las verdaderas autoridades nacionales, y ellas no son instituciones democráticas. En la definición schmittiana, soberano es quien decide el Estado de Excepción. Los Estados Nacionales se transformaron en Estados de Excepción: todas las políticas públicas son políticas de excepción. ¿Y quién decide entre nosotros?

La política institucional llevó a las fuerzas populares más transformadoras hacia una trampa. Son esas nuevas fuerzas populares, que finalmente llegaron a los umbrales del poder, los ejecutores de la excepción: de los superávits acordados con el Fondo Monetario Internacional (FMI), de la presión por implementar el Tratado de Libre Comercio (ALCA), de la sumisión a la Organización Mundial de Comercio (OMC), de nuestra conversión al libre-cambio y al libre-comercio.

América Latina olvidó la lección fundamental de Raúl Prebisch, de la asimetría de fuerzas en la relación centro-periferia. Mientras tanto, las burguesías nacionales, enteramente subordinadas a la globalización, renuncian a la política. Prefieren confiarse en los dispositivos que Foucault tan notablemente señaló: apremios compulsivos, procedimientos, institucionalidades, etc. Todos automatismos que anulan la política.

El caso brasileño ilustra eso hasta la saciedad: el gobierno de Lula, que prometía ser transformador, se rindió a los compromisos; no hay oposición política, ni siquiera oposición de los sectores económicos, cualesquiera que sean. Se presenta entonces la paradoja de que las fuerzas que ganaron las elecciones luchan entre sí, en tanto que las clases dominantes provocan los conflictos: no es otro el caso de la reforma agraria en Brasil. El Movimiento de los Sin Tierra (MST) intenta obtener del gobierno el cumplimiento de la cantidad de asentamientos necesarios, y el gobierno no realiza la reforma agraria, tal vez no por falta de voluntad política sino por los encuadramientos fiscales superavitarios impuestos por el FMI, en tanto que los medios de comunicación exageran el conflicto entre el MST y el gobierno. En consecuencia, ambos se debilitan y las posiciones anti-reforma agraria comienzan a crecer.

También debe ser puesto en duda que el período neoliberal haya agotado su agenda. Por dar un ejemplo, volvamos al caso del gobierno brasilero que continúa profundizando las “reformas” neoliberales. Ahora bien, concediendo que la agenda neoliberal esté realmente agotada, la cuestión que se presenta es más complicada: ¿qué hacer para reparar el profundo desgaste organizacional de las clases trabajadoras y restaurar mínimamente la capacidad reguladora de un Estado enteramente depredado? ¿Cómo retomar el crecimiento económico si la inversión estatal que fue decisiva en la industrialización de América Latina no es posible porque las finanzas estatales han sido estranguladas por los pesados servicios de las deudas interna y externa y las privatizaciones? La confianza en el mercado como mecanismo de distribución de recursos debe ser puesta en duda aún con mayor vigor que en los tiempos dorados de la CEPAL, considerando que la distribución de ingresos empeoró, y por lo tanto las inversiones se dirigen apenas a los sectores que atienden la demanda de las clases de altos ingresos, perpetuando la perversa concentración ya señalada y denunciada por Celso Furtado. El crecimiento económico sin redistribución del ingreso se hace todavía más concentrador, y sin el

Estado como fuerza reguladora el proyecto transformador tiene todo para ser verdugo de su propia promesa.

A los estados nacionales impedidos de actuar en las políticas de desarrollo, les resta en América Latina la administración de las políticas de funcionalización de la pobreza. Se trata de políticas de excepción que transforman a los estados en estados de excepción. Son estados marquetineros que inventan nombres como “bolsa-escola” (beca-escuela), “bolsa-alimentação” (beca-alimentación), “primeiro-emprego” (primer empleo), “começar de novo” (comenzar de nuevo), “Fome Zero” (Hambre Cero) –el más pretensioso de todos, que denuncia con extrema claridad el carácter anti-universal de estas políticas. Entre tanto las políticas de seguridad social que promovieron una mayor redistribución de ingresos en los anales del capitalismo en los países centrales son anuladas en la periferia por las privatizaciones y las “reformas” –nuevo término para la piratería semántica.

Como las fuerzas del trabajo fueron sumamente erosionadas, y perdieron la capacidad de proponer políticas y llevarlas adelante, o de vetar las anti-reformas, los estados nacionales en América Latina rozan lo que la literatura llamó en el pasado populismo. Pero la denominación es equívoca; aquel populismo significó la inclusión por la “vía pasiva”, de forma autoritaria, de las clases trabajadoras en la política, mientras el neo-populismo –aceptémoslo por ahora– implica la exclusión de los trabajadores de la política y su transformación en objetos de políticas compensatorias. Que me perdone Nun, pero la “masa marginal” se convierte, por las políticas de funcionalización de la pobreza, en manutención de los “ejércitos de reserva” aptos para procesos de trabajo más primitivos, con los cuales ganar un lugar funcional en la acumulación de capital. No es, sin embargo, la pobreza la que mueve esa acumulación sino la revolución molecular-digital en el centro dinámico que transforma a la pobreza en funcional para la acumulación del capital. Las economías de América Latina pertenecen, ahora, a la familia de los ornitorringos, una combinación esdrújula de altos ingresos, consumo ostentador, acumulación de capital comandada por la revolución molecular-digital, pobreza extrema, lumpensinado moderno, avasallamiento por el capital financiero, incapacidad técnico-científica. Argentina, que nos había dado el único Nobel en un área científica, la fisiología-biología-medicina, duerme (¿duerme?) ahora en la Recoleta: aquí yace una promesa de nación.

¿Por qué el desafío es hoy mayor que aquel que se imponía en los años del desarrollismo, que encontró en la brava CEPAL su mejor formuladora? Primero, por una razón estratégica fundamental: la situación anterior –caracterizada por un “intercambio desigual” entre productores de materias-primas (América Latina) y productores de bienes manufacturados (el centro dinámico)– podía ser vencida con la puesta en marcha de la propuesta cepalina por excelencia: la industrialización. Hoy, la globalización es sobre todo un sistema financiero. La contradicción principal no radica en el hecho de que sean las propias multinacionales las que están presentes en la industrialización sustitutiva de importaciones –lo que agrava la dependencia financiera por ser uno de sus elementos estructurantes– sino en el hecho de que es el dinero global –dólar y euro– el que constituye el presupuesto y el resultado del financiamiento de las economías de la periferia latinoamericana. En otras palabras, quien financia la actividad productiva latinoamericana es el propio dinero internacional. Y no hay “industrialización sustitutiva” del dinero global. En este caso, el remedio mata. Es más compleja la ecuación de la dependencia y la de su resolución.

Notas

* Profesor titular del Departamento de Sociología y coordinador científico del Centro de Estudios de Derechos de Ciudadanía de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias Humanas (FFLCH) de la Universidad de San Pablo (USP), Brasil.

Amar, pensar y actuar desde América Latina **Armando Hart Dávalos***

Para un cubano que trata de ser consecuente con la historia de Cuba y de América constituye un inmenso honor que se le haya concedido el privilegio de transmitir un mensaje a los aquí presentes. Implica, también, una gran responsabilidad porque debo hacerlo en nombre de la cultura que José Martí representa. El Apóstol y Simón Bolívar son los símbolos más altos de la historia de América, representan una cultura que desde su gestación ha estado vinculada a los problemas inmediatos de nuestro desarrollo histórico y, por tanto, hoy puede dar respuesta y signar posibles caminos para enfrentar los desafíos del mundo actual.

Como señalaba el Presidente Fidel Castro en la clausura de la Conferencia Internacional por el Equilibrio del Mundo, celebrada en homenaje al 150 aniversario del natalicio de José Martí, nuestro Apóstol identificaba a Dios con la idea del bien. En nombre de la acepción martiana de Dios, es decir, del bien, traigo la palabra nacida de nuestras más profundas convicciones que brotan de amores y pensamientos enraizados en nuestro espíritu. Amar, pensar y actuar, he ahí el mensaje martiano que modestamente quiero exponerles.

Las ciencias naturales han creado símbolos para adentrarse en el conocimiento de una realidad que abarca tanto los espacios infinitos del Universo como el inagotable micromundo. Sin ellos no se hubieran alcanzado las cumbres del saber que el hombre ha conquistado. Las de carácter social necesitan también sus propios símbolos. Ellos están presentes en los grandes procesos sociales, económicos, culturales y políticos. También en los pueblos y los hombres que los representan y promueven.

Los mitos y símbolos son indispensables para relacionar en la conciencia humana planos de la realidad que se presentan como contradictorios y muy distantes en el espacio y en el tiempo. En un mundo cargado de feroz y vulgar materialismo y que expresa una muy peligrosa fragmentación de la realidad, ellos son más necesarios que nunca antes en la historia. Nos deben permitir encontrar y extraer conclusiones acerca del hilo invisible que –según Martí– une a los hombres en la historia. Así podremos comprender el drama que viene del pasado y tratar de visualizar un futuro que sólo se alcanza con la acción de millones de hombres y de muchas generaciones. Rechacen otros la necesidad de mitos y símbolos. Los pueblos –como dijo Mariátegui– necesitan de mitos multitudinarios. El apostolado de Martí es por eso más actual y necesario que nunca.

Hace ya más de cien años, el pensamiento conservador europeo llegó a la conclusión de que a fines del siglo XX se produciría la decadencia de Occidente. De igual manera, el ilustre patricio cubano Salvador Cisneros Betancourt señaló a principios del siglo XX que el camino que entonces recorría Estados Unidos conduciría a la decadencia de su inmenso poder y advirtió, pensando en Cuba, que recordaran siempre los gobernantes norteamericanos que no había enemigo pequeño.

Ya en 1887, al analizar con visión premonitoria los peligros que se gestaban desde Estados Unidos, nuestro Héroe Nacional señaló: “Se van levantando en el espacio, como inmensos y lentos fantasmas, los problemas vitales de América: piden los tiempos algo más que fábricas de la imaginación y urdimbre de belleza. Se puede ver en todos los rostros y en todos los países, como símbolos de la época, la vacilación y la angustia. El mundo entero es hoy una inmensa pregunta”.

¿Cómo responder a este interrogante en el siglo XXI cuando el desafío se presenta de una manera más dramática y universal?

Como lo muestra esta misma conferencia, América Latina y el Caribe es la única región del mundo con posibilidades de elaborar una tesis coherente en relación con los grandes retos que nos presenta el siglo XXI, y lo podemos hacer con la participación de ilustres representantes del pueblo norteamericano como los aquí asistentes.

Es en América Latina y el Caribe donde se encuentran las reservas culturales indispensables para enfrentar la grave crisis que tenemos ante nosotros. Nuestra América, por factores

económico-sociales vinculados a su inmensa tradición espiritual, puede presentar fórmulas para un diálogo con el mundo, incluso con el propio pueblo y la sociedad norteamericanos con relación al futuro de la humanidad. Por estas razones, les invito a estudiar el pensamiento latinoamericano y específicamente el de Martí quien llegó a un ideario universal no sólo con formulaciones abstractas, sino también con señalamientos muy concretos. Él, genio de la palabra, dijo que hacer es la mejor manera de decir. Lo expuso de manera brillante en la prosa y en la poesía. También lo confirmó en su acción, ideas y principios que sirven para conocer y comprender la realidad a la que muchas veces no se llega con el pensamiento racional.

Su verso centelleante penetró en aspectos sustantivos de la sensibilidad humana y logró revelar verdades y sentimientos que estaban ocultos en la madeja de un racionalismo que por exagerado e inconsecuente se ha vuelto irracional y nos ha llevado al primitivismo más atroz, porque cuando la inteligencia no va acompañada del amor deviene en torpeza, maldad e irracionalidad que alientan el instinto criminal. Tal como he dicho, en estos análisis está la clave del genio del Apóstol: amor, razón y vocación hacia la acción, he ahí lo que nos enseñó.

Como esta síntesis sólo es posible alcanzarla a escala social e histórica con una cultura volcada hacia la acción, el Apóstol la llevó al terreno de los hechos y a sus ideas pedagógicas y de política culta. Se comprenden así las posibilidades y necesidades de un esclarecimiento filosófico orientado a la elaboración de programas como los que necesita el mundo de hoy.

Hagamos una reflexión a partir de lo que la Europa culta llamó Nuevo Mundo, es decir, desde Alaska hasta la Tierra del Fuego, y del papel que éste debe desempeñar en este nuevo siglo.

En el Manifiesto de Montecristi que firmara Martí junto al General Máximo Gómez en marzo de 1895, mediante el cual explicaban a Cuba, América y el mundo los fundamentos de la gesta de independencia de Cuba, se señalaron ideas esenciales cuya vigencia es impresionante. Por ejemplo: “La guerra de independencia de Cuba, nudo del haz de islas donde se ha de cruzar, en plazo de pocos años, el comercio de los continentes, es suceso de gran alcance humano, y servicio oportuno que el heroísmo juicioso de las Antillas presta a la firmeza y trato justo de las naciones americanas, y al equilibrio aún vacilante del mundo”.

En carta a su entrañable amigo mexicano Manuel Mercado de 18 de mayo de 1895, inconclusa porque al día siguiente lo sorprendió la muerte, señala que todo lo que ha hecho y haría sería para “impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas, Estados Unidos, y caiga, con esa fuerza aún más sobre nuestras tierras de América”. El Apóstol no olvidó un aspecto sustancial, envió un mensaje al pueblo norteamericano cuando afirmó, en otra ocasión, que la guerra de independencia de Cuba también se hacía para salvar el honor de la gran república del norte que en el desarrollo de su territorio –por desdicha feudal ya y repartido en secciones hostiles– hallaría más segura grandeza que en la innoble conquista de sus vecinos menores y en la guerra que el mundo coaligado tendría que librar contra su ambición. Es la visión martiana que deseamos llegue a todos los pueblos del mundo y en especial al norteamericano.

Cuando escuchaba las interesantísimas conferencias del primer día¹, me preguntaba: ¿y cuál será la reacción de la sociedad norteamericana frente al drama universal que está desencadenando con fuerza la oligarquía de ese país? Tengo fe en las potencialidades, en la mejor tradición democrática de Estados Unidos, y tengo confianza en que en el liderazgo de esa nación aparezcan personas sensatas que comprendan que no tienen posibilidad de relacionarse con el mundo si no es a partir de un crisol de ideas como el de A. Lincoln, R. W. Emerson –a quienes tanto admiró José Martí– y de Martin Luther King, cuyo símbolo irá creciendo cada vez más en el seno del pueblo estadounidense.

Es muy importante tomar en cuenta que Martí concibió estas ideas en el seno de Estados Unidos –lugar donde residió más de la tercera parte de su vida– cuando precisamente se gestaba el imperialismo. Fue allí donde coronó su pensamiento y se convirtió en el analista más profundo sobre la realidad norteamericana de la última mitad del siglo XIX. Por esto, sus ideas sobre el equilibrio permiten un esclarecimiento filosófico que sirve para elaborar los programas políticos y educativos que necesitamos en la actualidad.

Hay dos ideas claves en Martí que nos pueden ayudar a encontrar, sobre el fundamento filosófico, los caminos políticos, educativos y culturales para enfrentar estos procesos. Estas son, de un lado, las ideas sobre el equilibrio del mundo a que hemos hecho referencia anteriormente, y del otro, la utilidad de la virtud y las posibilidades del mejoramiento humano. La idea del equilibrio del mundo, como toda su cosmovisión, se fundamenta en la integridad de los diversos órdenes de la realidad en cuanto ley matriz esencial que rige para la naturaleza, el arte, la ciencia, la economía y las relaciones sociales. Y como esta síntesis sólo es posible alcanzarla a escala social e histórica orientada hacia la acción, el Apóstol la llevó al terreno de la educación, la cultura y la política práctica.

A partir de estas conclusiones, invitamos a estudiar sus concepciones acerca de lo que llamó la ciencia del espíritu, sus planteamientos acerca de la relación entre la maldad y la estupidez y entre la bondad y la inteligencia, su afirmación de que el sentido de lo humano está en la facultad de asociarse, su criterio acerca de la importancia de la educación y de la cultura en la liberación humana y sus ideas éticas. Estúdiense también la afirmación de Martí con relación a que todo hombre es una fiera dormida. “Es necesario poner riendas a la fiera. Y el hombre es una fiera admirable: le es dado llevar las riendas de sí mismo”. Las riendas son la cultura.

Todos estos aspectos constituyen claves esenciales para llegar a una concepción del mundo sobre el fundamento de la justicia y la solidaridad entre los hombres. Este crisol de ideas analizado en relación con el mejor pensamiento filosófico universal pone de manifiesto una carga de ciencia y utopía, de realidad y sueño como la requerida para alcanzar un mundo mejor.

Es que en Martí hacen síntesis el inmenso saber de la modernidad europea; la más pura tradición ética de raíces cristianas que desde sus orígenes en Cuba no se situó en antagonismo con las ciencias; la influencia desprejuiciada de las ideas de la masonería en su sentido más universal y de solidaridad humana; la tradición bolivariana y latinoamericana que enriqueció con su vida en México, Centroamérica y Venezuela, y las ideas y sentimientos anti-imperialistas surgidos desde las entrañas mismas del imperio yanqui donde vivió durante más de quince años, y completó su pensamiento político, social y filosófico desde la óptica de los intereses latinoamericanos. Fue, sin duda, el analista más profundo sobre la realidad norteamericana de la última mitad del siglo XIX.

En 1892, José Martí fundó el Partido Revolucionario Cubano y tres años más tarde, después de intensa labor política y organizativa, convocó a la guerra necesaria contra el imperio español que resultó ser la antesala del combate al naciente imperio yanqui. En la década del '20 del siglo pasado esa tradición patriótica y anti-imperialista se ensambla con el ideal socialista y profundiza su contenido popular y de justicia social.

De esta forma, la cultura cubana arribó al nuevo milenio con la síntesis más elevada entre el pensamiento europeo y el del Nuevo Mundo, y al hacerlo, asumió la articulación euro-americana sobre el fundamento de medio siglo de experiencia práctica en el enfrentamiento a la política imperialista y por tanto al poder tecnológico y económico más grande que ha existido jamás en la humanidad y situado, además, a 90 millas de nuestras costas.

Una nación que ha tenido esta capacidad de combate y resistencia para enfrentar tan graves obstáculos durante cerca de ciento cincuenta años, está preparada para dar respuesta a los problemas esenciales que se plantean a la Cuba de hoy y de mañana pero, desde luego – sépase con claridad–, conciernen no sólo a nuestro país, sino que involucran a toda la humanidad.

Si en el siglo XX se exaltó el pensamiento anti-imperialista y su radical humanismo universal, en el siglo XXI es necesario estudiar las ideas filosóficas de Martí que son indispensables no sólo para nuestro país, sino para América y la humanidad en su conjunto. No hay más alternativa que plantearse problemas de carácter filosófico, dejando atrás terminologías de factura europea que establecen un valladar con las masas y retomando el pensamiento de los más grandes filósofos de todos los tiempos.

Antonio Gramsci afirmó que toda gran filosofía comenzaba por el análisis crítico de las formulaciones del sentido común. Veamos la primera: todo hombre necesita comer, vestirse, tener un techo, antes de hacer filosofía, religión y cultura. Derivemos de ella la segunda: no hay hombre, en el sentido universal que todos conocemos, sin la cultura.

¿Qué enseñanza extraemos los cubanos hoy, de estas ideas y sus consecuencias ulteriores? La primera y más importante lección está en que el déficit principal de lo que se llamó izquierda en la centuria concluida fue haber divorciado las luchas sociales y de clases de la mejor tradición cultural latinoamericana. Esto no sucedió así en Cuba. Entre nosotros, durante el siglo XX se articularon, como ya señalé, las ideas políticas, económicas, sociales y culturales procedentes de dos grandes vertientes: el materialismo histórico de Marx y Engels, que es la escala superior que hasta hoy ha alcanzado la filosofía europea, y la cultura de fundamentos latinoamericanos y caribeños cuya más alta escala está en José Martí.

A escala universal, en el siglo XX no pudieron relacionarse los grandes descubrimientos del materialismo histórico con el peso de la subjetividad en la propia historia. Faltó cultura para ello.

Esto nos incita a estudiar en el XXI, a la luz de las ciencias humanas y sus grandes descubrimientos, la importancia del factor subjetivo para comprender los acontecimientos que tenemos delante.

De ahí el valor de las palabras de Fidel Castro cuando insiste en que la cultura es el elemento esencial para la política nacional e internacional en estos tiempos de encrucijada. Los fundamentos materiales de la civilización requieren, como necesidad, de la cultura; sin ella no tendrían la inmensa riqueza acumulada, sin ella no habría propiamente economía altamente desarrollada.

Cuando las nobles aspiraciones de libertad, igualdad y fraternidad han sido lanzadas por la borda por el materialismo vulgar que se ha impuesto en el mundo que llaman unipolar, los latinoamericanos y caribeños nos presentamos con la riqueza cultural universal de más alto valor humanista. Es difícil encontrar una región del mundo que posea por su historia y tradiciones la vocación de universalidad solidaria que tiene América Latina. Entre nosotros no existen nacionalismos estrechos y fanáticos que dolorosamente están presentes en otras regiones. En el nacionalismo latinoamericano y caribeño está inserto el ideal de integración multinacional y una disposición generosa de abrazarnos con el mundo.

Partimos de una tradición de espiritualidad y eticidad que se manifiesta en la búsqueda de un mañana mejor para todo el mundo. Ella está presente, de manera inequívoca, en los importantes movimientos de ideas que han tenido lugar en los últimos cincuenta años en nuestra patria grande. Estos son: la renovación del pensamiento socialista que generó la Revolución Cubana y que representamos en Fidel Castro y Ernesto Guevara; la explosión artística y literaria, y el pensamiento estético que se relaciona y tiene su fuerte en Alejo Carpentier y lo real maravilloso; el pensamiento social y filosófico, y la dimensión ética que observamos en la teología de la liberación cuando la analizamos en función del reino de este mundo; el movimiento de educación popular.

Estos procesos de ideas tienen un común denominador: toman muy en cuenta la realidad y se plantean, asimismo, una visión utópica, es decir, un proyecto, una aspiración, un ideal de mejoramiento humano hacia el futuro. Precisamente la crisis del pensamiento occidental radica, como ya señalamos, en que divorció estas dos categorías: utopía y ciencia. América Latina, a partir de su historia y sus tradiciones, puede presentar una solución que hermane la inteligencia y el amor como proyecto de liberación.

El egoísmo no necesita ser alentado, existe con fuerza espontánea muchas veces avasalladora y destructiva. El amor y la solidaridad son los rasgos superiores de la inteligencia humana que requieren estímulo. Un empeño destinado a promover ideas y sentimientos solidarios está en la esencia del postulado de José Martí requerido para el equilibrio social e histórico, de los individuos, las colectividades, las naciones y la humanidad en su conjunto.

Los agentes sociales del cambio planteados por Marx y Engels resultan insuficientes. Fueron presentados para la Europa del siglo XIX y estamos en el hemisferio occidental del siglo XXI.

Es imprescindible encontrar nuevas categorías para concebir las formas de cambiar el mundo.

Hay que materializar el empeño de transformación tomando como punto de partida el hecho bien objetivo de que los acontecimientos de la actualidad se relacionan con las necesidades materiales y espirituales derivadas de la identidad de colectividades, naciones y grupos de naciones por área geográfica, por las aspiraciones de ellos a una civilización superior y por la existencia de la universalidad que hoy llaman globalización. Estudiemos los desafíos postmodernos a partir de estas tres categorías: identidad, civilización y universalidad. Las mismas tienen raíces económicas y por ellas pasa el vértice del ciclón postmoderno. Esta es la nueva dimensión que ha alcanzado el drama social, histórico y cultural en los años posteriores a la caída del muro de Berlín. Al término de la Segunda Guerra Mundial ya se avizoraban y producían estos enfrentamientos, pero la existencia de un equilibrio bipolar contuvo, o al menos amortiguó, una ruptura radical de relaciones tan conflictivas.

América Latina y el Caribe están en condiciones de presentar como respuesta a la fragmentación y decadencia evidentes del pensamiento occidental la solidez de nuestra tradición cultural y su valor utópico encaminado al propósito de la integración.

¿A qué nos obliga en el orden práctico esta aspiración de universalidad?

En primer lugar, no debemos caer en la trampa de analizar nuestras relaciones con Estados Unidos enfocando la cuestión política exclusivamente en el marco de los intereses y criterios que se mueven en el seno de la élite gubernamental de ese país. Hay que hacerlo desde un plano más amplio, debe ajustarse y tomarse en cuenta la posible influencia a ejercer en la opinión pública y el pueblo norteamericano. Es necesario, a la vez, movilizar internacionalmente a los más amplios sectores sociales a favor de los objetivos que perseguimos.

En segundo lugar, no debemos tener la más mínima debilidad o flojedad frente a la política arrogante de los gobiernos norteamericanos. Como señalaba el Che, a los imperialistas no podemos hacerles la más mínima concesión. Esta formulación tiene hoy mayores razones para ser efectiva que cuando Ernesto Guevara la formuló.

En tercer término, hay que asegurar la unidad del pueblo, la división es uno de los factores que más debilita la capacidad de lucha, de avance y de resistencia del pueblo; por eso, los cubanos cuidamos de la unidad como de la niña de nuestros ojos.

En cuarto término, la unidad y la firmeza frente al poder hegemónico y unipolar reclama la defensa de los intereses de la inmensa mayoría de la población y el respeto a la tradición de nuestros pueblos, que se expresa en la cultura y, dentro de ella, el papel que desempeñan los intelectuales es de enorme importancia.

Todo esto nos lleva a exaltar el papel de la práctica pedagógica y de la política práctica que constituyen la contribución más singular que el Apóstol hizo a la historia de las ideas políticas y educacionales. Se enlazan, también con la inmensa cultura jurídica que tiene una amplia tradición en nuestro pueblo. De esta forma, pedagogía, política y derecho deben articularse para formar un poderoso frente de conceptos y principios éticos que es un tema esencial de la política de nuestros días.

Se habla de gobernabilidad. No hay, sin embargo, posibilidad de ella sin el derecho y la ética. En el mundo actual, para que sea factible, debe reconocerse la justicia en su sentido más abarcador y universal. Dígase hombre y se han dicho todos los derechos —dijo el Apóstol. También expresó: “Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas”, y para que esto se haga efectivo y pueda promover una estabilidad en el presente y hacia el futuro, hacen falta una ética y un derecho que garanticen la justicia universal. Para tan altos propósitos es indispensable una democracia de plena participación

popular y que incorpore a ella a todos los sectores sociales sin discriminación de tipo alguno. Ello requiere nuevas formas de gobierno muy distintas a las del pasado.

No hay que buscar fuera de nuestras patrias un pensamiento que pueda servir de tronco a nuestras ideas, hay que buscarlo en la historia de nuestros países. Partiendo de lo nuestro, podemos encontrar en esa historia lo esencial latinoamericano como fuente creadora para enfrentar los desafíos que tiene ante sí el mundo de hoy. A propósito de este principio, José Martí afirmó: “La incapacidad no está en el país naciente, que pide formas que le acomoden y grandeza útil, sino en los que quieren regir pueblos originales, de composición singular y violenta. Con leyes heredadas de cuatro siglos de práctica libre en Estados Unidos, de diecinueve siglos de monarquía en Francia. Con un decreto de Hamilton no se le para la pechada al potro del llanero. Con una frase de Sieyès no se desestanca la sangre cuajada de la raza india (...). El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser el del país. La forma del gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país”.

Para todo esto es necesaria la acción política y es indispensable, a la vez, profundizar en las mejores ideas políticas. He sostenido que la singularidad de la política de José Martí, y la de su discípulo Fidel Castro, está en haber superado la vieja consigna de tradición reaccionaria de divide y vencerás y establecer el principio de unir para vencer.

Por muchos análisis que hagamos en el infinito laberinto de cifras y datos económicos, la vía de solución de estos problemas sólo puede llegar con ideas y consignas políticas. Es la única manera de salir del horrendo círculo vicioso en que cayó la política en el siglo XX, y es lo que nos conducirá a la práctica.

Desde los finales de la década del '40 y principios de los '50 las fuerzas más progresistas de nuestro país exaltaron las consignas de libertad política, independencia económica, justicia social, y el combate a la corrupción y a la inmoralidad.

Las tres primeras eran el reflejo de las luchas sociales y económicas que emprendía nuestro pueblo por su liberación. La cuarta expresa la necesidad de combatir la corrupción y la violación de los principios éticos y jurídicos. Esta última es cuestión clave para cualquier revolucionario.

Quienes aspiren en América a la liberación de sus pueblos deben empezar denunciando las violaciones de la ley y las inmoralidades, el vicio, el latrocinio y el robo de los políticos tradicionales. Por ahí empezó Cuba el camino hacia el socialismo. Es una reflexión que considero perfectamente válida en las circunstancias actuales para cualquier proceso de cambio que se lleve a cabo en nuestros pueblos de América.

Superemos definitivamente los ismos que dividen, procuremos con métodos electivos, tal como postulaba la filosofía cubana de principios del XIX, el camino de la verdad y hallaremos con esta selección el pensamiento social y filosófico que necesita América. No lo hallaremos jamás con debates bizantinos acerca de la diversidad de sistemas filosóficos y políticos que nos llegaron de fuera, cualesquiera que sean, de lo que se llamó izquierda o lo que se llamó derecha.

Basta ya de hablar de la cultura sin entender que su valor primero es la justicia. Hace falta ser instruido, pero hay que aspirar a la cultura en su acepción más plena, hay que exaltar la justicia al más alto plano, válido para defender los intereses de todos los hombres, ya sean neoyorkinos, afganos, iraquíes, cubanos, argentinos, franceses, chinos o vietnamitas. En fin, todos sin excepción. Para sintetizar voy a citar dos ideas del Presidente Fidel Castro que pueden ilustrar lo que afirmamos: “Las grandes crisis conducen a grandes soluciones”. Y esta otra: “El gran caudal hacia el futuro de la mente humana consiste en el enorme potencial de inteligencia genéticamente recibido que no somos capaces de utilizar. Ahí está lo que disponemos, ahí está el porvenir (...)”.

Para hallar tal fórmula relacionemos, como lo hacía el Apóstol, la bondad con la inteligencia y la felicidad de cada hombre, de un lado, y la maldad con la estupidez y la infelicidad del otro. Esto

se puede estudiar a escala individual y también social. Los modernos avances de la psicología confirman esta tesis martiana de que los sentimientos, las emociones y la capacidad intelectual del hombre tienen una relación muy directa y son los que permiten el equilibrio individual en cada persona en particular, y también tiene su confirmación en descripciones hechas en el campo fisiológico del funcionamiento de la mente humana. Esto, desde luego, tiene validez a escala social e histórica, se puede comprobar con el examen minucioso de la historia universal.

Los sistemas políticos y sociales parecen no sólo por la maldad, sino porque son guiados por la torpeza, lo demuestra la historia de Cuba en su relación con el colonialismo español primero y, más tarde, con el neocolonialismo norteamericano. Es una verdad histórica a tener muy en cuenta cuando se viene produciendo el ocaso, cargado de peligros para la humanidad, del sistema de dominación capitalista. Pero como ha dicho Fidel Castro, ésta es una época que además ofrece posibilidades para generar riquezas y mayor felicidad para los hombres.

Sí, estamos en una época posterior a la edad moderna, es decir, postmoderna, caracterizada por la más grande y profunda crisis de instituciones y valores políticos, jurídicos, éticos y culturales de la llamada civilización occidental. Las que mantienen su vigencia formal son ya impotentes para enfrentar el drama de la humanidad en el siglo recién comenzado; por tal razón, resulta necesario crear un espacio de estudio, investigación y promoción de ideas sobre la necesidad del equilibrio del mundo que esté conducido por el diálogo ajeno o distante de las enormes limitaciones impuestas por los conflictos de carácter práctico inmediatos del mundo.

Para este propósito, la Conferencia Internacional por el Equilibrio del Mundo acordó organizar el Proyecto de Solidaridad Mundial José Martí destinado a crear a escala internacional un espacio de reflexión, estudio, investigación y promoción de ideas sobre la necesidad del equilibrio del mundo que esté orientado hacia el diálogo sereno, ajeno a las enormes limitaciones que imponen los conflictos de carácter político inmediato del mundo actual. Aspiramos a propiciar la más amplia representación de civilizaciones y pueblos del mundo, de los organismos internacionales, más vitalmente interesados en esos objetivos, y –a partir del consenso universal expresado en la creación de las Naciones Unidas tras la Guerra Mundial– promover la actualización de los ideales multilaterales que garanticen el derecho de las naciones, los pueblos, las identidades culturales y la persona humana a favor de la paz, la cultura y el desarrollo económico-social. Llamamos a todos los presentes a brindar su respaldo a esta iniciativa que ya cuenta con el patrocinio de la UNESCO.

Somos depositarios de una hermosa tradición intelectual que nos permite hoy más que nunca pensar con propia cabeza y hacer –como indica Martí– que las formas de gobierno surjan del propio país.

Estamos en un momento crucial en la historia del mundo y de nuestra América. Lo nuevo que se presenta es que mientras la llamada civilización occidental se encuentra en una encrucijada pesimista y derechista, en nuestra América se encuentran hoy las simientes, al menos iniciales, de un mundo de esperanza.

Cuando a Martí le dijeron que no había atmósfera para la guerra de independencia, contestó que no hablaba de atmósfera, sino de subsuelo. En Latinoamérica hay un mundo de esperanzas que además está emergiendo ya hacia la superficie en todo el hemisferio. Compárese la situación política del mundo actual con el hecho de que existen cinco estados latinoamericanos gestando cambios importantes, me refiero a Argentina, Brasil, Venezuela, Paraguay y Bolivia. Los recientes sucesos en Bolivia confirman la bancarrota de la política neoliberal y la toma de conciencia de las masas acerca de las verdaderas causas de los problemas que agobian a nuestros países. No olvidemos esto porque del subsuelo de América está emergiendo la mayor esperanza del mundo de hoy. No soy triunfalista, conozco bien las dificultades y sé también que el cambio es muy difícil, pero las semillas están sembradas, los gérmenes están ahí, aprovechémoslos y busquemos por todos los medios la forma de darles ideología, filosofía, teoría al nuevo proceso que se gesta y que aparece, con fuerza, en la idea de los Foros Sociales de São Paulo: otro mundo mejor es posible. América Latina está en la vanguardia para encontrar ese mundo mejor.

Cumplamos el compromiso que tenemos como pequeño género humano.

Martí decía con relación a los cubanos que se negaban a luchar por la independencia que parecía mentira que con tan glorioso porvenir hubiera hombres nacidos en nuestra tierra que ataran sus vidas a la monarquía aldeana y podrida de España. Parafraseando estas ideas del Apóstol, podemos decir que es increíble que haya latinoamericanos que renuncien, en el siglo XXI, al empeño de ayudar al mundo con las ideas de nuestros próceres y pensadores y aten sus vidas al imperialismo decadente y corrupto.

Unamos nuestras inteligencias y nuestros corazones para decir a nuestros pueblos y a la humanidad entera: un mundo mejor es posible. Es la república moral de América, la fórmula del amor triunfante que profetizó Martí.

Notas

*Ministro de Educación desde el triunfo de la Revolución Cubana hasta 1965. Director de la Oficina del Programa Martiano, adscripta al Consejo de Estado. Preside la Sociedad Cultural José Martí.

1 Ver en este mismo libro los artículos de Francisco de Oliveira y Samir Amin.

Hegemonía e imperialismo en el sistema internacional*

Atilio A. Boron**

El tema que nos convoca

El objetivo central de esta conferencia era examinar la problemática de la nueva hegemonía mundial, las alternativas de cambio y los movimientos sociales. Sin temor a exagerar podríamos decir que en su compleja articulación estos asuntos identifican los desafíos fundamentales con que se enfrentan hoy los hombres y mujeres de nuestro tiempo que quieren construir un mundo mejor. Un otro mundo reclamado a lo ancho y a lo largo del planeta en los últimos años a partir de la clara conciencia de que el mundo actual es insostenible por su injusticia y su naturaleza predatoria. Ese mundo es el resultado de la civilización capitalista, que como el monstruo de las más espantosas alegorías, devora a sus hijos, agota sus recursos no renovables y destruye irreparablemente el medio ambiente que nuestra especie necesita para sobrevivir. Sumamente atinada parece la reflexión de William Shakespeare cuando le hacía decir a uno de sus personajes: “me quitas la vida si me quitas los medios por los cuales vivo”. La naturaleza predatoria del capitalismo, exacerbada en su fase actual, lo ha conducido precisamente a este punto, privar de sus medios de vida a las tres cuartas partes de la humanidad, y a la destrucción del medio ambiente que hizo posible la aparición y el sostenimiento de la vida humana en este planeta. Una civilización que en nombre de la eficiencia, la racionalidad y el progreso practica el más grande genocidio conocido en la historia de la humanidad. Cada año mueren a causa del hambre y enfermedades curables cuarenta millones de personas, la mayoría niños. Es decir, en un solo año el capitalismo liquida más de la mitad de las víctimas ocasionadas por la Segunda Guerra Mundial en seis años. Los grandes movimientos sociales que hoy cuestionan esta intolerable situación lo hacen desde la convicción de que ese otro mundo no sólo es posible sino también necesario y urgente. Trataré de exponer, en las páginas que siguen, una breve síntesis de las discusiones sostenidas en el marco de este evento. El énfasis será puesto tanto en las principales coincidencias como en los temas en disputa.

¿Una nueva fase?

Hay un consenso sumamente amplio en el sentido de que el sistema imperialista mundial ha entrado en una nueva fase de su evolución. Este tránsito no pasó desapercibido para sus voceros y representantes ideológicos, que se apresuraron a designar a esta nueva etapa con un nombre que subrayaba los rasgos más vistosos de su apariencia a la vez que ocultaba cuidadosamente su esencia más profunda: globalización. Los aspectos más evidentes abonaban la idea de una creciente globalización de los procesos productivos y del funcionamiento de los diversos mercados. No obstante, los alcances de este fenómeno fueron extraordinariamente exagerados y hoy las investigaciones disponibles ya demuestran que la tan mentada globalización –que los franceses correctamente denominan “mundialización” para aludir a los elementos volitivos, nada naturales, que la impulsan– es un fenómeno que adquiere diversa entidad según de qué se hable. Se globalizó el sistema financiero internacional, sin duda; pero no ocurrió lo mismo con el comercio de productos agrícolas y con una amplia franja del sector de servicios¹.

No tardaron los exégetas del neoliberalismo en anunciar que el advenimiento de la globalización ponía fin a la edad del imperialismo. Este era ahora reconocido cuando antes su sola existencia había sido negada empecinadamente, adjudicada a la febril imaginación de los críticos de izquierda siempre dispuestos a dar pie a su odio visceral contra el sistema con toda clase de denuncias e impugnaciones. Para la derecha la experiencia imperialista, ya concluida, se explicaba por una serie de factores ajenos al capitalismo. Entre ellos sobresalían el militarismo, el nacionalismo y el proteccionismo. Mostrando un olímpico desprecio por las enseñanzas de la historia aislaban estos factores de la realidad del desarrollo capitalista, como si no hubiera sido precisamente éste quien los engendrara, y re-editaban las polvorientas tesis del “dulce comercio” que pergeñaran los primeros ideólogos de la sociedad burguesa a lo largo del siglo dieciocho. Tesis que, en su esencia, sostenían que el desarrollo del comercio apacigua los espíritus y controla los “instintos belicosos” de los hombres. Si comercian, se

decía, no habrá guerras. Y pese al rotundo desmentido proporcionado por la historia (y por el presente) esa tesis reaparece en nuestro tiempo en la pluma de los teóricos de la globalización.

Los acelerados y profundos cambios experimentados desde las últimas décadas del siglo pasado generaron un gran desconcierto en el seno de los movimientos populares y la propia izquierda. Si los intelectuales orgánicos de la derecha se apresuraron a saludar las novedades como una radical ruptura con el oprobioso pasado imperialista, en el campo de la izquierda la confusión llegó a niveles insospechados cuando algunos de sus más respetados teóricos manifestaron, en coincidencia con sus supuestos adversarios, que el neoliberalismo global expresaba la superación histórica del imperialismo, y que estábamos frente a una nueva realidad de la política y la economía internacional que cabía denominar como “imperio”. Un imperio, claro, sin relaciones imperialistas de dominación. Imperio sin imperialismo, dicho en un retruécano cuyo efecto más importante fue producir el desarme ideológico de las fuerzas sociales contestatarias. Dado que hemos examinado in extenso esas tesis –sostenidas fundamentalmente pero no solamente por Michael Hardt y Antonio Negri– en otro lugar, no intentaremos refutarlas una vez más en este escrito².

Sin embargo, lo que se viene ratificando ya desde hace mucho tiempo y lo que surgió de una manera bastante clara en las discusiones de la Conferencia, es que la globalización podría ser mejor caracterizada no como la superación del imperialismo sino como una nueva fase dentro de la etapa imperialista del capitalismo. Tal vez deberíamos preguntarnos si no se trata de una nueva “fase superior”, para utilizar la celebrada expresión de Lenin, que plantea serios problemas de interpretación a la hora de identificar sus características fundamentales. En el discurso del neoliberalismo la globalización no es otra cosa que la ratificación de la inexorable “naturalidad” del capitalismo, exaltado como una especie de “orden natural del universo” y la estación final del movimiento histórico impuesto, finalmente, en toda la superficie del globo terrestre y que expresa la naturaleza egoísta y adquisitiva del género humano. Tal como lo ha señalado en varios de sus escritos Franz Hinkelammert, el corolario de este razonamiento es la deshumanización de quienes se oponen al dominio mundial del capital. Y así como los pueblos aborígenes de las Américas fueron masacrados sin remordimientos porque, al fin y al cabo, su propia condición de personas humanas les había sido negada porque sólo una bestia podía oponerse al avance de la “civilización”, las víctimas actuales y los opositores al capitalismo correrán la misma suerte. Ellos también constituyen una población excedente, inexplorable y superflua, que no es merecedora de ningún respeto y para la cual los derechos humanos constituyen una piadosa mentira. El genocidio prosigue su marcha impertérrito (Hinkelammert, 2002).

Así planteadas las cosas, la globalización tendría para los ideólogos del neoliberalismo implicaciones epistemológicas y políticas inequívocas. Con relación a las primeras, el “pensamiento único”, construido sobre las premisas de la economía neoclásica absolutamente capaz de descifrar el sentido y los rasgos definitorios de la nueva sociedad; y con respecto a las segundas, básicamente la consagración de las medidas aconsejadas por el recetario del Consenso de Washington como única política económica posible, y a la cual deben subordinarse todas las demás. De ahí que la problemática de lo social o lo político sean planteadas como meras cuestiones técnicas, al margen de cualquier postura ideológica. Es innecesario detenerse a refutar esta visión del mundo elaborada por los aparatos ideológicos del capital. Digamos, simplemente, que toda esta argumentación no resiste la evidencia que aportan la historia y la situación contemporánea. La interpretación que se desprende de las discusiones sostenidas muestra que, lejos de diluir al imperialismo en una especie de benévolo imperio, un imperio inocuo e inofensivo, la globalización ha producido, por el contrario, una radical acentuación de los rasgos tradicionales del imperialismo, potenciando extraordinariamente su naturaleza genocida y predatoria.

Los límites de la teorización clásica del imperialismo

Las bases de la confusión aludida más arriba son sintomáticas de las insuficiencias de la teorización tradicional del imperialismo frente a las transformaciones experimentadas por el modo de producción capitalista a lo largo del siglo XX. Como en su momento lo recordara el marxista indio Prabhat Patnaik en su breve ensayo aparecido en *Monthly Review* a comienzos

de la década de los noventa, el término 'imperialista' prácticamente había desaparecido de la prensa, la literatura y los discursos de socialistas y comunistas por igual (1990). Lo mismo ocurrió con la palabra "dependencia", paradójicamente en la época en que en nuestros países la dependencia externa llegaba a extremos humillantes. Quien pronunciaba estas palabras era rápidamente sindicado como un nostálgico incurable o como un fanático empeñado en cerrar los ojos ante las evidentes transformaciones que habían ocurrido en los últimos años. Ningún intelectual, político o dirigente "bienpensante" podía incurrir en tamaña aberración en el capitalismo neoliberal sin convertirse en el hazmerreír de la aldea global³. En todo caso, y dejando de lado esta cuestión, lo cierto es que el desvanecimiento de la problemática del imperialismo y su desaparición del horizonte de visibilidad de los pueblos era un síntoma de dos cosas. Por un lado, del irresistible ascenso del neoliberalismo como ideología de la globalización capitalista en las últimas dos décadas del siglo pasado; por el otro, síntoma de las notables transformaciones acaecidas a partir de la finalización de la Segunda Guerra Mundial, que ponían en cuestión algunas de las premisas mismas de las teorías clásicas del imperialismo formuladas en las dos primeras décadas del siglo por Hobson, Hilferding, Lenin, Bujarin y Rosa Luxemburgo, para no mencionar sino a sus principales figuras. Veamos esto último más detalladamente.

a) Para comenzar digamos que un dato decisivo de estas teorías era la estrecha asociación existente entre imperialismo y crisis del capitalismo en las economías metropolitanas. Aquél era visto, en lo esencial, como el mecanismo por el cual el capitalismo maduro resolvía transitoriamente las crisis generadas por el aumento en la composición orgánica del capital y la tendencia decreciente de la tasa de ganancia. El período que se inicia con posterioridad a la finalización de la Segunda Guerra Mundial, pone flagrantemente en crisis esa relación. En efecto, la "edad de oro" del capitalismo que transcurre entre 1948 y mediados de los años setenta es el período de auge más exitoso en la historia del capitalismo. Nunca un ciclo de prosperidad persistió a lo largo de casi tres décadas, con tasas de crecimiento económico tan elevadas y que beneficiaran a la casi totalidad de las economías capitalistas. Pero, contrariando los postulados de la teorización clásica, dicho período fue al mismo tiempo uno de los más agresivos desde el punto de vista de la expansión imperialista, especialmente norteamericana, por toda la faz de la tierra. La clásica conexión entre crisis capitalista y expansión imperialista quedaba de ese modo rota, sumiendo en la perplejidad a quienes aún se aferraban a las formulaciones clásicas del imperialismo. El capitalismo estaba en auge y el imperialismo se extendía cada vez con más fuerza. La teoría requería de una urgente revisión (Panitch y Gindin, 2003: 30-31).

b) Otra constatación que vino a agravar la confusión teórica en las filas de la izquierda fue la siguiente: en las formulaciones clásicas la carrera por la apropiación de las colonias y el reparto del mundo tenía un colofón ineluctable en la guerra inter-imperialista. La rivalidad económica tarde o temprano se traducían en rivalidad militar y conflictos armados. Ahí estaban los antecedentes proporcionados por las dos grandes guerras mundiales que conmovieron la primera mitad del siglo XX para ofrecer una comprobación irrefutable de la verdad de ese aserto. La novedad aportada a partir de la reconstrucción capitalista de la segunda posguerra fue que la exacerbada competencia económica entre los países metropolitanos jamás se tradujo en los últimos cincuenta años en un enfrentamiento armado entre los mismos. Le cabe a Kautsky el mérito de haber sido el primero en atisbar estas nuevas realidades, lo cual no quita que su tesis del "ultra-imperialismo" adolezca de graves defectos. Uno de ellos, tal vez el principal, es el de haber concluido que la coalición entre los monopolios imperialistas de las grandes potencias inauguraría una era de paz. Si el mentor ideológico de la Segunda Internacional pudo entrever con precisión esta tendencia hacia la convergencia inter-imperialista, su acendrado eurocentrismo le impidió anticipar que aquélla no traería una kantiana "paz perpetua". La guerra continuaría, sólo que ahora se concretaría en los escenarios del Tercer Mundo y se libraría en contra de los pueblos. En todo caso, y para resumir, esta nueva situación planteaba un serio desafío al saber convencional de las teorías clásicas sumiendo a la izquierda en una paralizante perplejidad.

c) Por último, otro asunto que puso en crisis las teorizaciones clásicas del imperialismo fue, en la fase actual de acelerada mundialización de la acumulación capitalista, la expansión sin precedentes del capitalismo a lo largo y a lo ancho del planeta. Si, tal como lo anotaran Marx y Engels en el Manifiesto Comunista, el capitalismo fue desde siempre un régimen social de

producción caracterizado por sus tendencias expansivas, tanto en la geografía física como en la social, las teorizaciones clásicas del imperialismo tenían un supuesto que en nuestro tiempo es insostenible: la existencia de vastas regiones periféricas (o regiones “agrarias”, como solía decirse en esa época) en las cuales el capitalismo fuese prácticamente desconocido. Como bien acota Ellen Meiksins Wood, las teorías clásicas del imperialismo “asumen, por definición, la existencia de un ambiente ‘no capitalista’ como condición de su propia existencia” (2003: 127). En otras palabras, el capitalismo metropolitano requería la presencia de un mundo precapitalista agrario, primitivo, periférico que le suministrara el oxígeno necesario para sobrevivir a las duras condiciones impuestas por la crisis en las metrópolis. De ahí la violenta lucha por el reparto del mundo y las interminables guerras de anexión colonial. Sin embargo, nuestro tiempo es testigo de la acelerada mundialización del capitalismo, sobre todo a partir de la caída del Muro de Berlín, la implosión de la ex Unión Soviética y, casi simultáneamente, la apertura de China a las fuerzas del mercado, todo lo cual supone la constitución de un espacio mundial, global podríamos decir, en donde el predominio del capitalismo es incontestable. Pese a la práctica subsunción de las antiguas “regiones agrarias” a la lógica del capital el imperialismo prosigue su marcha y, si bien con muchos problemas, sobrevive a sus propias crisis. Como bien lo señalara Perry Anderson, cuando parecía que en la década de los setenta y comienzos de los ochenta éste se enfrentaba a su más grave crisis desde los tiempos de la Gran Depresión, el derrumbe de la Unión Soviética y la apertura de China aportaron nuevos aires a la reproducción capitalista (Anderson, 2003).

Respuestas ante los nuevos desafíos

Ahora bien, la trascendencia de estos cambios –que por cierto no son los únicos aunque sí los más importantes– ha dado lugar a tres distintas actitudes. Están, por una parte, quienes en la izquierda dogmática se niegan a aceptar su entidad e importancia, aduciendo que sólo se trata de transformaciones superficiales que carecen de importancia. Nada ha cambiado y por lo tanto nada hay que cambiar. El “esencialismo” impide construir políticas porque es incapaz de establecer las diferencias: es lo mismo el capitalismo escandinavo que los gobiernos capitalistas de América Latina. Como el capitalismo sigue siendo capitalista, el imperialismo es el mismo. Sus cambios son meramente superficiales. La teoría se mantiene incólume y nada hay que modificar, porque nada ha cambiado.

Están, luego, quienes a partir del reconocimiento de tales cambios pasan a sostener tesis situadas en las antípodas de las que habían tradicionalmente favorecido. En algunos casos, como en la obra de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, para reconocer –implícita y vergonzantemente– el triunfo final del capitalismo y consolarse con una propuesta de “radicalización democrática” que, en los hechos tanto como en la teoría, se limita a dulcificar las aristas más irritantes de la dominación burguesa sin proponer su abolición (Boron, 2002). En lo relativo al tema que estamos tratando, quienes adoptan esta actitud derrotista anuncian “el fin de la era imperialista” y el advenimiento de una nueva forma de organización internacional, “el imperio”, que supuestamente se habría liberado de las taras de su predecesor. El locus classicus de esta postura es, por supuesto, el libro de Michael Hardt y Antonio Negri, *Imperio* (2000), al cual nos hemos referido más arriba (Boron, 2002).

Estamos, por último, quienes reconociendo la enorme importancia de los cambios aludidos insistimos en que el imperialismo no se ha transformado en su contrario, ni se ha diluido en un vaporoso “sistema internacional” o en las vaguedades de un “nuevo régimen global de dominación”. Se ha transformado, pero sigue siendo imperialista. Así como los años no convierten al joven Adam Smith en el viejo Karl Marx, ni la identidad de un sujeto se esfuma por el solo paso del tiempo, las mutaciones experimentadas por el imperialismo ni remotamente dieron lugar a la construcción de una economía internacional no-imperialista⁴. Es innegable que existe una continuidad fundamental entre la supuestamente “nueva” lógica global del imperio –sus actores fundamentales, sus instituciones, normas, reglas y procedimientos– y la que existía en la fase presuntamente difunta del imperialismo. Más allá de ciertas modificaciones en su morfología, los actores estratégicos de ambos períodos son los mismos: los grandes monopolios de alcance transnacional y base nacional y los gobiernos de los países metropolitanos; las instituciones que ordenan los flujos económicos y políticos internacionales siguen siendo las que signaron ominosamente la fase imperialista que algunos ya dan por

terminada, como el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial (BM), la Organización Mundial del Comercio (OMC) y otras por el estilo; y las reglas del juego del sistema internacional son las que dictan principalmente Estados Unidos y el neoliberalismo global, impuestas coercitivamente durante el apogeo de la contrarrevolución neoliberal de los ochenta y comienzos de los noventa a través de una combinación de presiones, “condicionalidades” y manipulaciones de todo tipo. Por su diseño, propósito y funciones estas reglas del juego no hacen otra cosa que reproducir y perpetuar la vieja estructura imperialista de que, como se diría en el Gatopardo, “algo tiene que cambiar para que todo siga como está”. Parfraseando a Lenin podríamos decir que el imperio imaginado por Hardt y Negri, o por los teóricos de la globalización, es la “etapa superior” del imperialismo y nada más. Su lógica de funcionamiento es la misma, como iguales son la ideología que justifica su existencia, los actores que la dinamizan y los injustos resultados que revelan la pertinaz persistencia de las relaciones de opresión y explotación.

Pero tal como decíamos más arriba, un modo de producción tan dinámico como el capitalismo –“que se revoluciona incesantemente a sí mismo,” como recuerdan Marx y Engels en El Manifiesto Comunista– y una estructura tan cambiante como la del imperialismo –su estructura, su lógica de funcionamiento, sus consecuencias y sus contradicciones– no se pueden comprender en su cabalidad mediante una relectura talmúdica de los textos clásicos. Es obvio que el imperialismo de hoy no es el mismo de antes. La “diplomacia de las cañoneras” de Theodore Roosevelt es hoy sustituida por un arma mucho más letal: el ejército de economistas y “expertos” del FMI, el BM y la OMC. El endeudamiento externo y las condiciones de la banca multilateral controlada por el imperialismo son instrumentos de dominación mucho más eficaces que los empleados en el pasado. Los ejércitos de ocupación son necesarios en circunstancias muy puntuales –como en Irak, por ejemplo– pero la rutina de la opresión imperialista puede prescindir de ellos en el día a día. Gobiernos dóciles, medios de comunicación controlados por los monopolios y convertidos en simples usinas propagandísticas, sociedades civiles desmovilizadas y desmoralizadas, y políticos corruptos son mucho más útiles que los pelotones de marines o los helicópteros Apache. Si en el pasado para imponer las políticas del imperialismo se requería de golpes de estado y dictaduras militares, en la América Latina de hoy esa tarea la hacen gobiernos “democráticos” surgidos del voto popular y que hicieron un culto de la traición y la mendacidad. Por último, la ocupación territorial se ha vuelto redundante toda vez que mediante los procesos de apertura comercial, privatizaciones y desregulación las economías sometidas al imperialismo son más dependientes que nunca sin necesidad de disparar un solo tiro o desplazar un solo soldado.

Es por eso que decíamos que el imperialismo ha cambiado, y en algunos aspectos el cambio ha sido muy importante. Pero nunca será demasiado el insistir en que, pese a todo, no se ha transformado en su contrario, como nos propone la mistificación neoliberal, dando lugar a una economía “global” donde todas las naciones son “interdependientes”. Sigue existiendo y oprimiendo a pueblos y naciones, y sembrando a su paso dolor, destrucción y muerte. Pese a los cambios conserva su identidad y estructura, y sigue desempeñando su función histórica en la lógica de la acumulación mundial del capital. Sus mutaciones, su volátil y peligrosa mezcla de persistencia e innovación, requieren la construcción de un nuevo abordaje que nos permita captar su naturaleza actual. No es éste el lugar para proceder a un examen de las diversas teorías sobre el imperialismo. Digamos, a guisa de resumen, que más allá de las transformaciones señaladas más arriba los atributos fundamentales del mismo señalados por los autores clásicos en tiempos de la Primera Guerra Mundial siguen vigentes toda vez que el imperialismo no es un rasgo accesorio ni una política perseguida por algunos estados sino una nueva etapa en el desarrollo del capitalismo. Esta etapa está signada, hoy con mayor contundencia que en el pasado, por la concentración del capital, el abrumador predominio de los monopolios, el acrecentado papel del capital financiero, la exportación de capitales y el reparto del mundo en distintas “esferas de influencia”. La aceleración del proceso de mundialización acontecida en el último cuarto de siglo, lejos de atenuar o disolver las estructuras imperialistas de la economía mundial, no hizo sino potenciar extraordinariamente las asimetrías estructurales que definen la inserción de los distintos países en ella. Mientras un puñado de naciones del capitalismo desarrollado reforzó su capacidad para controlar, al menos parcialmente, los procesos productivos a escala mundial, la financiarización de la economía internacional y la creciente circulación de mercancías y servicios, la enorme mayoría de los países vio profundizar su dependencia externa y ensanchar hasta niveles escandalosos el hiato

que los separaba de las metrópolis. La globalización, en suma, consolidó la dominación imperialista y profundizó la sumisión de los capitalismos periféricos, cada vez más incapaces de ejercer un mínimo de control sobre sus procesos económicos domésticos. Esta continuidad de los parámetros fundamentales del imperialismo mal se puede disimular con un cambio de nombre, llamando “imperio” a lo que antes era imperialismo.

Caracterización de la nueva fase: ¿superpotencia solitaria o tríada imperial?

Ahora bien: ¿cómo caracterizar esta nueva fase del imperialismo? Recordemos lo que ha sido sugerido en algunas de las presentaciones que han tenido lugar en este mismo podio y muy especialmente las contribuciones de Samir Amin, Noam Chomsky y Perry Anderson recogidas en este libro. En primer lugar, lo que queda claro es que se ha producido una centralización muy pronunciada de la estructura mundial del imperialismo, cuyo centro de gravedad se ha desplazado marcadamente hacia Estados Unidos. Esta es una conclusión que, como es sabido, es muy controversial. Desde esta misma tribuna Samir Amin planteaba la tesis de un “imperialismo colectivo”, la idea de una tríada imperial. Ésta no ignora la tendencia ya señalada pero disminuye fuertemente, según nuestro entender, la centralidad que detenta Norteamérica en el sostenimiento y reproducción del sistema imperialista a nivel mundial. En todo caso conviene aclarar que este es uno de los grandes temas de debate; un debate que, por supuesto, aún no está saldado. Lo que nos parece en función de lo que aquí se ha discutido es que la tríada imperial –Estados Unidos, Japón y la Unión Europea– es tal apenas en apariencia. Dicho de otra manera: es una tríada en ciertos aspectos pero no en otros. ¿Cuáles serían los aspectos en que esta tríada se diluye y da lugar a la “superpotencia solitaria”? ¿Cuáles aquellos en los que la dominación imperialista se constituye como una empresa colectiva?

Parece una evidencia irrefutable que en el plano militar no existe la tríada. En la última presentación del panel sobre “Guerra y Comercio en el Imperio”, el economista cubano Orlando Martínez y la maestra Ana Esther Ceceña, de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), presentaron datos abrumadores relativos a la extraordinaria centralización del poder militar en manos de Estados Unidos, sin precedentes en la historia⁵. De manera que hablar de tríada en este asunto no tiene mucho sentido. Desde el punto de vista militar, la Unión Europea y Japón apenas son pequeños satélites de Estados Unidos, que no tienen ninguna condición de actuar con autonomía de las directivas emanadas desde Washington. La Unión Europea no ha podido, en décadas, levantar la bandera por primera vez izada por Charles de Gaulle en pos de una política común de defensa. Su mezquindad economicista se revela en la distancia que separa el ardor con que los dirigentes de Bruselas defienden la política agrícola común de la indecorosa pusilanimidad con que abordan los temas relativos a la defensa común europea.

En la actualidad Estados Unidos es responsable de la mitad del gasto mundial en armamentos, y mantiene bases y misiones de entrenamiento militar en 121 países del planeta, cosa absolutamente inédita en la historia de la humanidad. Dicho país se ha convertido, sin ninguna duda, en ese gendarme solitario del cual habla en un artículo muy importante, escrito hace ya unos años, uno de los grandes teóricos de la derecha norteamericana: el profesor Samuel Huntington. En el terreno militar no hay tal tríada, ni hay un imperialismo colectivo. Lo único que hay es el poder casi omnímodo de Estados Unidos y un discurso de dominación mundial por la fuerza que, como lo recordaba Noam Chomsky en su conferencia, sólo tiene un precedente en el siglo XX: Adolf Hitler.

La tendencia centralizadora ya señalada también es perceptible, si bien de forma más atenuada, en el terreno económico. Los datos disponibles hablan de una elevada concentración de la riqueza, la tecnología y los mercados en beneficio de las grandes empresas transnacionales de Estados Unidos. Transnacionales, es preciso aclarar, por el alcance de sus operaciones más no por la naturaleza de su régimen de propiedad: son empresas norteamericanas, así como hay otras empresas francesas, alemanas o japonesas pero que tienen un alcance global. Según un estudio que ha producido el Financial Times hace poco más de un año, el cuarenta y ocho por ciento de las quinientas empresas transnacionales más grandes tienen su base y están radicadas en Estados Unidos. Y si en lugar de enfocar la atención sobre las quinientas mayores posamos la vista sobre la super-élite conformada por las

cincuenta mayores empresas del mundo, el setenta por ciento, o sea treinta y cinco empresas, son de origen norteamericano. Y esto se repite cuando se observa la proporción formada por las empresas norteamericanas en diferentes ramas de la producción industrial, o de los servicios. En el terreno de la informática, de las diez más grandes empresas informáticas mundiales, siete son norteamericanas. Y si hablamos de la producción de “software”, de las diez primeras, nueve son de ese país; y en la industria farmacéutica seis de las diez mayores son norteamericanas. Es decir: el imperialismo tiene evidentemente un centro de gravedad que se localiza en el territorio norteamericano.

Este es otro rasgo que se ha acentuado en esta fase actual: el primero era la cuestión militar; el segundo, que acabamos de ver, la concentración económica. Hay un tercero, y es la creciente tiranía de los mercados financieros, cuyo dinamismo e implacable voracidad son en gran medida responsables de las tendencias recesivas que prevalecen en la economía mundial. El noventa y cinco por ciento de todo el capital que circula diariamente en el sistema financiero internacional, equivalente a una cifra superior al producto bruto combinado de México, Brasil y Argentina, es puramente especulativo. Son movimientos de capitales depositados a un plazo no superior a los siete días; es decir, un período absolutamente incompatible con la posibilidad de invertir esos capitales en un proceso productivo que genere crecimiento económico y bienestar social.

Es precisamente por esto que la profesora Susan Strange designó a este sistema con un nombre muy apropiado: “capitalismo de casino”. Este capitalismo parasitario y rentístico genera altísimas tasas de ganancia a favor de su carácter puramente especulativo y riesgos empresariales enormes, porque así como se gana muchísimo dinero en una operación financiera que insume apenas unos minutos lo mismo se puede perder una fortuna de la noche a la mañana. Este capitalismo desalienta la inversión en los sectores productivos, porque aún los capitalistas más propensos a invertir en la producción de bienes difícilmente resistan a la tentación de colocar una parte creciente de su stock de capital en operaciones especulativas de corto plazo que, si son exitosas, les garantizan tasas de rentabilidad impensables en el sector industrial. Esto genera por lo tanto desinversión en el sector productivo, recesión económica prolongada, altas tasas de desempleo (pues para esas operaciones especulativas no hace falta contratar demasiados trabajadores, ni construir fábricas o sembrar campos), empobrecimiento generalizado de la población, crisis fiscal (porque es un mecanismo de acumulación mediante el cual se pueden evadir los controles de capitales, debilitando las bases financieras de los estados) y todo esto, a su vez, tiene un impacto muy negativo sobre el medioambiente y, ni falta hace decirlo, sobre el crecimiento económico. Huelga decir que el centro de todo este sistema se encuentra en Estados Unidos. No sólo el centro; también su principal operador político en el terreno internacional, la Casa Blanca, a través del control que la Reserva Federal y Wall Street ejercen sobre los mercados financieros internacionales y sobre las mal llamadas instituciones financieras multilaterales, como el FMI, el BM y la OMC, de hecho simples agencias del gobierno norteamericano.

Una de las consecuencias de todo lo anterior ha sido la militarización del sistema internacional y una creciente tendencia a recurrir a la violencia para preservar un orden mundial –en realidad, un escandaloso desorden– cada vez más injusto e inequitativo. Otra consecuencia: la crisis del sistema de las Naciones Unidas y del derecho internacional. Lo hemos escuchado en varias presentaciones, particularmente las que hicieron Noam Chomsky y Perry Anderson. Lo podemos observar, además, mirando día a día la escena internacional y el triste papel que desempeña las Naciones Unidas en esta crisis. Lo vemos, también, cuando se comprueba el acelerado desmantelamiento de los sistemas multilaterales de negociación y el debilitamiento del derecho internacional. La prueba más evidente fue la invasión y el arrasamiento de Irak sin la autorización ni la venia de las Naciones Unidas. Otra de las consecuencias: la criminalización de la protesta social, en donde las figuras del pobre, el desempleado, los “sin-techo” o “sin-papeles” y, en general, de los condenados por el sistema, son satanizadas y convertidas en figuras siniestras y deshumanizadas. De ese modo, las víctimas del capitalismo, los condenados a la exclusión y al lento genocidio se convierten en delincuentes, narcotraficantes o en terroristas. Gracias a la alquimia de la globalización neoliberal las víctimas devienen en victimarios. Otra de las consecuencias que se verifica tanto en los países del centro como en los de la periferia del sistema capitalista internacional es el aparentemente irrefrenable vaciamiento de los regímenes democráticos. Democracias que son cada vez

menos democráticas, que tienen cada vez menos legitimidad popular, que fomentan la apatía y el desinterés por la cosa pública. La política se ha convertido en algo que transita por los mercados y que depende de su tiranía; la calle y la plaza, privados de su dinamismo, son apenas nostálgicos recuerdos del pasado; los comicios degeneraron en un penoso simulacro carente de significación y eficacia transformadora. Los ejemplos sobran por doquier, como se puede comprobar leyendo las diferentes intervenciones recogidas en este libro6.

Todos estos antecedentes demuestran que, efectivamente, la morfología del sistema imperialista internacional ha sufrido importantes modificaciones. No obstante, ellas no cambiaron la esencia del sistema. La globalización no acabó con el imperialismo ni ha hecho que éste se convierta en su contrario. Lo que sí hizo fue acentuar los rasgos que tradicionalmente caracterizaban a esa fase del capitalismo, a partir de la profundización de la injusticia y de la inequidad tanto dentro de las naciones como en el sistema internacional. Siguen en pie los mecanismos tradicionales del imperialismo: la exacción de los recursos naturales y la riqueza; la succión de los excedentes de la periferia hacia los centros metropolitanos; el papel del capitalismo financiero, que como decíamos más arriba se ha acentuado extraordinariamente; la concentración monopólica que llega a niveles sin precedentes; el marco normativo que sigue siendo el neoliberalismo en su versión más globalizada; y sobre todo persisten todavía aquellas instituciones que en el pasado, cuando se decía que el imperialismo estaba en su apogeo viabilizaban la férrea dictadura del capital sobre los pueblos y los países de la periferia. Nos referimos una vez más fundamentalmente al FMI, al BM, al Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y a la OMC, instituciones que lejos de representar a la comunidad internacional son los dóciles instrumentos de las clases dominantes a nivel mundial y sobre todo del imperialismo norteamericano.

Asuntos pendientes

Quedan, sin embargo, muchas cuestiones pendientes a la hora de obtener un diagnóstico adecuado y suficiente del imperialismo de nuestros días. Actualmente, una de las más importantes es la correcta identificación de la situación del centro imperial. Hay un debate que viene de hace tiempo, que ya se materializó en los tres foros sociales mundiales de Porto Alegre y que apareció también en la reunión en La Habana: es la controversia sobre la realidad actual y el futuro económico, político y militar de Estados Unidos. Las posiciones oscilan en torno a dos polos: hay quienes aseguran que, luego de la crisis de los años setenta, estamos en presencia de una recomposición de la hegemonía norteamericana en el terreno militar, económico, político y social; y están quienes, por el contrario, adhieren a una tesis que postula el debilitamiento de Estados Unidos en la arena mundial. El país del Norte habría pasado su cenit y se enfrenta ahora a su inexorable ocaso. Se trata de un debate que no está saldado y que en el futuro tendremos que seguir abordando en toda su complejidad porque no es para nada una cuestión menor.

Los partidarios de esta segunda visión, que en su formulación más general no compartimos pero que conviene examinar en todos sus detalles, sostienen que Estados Unidos ha iniciado una lenta pero irremediable decadencia, y que a raíz de esto el centro de gravedad de la economía mundial se está desplazando de manera irreversible hacia el Sudeste asiático. La consecuencia de esta mutación es que el imperialismo que hoy conocemos seguramente no sobrevivirá en el futuro. Hay muchos trabajos que apuntan en esa dirección. El más reciente y enjundioso en su argumentación es un libro del profesor André Gunder Frank cuyo título –Re-Orient– precisamente indica volver al Oriente porque es allí donde supuestamente estuvo – hace varios siglos– y estará (en un futuro relativamente cercano) el centro de la economía mundial del capitalismo. De verificarse esta tendencia Estados Unidos dejaría de jugar el papel decisivo que hoy desempeña en el sistema internacional. No nos convence este planteo ya que subestima el papel irremplazable, que por lo menos en un futuro previsible, tiene y seguirá detentando Estados Unidos como custodio final y reaseguro coercitivo del sistema imperialista. Además, nos parece que una tesis como esa –al igual que otras similares, que plantean el carácter inexpugnable e invencible del imperio– podría llegar a tener graves consecuencias desmovilizadoras sobre todo para nosotros en América Latina y el Caribe. No obstante, es muy importante discutirla. El curso futuro de Estados Unidos y su papel en la preservación del orden

imperialista es una cuestión central para nuestros pueblos y, por eso, se trata de un tema sobre el cual nunca se estudiará demasiado.

La otra cuestión es la siguiente: ¿cómo refinar el análisis del imperialismo en la coyuntura actual? Creo firmemente que éste es un punto muy importante, tanto en el terreno de la teoría como en el de la lucha práctica. Es preciso evitar caer en visiones del imperialismo que lo transformen en un fenómeno omnisciente, omnipresente y omnipotente. Si una tal visión se afirma en las filas de sus críticos y se coagula en la conciencia pública la consecuencia lógica es irrefutable: el imperialismo es invencible, imbatible, inexpugnable y, por lo tanto, no tiene sentido siquiera intentar luchar en contra de él. Creemos importante señalar que la geometría del imperialismo es muy compleja y que no se puede reducir a una sola dimensión. Parfraseando una imagen planteada en un artículo reciente por Joseph Nye, uno podría decir que el imperialismo dispone de sus efectivos en tres niveles, como en tres tableros de ajedrez diferentes (2003). Un primer tablero es el militar, en donde como se vio más arriba, la supremacía de Estados Unidos es absoluta.

Claro que aquí conviene introducir una nota de cautela porque, ¿qué significa una supremacía militar absoluta? ¿Quiere decir que puede triunfar inexorablemente en todas las guerras? Pero, ¿qué significa “triunfar?” ¿Cuál es la lección que puede extraerse de Irak o de Afganistán? Robin Cook, ex Ministro de Relaciones Exteriores de Gran Bretaña, y que renunciara precisamente por oponerse a la complicidad del gobierno de Tony Blair con el pillaje perpetrado por George W. Bush y los suyos, escribió hace pocos días atrás que “conquistar Irak probablemente resultó fácil, pero gobernarlo como nación ocupada es un desafío mucho más difícil” (Cook, 2004). La lección que podemos extraer de los acontecimientos recientes es la siguiente: el formidable poderío de la maquinaria militar norteamericana permite a Estados Unidos arrasar un país. Sin embargo, como lo demuestran los casos de Afganistán e Irak, Washington se ha visto impotente a la hora de controlar a los países que devastara. Los norteamericanos no han podido reestablecer un orden, aunque sea un orden autoritario y despótico para que la sociedad vuelva a funcionar. En consecuencia, si bien la supremacía militar norteamericana aparece como incontrastable, queda en pie la pregunta siguiente: ¿cuándo se gana una guerra? Después de la famosa aparición pública de George W. Bush se han cosechado muchas más víctimas que antes. Es necesario entonces revisar con extremo cuidado qué es lo que significa ganar una guerra. La supremacía militar estadounidense puede ser muy importante, muy abrumadora, pero llega hasta un punto. Y el control territorial, la “normalización” de la sociedad derrotada, sigue siendo el verdadero test ácido que decide si una guerra fue ganada o no, verdad ésta que ha sido reconocida por todos los grandes teóricos de la guerra, desde Tsung-Tsu hasta von Clausewitz y Nguyen Giap, pasando naturalmente por Maquiavelo. Conviene también recordar, para atemperar los diagnósticos que se centran en el reduccionismo armamentístico, que Estados Unidos fue derrotado en Cuba, en Playa Girón, y que sufrió una derrota catastrófica y humillante en Vietnam. Para resumir: la supremacía militar del país del Norte es incuestionable, pero no es absoluta.

El terreno económico sería el segundo tablero donde se despliegan las relaciones imperialistas. Si en el primero la superioridad estadounidense es enorme, en éste Washington tiene un predominio indudable pero ya mucho más acotado. No solamente no puede imponer un cierto orden económico internacional a los países de la periferia sino que ni siquiera puede lograr un acuerdo serio y efectivo con sus propios aliados de la Unión Europea y Japón. Los sucesivos fracasos de las reuniones de la OMC y de las propuestas para firmar el ALCA son pruebas más que convincentes al respecto. En otras palabras: a treinta años de producida la crisis del sistema de Breton Woods –el “orden internacional” gestado al finalizar la Segunda Guerra Mundial– todavía hoy el imperialismo ha sido incapaz de construir un orden económico estable que lo reemplace, con capacidad para contener y resolver las crisis y contradicciones que se agitan en su interior. Naturalmente que tal privación no impidió a los imperialistas proseguir con sus políticas de pillaje y saqueo. Lo que sí quiere señalar, en cambio, es que dichas operaciones se realizan en un marco crecientemente inestable e imprevisible, y que aquellos deben cada vez más recurrir a la militarización de su dominio para que el sistema funcione. Todo esto, sin duda, conspira contra la estabilidad a largo plazo del sistema y la posibilidad de optimizar los resultados de sus inversiones y estrategias empresariales.

El terreno de la sociedad civil internacional sería el tercer tablero de ajedrez donde, según Nye,

el imperialismo juega su partida. Allí la situación de Estados Unidos es mucho más desfavorable tras la desarticulación de las alianzas estratégicas, los sistemas políticos y estatales y las orientaciones ideológicas que funcionaban desde finales de la segunda postguerra. La interminable sucesión de agravios y dislocaciones de todo tipo sufridas por los pueblos, sobre todo en la periferia, y las contradicciones suscitadas por la hegemonía del neoliberalismo, han tenido como resultado la constitución de un amplísimo abanico de movimientos sociales de una fuerza arrolladora y que se expresan en todo el mundo, desde Seattle hasta Porto Alegre, pasando por Génova, Gotenburgo, Tokio y París. En América Latina, y esto lo marcaba Perry Anderson en su intervención, es preciso reconocer la importancia excepcional que tuvo el zapatismo al efectuar aquella primera convocatoria, en el plano internacional, a luchar por la humanidad y contra el neoliberalismo. Esta exhortación adquiere carta de ciudadanía universal con la realización de los Foros Sociales Mundiales de Porto Alegre y, posteriormente, con la propagación de estas protestas a lo largo y a lo ancho del planeta. Este “movimiento de movimientos”, que abarca grandes masas de trabajadores, de jóvenes, de mujeres, de indígenas, de minorías de todo tipo, de sectores sociales anteriormente no incorporados en la dialéctica de la confrontación con el capitalismo, aparece ahora con una fuerza extraordinaria, relevando la debilidad creciente que demuestran las viejas organizaciones (especialmente partidos y sindicatos) que representaban, en una fase anterior del capitalismo, las demandas de los sectores oprimidos por el sistema. Y este cambio en la sociedad civil internacional ha sido tan importante que la hegemonía inconstrastada que el pensamiento neoliberal tenía hasta hace unos pocos años –y que permitía por ejemplo que los señores del dinero, como los llama el subcomandante Marcos, se reunieran en Davos, prácticamente gozando de una popularidad universal– ahora tengan que reunirse en lugares remotos e inaccesibles como si fueran una pandilla de malhechores para poder discutir sus planes de dominio universal. Y esto revela el cambio importantísimo registrado en la correlación mundial de fuerzas que, por primera vez desde mediados de los años setenta, da lugar a una contra-ofensiva anti-neoliberal y potencialmente anti-capitalista que coloca a las oligarquías financieras dominantes a la defensiva.

Creemos, en consecuencia, que teniendo en cuenta estos antecedentes –y otros más que sería preciso agregar a medida que se desarrolle la agenda de trabajo– sería posible avanzar hacia una caracterización más refinada y matizada de lo que es hoy la dominación imperialista, evitando el inmovilismo teórico y práctico de quienes aseguran que no hay nada nuevo bajo el sol y, por otra parte, el pesimismo al que conduce una consideración sumaria –y a nuestro juicio superficial por unilateral– del imperialismo a partir del predominio militar norteamericano.

Conclusión que es una invitación

No cabe duda, estamos viviendo un momento muy especial en la historia del imperialismo: el tránsito de una fase clásica a otra, cuyos contornos recién se están dibujando pero cuyas líneas generales ya se disciernen con claridad. Nada podría ser más equivocado que postular la existencia de un nebuloso “imperio sin imperialismo”. De ahí la necesidad de polemizar con estas tesis, dada la excepcional gravedad de la situación actual: un capitalismo cada vez más regresivo y reaccionario en lo social, lo económico, lo político y lo cultural, que criminaliza los movimientos sociales de protesta y militariza la política internacional a partir del primado absoluto de la fuerza. Ante una situación como ésta, decíamos, sólo un diagnóstico preciso sobre la estructura y el funcionamiento del sistema imperialista internacional permitirá a los movimientos sociales, partidos, sindicatos y organizaciones populares de todo tipo que luchan por su derrocamiento encarar las nuevas jornadas de lucha con alguna posibilidad de éxito. No hay lucha emancipatoria posible si no se dispone de una adecuada cartografía social del terreno donde habrán de librarse las batallas. De nada sirve proyectar con esmero los rasgos de una nueva sociedad si no se conoce, de manera realista, la fisonomía de la sociedad actual y la ruta por la cual habrá de transitarse en la construcción de ese mundo en el que quepan (casi) todos los mundos, parafraseando el dicho de los zapatistas. Todos los mundos de los oprimidos, agregaríamos, para no caer en un peligroso romanticismo. En ese nuevo mundo que es imprescindible comenzar a construir ahora mismo no habrá lugar para el mundo de los halcones militaristas; para la camarilla de los Bush, Blair, Aznar, Sharon y compañía; para los monopolios que convirtieron a la humanidad y la naturaleza en su presa; para los políticos y dirigentes sociales que acompañaron y/o consintieron el holocausto desencadenado por el

neoliberalismo. Un mundo poscapitalista y post-imperialista es posible, pero primero tenemos que cambiar el actual. Y esto no se logra obrando sobre ilusiones sino actuando sobre la base de un conocimiento realista y preciso del mundo que deseamos dejar atrás y del camino que tenemos que recorrer.

Permítasenos terminar diciendo que estas discusiones, estimuladas por ese noble afán de los científicos sociales y humanistas vinculados a la red de CLACSO por recuperar el pensamiento crítico, fueron facilitadas por un elemento muy importante: el contacto establecido entre el pensamiento crítico latinoamericano y la práctica de los movimientos sociales que luchan en contra del neoliberalismo, la globalización neoliberal y, en última instancia, en contra del capitalismo. Esta interacción ha tenido un efecto virtuoso para ambos lados: se ha enriquecido la producción de los científicos sociales, tornándola más aguda y penetrante. Y ha mejorado también la calidad de la dirigencia social. En la conferencia que reproducimos en este libro Perry Anderson decía que este continente era el único que había desarrollado, de una manera persistente y con una significativa densidad teórica, una notable producción intelectual contestataria y crítica del capitalismo. Creemos que este contacto entre científicos sociales y movimientos sociales marca un nuevo hito en el desarrollo de las ciencias sociales que en América Latina –como en el resto del mundo– eran actividades que se desarrollaban en los seguros pero estériles espacios de la academia. La esterilidad academicista fue un elemento fundamental en la determinación de la profunda crisis en que cayeron las ciencias sociales a partir de los años setenta, crisis de la cual todavía no se han recuperado. El tipo de enfoques y aproximaciones que hemos visto en esta Conferencia en La Habana ha demostrado ser mucho más rico. La imprescindible discusión teórica que caracteriza a las ciencias sociales se ha visto enormemente favorecida por la estrecha vinculación que se ha establecido en este continente, aún cuando de manera desigual, entre la práctica de los científicos sociales y la práctica de los movimientos sociales. Favorecer ese diálogo es una de las metas distintivas de CLACSO y de muchas otras instituciones nacionales de América Latina, y el éxito de esta iniciativa nos convoca a seguir en esta línea, profundizando en esta vinculación y sabiendo que de esa manera no sólo contribuimos a construir un mundo mejor, sino que al mismo tiempo, hacemos una ciencia social de mejor calidad.

Esto es, a muy grandes rasgos, un breve resumen de los temas que se han discutido en esta semana. Dicho lo cual ahora quisiera invitar al presidente Fidel Castro Ruz a que tuviera la amabilidad de pronunciar las palabras de clausura de esta conferencia. Muchas gracias.

Bibliografía

Anderson, Perry 2003 (1999) "Neoliberalismo: un balance provisorio", en Sader, Emir y Pablo Gentili (compiladores) La trama del neoliberalismo. Mercado, crisis y exclusión social (Buenos Aires: CLACSO).

Boron, Atilio A. 2002 Imperio & Imperialismo. Una lectura crítica de Michael Hardt y Antonio Negri (Buenos Aires: CLACSO) Edición cubana en la Revista Casa de las Américas, abril-junio de 2002, N° 227.

Boron, Atilio A. 2000 Tras el Búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica).

Boron, Atilio A., Julio César Gambina y Naún Minsburg 2004 (1999) Tiempos Violentos. Neoliberalismo, globalización y desigualdad en América Latina (Buenos Aires: CLACSO-EUDEBA).

Ceceña, Ana Esther y Emir Sader (compiladores) 2002 La guerra infinita. Hegemonía y terror mundial (Buenos Aires: CLACSO).

Cook, Robin 2004 "Bush no tiene su calendario", en Página/12 (Buenos Aires) 10 de Abril.

Hardt, Michael y Antonio Negri 2000 Empire (Cambridge, Mass: Harvard University Press). Traducción al español bajo el título de Imperio (Buenos Aires: Editorial Paidós, 2002).

Hinkelammert, Franz 2002 El retorno del sujeto reprimido (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia).

Lander, Edgardo (compilador) 2000 La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas (Buenos Aires. CLACSO).

Meiksins Wood, Ellen 2003 Empire of Capital (London and New York: Verso).
Nye, Joseph S. Jr. 2003 "U.S. Power and Strategy After Iraq", en Foreign Affairs (Nueva York) Julio-Agosto

Panitch, Leo y Sam Gindin 2003 "El capitalismo global y el imperio norteamericano", en Temas (La Habana) Nº 33/34, Abril-Septiembre, 28-42.

Patnaik, Prabhat 1990 "Whatever happened to imperialism?", en Monthly Review (New York) Vol. 42, Nº 6, Noviembre, 1-6.

Sastre, Alfonso 2003 La batalla de los intelectuales. Nuevo discurso de las armas y las letras (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).

Notas

*Relatoría presentada en la sesión de clausura de la III Conferencia Latinoamericana y Caribeña de Ciencias Sociales.

**Secretario Ejecutivo del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y Profesor Titular Regular de Teoría Política y Social en la Universidad de Buenos Aires (UBA).

1 Hemos examinado este tema en Tiempos Violentos. Neoliberalismo, globalización y desigualdad en América Latina, 2004 (1999), donde se presenta una detallada bibliografía sobre la materia.

2 Las tesis de Hardt y Negri han sido sometidas a durísimas críticas desde el momento en que las mismas fueron plasmadas en Imperio. Daniel Bensaid, Alex Callinicos, Néstor Kohan, Ellen Meiksins Wood, Leo Panitch y quien suscribe este artículo han discutido esta obra en detalle desde diferentes perspectivas.

3 Sobre los estragos que el "buen pensar" ha causado en nuestro tiempo, y especialmente entre las izquierdas, consultar el magnífico ensayo del escritor y dramaturgo español Alfonso Sastre (2003).

4 En esta sección nos basamos extensamente en nuestro Imperio & Imperialismo (2002).

5 Recomendamos de Ana Esther Ceceña su compilación junto a Emir Sader (2002).

6 Tema éste que desmiente rotundamente la premisa neoliberal de que el mercado es "la otra cara" de la democracia. Para un examen de esta falacia ver Boron (2000).

7 No es un dato menor la inexistencia en América Latina y el Caribe de centros de estudios o programas de investigación destinados exclusivamente a analizar la problemática de Estados Unidos en sus más distintas facetas. Lo poco que hay se encuentra en Cuba, sobre todo en el marco del Centro de Estudios de América (CEA). México tenía un par de institutos dedicados al tema pero fueron premeditadamente desmantelados durante la oleada neoliberal desatada por Salinas de Gortari y, sobre todo, con la entrada al Tratado de Libre Comercio. Ya no hacía falta estudiar a Estados Unidos, algo que por cierto provocaba disgustos y recelos en los círculos gobernantes al norte del Río Bravo. ¡Mientras tanto, en Estados Unidos los centros, institutos y programas dedicados al estudio de México y la relación mexicana-estadounidense forman más de un centenar! Brasil tampoco tiene, a la fecha, un centro de estudios dedicado a Estados Unidos, si bien hay un intento en marcha en la Universidad Federal Fluminense (UFF). En el

resto de los países de la región no hay siquiera intentos. La Argentina menemista que exaltaba las “relaciones carnales” con los Estados Unidos no tenía por qué ocuparse del tema, y lo mismo pasa con los demás gobiernos de la región. Una muestra clarísima, estruendosa, de que la otra cara del imperialismo es la colonialidad del saber y del poder, y la persistencia de una tradición de sumisión que se ha hecho carne en nuestros países. Ni siquiera tenemos la osadía de pretender estudiar a quienes, como dijera en su momento Simón Bolívar, “parecen destinados por la Providencia a plagar a las Américas de miserias en nombre de la libertad”. Sobre la colonialidad del saber y el poder, ver la excelente compilación de Edgardo Lander (2000).

Discurso de clausura* **Fidel Castro Ruz**

Le decía a Atilio que lo felicitaba por su discurso y no le daba las gracias por su invitación. Distinguidos académicos, científicos, representantes y dirigentes de organizaciones sociales. Estimados invitados. Yo debo decirles que tengo una amarga preocupación. Estando conciente por lo que pude escuchar y de lo que pude leer de las ponencias que se presentaron comprendo perfectamente bien que éste es un evento que ha sobrepasado las expectativas. Se han presentado una serie de trabajos serios, bien meditados. Conozco además las impresiones recogidas entre muchos compañeros que han estado presentes o que lo han seguido por la prensa o la televisión. También por los que vieron, en la televisión cubana, dos mesas redondas en esta semana. Una dedicada al encuentro de México¹, otra a lo ocurrido durante esta semana aquí en La Habana, y a través de las cuales millones de personas pudieron escuchar los argumentos, las opiniones de eminentísimas personalidades académicas, respetados y admirados dirigentes de movimientos sociales o políticos, o si quieren revolucionarios o casi revolucionarios.

Batalla de ideas

Nosotros tenemos el hábito de no hacer encuestas. Ya sabemos cómo son las encuestas. Las preguntas se elaboran buscando determinadas respuestas y en muchas ocasiones se hacen en sectores que tienen determinadas opiniones y por lo cual –claro que uno no puede decir que siempre– se divulgan opiniones que no se ajustan a las generalidades. El método que venimos usando, sobre todo cuando se inició la batalla por el regreso del niño Elián², es el de recoger opiniones espontáneas. Siempre ha habido una sección de nuestro partido que recoge opiniones y colaboran muchísimas personas sobre cualquier tema, para orientarnos bien. Eso se viene haciendo durante muchos años. Yo me refería más bien a lo que venimos haciendo desde hace cuatro años, y es utilizar ese equipo para conocer la opinión diariamente sobre los problemas más importantes o los acontecimientos más destacados que ocurren: una mesa redonda importante, un gran acto... En fin, tenemos ese hábito. La única instrucción que tienen las diecisiete mil personas que cooperan en la recogida de opiniones espontáneas es que las que sean opiniones positivas (desde nuestro punto de vista serían las opiniones revolucionarias) de ellas debe escogerse una representación; y de las opiniones que llamamos opiniones negativas –hay un término un poco más sutil: de las opiniones que tienen matices críticos– esas deben anotarse todas en la lista que nosotros recibimos. Este método fue muy útil.

En aquellos primeros días relacionados con el caso del niño secuestrado en Estados Unidos. Digo el niño secuestrado por Estados Unidos. Estados Unidos secuestra miles de niños. Digo el caso de aquel niño, por el cual decidimos librar una batalla apoyada por manifestaciones, actos, marchas, etcétera. En las opiniones que se recogían diariamente había un número de opiniones que eran violentas, disparatadas. Decían: ¿por qué no se envía un comando a rescatar al niño a Estados Unidos? Y se repetían tales opiniones. Eran una minoría. Y así, no eran opiniones críticas, pero eran opiniones que demostraban desconocimiento, desorientación. Piensen Uds. en la idea de un comando cubano desembarcando en Estados Unidos para buscar aquel niño. A mí me llamaba la atención la frecuencia con que se recogía esa opinión. Esa lucha de opinión era decisiva. Nosotros no podíamos rescatar a ese niño mediante la fuerza. Era una locura evidente, pero demostraba el estado de opinión de gente irritada que afirmaba las cosas sin pensarlas. Sobre todos esos temas se discutía todos los días y muchas veces esos puntos de vista me eran útiles porque había que esperar. Pude observar que esas opiniones se basaban en el desconocimiento, falta de experiencia, falta de información, falta incluso de determinados criterios. No faltaron las veces en que cogimos una colección de disparates. Y los leí durante un acto público transmitido directamente a todo el país. He podido ver incluso cómo evolucionan criterios, opiniones. Hemos vivido un proceso de profundización de los conocimientos y de la conciencia de nuestra población. ¡Aquí no hay información! ¡Aquí hay que hacer una crítica fuerte de determinados puntos de vista porque son erráticos!

Estoy hablando de algo que comenzó, yo dije, hace cuatro años. Es en diciembre en que se cumplen los cuatro años en que comenzó esa lucha. Aquel caso era un caso tan duro, tan amargo, que me llevó a tomar la decisión de demandar el regreso del niño. Que no podía ser por la fuerza. Yo decía que el niño tenía que regresar y aquella batalla se ganó realmente mediante la movilización del pueblo, se ganó a través de una batalla de opinión internacional. Desde entonces uso ese término, que ahora vemos que se repite cada vez con mayor frecuencia: “batalla de ideas”. Incluso cuando a los siete meses después regresó el niño ya nosotros habíamos decidido continuar esa batalla. Porque podía regresar el niño y fue una estupidez retardarlo tanto. Hasta nos dio tiempo de hacer la tribuna anti-imperialista de José Martí frente a la oficina de intereses de Estados Unidos. A lo largo de esa lucha se acumuló mucha experiencia y desde luego se ganó la batalla de ideas.

Y se ganó incluso empleando estos medios modernos que tanto se usan para confundir al mundo y engañarlo. Es que hay también una cierta competencia entre grandes empresas, norteamericanas y de otros países. Nosotros habíamos ideado la forma de hacer unas transmisiones de televisión que llegaban hasta Angola –donde se había acumulado un gran número de nuestros hombres en la frontera sur de ese país frente a la Namibia ocupada por los sudafricanos– a través de una estación de tecnología soviética y usando no sé cuántas torres le hacíamos llegar algunas horas de transmisión desde Cuba a los cincuenta y cinco mil cubanos que había en ese momento allí. Puede parecer un tanto exagerado, pero hay determinados problemas que si ustedes no los atienden se corre el riesgo casi seguro de una derrota. La revolución no podía correrlo. Debo decir que en más de una misión internacionalista la revolución se jugó su propia existencia. Imagínense lo que habría significado en circunstancias como aquellas, que estuvimos dispuestos a llegar hasta las últimas consecuencias, lo que habría significado una gran derrota con grandes bajas. Debo añadir que eso nos obligaba siempre a desarrollar un tipo de guerra, desde que iniciamos la revolución, que significara un mínimo de bajas, por una razón o por otra. Cuando estábamos en las montañas porque éramos muy pocos; y cuando ya era la revolución en el poder cumpliendo una misión internacionalista, un deber tal como lo entendíamos, teníamos la responsabilidad del destino de un proceso y de la suerte de un pueblo. Quizá uno al escuchar esto se le sugiera la idea de que realizamos acciones aventureras. No. Porque la primera acción que podía calificarse de aventurera, y que muchos así la calificaron, fue iniciar una revolución partiendo prácticamente de cero.

En el momento al que me refería, hace cuatro años, ya nos habíamos olvidado incluso. Un día se me ocurrió a mí pensar –y Uds. se van a reír y con razón– y yo les pregunto a unos compañeros cuánto costará un globo. Estaba pensando un globo que se usa en Estados Unidos para transmitir la televisión hacia Cuba. En realidad, con un equipito pequeñito que cuesta unos centavos, hemos logrado neutralizar esa acción arbitraria, ilegal, violatoria de las normas internacionales de poner un globo a tres mil pies para que la señal de televisión llegue a nuestro país. Y no precisamente para enseñarnos inglés, o enseñarnos historia, geografía, ciencias, literatura, cultura... sino para dirigir hacia nuestro país la montaña de mentiras y de calumnias con que ha operado como norma la política oficial de Estados Unidos hacia nuestro país y, por lo que veo y escucho y por lo que sabemos, hacia el resto del mundo. No olvidarse del monopolio de los medios masivos de comunicación con que ha contado Estados Unidos. Y nuestros intelectuales se han reunido más de una vez para discutir el gravísimo problema de la atroz invasión cultural que sufren los pueblos de América Latina y del resto del mundo. Y que a mi juicio y dentro del vuelo cultural que han adquirido estos análisis es un tema a incluir. Es el tema al que Ignacio Ramonet, muy conocido por todos, ha dedicado fundamentalmente su obra. Pero si es ilegal nosotros interceptamos, porque no está sólo la mentira de orden político sino todo el veneno del punto de vista ético, toda la exaltación de la violencia, del consumismo, etcétera. Porque incluso las comunicaciones por Internet en nuestro país son limitadas dada la falta de una infraestructura que nos conecte por cable internacional. Lo cual limita nuestras posibilidades y es un problema por resolver. Mientras allá, en un momento de locura instalaran 60 millones de kilómetros de fibra óptica por debajo de gasoductos etcétera, de las cuales se usan alrededor de 3 o 4 millones de todo eso. Hay 100 mil millones de dólares en fibra óptica enterrados y perdidos allí.

Se han producido cambios importantes. Y van apareciendo nuevas formas de comunicación

pero no estaban a nuestro alcance en aquel momento. Llegamos a financiar un satélite. Había como cinco mil centros de estudios de Estados Unidos que escuchaban esos actos, esas transmisiones durante un espacio de tiempo. Cuando logramos sacar al aire las transmisiones, de gratis sacábamos la señal fuera y dentro de modo que venían 10, 15, 20, 25 cadenas internacionales de televisión y el acto en el cual conmemorábamos el 25° aniversario de la voladura de un avión cubano en pleno vuelo, liquidando a todo nuestro equipo campeón juvenil de esgrima que en una competencia regional había obtenido todas las medallas de oro, en ese acto en que recordábamos los veinticinco años de aquel gran acto terrorista organizado dentro de Estados Unidos, por gente entrenada por Estados Unidos, y financiada por Estados Unidos, cuarenta emisoras extranjeras dieron noticias de ese acto, algunas lo transmitieron completo y otras transmitían unos minutos. Fueron cadenas de televisión internacionales, incluso cadenas de Estados Unidos de transmisión las que hicieron posible, en determinadas circunstancias porque no funciona siempre así ni mucho menos, pero hay una competencia creada.

Si hay una manifestación de medio millón de personas –de medio millón real, porque nosotros sabemos cuántas personas puede haber. En un metro cuadrado rara vez puede haber más de cuatro personas y apretadas puede haber cinco. Nosotros tenemos el hábito de quedarnos cortos en nuestras estimaciones de modo que muchas agencias ni discutían las cifras cuando había una manifestación de cientos de miles de mujeres, o de jóvenes, o de madres con los hijos– son hechos que ninguna estación deja de transmitir. O los acontecimientos de Irak o la resistencia en ese país. O cosas como les ocurren a algunos de los ilustrísimos invitados que nosotros apreciamos mucho y que ante una pregunta de una emisora de televisión le dijo “¿y por qué no me buscan en Estados Unidos y me hacen una entrevista allá?”. A buen entendedor o a buenos entendedores pocas palabras.

Cuba y el pueblo norteamericano

De esa forma nosotros logramos que el mundo conociera, y lo más importante, logramos que el pueblo de Estados Unidos conociera, la verdad de lo que ocurría. Entre ello cosas tan atroces como que a ese niño le reconstruyeron el escenario donde había ocurrido la tragedia y lo estuvieron interrogando durante ocho horas. A un niño de 6 años que vivió la tragedia de un naufragio en el cual había perdido el ser más querido: la madre. Y esa para mí fue una gran prueba sobre la virtud del pueblo norteamericano. Nunca me he dejado llevar por odios irracionales, o por engeguimientos. Procuero analizar fríamente. Ya había ocurrido el antecedente de la guerra de Vietnam y la participación del pueblo de Estados Unidos en la finalización de esa guerra. Las protestas sobre la injusticia de esa guerra fueron ganando terreno. Cientos de miles de jóvenes que habían sido enviados a aquella guerra estaban cumpliendo el servicio militar obligatorio. No era ni siquiera un ejército profesional: eran reclutas, situación similar a la del proceso de Nicaragua en el que la guerra sucia los llevó a la derrota del sandinismo en virtud de que los soldados por ley tenían que ir a combatir y morir en esa guerra. En el caso del niño secuestrado no había guerra, no había víctimas, no había cadáveres. Lo que habían eran hechos todos relacionados con el niño y los derechos de su familia. El 80% de la opinión pública norteamericana apoyó el regreso del niño y era un factor decisivo. Sin ese apoyo de la opinión pública habría pasado como pasó con muchos otros que se han llevado ilegalmente.

Hay numerosos informes de personas que sufren heridas graves o que mueren como consecuencia de una ley que calificamos como ley asesina. La “ley de ajuste cubano”, de acuerdo a la cual un delincuente, alguien que mate a un trabajador del turismo o un pesquero para viajar a Estados Unidos ilegalmente, gente con antecedentes penales a la que jamás le darían visa, en virtud de esa ley que tiene ya treinta y tantos años, son reconocidos como inmigrantes legales, con plenitud de derechos, los cubanos que pongan pie en suelo norteamericano. En Cuba conceden apenas 2.000 visas, cuando siempre hay una enorme demanda de visas o de personas queriendo emigrar como han emigrado 14 o 15 millones de mexicanos, sin contar centroamericanos y ciudadanos de todos los países, de Haití, Santo Domingo hasta Puerto Rico, supuesta rica colonia. Se conocen las estadísticas de quienes han abierto la puerta de par en par a los cubanos en función de esa ley. Y han incluido asesinos, y eso ha costado no se sabe cuántas vidas. Se puede hablar de miles de vidas y por esas vías cuántas veces un padre le ha llevado la madre al hijo, y cuántas veces la madre le llevó el hijo

al padre sin ninguna legalidad. La única vez que decidimos dar esa batalla estábamos decididos a darla y a ganarla. Y la ganamos sin el menor uso de la fuerza, sin el menor uso de la violencia, únicamente la fuerza moral, la fuerza de los argumentos y la denuncia. Y quedaban en reserva unas cuantas fortísimas medidas de tipo civil. No hubo que usarlas, ¡si el 80% de la población –lo cual habla alto de las virtudes del pueblo norteamericano– apoyaron a la causa! Una mala causa exige primero engañar a los ciudadanos. En eso sí son expertos, o han sido expertos. Históricamente, a lo largo de un siglo o más la historia lo demuestra.

Esto que digo es un elemento a tener en cuenta, porque pienso que la batalla de la cual he estado hablando tendrá que ganarse, o se ganará más tarde o más temprano, con el apoyo del pueblo norteamericano. No se trata de si ellos son poderosos o no. Yo creo que hay algo más poderoso que las armas: las ideas, la razón, la moral de una causa. Desde luego, esto en cada momento de la historia. Pero este momento de la historia es aquel en el que más rápidamente se propagan las ideas. Mucho más rápido que en el momento de la Revolución Francesa, cuando el pensamiento de los enciclopedistas llegaba a través de panfletos y así Francisco de Miranda, precursor de la independencia y unos cuantos más, se empaparon de aquellas ideas y tuvieron una influencia muy grande. Yo no intento aquí hacer una tesis. Más bien mi preocupación era tener que improvisar unas palabras accediendo a las presiones de los amigos cuando no disponía tiempo de ponerme a elaborar y dictar un discurso, de leer todos los puntos de vista y documentos expuestos aquí. Habría querido. He andado por ahí con un montón de papeles de un lado para otro para tratar de estar bien informado. Revisar incluso un poco de documentos, de cosas, de ideas que hemos planteado. Por esto traje algún material por si lo necesito. Realmente lo que estoy haciendo es decir cuál era mi punto de vista, es plantear algunas ideas, no presentar una tesis. Esa era la pena con la que vine y por lo cual no di las gracias. Porque éste es un acto muy serio. Se han presentado documentos, análisis que pasarán a la historia dentro de un espacio de tiempo limitado y se han aportado informaciones, criterios, puntos de vista que nos han enseñado mucho. Pienso seguir aprendiendo. Por eso digo yo que lo que trato de hacer aquí es dar algunos criterios, algunos puntos de vista, algunas opiniones, expresar algunos sentimientos con los inconvenientes que tienen los discursos improvisados. Porque entre otras cosas Uds. saben cuándo empiezan pero no cuándo terminan. Porque una idea suscita otra. Porque uno tiene el hábito de estar explicando. No me gusta decir esto es así porque es así. Trato de explicarme y ahí es donde me complico. Yo no quería hablar ayer, pero no me quedó más remedio. Yo hoy venía con la intención de ser breve y la mantengo. No se desanimen Uds.

La militarización a escala planetaria

Dentro de lo que cada cual piensa, yo tengo la convicción absoluta de que el pueblo norteamericano jugará un papel muy importante. El pueblo norteamericano no es nuestro enemigo. Es el sistema imperialista nuestro enemigo. Es el imperio que ha surgido desde ese país, no voy a llamarlo nación. Es un poco convencional llamar nación. Esa suma de estados, ese poder a que ha llegado lo que nació de un grupo pequeño de colonos que vinieron a este hemisferio buscando más libertad religiosa que es de donde a mi juicio emanan principios éticos que son evidentes. Esa potencia tenía –ayer aquí uno de los panelistas mencionó que tenía más de 100 bases militares– y por supuesto esa basecita que tienen ahí ilegalmente³. Es la única base que está allí contra la voluntad del gobierno, porque se supone que en Europa, en Asia, en Japón y en todas partes aceptan la presencia de esas bases. De vez en cuando algún país, no sé si Filipinas, estaba disconforme con una base por allá. Alguien también recordó que el espacio pasó a ser posesión de esa gran potencia. Cualquier lugar del espacio. Y se habló aquí también, creo que fue el profesor Chomsky, de la idea de convertir en base militar y trasladar armas nucleares que pudieran usarse desde el espacio. ¡Y cada vez más bases! Se habló aquí también de las bases en América Latina. Y hace unos días, cuando llegaban noticias de Bolivia en medio de la fase más aguda de la crisis, yo leí un parte que hablaba de las tropas norteamericanas ubicadas en la frontera de Perú y Bolivia listas para entrar en acción si las circunstancias lo requirieran. Están preparadas las condiciones para una intervención. Bases en dondequiera que les den permiso. Maniobras militares. Estos grandes y poderosísimos ejércitos, armadas y fuerzas aéreas de América Latina constantemente están a la par con las fuerzas armadas de Estados Unidos, están haciendo maniobras, por la Patagonia, por el sur de Argentina, por Chile. A cada rato además venden un submarino. Y no

venden portaviones porque están muy caros y resultan inútiles casi. Pero hacen maniobras todos los días. Y esas maniobras, ¿para qué? ¿Quién va a atacar? No tenemos noticias de si los marcianos, no lo martianos sino los de Marte, estén preparando una expedición que ponga en peligro la independencia, la soberanía de esos países.

¿Para qué las maniobras? Bueno, es una tontería preguntar para qué. Habría que preguntar para qué un montón de basura existe. No hacen ni falta para mantener dominados a los países. No hacen ni falta para que existan el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial o la Organización Mundial del Comercio. No hacen falta para que exista el sistema de dominación impuesto al mundo. No hacen falta para establecer la globalización neoliberal, o neoliberal fascista como alguno de los ocurrentes periodistas presentes escribió. Están entrenando tropas de intervención mundial. Eso hacen en los países de América Latina: entrenar las tropas con que las van a intervenir en cualquier momento. ¡Como si nosotros nos pusiéramos a hacer maniobras conjuntas con las fuerzas armadas de Estados Unidos! ¡Si nos ponemos a colaborar con guardacostas en cualquier operación! Lo hemos planteado y no. Hemos planteado acuerdos para luchar contra el tráfico de inmigrantes, y no. Está esa ley asesina de ajuste cubano en virtud de lo cual no bien ponen un pie ahí, ya tienen derecho a residir y a trabajar; es un gran dilema en este momento. Por un lado, tomando medidas, apretando las clavijas, para impedir la entrada ilegal en Estados Unidos; y, por otro lado, manteniendo una ley que se aplica a un solo país en el mundo, que es Cuba, dando el derecho a la entrada. ¡Pero si con papeles falsos toman un avión en cualquier país y logran entrar en Estados Unidos tienen derecho a identificarse como cubanos y a trabajar al otro día y residir en Estados Unidos! ¡Qué medida tan contradictoria! Yo no sé cómo la van a poder mantener. Esta mañana leí un cable que planteaba la necesidad de apretar mucho más contra la inmigración ilegal. Todo el mundo sabe que no se conoce bien el número de millones de ilegales. Se ha hablado de cinco millones, de seis, pueden ser más. Han amenazado con la expulsión. Aquí se habló también incluso de la situación de los inmigrantes. Alguien preguntó por qué no le daban educación, por qué no podían ir a la escuela, por qué no recibían servicios médicos. Esos inmigrantes producen plusvalía, y más plusvalía que nadie.

Y perdón si acabo de utilizar un término marxista. No está prohibido todo eso. Como lo digo siempre, nosotros tenemos un gran teatro que se llamaba Carlos Marx. Ese teatro sigue llamándose Carlos Marx. Hay una estatua que hizo un brillante escultor soviético. Una estatua de Lenin en un parque que se llama Lenin. El parque sigue llamándose Lenin y la estatua de Lenin no ha sido hecha estallar con una tonelada de dinamita. Uds. saben que lo que se puso de moda en muchas partes del mundo es derribar estatuas, cambiar el nombre de todas las ciudades. Es una falta de respeto a la historia. Si a mí me pusieron Fidel cuando nació a nadie se le ocurriría decir que nació Juan y no Fidel, ese día en tal lugar, hijo de tal padre y tal madre. Es que la cosa histórica hay que respetarla en general.

Bueno, hay que decir la verdad: nosotros también cambiamos nombres. Lo hicimos por razones ideológicas. Había muchos centros azucareros y se les puso el nombre de personas, de héroes de la revolución. Aquí muchas escuelas llevan el nombre de personalidades ilustres. Yo nací entre tres grandes centrales azucareros que llevaban el nombre de grandes empresas norteamericanas. Incluso una de ellas era la llamada entonces la United Fruit Company. En Estados Unidos también le cambian el nombre a las empresas. Se asocian, arman una cosa nueva. Pero bueno, uno siente vergüenza. Yo no puedo llamar Petrogrado a Leningrado. Los intelectuales saben que Lenin fue un gran intelectual, un gran luchador y uno de los que más trató, en medio de la tarea del día a día, de investigar el imperialismo. Y se apoyó en otros autores también, pero fue uno de los primeros que utilizó el término imperialista en el sentido moderno de la palabra. Ahora va a ser falta un émulo de Lenin para que defina este imperialismo de ahora. El nuevo imperialismo es un imperialismo con características distintas de aquél que podíamos hablar en el '14. Con una potencia expansiva que ya tenía avances. En aquel momento si había una potencia principal era la patria de Blair, gran gloria del pensamiento civilizado, progresista y democrático de nuestra época (no hay que ser calumniador...). Hasta en Estados Unidos se sabe que Roosevelt no estaba muy conforme con Gran Bretaña. Se sabe de sus discusiones con Winston Churchill allá en Teherán y otros lugares; se sabe que Roosevelt esperaba que después de la guerra la India y otros países alcanzaran su independencia, puesto que eran mercados grandes en los que las mercancías y los productos de Gran Bretaña tenían privilegios. Había sus contradicciones. Hasta la Segunda

Guerra Mundial prevaleció el imperio británico, incluso Estados Unidos entró en su aislacionismo. Se sabe que Roosevelt fue el autor de una larga lucha a favor de enrolar a Estados Unidos contra el nazismo. ¡Qué habría dicho Roosevelt, cuyas cualidades personales conocemos, que era el presidente de una gran potencia que ocupaba en ese momento el segundo lugar como poder mundial al lado también de la U.R.S.S. (Alemania era aún una temible potencia militar) y él luchó contra ese poder! Y ahora. Si viera estas cosas que Uds. han estado discutiendo aquí, si conociera estos datos. El era un hombre culto, leía, conocía de política. Se enfrentó a la peor crisis que había tenido el capitalismo. Yo decía ayer que los acontecimientos históricos se adelantan o se retrasan en dependencia de los factores subjetivos. Estoy absolutamente convencido, simplemente leyendo la historia y observando los acontecimientos. Estos acontecimientos y declaraciones hechos en nombre de Estados Unidos por el gobierno de Estados Unidos que habrían desmayado a Roosevelt. Hay por cierto más intelectuales, que deberían ponerse a leer los discursos de Roosevelt en los años que precedieron a la guerra y los pronunciamientos de Hitler que hablaban del espacio vital que había que conquistar allá donde vivían razas inferiores en el este, en Rusia, en Ucrania, que en ese tiempo eran la Unión Soviética. Sugiero un estudio comparativo. Hay tantas cosas que investigar, tantas cosas que recordar, que comparar para sacar las pertinentes conclusiones. Roosevelt jamás se imaginó un poder como el que hoy se impone al mundo, como el que hoy predomina en el mundo. Lo cual no quiere decir que tal poder sea invencible. Se ha dicho que su superioridad tecnológica es fabulosa, que esa sola potencia reúne una tecnología y una riqueza superior a todas las demás grandes potencias. Bueno, ya no hay grandes potencias, hay una gran potencia. Grandes potencias eran dos cosas iguales, y ya no hay nada igual entre el poderío militar de Estados Unidos y el poderío actual de Rusia. China, es una gran nación, es una potencia fuerte e inicia una etapa en que la llevará a ser una de las grandes naciones del mundo en virtud de su magnitud, su población, de su talento. Porque no hay que dejar de reconocer que los chinos son talentosos, basta conocer que los chinos saben leer y escribir... en chino. Hay que reconocerles el derecho a un premio Nobel.

El imperialismo no es invencible

¿Qué es lo que condena a su fin ese poderío de orden militar, con esos cientos de bases de los cuales se ha hablado e independientemente de la alianza de fuerzas reaccionarias que hay en todo el mundo? Las ideas justas, en el momento justo, en las circunstancias históricas precisas. Ya se sabe, no hay un solo imperio que haya sido eterno. Hitler en un tiempo habló de un imperio de mil años. Soñó con una Alemania tan poderosa que durante mil años sería la más importante potencia del mundo. Realmente de los mil años les sobraron 998. Si hay alguno de los que creen que este imperio va a ser de mil años, en virtud del fabuloso poder tecnológico, científico, económico, militar puede ser que no llegue a 100 años. Con seguridad ese poderío no llegue a 50. Ese poderío fluctúa, lo pienso sinceramente, entre los 20 y 50 años. No digo la nación norteamericana, que nadie quiere su destrucción o su decadencia. Queremos para el pueblo de ese gran estado la misma suerte que podemos desear y debemos desear para cualquier pueblo de todo el mundo. Partiendo del criterio de que este mundo tenga arreglo. Sin dejar de ser realistas.

Lo que caracteriza este momento casi con precisión de minutos es que es un momento de cambio, de viraje en la historia. Y no para establecer poderes sino para establecer derechos. Los pueblos de hoy, en determinados sentidos, tienen menos derechos que los famosos clanes de los cuales se habla. Menos derechos que las tribus de Asia, África o de Medio Oriente. No conozco en detalle porque de la historia de esta humanidad se conoce muy poco. De acuerdo a los científicos esta especie es llamada Homo Sapiens, con razón y sin razón. Porque a lo largo de la historia ha demostrado –si tomamos como referencia el siglo pasado no se puede sacar otra conclusión– que fue un siglo repleto de disparates, carente de sabiduría. Ojalá en este siglo nuestra especie se gane el título de Homo Sapiens. Aunque hemos empezado muy mal. Es más, otra convicción: estamos en el punto en que se decide si esta especie sobrevive o perece. A pesar de los errores, de la falta de sabiduría que ha padecido. Pero son las grandes cosas, maravillosas cosas, sentimiento y valores que el talento humano ha sido capaz de crear lo que alienta las esperanzas de los optimistas realistas. Hasta este mismo momento estamos retrocediendo, pero ya estamos en el punto en que se está tomando conciencia amplia, no voy a decir universal, de las realidades. Este minuto es trascendental. Está lleno de incógnitas, de

ansias de esperanzas y ansias de soluciones. Esta reunión lo ha demostrado y Uds. esperaban lo que no han podido hacer ni podían hacer: un recetario de soluciones para los problemas. Pero han logrado mucho. Yo no he visto, y he estado en muchas reuniones, una reunión tan interesante como esta. Hace cinco años las discusiones giraban todavía en torno a otra cosa. Hace diez años lo que había era una desmoralización universal. Nunca vi a tanta gente cambiar de ropa, nunca vi tanto oportunismo y tanta cobardía. Aquí se ha tenido el valor de denunciar; me refiero a todos, también el valor de los que piensan diferente. No hay que ser fanáticos, tenemos el deber de ser racionales, de confiar en criterios y puntos de vista.

La democracia

Si de democracia se habla mucho y, con toda franqueza les digo que encontrarla es muy difícil. Una aguja en un pajar. No hay modelo de democracia, yo discrepo del punto de vista de uno de los conferencistas. Tal vez en algún rincón del mundo exista alguna fórmula democrática. Alguien mencionó la fraternidad, igualdad y libertad, famosa consigna de la Revolución Francesa. Ninguna de las tres existe si somos serios. Se hablaba con envidia de la libertad que conoció la gente del clan. No había imperialismo, no había colonialismo, no había esclavitud. Vivían libremente recogiendo frutos, cazando, hasta que alguien inventó un garrote para buscar alimentos. La esclavitud fue un progreso porque dejaban de eliminar a los prisioneros en las guerras, porque ya podía alcanzarse un excedente. Es una teoría que debe tener parte de verdad. Habría que analizar otros factores: el parasitismo que se iniciaba. Nunca se trate de darle una única explicación al problema. Ya la esclavitud se consideraba un progreso. Y ahora, cuando una potencia en virtud de su riqueza y su poder militar gobierna al mundo e impone sus leyes, ¿cómo puede afirmarse que sea el fin de la historia? Que ya lo que se haga ahora es lo que debe existir por los siglos de los siglos, amén. Indiscutiblemente la historia de esta humanidad, y no porque lo haya dicho Carlos Marx hay que oponerse, la historia es la de la explotación del hombre por el hombre cada vez en un grado más alto. ¿Dónde vive Bill Gates? Porque supongo que no vive dentro de una computadora. Pongamos que vive en Nueva York. Hay cientos de personas que viven debajo de los puentes y se tapan con periódicos. ¿Cuál es la igualdad entre Bill Gates y aquel hombre que vive tapándose con un periódico bajo un puente?

Ahora hay en Estados Unidos unos cuantos millones de personas que son analfabetos, pero principalmente analfabetos funcionales, que no han aprobado sexto grado, que sufren las consecuencias de un sistema de educación desastroso. Me refiero a la primaria y a la secundaria, no ya los niveles universitarios. Los mejores profesores del mundo van a parar allá, los premios Nobel. Tienen todos los centros de investigación que quieren. De los países de América Latina tienen miles y miles de profesionales, universitarios y de los más preparados, que han emigrado a los países desarrollados. A esos países tan democráticos y tan honrados que no han puesto un centavo por ellos, por su preparación, y la mayor parte de ellos ha ido a Estados Unidos. Y aquellos países no tienen ni centros de investigación, ni recursos, ninguna posibilidad. ¿Cuándo un latinoamericano ha ganado un premio Nobel, salvo de literatura? Toda una novela sale de la cabeza, pero las investigaciones además de la cabeza y los conocimientos necesitan los medios y los recursos para poder ser llevadas a cabo. ¿Como puede haber igualdad en una sociedad donde existen millones de analfabetos y semianalfabetos? En ese mundo que hoy tiene 6 mil millones de habitantes. Y alguien recordó aquí que dentro de 8 años habrá alrededor de 7.200 millones de habitantes en este pequeño planeta en fase de destrucción. Creo que Evo4 habló ayer de que existe en Bolivia una ley para privatizar el agua. Y el agua es cada vez más escasa, es un dato estadístico, producto de investigaciones científicas. Y el agua posiblemente sea una de las causas de conflicto militares. No hay más que ver el mapa de Medio Oriente, ver cuánta agua tiene cada uno, dónde llueve, cuál tiene terreno irregular. Ahora se habla del problema de Irak. En breve tiempo se estará hablando de la falta de agua en Irak. Y de esa agua depende Siria, el Medio Oriente, Israel, Jordania e Irak. Bueno, puesto que algunos tienen petróleo, la naturaleza dio a otros agua y voy a vender el agua. Ya existen exportaciones de agua en aquella región. Claro hay lugares que el petróleo es más barato que el agua. En Venezuela, por ejemplo, el petróleo es más barato que el agua.

También al aire lo están envenenando. No hay igualdad. ¿Cómo un hombre que no sabe leer y

escribir va a entender los problemas del mundo –el Fondo Monetario Internacional, la OMC, el Grupo de los Ocho, la OCDE, el sistema bancario, qué es la inflación y la deflación, qué significa la especulación de la moneda? Trataba de hablar de los millones que se invierten en la especulación. Una cifra generalmente aceptada de tal especulación es que después de 1971, cuando Nixon de manera unilateral suprimió la conversión en oro ya que a Estados Unidos le quedaban 10 mil millones de dólares en oro de los 30 mil millones que tenía cuando Bretton Woods⁵. Después, en medio del caos mundial y a raíz de los conflictos del Medio Oriente, un día se reúne un grupo de países y establecieron un límite a la producción petrolera. Se produce otro fenómeno que no puede olvidarse y es que el petróleo empieza a subir de precio. En los años 1974/1975 el petróleo alcanzó 35 dólares por barril. Cuando la revolución triunfó, los precios del mercado mundial, con una tonelada de azúcar se adquirían 8 toneladas de petróleo. Hoy, como consecuencia del neoliberalismo, varios factores llevaron a que se acabaran los acuerdos de los productos básicos. Brasil se dedicó a producir caña, incluso para producir alcohol cuando la gasolina valía 500 dólares la tonelada. Me recuerdo que hacía los cálculos para saber en una hectárea de caña cuantos dólares sacaban. Todavía el azúcar estaba 10-12 centavos la libra y creció la producción a 20 millones de toneladas de azúcar; en la India ocurrió lo mismo: 20 millones de toneladas de azúcar. En México los sectores del estado después de la firma del Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos, creyeron que iban a vender todo el azúcar que produjeran y cuando llegó el momento de exportar el azúcar no se lo permitieron. Ya había surgido la industria de la fructuosa que cuesta la mitad de lo que cuesta el azúcar de remolacha, y empezó a sobrarle a México el azúcar. ¿Qué ocurrió, si no ha ocurrido ya? No he tenido tiempo de seguir la historia de los sectores azucareros mexicanos. El estado los había arruinado y por lo tanto se privatizaban. Les decían que iban a tener un porvenir con el Tratado, pero ahora no le compran el azúcar y el precio mundial está por el suelo. Entonces, ¿qué hace el estado, esos maravillosos sistemas sociales, super democráticos, no olvidarse nunca de esto? (¡no hay que ser calumniador!). ¡Estatizan las centrales cuando están arruinadas! No pueden cerrar centrales porque hay tanta desigualdad en la sociedad que cerrar 5 centrales puede significar huelgas y problemas sociales. Viene el remedio, la llamada anti-neoliberalización, la anti-privatización: es la filosofía de la estatización cada vez que están arruinadas las industrias privadas. Esa era la filosofía antes de esta globalización neoliberal: todo lo que se arruinaba pasaba al estado. Con lo cual el desprestigio del estado crecía muchísimo, porque en manos de administradores que le metían mano a todo funcionaba peor todavía. Llegamos al momento en que pasó lo de Brasil: la más grande empresa de hierro del mundo que era rentable, privatizada. Las empresas telefónicas, privatizadas. Cuarenta mil millones de dólares en empresas que eran rentables, las privatizaron. ¡Tenían en las reservas 70 mil millones de dólares!

Pero existe el Fondo Monetario Internacional y existe una ley que no tiene nada de democrática. Y ustedes saben cómo presta el Fondo Monetario Internacional. Hay una cláusula que con el 17% se decide si hay o no préstamo⁶. Un caso extraordinario, superdemocrático, de un país que dice si o no a un país del Tercer Mundo. Lo del llamado Primer Mundo entraña un poco de desprecio para nosotros, y lo confieso: esos nunca tienen problemas con los préstamos del FMI. Pero si un país del Tercer Mundo, donde hay tanta gente pasando hambre, tantos enfermos sin asistencia médica, tantos analfabetos, tanta falta de escuelas, de alimentación, de empleo, en esos casos sí tienen que discutir para que le hagan un préstamo. Y ahí les ponen las condiciones, las peores. Pero éste no es un fenómeno estático. Cuando triunfó la revolución cubana América Latina debía 5 mil millones de dólares. Yo fui el pájaro de mal agüero porque visité Argentina, por aquellos días había pasado por Brasil, habían pasado tres o cuatro meses desde el triunfo de la revolución. En Argentina estaba Frondizi. Perón era el que decidía el candidato que ganaba, él no lo iba a postular pero había hecho amistad con los trabajadores, en aquella época había reservas en oro después de la guerra. Sabemos la historia aquella. Pero los trabajadores tuvieron muchas cosas que nunca habían tenido. Algunos teatros, algunos clubs. Un país rico. Quizá lo único malo que pudo haberle ocurrido a los trabajadores argentinos, en medio de incuestionables beneficios, es que les dejaron el capitalismo. Toda aquella oligarquía resultó humillada pero no resultó nacionalizada, no fue confiscada.

Nosotros confiscamos. Pero estábamos dispuestos a pagar en un tiempo prudencial, adecuado. Y lo que recibimos fue un bloqueo. El país de las constituciones y las leyes, según se afirma, no quiso discutir una fórmula de indemnización. Los créditos ya estaban

suspendidos. Dinero en las reservas no había. Una bobería: el dinero se lo había robado un gobierno que contó con el apoyo de esa gran potencia que lo acogió y lo armó. Ah, porque también ese gobierno fue calificado de democrático. Porque todo gobierno está llamado de democrático: como Argentina cuando las desapariciones, Chile cuando Pinochet, Centroamérica, El Salvador, Nicaragua. Con ninguno de esos países se rompió lazos. Con ninguno se dejó de comerciar. En Sudáfrica no sólo comerciaban sino que tenían grandes propiedades. Ninguno hizo nada sino ganar dinero, codiciar mucho oro, ni relaciones rotas, ni bloqueos económicos. No es que yo esté apoyando esto pero estoy comparando. No, había que bloquear a Cuba. Cuba no tenía ningún negocio en Sudáfrica, ninguna fábrica, ninguna industria. Cuba luchó contra los fascistas sudafricanos. Cuba derramó su sangre mientras todos los demás mantenían relaciones y negocios. Cuba no tiene un tornillo allí. A Cuba hay que bloquearla. Y nada de un mes o un año. Hay que bloquearla cuarenta y cuatro años. Nadie crea eso de que tiene cuarenta y dos años. El bloqueo empezó desde el primer día. Los créditos los cortaron. El dinero de reservas ya había sido trasladado por los criminales de guerra, que no eran mejores que los que fueron juzgados y sancionados allí en Nuremberg. Se llevaron el dinero y fundaron esas organizaciones que hoy casi gobiernan más que el gobierno de Estados Unidos. Era precisamente aquella gente y los descendientes de los millonarios que se llevaron el dinero del país.

Y para nosotros el bloqueo. Bueno, la guerra sucia. En los primeros meses desde que hicimos la reforma agraria se iniciaron los planes para destruir la revolución. Parecía que iba a ocurrir como en Guatemala. Uds. saben que fue una reforma agraria la que dio lugar a una intervención de Estados Unidos en combinación con la acción de algunos jefes militares. El pretexto fue que, dicen, que los guatemaltecos habían comprado un barco de armas en Checoslovaquia. No sé si alguien que compre armas en Checoslovaquia hoy es invadido. Porque hoy la República Checa es uno de esos grandes títeres, esas perfectas democracias donde si se descuidan no queda un gitano porque los exterminan. Les hacen lo que los nazis hicieron con los judíos. No crean que es menor el odio que sienten por los gitanos esas maravillosas democracias de Europa Oriental, que son más pro-yanquis, que ya son miembros de la OTAN. ¡Es el reino de la justicia y el progresismo, el más grande anhelo que se ha tenido nunca por el bienestar de la humanidad! ¡Si son más pro-imperialistas que Aznar, lo cual ya es muchísimo decir! Sí, Aznar, que anda reclutando jóvenes de Nicaragua, Honduras, El Salvador, de la República Dominicana que está padeciendo una terrible crisis de 14 horas sin electricidad, de áreas enteras que han estado hasta tres días sin electricidad, donde el peso se ha devaluado a 33 pesos por dólar. Nadie habla de eso. Parece que el euro se ha llevado toda la publicidad. Y Bolivia, nadie dice lo que está pasando allí. Y las maquiladoras, cuya suerte es bien conocida: los mexicanos tuvieron la experiencia de las maquiladoras, que ya los dueños se están llevando para China. Maquiladoras que no pagan impuestos, que llevan componentes ahí para que los armen y aunque les paguen un poco más salarios que lo que paga la industria nacional la gente en masa quiere emigrar a Estados Unidos. Y 500 seres humanos están muriendo en la frontera por año. Más que los que murieron durante los 29 años del Muro de Berlín. Del Muro de Berlín habla la prensa, habla el mundo todavía. Pero del muro que hay entre Estados Unidos y México, en el territorio que en una guerra expansionista le fue arrebatado a ese país, ese muro no se menciona. Ya son 500. Yo he visto un cable hablando de organizaciones que están en el territorio norteamericano ocupado que se han organizado como grupos de cazadores, para cazar a aquellos que no mueren asfixiados, arrollados en las carreteras, avenidas a toda velocidad tratando de escapar de la vigilancia.

Ese fenómeno también está amenazando a ese imperialismo colectivo, o único, como ustedes lo quieran llamar. Es cuestión de gustos. Yo sólo veo a uno dando órdenes y diciendo a los demás lo que tienen que hacer. Y los otros serán en todo caso sub-imperialismos, vice-imperialistas, ayudantes de la oficina de un imperialismo. ¿Qué hacen? Cumplir órdenes. Es terrible cumplir órdenes. Todos hemos defendido las Naciones Unidas, y por principio a pesar de que ha cometido más de una equivocación, porque más de una vez ese famoso imperio le ha torcido el brazo. Ahora nos van a convencer a nosotros de que hay democracia en las Naciones Unidas, y de que están dándole un ejemplo a todo el mundo de lo que es democracia. Allí donde el 80% vota contra el bloqueo porque ya es algo tan indigno y tan asqueroso que nadie lo defiende. Estados Unidos se queda con el voto de Israel y de una islita, bueno que para mí no hay islitas grandes o pequeñas, de un estado pequeño. Tres votos. Año por año fue creciendo. El susto era tan grande cuando se derrumbó el campo socialista que

sacamos contra el bloqueo como 56-57 votos. Era una tragedia ver a los embajadores de Naciones Unidas, dónde se metían, qué hacían, qué inventaban, si se iban para el baño, porque el voto es abierto. Si en Naciones Unidas el voto fuese secreto como establecen las normas, el número de votaciones allí contra las proposiciones de Estados Unidos se multiplicaría por 10. Hay que ser valiente cuando se vota en Naciones Unidas. Fíjense que en una votación secreta expulsaron al gobierno de Estados Unidos de la comisión de Derechos Humanos. A Cuba siempre la eligen. El país que ha presentado más mociones a favor de los verdaderos derechos e intereses en favor de los pueblos es Cuba. Nunca ha abandonado una causa. Claro que esa votación es secreta. Y en las votaciones secretas Cuba saca un alboroto. Y esa votación secreta castiga una política hipócrita de condenar a Cuba en los Derechos Humanos. Nadie quiere condenar a Cuba.

Terrorismo

Nosotros sobre el terrorismo tenemos una posición clara: nunca en la revolución se han llevado a cabo actos de terrorismo. Quiero decir: ni había sabotaje económico en la caña y ese tipo de actividad. No recuerdo en toda nuestra pequeñita guerra, que duró 25 meses, el caso de un civil muerto por aquella guerra. Hoy defender la patria se ha vuelto terrorismo. Nosotros nos oponemos a las acciones que conduzcan a la muerte de personas inocentes. Nunca apoyaremos ninguna acción así. Las causas se pueden comprender, las tenemos que analizar y explicar. Las circunstancias no son iguales en todos los lugares. En algunos es más fácil aplicar una línea. Y nosotros la aplicamos durante toda la guerra. No hubo nunca un prisionero golpeado, maltratado, fusilado. Claro la política con la población y la política con el adversario fueron factores que nos ayudaron a ganar la guerra en brevísimo tiempo y con un mínimo de armas. Primero los adversarios luchaban hasta morir, y después hubo soldados que se rindieron. Tenían cierta disciplina, tenían preparación militar puesto que fueron entrenados los soldados de Batista y por instructores norteamericanos. Pero ya cada vez que tenían una batalla perdida entonces no resistían hasta lo último. Sabían que no serían ejecutados luego de la derrota. Es una ética que nosotros hemos seguido y, sin embargo, ¡cuantas veces han afirmado que hay tortura en nuestro país! Prueben un solo caso de tortura. Les ofrecemos lo que tenemos y lo que no tenemos, se lo damos todo, si pueden probar uno solo. Está la historia de lo ocurrido en Girón, invasión con mercenarios, atacados por aviones norteamericanos con insignias cubanas. Ataque por sorpresa. Pero el 15 de agosto tocaron nuestros campos aéreos, nuestra fuerza aérea pequeñita. Había más aviones que pilotos. Cometimos la tontería de tener los aviones en hilera, como los tenían los soviéticos cuando empezó la Guerra Mundial, tecnología de la disciplina académica soviética. Menos más que nosotros aplicábamos nuestro criterio en todas las cosas esenciales. Pero sí se copiaron algunas tonterías. Para nosotros era una conducta en la guerra. Hicimos leyes sancionando con penas severas. En las cuestiones relacionadas con las penas han ido variando nuestros propios criterios, aunque nunca simpatizamos con las penas capitales. Pero el problema fue cuando nuestra fuerza guerrillera pequeña tenía necesidad de aplicar una pena severa, y fueron muy pocas. El problema estaba en buscar, en seleccionar a las personas para que llevaran a cabo la ejecución de la sanción. Esa era una orden que repugnaba a nuestros combatientes. En esa moral, en esa ética nos organizamos a lo largo de cuarenta y cuatro años. Yo me atrevería a preguntar si alguien ha oído hablar de una guerra donde un prisionero enemigo no haya sido ejecutado. No sé si la guerra de independencia de Estados Unidos fue tan absolutamente santa que nunca fusilaron a un prisionero. Por lo que yo conozco de la historia de las guerras, en todas las guerras y en todas partes casi forma parte de una cultura el fusilar a los prisioneros. A veces lo hacen en masa; otras lo hacen individualmente. No sé yo de un solo caso. Pero cuando nos atacaron usando nuestras insignias, nosotros tuvimos muchas más bajas que los atacantes. Fue precisamente debido al ataque sorpresivo y porque se combatió día y noche, sin descanso, que no se le dio tiempo a los invasores de establecer un gobierno títere ahí, para que de la forma tan democrática como han actuando siempre, invitándonos como pelotones de los distintos países de la OEA acompañando, por ejemplo, a los 40 mil soldados enviados a Santo Domingo cuando la rebelión dominicana en el año 1965.

Vienen a América Latina ahora a reclutar jóvenes para invadir Irak. En quinientos años nunca pasó eso. Insólito, ¡nunca vino un caballero español a reclutar latinoamericanos para combatir en Marruecos, en Filipinas, en cualquier colonia! Lo único: los españoles enviaron una tropa de

cubanos a la guerra de independencia de Estados Unidos. Batallones enteros de mulatos fueron enviados y combatieron por la independencia de Estados Unidos. De modo que si realmente nos trajeron la libertad en el año '98, incluso con el sacrificio de pagarle a España 150 millones de dólares por la compra de Cuba, bueno, quedábamos parejos, los cubanos habían ido a combatir por la independencia de Estados Unidos. Desde el punto de vista lógico Uds. saben bien cuál es la historia. No tengo intenciones de dar cuenta aquí de ella. Pero bueno, viene este señor a reclutar latinoamericanos bajo el mando de la legión española, y lo del grupo de mercenarios es bajo el mando de la jefatura polaca. Nada menos que el país que fue durante 600 años invadido, cada diez o veinte años. Ahí la iglesia de la religión católica y la nación polaca estuvieron unidas a lo largo de estos años.

Y hoy allí, al mando de esa fuerza, bajo el mando de la legión española los jóvenes latinoamericanos. Es horrible. ¿Qué hacen allí? Más justo sería mandarles un millón de dólares a los dominicanos en vez de pedir sangre dominicana para una guerra de conquista. Todo el mundo conoce cuál ha sido la posición cubana. Cuando la otra guerra estábamos en el Consejo de Seguridad, y fuimos críticos⁷. No podíamos estar de acuerdo con la ocupación de Kuwait. Aquello era políticamente injusto y errado. Es como si nosotros ahora reclamáramos la Florida ya que era una posesión de la colonia de Cuba. Hubo errores políticos serios y nosotros los denunciábamos. Tampoco estuvimos con otras acciones a nuestro juicio equivocadas que cometió la dirigencia iraní. Y con la misma moral condenamos una guerra de conquista para apoderarse, por manos militares si es necesario, de la reserva de petróleo tan esencial para esta civilización. Tan esencial que no puede prescindir de ella, tan esencial que están destruyendo la naturaleza y envenenando la atmósfera. Está probado y se sabía que no había tales armas. Se sabe cuántos niños murieron. Un bloqueo... El bloqueo contra nosotros fue durante decenas de años mayor. Actualmente en virtud de una ley que fue sabotada todo lo posible, se autoriza la venta al contado de alimentos a nuestro país. Una mayoría del senado contra 36 votos en contra apoyó la suspensión de la prohibición de viajar a Cuba. Es el gobierno norteamericano el que prohíbe viajar a Cuba, pero todo eso se va debilitando. ¿Llegará al medio siglo? Aquel bloqueo a Irak no fue tan duro como el de Cuba. En algún momento pudo vender combustible.

Explicaba que nos sentimos con moral para condenar esta guerra. El 91% de los españoles condenaron la guerra contra Irak. ¡Si España más bien tuvo relaciones históricas con los árabes; si la lengua española tiene muchos términos que provienen del árabe! ¿Por qué esta furia? Este señor se ha convertido en un lamebotas de Estados Unidos. Algunos lo llaman "la celestina española", eso de ir por ahí buscando mozos latinoamericanos para ir allí a matar, a apoyar, la ocupación de Irak. Se debe discutir si la celestina debe continuar. ¿Qué hace la celestina española, reclutador de jóvenes para derramar su sangre en una guerra injusta de conquista? Estoy agradecidísimo, pero más agradecido estaría si se dieran cuenta de que ya es hora de que los países latinoamericanos no anden con las andaderas españolas-portuguesas. Pertenecen a la misma honrosa institución que nosotros: la Cumbre Iberoamericana. A pesar de que somos el único país no democrático del hemisferio. A Chavez lo quieren cuestionar, pero todavía nos dejan a nosotros el gran honor de ser el único no democrático. ¡Porque si eso es la democracia! A Cuba la conquistaron con 12 caballos. Menos mal que no llegaron a la India. Si Colón hubiera tenido razón habrían llegado allí con los 12 caballitos. Primero nos llamaron indios por un error; después vino otro y nos llamó americanos; después llegaron nuestros amigos del norte y nos sacaron el americanos. Los vecinos del norte son los americanos en todas partes, nosotros no. Yo me conformaría con que nos llamaran habitantes del planeta tierra, en definitiva eso vamos a terminar siendo primero que nada.

Aquí de la ecología no se hablado y yo no sé qué nuevo mundo van a hacer Uds. si los habitantes del planeta desaparecen. Hay otra cosa que no se menciona y es el intercambio desigual. Parece que los académicos no pueden hablar de ciertas cosas. Hoy el precio del café es una fracción ínfima de lo que era. Lo que produce nuestro país ha sido sustituido por la ciencia y la tecnología. A lo mejor los latinoamericanos han contribuido a ese desarrollo. Nadie va a protestar contra el desarrollo de la ciencia, la técnica, la producción. Pero lo que ellos producen nos lo venden más caro y lo que nosotros producimos nos lo compran cada vez más barato. Acuerdos comerciales: el ALCA es la última palabra que está de moda, antes era el TLC. Y habían creado la OMC, que ha evolucionado muchísimo. Se ha convertido en uno de los principales instrumentos de saqueo. Ya quieren aquellos que poseen el 90% de las

patentes del mundo duplicar el número de años que la patente tenga vigencia. Este el brillante porvenir que nos espera. ¡Claro que vale la pena dar la vida por ese imperialismo, por esa democracia!

A Venezuela le robaron y yo no tengo problema en decirlo: soy un hermano del movimiento bolivariano. Estoy dispuesto a dar mi vida por el movimiento bolivariano. Aunque respeto la opinión. Muchas veces se ignora o no se dispone de todos los elementos de juicio. Yo recuerdo que en los últimos cuarenta años en Venezuela, esos gobiernos super-democráticos, independientemente de lo que se robaron, se fugaron alrededor de 300 mil millones de dólares. Seguramente Uds. están pensando en los dólares de ahora. Pero son de los de antes, que valían mucho más. Este automóvil vale 10 mil dólares, la tonelada de trigo estaba en 186. No es de mala calidad el trigo norteamericano. No hablo de otros trigos que a nosotros nos venden. No quiero hacer propaganda contra nadie, por lo menos por ahora no hablaré. Sobre todo de algunos productos de países muy humanitarios que nos han quitado la ayuda humanitaria. Estamos vivos de milagro. Ayuda humanitaria: 4 millones por año en los últimos 4 años promedio. Bueno, uno acepta a veces ayuda humanitaria por cortesía. Hay otras que la acepta con verdadera gratitud, aunque valgan un centavo. Pero alguna ayuda humanitaria europea, lo digo con toda honradez, sólo por cortesía se puede recibir. Porque ayuda humanitaria e hipocresía son irreconciliables al menos en el sentimiento de un revolucionario. ¿Cuánto nos compraban ellos a nosotros? Alrededor de 1.500 millones de dólares: materias primas, podrían ser níquel, tabaco, azúcar no porque ya al país lo habían arruinado con sus subsidios. Elemental cálculo de las ganancias que deben obtener vendiéndole a Cuba por 1.500 millones de dólares: me da alrededor de 400 millones de dólares. Le venden mucho más caro, le cobran mayores intereses. Si hay un crédito es mucho más caro. Se conocen todas las artes de cómo ganar dinero, vamos a llamarlo finamente, para no emplear la palabra robar dinero, para no decir saquear los países. Nos dan un millón de dólares (en ayuda humanitaria) por cada 100 millones de ganancia. El bloqueo ayuda a eso también. Tú compras y pagas esto, o no te lo vendo. Te doy un crédito y pagas intereses usurarios, o no te lo doy. Con el bloqueo se han beneficiado muchos países desarrollados de esas democracias.

Estaba hablando de si daban o no daban. Los que estamos dando ayuda humanitaria a Uds. somos nosotros. Le demostramos además cuanto hemos ayudado nosotros a los países del Tercer Mundo. Tenemos ocho mil estudiantes de medicina provenientes de países de América Latina, el Caribe y otros países. Cuántos de nuestros médicos llegan a África, y donde no hay una facultad de medicina organizan una. Y que todo eso se hace gratuitamente. En nuestras universidades hay quince mil estudiantes becados. Si Uds. se ponen a sacar la cuenta de lo que cuesta un curso en una universidad norteamericana, sobre todo en una facultad de medicina, el resultado de la cooperación en valor humano que podemos producir es alrededor de 400 o 500 millones de dólares. Invirtiendo en capital humano podemos ayudar por cifras muy altas. Es la ayuda que este país bloqueado le presta a los países del Tercer Mundo. Esta ayuda se va transformando en ayuda tecnológica. Hemos desarrollado un gran programa para enseñar a leer y escribir por radio y se lo hemos facilitado a varios países. Hemos desarrollado otras cosas en materia de educación bien importantes. Nuestra cooperación con los países de Centroamérica, Haití... Nuestro país atiende el 75% de la población haitiana. Los médicos cubanos han reducido la mortalidad infantil en las áreas donde trabajan en Guatemala de 42 a 6%. Podríamos sacar la cuenta de las decenas de miles de vidas salvadas. Y estaríamos equivocados porque podríamos medirlas por cientos de miles de vidas salvadas. El número de compatriotas que están prestando servicio en materia de salud es mayor que nunca. Al país le dejaron 3.000 médicos de los 6.000 que tenía cuando triunfa la revolución. Se abrieron las puertas. Quisieron quitarnos los médicos los vecinos del norte. El imperio ése que tiene momentos que es más duro y otros menos duro, depende de personalidades, de distintos factores. Y es que todo evoluciona. Pero todo evoluciona a favor de un poder mayor, de una capacidad mayor de hacer daño, evoluciones políticas, evoluciones científicas, la desaparición de la otra potencia, en fin. De esto hace cuarenta y tantos años. Miles de médicos cuando triunfó la revolución no estaban preparados para ir a las montañas, para ir al campo. Es que realmente había que proceder un estrato superior para ser bachiller y para estudiar medicina en la única escuela de medicina que había. Hoy el país tiene 84 facultades de medicina. Llegó el momento en que graduamos 80 mil bachilleres por año y egresaban 6.000 estudiantes de medicina. Hoy nuestro país tiene por lo menos 20 veces el número de profesionales universitarios que tenía cuando triunfó la revolución. Y avanzamos hacia la búsqueda de una

cultura general integrada, hacia la masificación de los estudios de nivel superior. El destino de una generación estamos discutiendo. ¿Cómo decide un hombre que está en cuarto grado entre un programa de gobierno y otro? Es evidente que lo que termina predominando son las maquinarias políticas, el dinero, la propaganda. ¿Cómo explicar que pueda hablarse de democracia cuando todo el mundo sabe que lo más importante en una campaña electoral en Estados Unidos es el dinero? Todo el mundo sabe que el actual presidente tiene un record de dinero en su campaña. Todo el mundo sabe que las grandes empresas petroleras habían dado las más grandes sumas que nunca dieron para la campaña electoral. Todos saben que a pesar de todo lo que escribieron los enciclopedistas y lo que dice la Constitución norteamericana, en el 1800 subsistía la esclavitud. Habría que explicar qué democracia era aquella. Estaría dispuesto a discutir si hoy hay democracia en Estados Unidos. Fue nada menos que en 1861 cuando se produce aquella sangrienta guerra y formalmente se acabó la esclavitud⁸. Yo preguntaría qué democracia disfrutaban los negros norteamericanos. Y hoy pregunto: ¿qué democracia hay en los ghettos? Pienso que la ignorancia, en esta época más que en ninguna otra, es el instrumento fundamental de orden digamos mental ya no de índole económico o de fuerza. No voy a decir que en la época romana la educación era un elemento fundamental. Había que ver cuantos ciudadanos sabían leer y escribir. Era un sistema de dominación por la fuerza. Yo me pregunto: ¿cómo es que puede pensar un ciudadano en esta mal llamada civilización? En este mundo se invierte un millón de millones de dólares en publicidad comercial por año. La publicidad comercial forma parte importante del PBI. El hombre de la tribu del clan decidía si podía matar un jabalí o un venado. Hoy no. Hoy a Ud. le dicen qué carne tiene que cocinar, si es de cerdo o jabalí. Qué ropa se tiene que poner. En la época de las tribus la gente pensaba, aunque sabía muy poco; hoy la gente es sometida a niveles de propaganda que anulan el pensamiento. ¿Para qué si no se gastan un millón de millones de dólares en publicidad comercial? ¡Vean qué civilización tan democrática! ¡Vean qué libertad tan absoluta! Se suprime el ejercicio de la inteligencia. Porque pueden dominar por la ignorancia. Aquí hemos estado hablando del tema del ALCA. Yo he dado discursos largos hablando de la necesidad de formar conciencia. La batalla de ideas, casi todos lo están admitiendo, es una cuestión de formación de conciencia.

El imperialismo, el ALCA y América Latina

Cuando se habla de tecnología militar, la gran potencia cuenta con una tecnología inmensamente superior. Cuando llega, invade y conquista el territorio. Pero no puede administrarlo. Uds. saben que hemos sido considerados por Estados Unidos como país terrorista. Conocí una serie de administradores, funcionarios. Conocí a James Carter, e independientemente de los puntos de vista que no compartía debo reconocer que era un hombre que tenía cultura. Bill Clinton, es un hombre que tiene cultura. Dije de Roosevelt que era un estadista. ¡Pero algunos otros se jactaron de haber leído sólo dos libros en su vida!

Alguien mencionó aquí los pretextos para una invasión de Cuba. Quince pretextos ya se habían elaborado y se habían aprobado. Fue eso lo que dio lugar a los riesgos de una guerra nuclear. Entre esos pretextos era el buscar la manera de llegar a un avión de pasajeros: están por ahí y son fáciles de encontrar. Porque nos acusaron con motivo del derribo de un avión de no sé cuántas violaciones. ¡Las veces que violaron el espacio aéreo! Yo no sé lo que ocurriría si uno manda un avión a volar por sobre Miami, o Washington, o Nueva York y le dicen que se detenga y no se detiene. Valdría preguntarle a cualquiera qué haría Estados Unidos si un avión cubano hiciera esto. No duraría ni cinco minutos. Vino la ley Torricelli, la ley Helms-Burton y el bloqueo se apretó mucho más para tratar de estrangular al país. La verdad de Estados Unidos pocas veces se conoce. ¡Acusar al país de terrorista! ¿Por qué? Porque se le dio la gana. Miren que han muerto miles de cubanos. El avión de jóvenes que hicieron estallar, mataron al equipo completo de esgrima. Y lo hizo alguien que estaba viviendo en Miami. Aquello está lleno de terroristas, probado. En el discurso del 20 de mayo nos dieron la orden de renunciar al socialismo. Ahí están. En un acto conmemorativo que reunió millones de personas de verdad. Porque por ahí se dice que se reunieron 20 mil y no es verdad. Yo digo que en el municipio más pequeño de Cuba se reúnen muchas más personas que las que lo hacen en muchas campañas presidenciales de candidatos norteamericanos que obtienen la victoria. Porque esas democracias no arrastran a nadie. Sólo a base de ignorancia se puede pintar ese cuadro. ¿Por qué no sacan un plebiscito? Yo lo veo cada vez más difícil, porque ya la gente está advertida.

El hecho de que un 91% se opongan a los planes de la celestina ya son muchos. Un dato muy reciente, no recuerdo la cifra exacta: la gran mayoría de los latinoamericanos está aprendiendo a discutir lo que es una guerra injusta, una peliculita y una propaganda barata. Ahora hay un movimiento contra el ALCA que crece con el esfuerzo de Uds. y las fuerzas de izquierda, pero hace tres años no era imposible que sacaran a plebiscito el ALCA y le hicieran cincuenta cuentos acerca de las grandes virtudes, de las riquezas que iban a tener, el empleo, el índice de exportaciones. ¡Cien mil millones producto de las maquiladoras! ¿Qué tanto por ciento tenían componentes mexicanos? Creo que el 5 o 6% de los componentes de esas exportaciones eran mexicanos, y sólo el 18% de los componentes de las otras industrias que exportaban a Estados Unidos eran mexicanos. Hoy las remesas o el dinero procedente de las remesas que llegan a México enviadas desde Estados Unidos asciende a 14 mil millones de dólares. El mayor ingreso en divisas de un país petrolero son las remesas. A pesar de que el petróleo ha mantenido el precio, que está por encima de los 30 y en ocasiones hasta 35 dólares el barril. Y ahora se sabe del número de desempleo que crece. El número de empleos que se pierden por mes y por año. A los acuerdos hubo quienes se opusieron, una minoría. Los mexicanos no sabían qué era el ALCA, qué era el TLC. Y entre los mexicanos hay cierto nivel de instrucción, porque la revolución hizo muchas escuelas y dio una serie de pasos muy positivos. Fue una verdadera revolución social en su época. Antes de la revolución mexicana la pobreza tremenda condujo a la explosión de la revolución. Como la pobreza de Bolivia conduce hoy. Yo me recuerdo que cuando se produjo el levantamiento los mineros utilizaron la dinamita y derrotaron incluso a las fuerzas represivas⁹. En Cuba el MNR ocasionó mucho entusiasmo. No quiero que se me presente como un agitador. Ni como un socio. Yo no soy socio tuyo, Evo. Yo soy hermano tuyo.

Dije en un momento que en el '59 América Latina debía 5 mil millones. Hoy debe 750 mil millones. Dimos grandes batallas con lo de la deuda. Aquí hubo muchísimas reuniones de estudiantes, de sindicatos, de mujeres, de intelectuales, de personalidades de la política. Se sabe lo que se debe, se sabe los problemas, se sabe lo que pasó con Argentina, se sabe también que en Brasil los 40 millones de dólares producto de las privatizaciones los perdieron en seis semanas buscando dinero para mantener la paridad del real y el dólar. Utilizaron determinados mecanismos y crearon una moneda a la par. Al crear una moneda a la par eso determinó el final de la campaña electoral, con una violenta crisis precedida por la del Sudeste asiático. Allí los otros inyectaron alrededor de 80 mil millones de dólares porque ya no les convenía esa crisis. Había sido gravísima esa crisis y le dieron ayuda. Pero el hecho es que todo lo que aportó la privatización duró apenas seis semanas. Era víspera de una campaña electoral y en circunstancias como éstas hay ciertos criterios. Si Ud. le debe su fuerza política al hecho de haber liquidado la inflación y haber puesto a la par la moneda hay que ser de verdad alguien decidido a renunciar a cualquier interés para proceder a hacer lo que debía haberse hecho: devaluar aquella moneda. La crisis ayuda al triunfo de Lula y de las fuerzas progresistas. Pero, ¿en qué condiciones le dejaron el país! Nadie lo sabe exacto, pero algunos cálculos sitúan la deuda externa del Brasil entre 250 y 300 mil millones de dólares. Tanto como lo que debía toda América Latina, y no cuenta la deuda interna. Situación social que pide solución urgente. Nadie le puede pedir a Lula hoy que hable de la deuda externa. Su lucha fue ésa, pero le dejaron unas condiciones tales que allí no se puede hablar de la deuda externa sino dentro de determinados parámetros. Antes de que Lula dejara la oposición actuó el FMI y prestó 30 mil millones de dólares y sólo se habían usado 5 mil. Dejaron 25 mil millones. La reserva tiene bien maniatado al gobierno brasileño. Yo no me precipito en condenar al gobierno brasileño. Es muy pronto. La situación es bien difícil. Tiene el compromiso de hambre cero. Es un país que tiene muchos recursos. Yo creo que es un país que puede hacer cosas. No puede pedírsele que se incinere. Es como yo pienso. Hay que tomar en cuenta las condiciones en que está y darle un poco de tiempo. Nosotros cuando iniciamos la revolución ignorábamos muchas cosas. Sí: estos son temas siempre muy delicados. Yo creo que Brasil en dos años se autoabastecerá de combustible. Han encontrado importantes yacimientos de gas. La dependencia que genera la importación de combustible es una factura grande. Yo creo que es un país que se puede autoabastecer hasta en un 80 o 90%. Yo me estaría incluso riendo de un posible bloqueo. ¡Autosuficiente en combustible! Con una industria que tiene determinado nivel de desarrollo, que produce 100 millones de toneladas de alimentos soja, carne, etc. Tienen el recurso alimenticio. Fabrica incluso determinados equipos. No veo que tenga que fracasar ese proceso. ¡Ayer un cable de milagro no dijo que estaba promoviendo la lucha armada! No hablo

de un fusil, ni de una bala. Cuando hablo de las armas hablo de las que tenemos nosotros. Nosotros sin apartarnos de nuestra doctrina de lucha, que tiene que abarcar la dialéctica.

Sin apartarnos tampoco ni un minuto del conocimiento de las armas que tiene el potencial invasor, de un pueblo educado en la doctrina de la guerra, todo el pueblo sabe que este país no podría ser dominado, podrá ser atacado. Pero llegar al extremo de lo que intentaron hacer en Irak... no tenemos ningún deseo. Se equivocan y sufren las consecuencias. Recientemente conversaba con una persona y decía que por extraordinarias que sean, las armas sirven en determinado tipo de acciones, en determinado tipo de guerras, y después pueden guardarlas todas porque no van a servir para nada. No es suficiente un enorme arsenal de armas. Hace falta una enorme imprenta produciendo billetes verdes todos los días. No hay economía que lo resista, y esa menos. Ya han abusado más que suficiente del privilegio de ser los emisores de todas las monedas del mundo, del privilegio de guardar el dinero de todos los bancos centrales, de guardar el dinero que gane cualquiera que venda petróleo. La economía norteamericana tiene entre otras cosas ya mencionadas el privilegio disponer de todo del dinero de todos los países del mundo. Como Japón, que tiene una cantidad de bonos de la tesorería en su poder. Desde el punto de vista económico aparecen riesgos que amenazan a esa economía. Están los déficits fiscales. Están los déficits presupuestarios, que este año superarán los 400 mil millones de dólares. Hay algunas encuestas que señalan que la opinión pública norteamericana esta más preocupada hoy por los problemas económicos que por los propios problemas de la guerra. Se están produciendo cambios. Aparecen críticas. Aparecen encuestas. Hay que reconocer el gran mérito de un grupo de intelectuales norteamericanos que han estado señalando todo eso. No están haciendo un daño a su pueblo; están librando una batalla por el bienestar del pueblo norteamericano, cuyos intereses no tienen por qué estar divorciados de los intereses del resto de la humanidad.

Es una cuestión del sistema. Es el producto de una evolución histórica, de tipo social. No se olviden que todas las evoluciones han venido en detrimento del ser humano, de sus prerrogativas, de sus derechos, de sus libertades. Hoy de su supervivencia. Hace 5 mil años no existía el arma nuclear, no existían las amenazas ni los peligros de los que habló Chomsky, hace menos de 60 años estalló la primera arma nuclear y desde ese tiempo apareció ese gran peligro de exterminio. Pero hace 35 años no se conocía este otro peligro mortal: del medioambiente no se hablaba. Parecía que el único peligro de exterminio podía venir de una guerra nuclear. La población del mundo se ha más que duplicado desde el triunfo de la revolución. Se quejaba un investigador de que en la mesa no había ningún representante africano. Y se quejaba con razón. Es que para este mundo desarrollado África no existe. Allí el 40% de las personas en edad fértil tienen la infección del SIDA. Nosotros tenemos médicos allí. Toda el África subsahariana tiene 50 mil médicos, blancos principalmente. Para los 500 millones de habitantes. Yo estuve no hace mucho en una reunión sobre el racismo y pude conocer los datos. Ahora el gobierno norteamericano, después de la guerra y seguramente conciente del terrible impacto, se acordó que en África hay SIDA, se propuso y se acordaron 15 mil millones de dólares para combatir el SIDA. Me alegro muchísimo: si nosotros le hubiéramos ofrecido a las Naciones Unidas, le habríamos ofrecido un número de médicos para combatir el SIDA. Voy a decir una cosa. Tengo que decirlo. Hay misioneros y santos, no digo que no. Pero sé lo que ocurre en el terreno de la medicina: ni Europa ni Estados Unidos juntos, esos países tan democráticos y tan desarrollados pero tan huérfanos de valores solidarios, reúnen un número suficiente de médicos para sustituir los médicos cubanos que hay allí, o en Guatemala. No reúnen 500 médicos. No se creó capital humano, no se formaron valores, no se diseñaron programas para formar hombres solidarios, capaces de ir a cualquier lugar por más duro que sea. Cuando los nicaragüenses nos pidieron mil médicos pedimos voluntarios. Ya en el '79 la conciencia de nuestro país se había ido desarrollando. Se ofrecieron treinta mil, sabían que tenían que caminar, andar a caballo. El médico se encariña mucho con las familias. Cuando un médico nuestro está dos años en un servicio de esos y se despide hay llanto por parte de la familia y del médico. Se enviaron dos mil. No necesitaban más. Meses después asesinaron 2 o 3, como hicieron con los alfabetizadores. ¿Y qué ocurrió? Se recibió un documento con la firma de cien mil que se ofrecieron a ir allá. Bueno, ya eso es fruto de una conciencia, fruto de una cultura política, de un conocimiento de las cosas que pasan en el mundo de un determinado valor que se ha enraizado y de una conciencia que se ha formado. Y eso, fue masivo en este país, yo no sé si en otros es así. Es el pueblo que está dispuesto a defender su patria. Aquí el carácter del trabajador intelectual se masifica.

Bueno, yo digo que técnicos y profesionales el país puede reclutar cientos de miles. No exagero. Occidente y sus sociedades democráticas industriales cuenta con abundante capital financiero pero están arruinados en cuanto a capital humano. Sus medios masivos no trabajan para crear conciencia, no trabajan para diseminar cultura y conocimiento. Una de las cosas más terribles de ese sistema que critico es que en esas sociedades se da el fenómeno creciente de que el ser humano sobra. Alemania es el país más industrializado de Europa. Constantemente aparecen máquinas nuevas que ahorran empleos aquí y allá. Cuba no es Alemania. Estamos conscientes de que nosotros hacemos campaña contra el tabaco. No podemos llegar a una concepción tan pura de decir no vamos a vender más tabaco porque hace daño. Es uno de los ingresos del país. Pero tratamos de hacer campaña contra la tentación de consumir cualquier droga, el alcohol, o el cigarro incluso. Nadie se preocupa de hablar de autoestima, esa tremenda fuerza, esa necesidad del ser humano. Porque yo decía ¿cuál puede ser la autoestima de un analfabeto, cuál puede ser la autoestima de un desempleado? Hoy quien pierde el empleo a los 45 años pierde la salud, pierde la autoestima. Hay gente que se suicida sencillamente porque tiene la impresión de que ya no sirve para nada. Hemos llegado a tener menos del 3% de desempleo en Cuba. Técnicamente “pleno empleo.” Mientras, los norteamericanos tienen desempleo alto y no se produce reacción ante determinados avances económicos. Lo que ha crecido en Estados Unidos es la productividad del trabajo: mucha menos gente está produciendo más. Pero no disminuye el índice de desempleo. La última noticia que vi es que la solicitud de subsidios había sido de 350 mil. Entre junio y septiembre había crecido un 7%. Ninguna sociedad donde el ser humano sobra puede ser una sociedad justa, puede ser una sociedad democrática. Son cosas incompatibles.

Yo recomendaría un estudio para ponderar el valor del dólar hace 40 años, en poder adquisitivo, y que se compare con el poder adquisitivo actual. Luego la oligarquía de la cual ha hablado el presidente Chávez se lleva un millón de millones de dólares –bien habidos y mal habidos, porque hay que añadir un elemento de juicio. Se habla de capital golondrina, se habla de empresas financieras cuyo negocio es depositar dinero a corto plazo, su negocio es multiplicar el dinero mediante el interés que le paguen por el préstamo por el depósito, a eso se lo llama el capital golondrina. Debe señalarse que ante el orden económico impuesto, ante las leyes del FMI, ante el abismo creciente entre ricos y pobres a pesar de que durante cincuenta años se le viene prometiendo a ese mismo pobre creciente en población, se va incrementando el poder de un millón en patentes, capitales, tecnologías, centros de investigación científicos y reforzado por las instituciones. ¿Qué dinero de un país latinoamericano, sea mexicano o brasileño o boliviano o argentino, puede dejar de devaluarse? Si se piensa que todo el dinero ciudadano de cualquier país latinoamericano, bien habido o mal habido, acumulado es capital golondrina. No es oro lo que tienen. Lo que tienen son papeles, con supuestos valores que cambian todos los días. Se devalúa, pero no por las causas por las que se devalúan el dólar o la libra esterlina, a causa de crisis, a causa de guerra, sin que eso impida el saqueo. El valor de la moneda de los países ricos se devalúa sistemáticamente y la acumulación de riqueza a pesar de eso crece constantemente. Ocurre esto así con miles de millones de habitantes que viven en el mundo por otras causas. He mencionado alguna: el intercambio desigual. Así se han ido millones de millones de dólares del Tercer Mundo. No sólo le pagan más barato por su producto, no sólo le cobran más caro por las patentes: es que el dinero por una ley natural tiene que marcharse. Siempre la humanidad tuvo algunos problemitas con las monedas. Pero el prodigio de los alquimistas de convertir el papel en oro es uno de los avances tecnológicos más importantes de los alcanzados por Estados Unidos.

Cuando terminó la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos, que entra a la guerra a raíz del ataque japonés, no perdió un tornillo en esa guerra. Europa destruida, Francia destruida, Alemania destruida, U.R.S.S. destruida. Japón destruido y con el regalo de dos bombas nucleares lanzadas innecesariamente. Fue un evidente acto de terror. Podrían haber organizado un campo de batalla en un lugar donde tuvieran una base militar y era más que suficiente. Fue un acto de terror que precedió a la Guerra Fría. Después de ver unos cuantos tanques por ahí se comprende que es una gran mentira decir que lo que define la victoria soviética (después de cometer no sé cuántos errores militares) se debió a la ayuda que recibió de Occidente. Cuando empieza la guerra incluso los tanques soviéticos eran superiores y tenían un calibre mejor. La desconfianza y los errores de quien dirigía la Unión Soviética son de esos factores subjetivos en los que pienso cuando digo que la conducta de los hombres hace

retrasar la marcha de los acontecimientos. Cuando los soviéticos habiendo cumplido sus compromisos inician el ataque por Manchuria, a los pocos días la historia conocía la noticia del lanzamiento de aquellas armas nucleares. El lanzamiento innecesario de aquellas armas. ¿Cuántas armas nucleares hay? Hasta los organismos internacionales sacaron armas de los bolsillos, no se sabe dónde las tienen. Ese programa de no proliferación sirve nada más para que unos pocos que tienen el monopolio tengan armas cada vez más sofisticadas y los demás, si llegan a fabricar una, lo invaden excepto que sea un aliado de Estados Unidos como ocurrió en Medio Oriente con el caso de Israel. Se conocen los datos. Una vez hice una pregunta en Río de Janeiro criticando los argumentos que hicieron cuando proclamaron la nueva doctrina militar de la OTAN y su derecho a actuar fuera de la frontera de Europa en el área Euroatlántica. Y les pregunte si los países de América Latina allí reunidos estaban o no en el área Euroatlántica. Se planteó que en reunión privada se respondiera esa pregunta. Se acabó la reunión y no respondieron nada. Después había una cena, ya estaban cenando. Estaba el italiano. Yo estoy riéndome por dentro porque no han respondido y me dijo "Fidel: la respuesta es no". Como diciendo no está comprendido. Hice otra pregunta en el caso de Israel: la solución a juicio de ellos era una intervención militar de la OTAN. Van a desatar una guerra nuclear cumpliendo con esa doctrina Euroatlántica contra la proliferación de las armas nucleares y van a matar palestinos, israelitas y cuanta gente esté allí. Cuando Corea habló de un arma nuclear se estremeció el mundo, y vinieron las amenazas contra Corea y cualquiera que hable.

La injusticia internacional

Ese mundo no tiene nada de justo. Es injusto, desigual, arbitrario; es un mundo sometido y explotado el que tenemos. Al proclamar el 20 de septiembre de 2001 que quien no apoyaba su proyecto de guerra contra el terrorismo sería considerado terrorista y se exponía a sus ataques, el presidente Bush desconoció abiertamente la prerrogativa de las Naciones Unidas y asumió en virtud de su poderío militar el papel de amo y gendarme del mundo. En un reciente discurso pronunciado al cumplirse el 200° aniversario de la academia militar de West Point –muy conocida por su relevante papel en la historia militar de Estados Unidos– el Sr. W. Bush lanzó una encendida arenga con motivo de las graduaciones de 998 cadetes. Habló también allí para Estados Unidos y el resto del mundo. Dijo textualmente:

"Si esperamos que las amenazas se materialicen plenamente habremos esperado demasiado. En el mundo en el que hemos entrado la única vía para la seguridad es la vía de la acción, y esta nación actuará. Nuestra seguridad requerirá a la fuerza militar que Uds. dirigirán. Una fuerza que debe estar lista para atacar inmediatamente en cualquier oscuro rincón del mundo". Por favor, que a nadie se le ocurra apagar las luces en este lugar... "Y nuestra seguridad requerirá que estemos listos para el ataque preventivo cuando sea necesario para defender nuestra libertad y defender nuestra vida. Debemos descubrir células terroristas en 60 países o más. Junto a nuestros amigos y aliados debemos oponernos a la proliferación y afrontar los regímenes que patrocinan el terrorismo según requiera cada caso. Enviaremos diplomáticos a donde sea necesario. Y enviaremos a nuestros soldados a donde sea necesario. No dejaremos la seguridad de América y la paz del planeta a merced de un puñado de terroristas, de tiranos y locos". Creo que nosotros estamos en las dos categorías... "Eliminaremos esta sombría amenaza de nuestro país y del mundo. A algunos les preocupa que sea poco diplomático o descortés". ¡Vaya descortesía. Hablar en términos del bien y el mal. No estoy de acuerdo! "Estamos ante un conflicto entre el bien y el mal. América llamará al mal por su nombre. Al enfrentarnos al mal y a regímenes anárquicos no creamos un problema sino que revelamos un problema. Dirigiremos al mundo en la lucha contra el problema". En el discurso no aparece una sola mención a la Organización de Naciones Unidas, ni una frase referida al derecho de los pueblos a la seguridad y la paz, o a la necesidad de un mundo regido por normas y principios. Sólo se habla de alianzas entre potencias y de guerra, y guerra en nombre de la paz y la libertad, palabras que en su boca suenan mentirosas y huecas como burbujas de jabón. Hace rato recomendaba un estudio de los libros y los discursos. ¿Que habría dicho Roosevelt si escuchaba un discurso como éste? Hitler no llegó a decir amenazas tan categóricas, tan precisas como éstas. Sesenta o más: la incógnita es ¿qué querrá decir "o más"? Tiempito después la respuesta vino de Washington. Una de las Cámaras del Congreso propuso un acuerdo de que si el Tribunal Penal Internacional sancionaba algún militar norteamericano...

¡Estados Unidos atacaría a Holanda! Encontré la respuesta a la incógnita. “O más países” significa “todos los demás países menos Estados Unidos”.

La hora de América Latina

Quería recordar lo que dije el 1° de mayo y después lo que dije cuando se inició el curso de la secundaria. Y no porque lo haya dicho yo, sino porque no tengo otra cosa. Y por último el discurso que di el 1° de septiembre sobre la desertificación. Ese tema que yo digo que es un problema muy serio. También planteo cómo se puede enseñar a leer y escribir con algunos métodos que ya están usando. No entre los niños cubanos, porque el 100% de los niños cubanos llegan a sexto grado: el 99,5% llegan hasta noveno grado. Hemos localizado a todos los muchachos entre 17 y 30 años que no estudiaron o trabajaron por distintas causas, y que desgraciadamente son la cantera del delito. Y los tenemos estudiando, los invitamos a estudiar, les damos una ayuda económica y eso ha tenido una acogida tremenda. Eso empezó en el 2001 y este año, 2003, ingresaron en septiembre en las universidades treinta mil. El país cuenta con quince mil trabajadores sociales, 4 escuelas de formación. ¡La cantidad de cosas que pueden hacerse con pocos recursos! No estoy planteando, mira Evo, organiza allá una revolución, implanta un sistema socialista, llámalo así si quieres, o puedes usar la vieja terminología que hablaba de una etapa de liberación nacional. Uds. se recuerdan que se dividían las cosas por etapas. Es que estábamos muy atrasados, éramos muy esquemáticos. La etapa de ignorancia absoluta en cuestiones de estado y economía práctica no me digan que la van a resolver con academia. Conocemos brillantísimos académicos pero son pocos los académicos que pueden organizar un gobierno. Porque ellos se distraen y están en la teoría. No es que no puedan. El único intelectual que era capaz de organizar algo que he conocido es Martí. Era intelectual, escritor, ensayista, poeta, era un genio. Además organizó un partido y organizó una guerra. Un intelectual por lo general no es organizador. Bueno, la teoría es importante y decisiva. Sé de las repercusiones de lo que ha ocurrido acá. No es que esté halagando simplemente. No es mérito de ustedes ni de nosotros: es que las conciencias han ido madurando, las masas han ido teniéndola, es que han surgido nuevas formas de organización. Ya habrá tarea en materia de definiciones. Dije que no había dos revoluciones iguales. Sería rebajar la imaginación y la inteligencia del hombre pensar que dos procesos políticos van a ser iguales. Siempre cada uno aportará algo, pero es el hombre el que tiene que hacer la síntesis. Digo que no es una opción. No tienen más alternativa que resolver los problemas, dado que esta situación es insostenible. Todos conocemos la historia. Sé que los revolucionarios franceses en nombre de la democracia imitaban las instituciones romanas. Se ignoraba entonces que había una gran lucha entre patricios y plebeyos y que Julio César fue asesinado por la oligarquía.

Estaba hablando de unos libros que he leído. Bueno, algunos comentarios más, y ya más vale que vaya terminando. He abusado de ustedes y les pido mil disculpas. Lo digo sinceramente. Ustedes son gente que sabe. Esta es la reunión más interesante de todas aquellas en las que he participado en todos estos años de revolución. Tuvimos suerte de tener los conocimientos: vinieron eminencias, todos lo sabemos, vinieron inminentes profesores norteamericanos. Yo he dicho algunas cosas en mi exposición. Les ruego a algunos de ellos que no piensen que le estoy respondiendo a alguien en particular. Al contrario, uno tiene que hablar expresando lo que cree pero no tiene el más mínimo interés de ser descortés ni dejar impresión de descortesía. Respeto el pensamiento de cada cual. Les agradezco los diferentes puntos de vista. No ganamos nada con que todos los que tuviéramos el mismo criterio nos reuniéramos aquí. Aquí hay muchas opiniones, criterios, matices. Hay toda una corriente de preocupación que nunca vi antes, de avance, que corresponde al hecho real de que el mundo llegó a este punto y que la situación exige cambios. Sí que hay gente poderosa. Argentina y Brasil están discutiendo con el FMI. Argentina está discutiendo más que nadie. Dos de los países más poderosos en este momento se llaman Argentina y Brasil. Tienen en sus manos el poder de la deuda de aproximadamente medio millón de millones de dólares. En esto pueden ser más poderosos que el FMI, más poderosos que los ocho todos juntos. Y nadie le puede poner un puñal para que paguen, para que continúen las escuelas sin presupuesto, los hospitales sin presupuesto, el desempleo en 18-20%, nadie le puede poner un puñal.

Yo no creo que los líderes hagan la historia: el factor subjetivo influye en más o en menos –

aceleran o atrasan. Además no creo en genios ni en individuos especialmente dotados. Tengo el criterio de que la sociedad –y nuestra especie– está llena de genios. Si aquí tenemos brillantísimos, más brillante que Martí imposible. Si se analizan todos los personajes de la historia descubriremos que han surgido cada vez que venía una crisis. Allí aparecían los líderes. A Napoleón, ¿quién lo habría conocido sin la revolución francesa? En todas las épocas de la historia han surgido estos líderes cuando ha venido una crisis. Si Evo hubiera nacido allá cuando el MNR dio el golpe aquel, en 1952, nadie sabría quien era Evo. Así que todo es relativo. Cada cual interpreta las cosas de una forma o de otra. Yo digo que ésta es la hora de América Latina. De los hombres dependerá. Si Brasil y Argentina lo desean –no lo estoy aconsejando, estoy dando una opinión– pueden darle órdenes al FMI porque tienen el arma nuclear de medio millón de millones de dólares, capacidad de autoabastecerse de alimentos y energéticamente, en todo sentido estoy hablando, y un nivel de desarrollo comercial y cultural. Pueden darle órdenes al FMI. Ya las deudas se han hecho tan grandes que están llegando al punto crítico. Punto crítico se mencionaba cuando hablaban de las armas nucleares. Y se dijo que una equis cantidad de uranio enriquecido de tal calidad cuando se junta a otra masa igual de uranio enriquecido de la misma calidad se produce la masa crítica. El puntito en que se produce la reacción en cadena. Se acaba el FMI si dos naciones hacen lo mismo. Porque el resto va a hacer lo mismo. Sí, así son las cosas. Se está llegando al punto en que esta situación es insostenible. ¿Logrará la economía norteamericana levantarse en las actuales condiciones de la economía mundial, y de los propios problemas de Estados Unidos? Lo dudo. Podrá un tiempito. Pero cada vez los tiempos son más cortos. Haber resuelto una partecita no resuelve nada. Habrá cada vez más hambrientos, cada vez más miseria, cada vez más descontento, cada vez más rebelión. Y no tiene que ser con las armas. En Argentina nadie disparó un tiro, y cuando congelaron el dinero se cayó el gobierno. Soplaron un poco nada más. Si se puede soplar mucho, tanto mejor. Cuando se dan esas circunstancias, en Bolivia, ya no pueden usar los métodos que se usaron con las dictaduras militares. A nosotros nos quisieron hacer lo mismo. ¿Cuánto les costó esa aventura? Aquella especie de Girón en Guatemala. Voy a hablar de seres humanos: 200 mil muertos. Nos podría haber ocurrido a nosotros si lograban desembarcar y enviar una tropa de la OEA a establecer la democracia. Eso hubiera ocurrido dos años y medio después de la revolución. Ya se habían adoptado muchas medidas revolucionarias: se habían confiscado todos los bienes mal habidos, habíamos adoptado una serie de leyes que habían tenido un enorme impacto en el pueblo. En Cuba la inmensa mayoría de la población está con la revolución, no se sabe cuánto habría costado. En Guatemala 200 mil muertos y de ellos 100 mil desaparecidos. Qué poco se habla de los que vigilaron aquel movimiento revolucionario. Las vidas, la sangre que costó, el sufrimiento de ese pueblo. En Guatemala la categoría de preso no existía. Eran muertos y desaparecidos. No pueden resolverlo como en Argentina, tampoco como lo hicieron con Pinochet. Ya no pueden. Ya no pueden aplastar la resistencia civil mediante tanques y ametralladoras masacrando miles de personas, asesinando, desapareciendo. No voy a discutir si eran 10 mil o 30 mil. Diez mil ya es una suma inconcebible, y la forma como lo hicieron. Y lo que ocurrió en Chile. Y lo que ocurrió en El Salvador. Se conoce, se ha estudiado. Parece que nada de eso hubiera pasado en los últimos treinta años. Y el saqueo. Cómo puede sostenerse el sistema que mencionaba y que produce la fuga de capitales en cantidades fabulosas. Es indefendible. ¿Esto no es imperialismo? Este agotó todas las barbaridades que podía hacer, pero no quiere decir que vaya a desaparecer mañana. ¿Qué va a pasar con la globalización mañana? ¿Será esta democracia, -que acaba de recibir un golpe moral tremendo cuando la obligaron a aprobar la proposición de convertir la ocupación de Irak en función de las Naciones Unidas, sin garantía alguna, ni promesa alguna y bajo la dirección del gobierno de Estados Unidos-, lo único que podemos lograr? Aquí lo dijo uno de los panelistas y uno de los que ha pronunciado una de las conferencias con palabras muy duras para lo ocurrido con Naciones Unidas¹⁰. Vamos a ver qué ocurre. Ya no es sólo el derecho al veto el ejercido por la gran potencia. Se va inclinando reverentemente. En cuanto a la opinión pública mundial, norteamericanos, españoles y estoy seguro de que la mayoría de los europeos, de los rusos se da el momento más feliz de su vida cuando aprobaron la resolución. Que los rusos copiando la doctrina del gobierno de Estados Unidos, habían decidido abandonar el acuerdo del uso del espacio con fines militares. Esa es la situación. Esto no lo puede sostener nadie. Yo parto de esta convicción. Hace rato que en muchas de las reuniones que teníamos aquí se venía hablando de todas estas cosas. Las bolsas tanto crecían, el fenómeno que no ocurría ni en el '29, que hubo acciones de las industrias de alta tecnologías que de un millón de dólares se elevaban, en un período brevísimo, en pocos años, a 800 millones de dólares. Se elevaban

ochocientas veces. Nos preguntábamos y buscábamos en los libros las distintas teorías de dónde sale ese dinero. Aquí se han mencionado muchas cosas, la economía de casino... Yo pienso que hay que profundizar en todos estos fenómenos. Tenemos la obligación de averiguar lo que va a pasar. Y tenemos la obligación de defendernos de dos grandísimos peligros: uno de orden económico-social y político, y otro de orden macro-natural. Me despido de Uds. con la esperanza de que los tataranietos de Uds. puedan arribar a un año 2100 en el quehacer que la inteligencia, la educación y la cultura prevalezca sobre los instintos. Hasta ahora la sociedad sólo ha hecho nada más que cultivar el instinto. El mundo mejor del que todos hablan debe ser fruto de la batalla de la educación, la cultura, la inteligencia y los valores que ha creado contra los instintos que heredamos de la naturaleza. Optimista llamo yo a alguien que cree que lo que la evolución de nuestra especie nos dio de materia gris va a prevalecer por encima de las leyes biológicas que nos dio la naturaleza. Esto sin echarle la culpa a nadie más que a nosotros. Les damos las gracias a todos, principalmente a aquellos que para participar de esta reunión, a la cual le han dado mucha vida con sus puntos de vista, tuvieron que vencer grandes obstáculos. No voy a decir Patria o Muerte. Voy a decir: sálvese la humanidad.

Notas

*Discurso pronunciado por el Presidente de los Consejos de Estado y de Ministros de Cuba, Fidel Castro Ruz, en la ceremonia de clausura de la XXI Asamblea General de CLACSO y la III Conferencia Latinoamericana y Caribeña de Ciencias Sociales el 31 de octubre de 2003 en el Palacio de las Convenciones, La Habana, Cuba.

1 Se refiere al Encuentro Internacional "En Defensa de la Humanidad", celebrado en la Ciudad de México los días 24 y 25 de octubre. En adelante, todas las citas a pie de página son notas del editor.

2 Se refiere al niño cubano, Elián González, quien fuera sacado ilegalmente de Cuba en una embarcación por su madre Elizabeth Brotons. La embarcación zozobró y de las 14 personas que pretendían llegar a suelo norteamericano, solamente sobrevivieron 3, Elián y 2 adultos, quienes fueron rescatados por 2 pescadores en aguas cercanas a la Florida. El padre del niño, Juan Miguel González, quien desconocía la salida de su hijo de Cuba, solicitó de inmediato su repatriación. Elián permaneció en Estados Unidos durante más de 7 meses hasta que se resolviera su regreso a Cuba.

3 Se refiere a la base norteamericana de Guantánamo, en el extremo oriental de Cuba. Se supone que es la base militar más grande de todas cuantas tienen Estados Unidos fuera de su territorio.

4 Evo Morales es presidente de la federación de los productores de la hoja de coca en el Chapare, y líder popular de la lucha contra la política neoliberal. En los últimos cuatro años ha sido diputado por el MAS (Movimiento al Socialismo) en Bolivia.

5 Los acuerdos de Bretton Woods (New Hampshire, Estados Unidos) fueron firmados en 1944 y establecieron las nuevas reglas del juego que habrían de regular el funcionamiento de la economía internacional una vez que finalizara la Segunda Guerra Mundial. Tales acuerdos dieron también origen al Fondo Monetario Internacional y al Banco Mundial.

6 Los préstamos deben ser acordados con el 85% de los votos del Directorio. Los Estados Unidos disponen del 17% de esos votos, con los que tienen un poder de veto de facto en las decisiones del FMI.

7 Se refiere a la llamada Guerra del Golfo, de 1991, desencadenada por la ocupación de Kuwait por las tropas de Irak.

8 Se refiere a la llamada Guerra de Secesión en Estados Unidos, 1861-1865, en la cual el Sur esclavista y separatista fue derrotado por los estados del Norte.

9 Alusión a la Revolución Boliviana del 9 de abril de 1952. La alianza entre los mineros y los

campesinos produjo el derrocamiento del poder oligárquico y el triunfo del Movimiento Nacionalista Revolucionario, MNR.

10 Ver el artículo de Perry Anderson en este mismo libro.